

#2 bilogía SOMOS LEY

GABRIELA RIERA

El veneno de tu roce

GABRIELA RIERA

Título: El veneno de tu roce
© Gabriela Riera 2025: Todos los derechos reservados.
Portada diseñada por Freepik
Imágenes extraídas de las cuentas de: *@teksomolika* y *@Freepik*
Fuentes de texto de la portada extraídas de CANVA
ISBN: 9798241838094
Depósito legal: B 25412-2025
Kindle Direct Publishing
Paperback edition 2025

PLAYLIST

Figure You Out de VOILÀ
Power Over Me de Dermot Kennedy
The Fever de Foreign Figures
Call my name de GRAHAM, Henrik
I Found de Amber Run
Needed Me de Rihanna
Something Blue de VOILÀ
Make Me Feel de Elvis Drew
Break My Heart de GRAHAM
Vertigo de Raphael Lake, Ben Fisher, Aaron Levy, Daniel Ryan Murphy
Dark Room de Foreign Figures, Jonny T

Pensad en esta novela como en una película romántica y de misterio, de esas que nadie conoce y que pasan por la tele un domingo por la tarde

CONTENIDO

1
3
2
10
3
16
4
23
5
27
6
40
7
46
8
59
9
68
10
75
11
83
12
96
13
104
14
116
15
126

16
138
17
148
18
154
19
160
20
169
21
181
22
196
23
210
24
217
25
231
26
238
27
245
28
257
29
265
30
274
31
286
32
93

33 **3**
01
34 **3**
09
Epílogo
320

ADVERTENCIA

Libro antiguo. Desde entonces, mi estilo de escritura ha cambiado y mejorado mucho, por lo que **te pido disculpas si no encuentras una novela a la altura de tus expectativas**. Incluso en aquella época, siempre intentaba dar lo mejor de mí en mis historias, así que espero que la disfrutes igual.

...

Mucha **terminología empleada** en la novela, **organizaciones**, **reglas** de organizaciones, **protocolos**, etc., no son cien por cien fieles a sus equivalentes en la vida real. **Se ha intentado ser fiel** a lo NO ficticio para hacer la novela más creíble, pero siempre **existe la posibilidad de que haya errores o invenciones intencionadas**. Tenlo en cuenta y **no utilices** la información que contiene el libro **como fuente de documentación**.

PRÓLOGO

El amor incondicional ~~no~~ existe.

1
BROOKLYN

No puedo dormir.

Lo intento, pero no puedo.

Desde hace dos semanas soy incapaz de pegar ojo.

Mis noches se basan en paseos interminables y oscuros por una casa que ya no me resulta tan familiar como debería. Siempre es el mismo recorrido: salgo de mi habitación arrastrando los pies, porque no sé de dónde sacar fuerzas para levantarlos, y doy vueltas sin sentido antes de acabar delante de las puertas corredizas de la cocina.

Por alguna razón el ruido ensordecedor de mi cerebro se detiene ahí, en el lugar donde todo empezó. Ahí es donde siempre termino.

Lo único que ilumina la estancia suele ser el reflejo de la luna en el cristal, pero no necesito más. Mis ojos, al igual que mi alma, se han adaptado a la tétrica penumbra de la noche como quien se adapta al infierno y comienza a verlo como el cielo.

Esta es mi realidad ahora.

Una realidad en la que mantengo la mirada fija en el jardín, con la esperanza de que aparezca alguien en cualquier momento y me saque de aquí.

Con la esperanza de que aparezca *él*.

Trago saliva al sentir esa opresión habitual en el pecho.

Lo echo de menos.

Sé que parece una locura, pero lo echo muchísimo de menos.

Llevo dos semanas sin saber nada de él, dos semanas sin saber nada de nada. Punto.

Desde que la policía se llevó a Dylan sin dar ninguna maldita explicación lógica, mi padre se ha encargado de mantenerme en las sombras. Lo único que he recibido de él es un «olvídate de Blake, es un criminal» y joder, cada vez que suelta esa estúpida frase tengo ganas de pegarle una patada a algo.

He intentado sacarle información a los pocos agentes que todavía siguen por aquí, pero nadie quiere decirme nada.

Mi padre les ha extorsionado a todos. Tienen miedo de su reacción. Tienen miedo de él.

Hasta Blue.

Se cree que no me doy cuenta, pero ha estado ignorándome desde que se llevaron a Dylan. Sabe cosas que yo no y no quiere que la interrogue, por eso cada vez que me ve hace lo posible por esquivarme.

Al principio me molestaba, ahora ya me da igual.

No me importa nada ni nadie, salvo Dylan.

¿Dónde estará? ¿Lo habrán encerrado? ¿Pueden hacer eso? ¿Tienen motivos? Quizás esté libre, pero ¿no habría venido entonces a decírmelo? Tal vez no quiera verme.

La simple posibilidad hace que la opresión en mi pecho se intensifique.

Suspiro, la verdad es que tampoco me extrañaría, después de todo, está claro que Dylan ya no es bienvenido aquí. Por una razón o por otra, mi padre no lo quiere de vuelta y ha conseguido que nadie más lo haga.

Todos se comportan como si ni siquiera hubiera existido.

Es frustrante de cojones.

Si al menos supiera por qué Dylan se ha convertido en un cero a la izquierda en esta casa… Lo único que dijo la policía fue que se lo llevaban por posible falsificación de pruebas.

¿Qué pruebas?

¿Las del caso de Asher?

Por más que busco respuestas, no encuentro nada.

No tengo ni idea de a qué comisaría han podido llevárselo.

No hay noticias de él en internet.

Ni siquiera hay noticias ya de Asher.

Es como si hubieran censurado toda la información pública de su caso.

Me han dejado completamente fuera de juego.

Suspiro con la vista todavía fija en las puertas corredizas de la cocina. Ya deben ser más de las cuatro de la madrugada y sé que

debería irme a la cama e intentar dormir, pero no puedo.

Tal vez sea el cansancio acumulado o que me estoy volviendo loca, pero por un segundo juro que veo sus ojos grises reflejados en el cristal.

Los reconocería hasta en mitad de esta locura. Me están mirando con esa oscuridad que me pone los pelos de punta, pero que tanto anhelo que me recorra.

—¿Dylan? —murmuro y doy un paso hacia el cristal con la mano extendida.

No espero que me responda. Por eso cuando escucho un ruido, no puedo evitar pegar un salto en el sitio.

Mi corazón se detiene.

Viene de la entrada.

Es el ruido que hace la puerta al abrirse.

No puede ser.

Sin pensarlo demasiado, rodeo la encimera y salgo disparada hacia el recibidor.

Casi tropiezo con el estúpido material de entrenamiento que los agentes de mi padre dejan por ahí, pero ni eso no me detiene.

¿Y si es él?

¿Y si ha vuelto a por mí?

Miles de pensamientos recorren mi mente en los cinco segundos que tardo en llegar a la puerta.

Por desgracia, mis esperanzas caen en un pozo sin fondo cuando a la que veo entrar es a Blue.

—¿Brooklyn? —Suelta con el ceño fruncido.

Probablemente deba estar conteniendo sus ganas de llevarse las manos a la boca en cuanto me ve de pie en mitad de la oscuridad. Tengo un aspecto horrible. Lo admito. No parezco yo.

Tengo puestos unos shorts que me van enormes y una camiseta vieja con más agujeros de los que puedo contar con los dedos de una mano. No sé cuándo fue la última vez que me lave el pelo, pero el moño alto que llevo empieza a oler a muerto.

Como yo.

Doy asco.

Y las pequeñas heridas esparcidas por mi rostro por el accidente de la feria, tampoco ayudan.

Ya ni siquiera me duelen —no como los moretones que tengo en el estómago—, pero sigo siendo consciente de que están ahí, manchando mi piel. Sobre todo, el corte superficial en la mandíbula.

Aunque eso no es importante ahora.

Arrugo las cejas en dirección a Blue.

—¿De dónde vienes a esta hora? —pregunto y es evidente el reproche en mi tono.

—De dar un paseo —responde sin más mientras deja sus llaves en la mesita de la entrada y se acerca a mí.

Yo doy un paso atrás en cuanto la noto demasiado cerca.

El gesto no le pasa desapercibido, pero finge que no tiene importancia y ella misma decide quedarse quieta en su sitio.

—¿Qué haces tú despierta a esta hora?

—No podía dormir.

Blue niega con la cabeza.

—¿Hace cuántas noches no puedes dormir?

Suelto una risa seca. La mirada que le lanzo es tan mortífera que creo reconocer la conmoción en sus ojos.

—No sé —escupo—. ¿Hace cuántas noches la policía se llevó a Dylan?

—No empieces otra vez con eso, por favor.

Tiene que ser una maldita broma.

—Entonces dime dónde mierda está Dylan.

—Ya te he dicho que no lo sé.

—No te creo.

Cómo no va a saberlo.

Cómo coño no va a saberlo siendo la mano derecha del hombre que controla a todos los malditos agentes del FBI de Nueva York.

Claro que lo sabe.

Lo sabe, pero no le da gana de decírmelo.

Que le den.

—Brooklyn, yo…

—Jack —Una voz que reconozco la detiene antes de que pueda acabar la frase—. ¿Qué haces?

Giro la cabeza en dirección a las escaleras y veo a mi padre de pie en el último escalón. Lleva puesto el carísimo pijama azul de seda que le regalamos Blue y yo el año pasado. Por el pelo revuelto y los ojos hinchados y rojos, está claro que lo hemos despertado.

—Genial, el que faltaba —suelto sin pensar.

Mi padre arruga la cara y comienza a acercarse a nosotras.

—¿Perdón? —dice y toma una buena decisión cuando decide colocarse junto a Blue en vez de a mi lado.

En este momento me sale humo por las orejas.

—¿Qué pasa? ¿Tú también vienes a intentar convencerme de qué olvide el tema?

—¿De qué estás hablando, jovencita?

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando.

—Nil… —Blue intenta desviar la mirada implacable de mi padre hacia ella, pero él la ignora. Tiene esos ojos rabiosos idénticos a los míos, fijos en mí.

—¿Esto es por lo de Blake? —Escupe en un tono asqueado.

La simple mención de Dylan provoca que se le abran y se le cierren las fosas nasales muy rápido. Desde aquí, noto la tensión que desprende su cuerpo. Está claro que ahora sí está despierto.

—No —suelta Blue de repente a la vez que yo digo—: Sí.

—¿Se puede saber qué te ha dado con él? —Mi padre hace lo posible por no alzar el tono de voz, pero le cuesta. Siente tanta rabia por Dylan que hasta se le olvida su querido protocolo social—. Si llego a saber que ibas a obsesionarte de esta forma, no te dejo pasar tanto tiempo con ese criminal.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué es un criminal? —Me arde la sangre—. Dímelo.

—Ya te he dicho que eso es información confidencial del FBI.

—¡Y una mierda!

—¡Brooklyn Davis!

—Me cuentas lo que te da la gana —Mis ojos color miel se desvían automáticamente hacia Blue—. Los dos no hacéis más que

mentirme a la cara como si fuera una maldita cría. Estoy harta.

Me quedo un segundo mirándolos para que puedan captar el veneno de mi expresión y a continuación doy media vuelta para subir las escaleras.

Blue grita mi nombre a mis espaldas y estoy segura de que tiene intención de seguirme, pero mi padre la detiene.

—Déjala —Escucho que dice y por su tono es evidente que está cabreado. Cabreado conmigo—. No sabe de lo que habla.

No, papá.

Está claro que no tengo ni idea de lo que digo.

Y si me conocieras, sabrías que, precisamente por eso, no pienso quedarme de brazos cruzados hasta saber toda la maldita verdad.

2
BROOKLYN

—Necesito que te concentres, Lewis —La voz de Elliot me taladra la cabeza mientras hundo un trozo de bizcocho en mi taza de leche—. No es tan difícil. Corazón o cabeza. Vamos, por favor.

Niego.

Desde que Dylan no está, Elliot ha pasado a ser el segundo al mando del equipo. Eso significa que debe encargarse de todo lo que se encargaba Dylan, incluido entrenar a los novatos.

Llevo viéndolo a él y a Lewis desde el ventanal de la cocina desde que he bajado, y Lewis sigue sin acertar ni un solo tiro. Es verdad que es un paquete, pero hay que admitir que Elliot tampoco lo ayuda mucho.

Será listo y estará muy capacitado para su trabajo, pero se le da fatal enseñar. No sabe explicarse, lo único que está haciendo es liar más al novato.

Normalmente me la pelaría. Mejor para mí si Elliot sigue haciendo de pena el trabajo de Dylan y se dan todos cuenta de una vez que lo necesitan de vuelta. Pero me duele la cabeza, apenas he dormido nada y agradecería que pararan de hacer ruido.

Por suerte, el resto de agentes no están dándome el coñazo paseando de aquí para allá. De hecho, la mayoría ha vuelto a Nueva York por órdenes de mi padre. No sé muy bien la razón, pero seguro que tiene que ver con que la policía se haya llevado a Dylan.

El asunto me sigue hirviendo la sangre.

Y lo peor es que todavía no sé qué hacer al respecto.

Me he pasado la noche pensando en cómo meter las narices en los asuntos del FBI sin que me pillen, pero estoy perdida.

Perdida y frustrada.

Apoyo la cabeza contra la encimera y me permito cerrar los ojos. Dos segundos después, percibo una presencia en la cocina.

No me hace falta ni levantar la cabeza para saber quién es. Reconocería ese olor a Bois D'argent a un kilómetro de distancia.

—¿Estás bien? —Pongo los ojos en blanco. Es una pregunta estúpida que ni siquiera voy a molestarme en responder—. ¿Brooklyn?

Silencio.

Mantengo mi cabeza apoyada contra la encimera y los ojos cerrados como si estuviera sola. Sé que eso solo va a conseguir sacarlo de sus casillas y no hay nada que me apetezca más ahora.

—¿Podrías, por favor, contestarme cuando te hablo? —chista entre dientes.

Abro un ojo y después el otro.

Mi padre está de pie en la entrada de la cocina, mirándome como si no reconociera a la chica tumbada sobre la encimera.

La verdad es que yo tampoco me reconozco.

Nunca había estado tanto tiempo enfadada con mi padre, ni siquiera las veces que creía que estaba siendo irracional —como ahora—, pero lo que siento por Dylan está consiguiendo lo imposible; y eso que ni siquiera he sido capaz de admitir en voz alta qué es lo que siento por él exactamente.

—¿Qué quieres, papá? —bufo, despegando la cabeza de la encimera—. Porque dudo que te importe mucho cómo estoy.

—¿Cómo que no? —Se acerca a la encimera a paso firme—. Me importa muchísimo saber cómo estás.

—Si te importara yo no llevaría una semana con el pecho encogido porque no sé nada de Dylan.

Mi padre se queda un segundo mirándome y después frunce el ceño.

—¿Qué relación tenías exactamente con Blake?

Mierda.

Ahora no puedo confesarle a mi padre como si nada que me estaba liando a escondidas con su segundo al mando. Perdería la poca credibilidad que me queda y encima lo cabrearía más.

Giro la cabeza hacia el ventanal de la cocina para que no note el calor escalando por mis mejillas. Mientras veo a Elliot llevarse

las manos a la cabeza porque Lewis casi le da a un pájaro que se ha posado en la diana, digo:

—Ninguna. Nos hemos hecho buenos amigos, eso es todo. Me afecta lo que le pase.

No sé si se lo cree o no —después de todo, él es un experto en sacarle la verdad a la gente—, pero si no lo hace, finge que sí.

—Ya veo... —murmura—. Pues siento ser yo quien te lo diga, cariño, pero Blake no es trigo limpio. Créeme.

Suspiro.

No tengo fuerzas para pasar por esto de nuevo.

—¿Por qué no, papá? ¿Por qué no es trigo limpio? Eso es lo único que te falta por decirme.

Espero que vuelva a saltarme con un «eso es información confidencial», que yo me enfade y salga de la cocina echando humo por la boca.

Pero eso no pasa.

Todo lo contrario. La frase que suelta a continuación me pilla por sorpresa.

—Mira, no puedo contarte mucho, porque no estoy autorizado a revelar cierto tipo de información, pero... —Tengo toda mi atención puesta en su expresión seria. Parece estar dudando entre contármelo o no. Por suerte, escoge la decisión más acertada —. Blake podría estar involucrado en los asesinatos de la gala benéfica que se organizó hace un par de meses en Nueva York. Y también en el robo del dinero que iba a donarse.

El alma se me cae a los pies.

—¿Qué?

—El departamento del FBI de Alabama ha estado investigando también el caso de la gala a petición del director del FBI, y han encontrado que las pruebas que teníamos son falsas; alguien las falsificó —continúa—. Dylan fue el agente que firmó la confirmación de que las pruebas habían sido entregadas por el proveedor oficial, así que el director me pidió que lo mandara a detener. Podría haber sido él quién las cambió.

Mi cabeza es un mar de información en este momento.

¿Falsificación de pruebas?

¿Dylan asesino y ladrón?

Es imposible. Parece todo demasiado peliculero para ser cierto… Aunque eso explicaría lo que dijo la policía cuando se lo llevaron.

No.

No puede ser.

Por Dios, es Dylan. Antes prefiere morir, a saltarse las leyes.

No puedo procesarlo, por eso suelto lo primero que se me viene a la mente:

—¿No puede otra persona haber cambiado las pruebas después de que Dylan las recolectara?

—Sí, por eso seguimos aquí investigando, pero vamos, todo apunta a que Dylan es culpable —No me pasa desapercibido el regocijo en su tono—. Si ya lo sabía yo.

Hago un esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

¿Por qué? ¿Por qué es culpable? ¿Por qué le has pillado manía?, quiero decir, pero como no me interesa que mi padre se sienta atacado y deje de colaborar conmigo, en su lugar pregunto:

—¿Eso qué significa? ¿Qué Asher es inocente?

Papá alza una ceja.

—¿*Asher*? —Pronuncia su nombre en el mismo tono que yo —. ¿De qué conoces tú a Wolf?

Mierda, mierda, mierda.

—De nada, de nada —Me apresuro a decir agitando las manos en el aire—. Salió en las noticias y me enteré, ¿recuerdas?

Le muestro una sonrisa de boca cerrada con la esperanza de que eso le distraiga del hecho de que soy una mentirosa.

Por suerte, mi padre hoy no parece querer captar las señales.

—Bueno, no sé si es inocente o no, lo estamos investigando —Mira el carísimo reloj que lleva en la muñeca y después vuelve la vista a mí—. Se acabaron las preguntas —Esta vez su tono es tajante.

Asiento.

Me ha dado más información de la que esperaba, pero sigo sintiendo que no sé nada.

Es imposible que Dylan sea culpable de lo que le acusan.

El director del FBI se equivoca.

Mi padre se equivoca.

Lo sé.

Tiene que estar pasando algo más, al menos eso quiero creer, por el bien de mi frágil corazón.

—Ahora, ¿pararás de indagar y me dejarás hacer mi trabajo? —pregunta mi padre y por como me mira sé que espera que le dé una respuesta que lo satisfaga.

—Claro —miento.

—Muy bien —suspira—. Porque no me gusta discutir con mi niña.

Sonrío.

Esta vez de verdad.

—A mí tampoco me gusta discutir contigo, papá.

Él también sonríe.

—Voy a ir a tomar café con Sonia, ¿te vienes?

—¿La madre de Makeila?

—Sí.

—Paso.

Makeila se fue hace un par de días a Londres para estudiar diseño de moda. No se supone que se fuera hasta dentro de un par de semanas, pero discutió con la bruja de su madre, así que se piró antes de tiempo.

Lo último que me apetece ahora es tomar café con esa señora.

—Como quieras —dice mi padre y me sorprende que no me insista. Tan solo se acerca a mí y me planta un beso en la frente que dura más de lo que me gustaría—. Te quiero, nos vemos después.

—Yo también te quiero.

Se queda un segundo observando mi rostro, como hace desde hace una semana cada vez que me tiene cerca.

Aprieta los labios.

Está analizando cada una de las mini heridas que tengo esparcidas por la cara, pero no va a decírmelo. Eso significaría acceder a que me revisara un médico y que por lo tanto me interrogara la policía, significaría investigar sobre los tipos que me

atacaron en la feria y, de una forma u otra, descubrir qué relación tienen con él.

Después de todo, Dylan me confesó aquella noche que fue mi padre quien lo avisó de que me estaban atacando. Lo que quiere decir que sabía que iban a hacerlo y que está metido en algo turbio que no me está contando.

Pues muy bien.

Quiero a mi padre y lo último que me gustaría es hacerle daño, pero él mismo me enseñó que la justicia va por encima de todo.

Sé que hay algo que esconde.

Y si tengo que decepcionarlo para averiguar qué es, entonces lo haré.

Empezando por hablar con la única persona, aparte de Dylan, que analiza los hechos por su cuenta, en vez de fiarse ciegamente de mi padre.

Lewis.

3
BROOKLYN

Alguien tiene que estar gastándome una broma pesada. Eso, o definitivamente soy la persona con peor suerte de la historia.

Ya es casi medianoche y todavía no he conseguido hablar con Lewis. Ni siquiera he podido acercarme a él. Se ha pasado el día siendo mangoneado por todos y cada uno de los miembros del equipo de mi padre.

Ni siquiera sabía que era posible ocupar tanto a una persona.

Después de que Elliot acabara de humillarlo en la prueba de disparo, Tabatha le ha pedido que la ayudara a ordenar un poco el circuito de entrenamiento. Luego Tommy se lo ha llevado para que lo acompañara a no sé dónde y, cuando han vuelto, Emma ha tenido el descaro de ordenarle que rellenara unos informes por ella porque se iba a comer fuera con el resto —como si Lewis no tuviera que comer también—.

Me ha tocado los ovarios.

Es como si todos se olieran que quería acorralarlo y me lo estuvieran poniendo difícil.

He estado todo el día pendiente de sus movimientos. No lo han dejado solo ni un momento.

Ni siquiera ahora.

Está tirando la basura acompañado por Mateo, mientras el resto de cabrones están en el salón, descansando de no hacer una mierda en todo el día.

Estoy de pie en una esquina de la entrada y veo a Tommy tumbado en el sofá con los pies sobre la mesita de café y una sonrisa despreocupada que me saca de quicio al instante.

Elliot está contándole una anécdota graciosa mientras se deja masajear la espalda por Emma, que también sonríe y se ríe cuando este gesticula y grita en las partes más emocionantes.

Tabatha es la única que no lo escucha porque está hablando por teléfono con alguien al otro lado del salón.

Pero a todos se les ve relajados, felices, como si no tuvieran nada de lo que preocuparse.

Me muerdo las mejillas.

Es increíble.

¿Acaso soy la única a la que esta actitud no le parece normal? ¿Qué saben ellos que yo no sepa? Ni siquiera tratan de disimular que no les importa en absoluto que la policía se haya llevado a Dylan.

No tratan de ocultar que les da igual que lleven dos semanas sin verlo.

Elliot ha aceptado de inmediato el puesto de segundo al mando y el resto parecen encantados de seguirle. Nadie se ha quejado ni ha dado ningún problema.

Y yo que pensaba que eran amigos de Dylan, que le tenían cariño… parece que me equivocaba.

Son todos unos hipócritas de mierda.

Y aunque sé que debería morderme la lengua, no puedo evitar dar un paso al frente y soltarlo en voz alta:

—Sois todos unos hipócritas de mierda.

Mi voz impacta en el salón justo en el momento en el que todo el mundo guarda silencio. Elliot es el primero en girar la cabeza hacia la entrada y dedicarme una sonrisa de dientes perfectos que hace que se le muevan las gafas.

Esos ojos azules que antes me parecían tan ideales, ahora me transmiten repulsión.

—Brook, hola, ¿cuánto llevas ahí?

—Ahórrate la falsa cortesía, Elliot, por favor —chisto y me doy un segundo para que noten en el ambiente toda la aversión que desprende mi cuerpo ahora mismo—. La verdad es que no me esperaba fueráis así de mierdas.

Emma se lleva una mano al pecho si acabara de darle un golpe.

—Guau, ¿me he perdido algo? —dice mirando primero a Elliot y después a Tommy, que se encoge de hombros como si tampoco

entendiera nada.

—A mí no me mires.

La rubia conecta sus ojos con los míos, desconcertada.

—¿Qué ha pasado, Brook?

Tiene que ser una maldita broma.

—No me llames Brook. Ese nombre solo pueden utilizarlo mis amigos y vosotros no sois mis amigos —Mis palabras salen más toscas de lo que pretendo. Ni siquiera estoy enfadada con ellos, simplemente me siento frustrada y necesito que alguien más comparta el sentimiento—. Bueno, por ser, no sois amigos de nadie más que de vosotros mismos.

—¿A qué te refieres con…? —Elliot ni siquiera llega a acabar la frase. Es un chico listo, sabe a lo que me refiero— ¿Esto es por lo de Dylan?

No digo nada.

No hace falta.

La respuesta es evidente.

Dios, de repente tengo ganas de llorar.

—¿Sabéis cuántos días llevo sin dormir pensando en lo que ha podido pasarle? —Ahora mi voz sale tan baja que ni siquiera estoy segura de que me escuchen bien, pero me da igual. Tengo que soltarlo— No tenéis ni idea de lo que es preocuparse por una persona. La impotencia que da no poder hacer nada por ayudarlo…

Todos guardan silencio.

Para este punto ya se tienen que haber dado cuenta de que mi relación con Dylan va más allá de ser la hija de su jefe. Nadie en su sano juicio estaría al borde del llanto por alguien que conoció hace menos de dos meses, no sin tener un vínculo emocional con esa persona.

Lo saben.

Y, sinceramente, no me importa.

Llevo días sin pegar ojo, ingiriendo una comida al día por necesidad y ocupando mi cabeza con pensamientos sobre Dylan. No salgo, no me relaciono, ni siquiera me dedico tiempo para pensar en mí misma y en mi futuro.

Todo lo que ronda mi mente es Dylan.

Necesito saber dónde está, si está bien, si va a volver…

Ya me estoy volviendo loca y solo han pasado dos semanas. ¿Cuánto más podré aguantar así?

Por un segundo creo ver preocupación en los ojos de Elliot.

—Brook, nosotros, no…

—Me dais asco —Niego con la cabeza—. A vuestro «amigo» se lo lleva la policía y a vosotros no os puede dar más igual. Estáis aquí, riéndoos y hablando como si no estuviera pasando nada. Sois unos hipócritas.

Emma deja caer las comisuras de los labios en un gesto triste.

—Brook… Brooklyn —Se corrige ella misma—. Creo que te estás confundiendo, esto no es lo que parece, nosotros…

—Emma —Ambas giramos la cabeza en dirección a Tommy. La mirada de advertencia que le lanza a la rubia es escalofriante, pero efectiva, porque Emma se calla de inmediato.

Esta vez es Tommy quien posa sus ojos sobre mí, aunque desearía que no lo hiciera.

Sus duras facciones hacen que quiera salir corriendo al instante. Quizás por eso él era a quien Dylan recurría cuando había que intimidar a alguien.

—Brooklyn —comienza—, sentimos que te sientas de esa forma respecto a nosotros. Créeme que nos preocupa Dylan tanto como a ti, pero ahora mismo no creo que sirva de nada montar un berrinche porque no está. Tenemos que seguir trabajando y haciendo nuestras vidas, al menos por ahora.

Tommy le da la vuelta a la situación y en un segundo paso de tener derecho a estar enfadada, a ser una maldita cría que solo estorba a los adultos.

Tengo ganas de ponerme a chillar y romper algo, pero eso no ayudaría a mi caso.

No es justo. No es justo que manipulen como me siento, así no es como debería funcionar esto.

Me queda claro que estoy sola en esto, que nadie va a entender mi punto de vista por más que me esfuerce… Tengo que

mantener la calma si quiero conservar la poca credibilidad que me queda.

Respiro hondo.

—¿Al menos puedes decirme si sabes algo de él?

Tommy aprieta los labios antes de negar con la cabeza. Va a añadir algo más, pero Tabatha lo corta.

—¿Nos vamos ya? —pregunta incorporándose a la escena. Parece que ha acabado su llamada y está lista para irse, pero nadie le hace caso.

Tabatha sigue la mirada de Emma hasta mí. Cuando me ve, sus ojos se iluminan.

—Oh, Brook, no te he visto entrar, ¿qué tal estás?

Emma le pega un codazo al instante para que se calle, pero Tabatha no entiende nada.

—¿Qué pasa?

Suspiro.

Esto es ridículo.

—Nada, no pasa absolutamente nada. Ese es el problema.

Ni siquiera les doy la oportunidad de volver a hablar, salgo del salón disparada hacia la salida.

Enseguida el aire de la noche me pone la piel de gallina y agradezco llevar puesta una sudadera vieja que estaba tirada en mi armario y cuya capucha uso para cubrir mi melena negra alborotada.

Me quedo quieta en la entrada, con la vista fija en el cielo.

¿Qué estoy haciendo?

En serio, ¿qué coño estoy haciendo?

Estoy perdiendo el norte de mi vida.

Ni siquiera me reconozco.

La Brooklyn de hace menos de dos menos jamás se hubiera imaginado convertida en un fantasma en pena por el mismo imbécil que la apunto con una navaja al segundo de conocerla.

Pero joder.

La Brooklyn de hace menos de dos meses tampoco se hubiera imaginado enamorada de ese mismo hombre.

Es eso entonces, ¿estoy enamorada de Dylan? ¿Por eso necesito verlo con todas mis fuerzas?

Me va a explotar la cabeza.

Hago el amago de volver a entrar en casa, cuando veo a Mateo y a Lewis acercarse por el asfalto.

Sé que está es mi oportunidad para abordar a Lewis o para al menos intentarlo, pero el ruido de la puerta que da al jardín, me distrae.

Mi primer instinto es esconderme detrás de unos arbustos.

Y menos mal que lo hago, porque los que atraviesan la puerta son Tabatha, Emma, Elliot y Tommy.

Escucho a Tommy gritarle algo a Mateo y Lewis. Los arbustos cortan parte de mi visión, pero sigo pudiendo ver el asfalto y como Mateo y Lewis esperan a que los demás lleguen a ellos.

Todos se quedan quietos un par de minutos ahí, cuchicheando sobre algo que no escucho bien. Segundos después, Tommy abre las puertas de su jeep y se hace a un lado para que el resto vaya subiendo. Incluidos Mateo y Lewis.

Arrugo las cejas.

¿A dónde van a estas horas?

Son casi la una de la madrugada.

Sé que no es al Galimateo porque ninguno va tan arreglado como la primera vez. De hecho, creo que Tabatha lleva hasta un chándal y unas chanclas.

Pero si no van de fiesta, ¿a dónde van?

La curiosidad hace que ni siquiera piense en que estoy en pijama escondida en mitad de los arbustos de mi entrada.

Esta tal vez sea mi única oportunidad para averiguar qué mierda me oculta todo el mundo.

Para averiguar dónde está Dylan.

Tengo que seguirlos.

4
BROOKLYN

No tengo ni idea de dónde estoy.

Creo que nunca había estado en esta parte de la ciudad, pero es difícil saberlo cuando fuera está tan oscuro.

Llevo casi una hora siguiendo al coche de Tommy por las calles desiertas de Beaufort y no ha sido hasta hace un par de minutos que se ha detenido frente a lo que creo que es una mansión.

Casi me ahogo cuando la he visto aparecer de la nada entre un montón de árboles enormes. Tommy ha cogido el camino de tierra que va hacia la montaña, pero he supuesto que solo era un atajo para llegar más rápido a su destino.

Me equivocaba.

Su destino es este.

Una mansión en mitad de la nada y a merced de los animales salvajes que acechan en la oscuridad de la noche.

Por un momento hasta me he planteado dar la vuelta y abandonar este plan absurdo y suicida, pero algo en mi interior me impulsaba a seguir.

Me cago en ese algo.

Ahora mi coche está aparcado un par de calles más abajo, mientras yo miro fascinada la mansión que tengo delante. Tommy y el resto han entrado hace poco, y quería esperar un tiempo prudencial antes de acercarme, pero no he podido resistirme.

Es preciosa.

Preciosa y enorme.

Está claro que la persona que vive aquí tiene dinero, ya no solo porque su casa es la única en kilómetros a la redonda que resurge entre un bosque majestuoso de pinos altísimos, sino porque parece un paraíso hecho de piedra que ocupa por lo menos dos o tres plantas de altura.

La luz de la luna que se refleja en los enormes ventanales de la primera planta, ya la convierte en un espectáculo de color, así que no me quiero imaginar como se verá por la mañana, a la luz del sol.

Es increíble.

Impone con solo mirarla.

¿De quién será? ¿A quién pueden conocer Tommy y los chicos, que viva aquí?

No tengo ni idea de lo que está pasando, pero está claro que no me he hecho todo este viaje para devolverme ahora.

Tengo que entrar.

Por eso cojo aire y me ajusto la capucha de la sudadera antes de acercarme con cuidado a la entrada.

Ni siquiera es difícil colarse en la propiedad. No tienen valla de entrada y el camino que da a la puerta principal se desvía en un punto hacia la parte trasera de la mansión, dándote acceso.

Es un poco como mi casa, solo que mi casa está en una urbanización protegida y no es una mansión en la que quieran colarse locas en sudadera.

Dios.

¿Por qué me encanta hacer estas tonterías?

El aire frío de la montaña me está congelando los párpados y me obligo a tomar una decisión rápida. No puedo pretender entrar por la puerta principal como si nada, así que mi única opción es intentar colocarme por detrás.

Tal vez sea un plan suicida, pero sinceramente, a estas alturas, es probable que ya esté jodida de todas formas.

Voy totalmente a ciegas.

No sé si tienen cámaras o cualquier otro sistema de seguridad enfocándome en este momento.

Estoy confiando en mis pasos sigilosos y en que la sudadera negra me camufle en la oscuridad de la noche. No llevo ningún arma. No tengo ningún tipo de protección contra peligros inesperados.

Ahora mismo soy literalmente un blanco fácil.

Pero no me importa.

Al menos no lo suficiente como para que no deje que mis pies me guíen por el jardín trasero, a través de la profunda piscina olímpica que hay justo en el centro y hacia las enormes puertas corredizas que dan acceso a la casa.

Me acerco con cuidado.

Estas no son las puertas de mi jardín. No están hechas a prueba de robos. Lo sé. Por lo que, a pesar de lo grandes y robustas que se ven, en teoría deberían ser más fáciles de abrir. Pero, ¿debería abrirlas?

Me está temblando la mano solo de pensar en intentarlo.

No sé qué hay al otro lado y tampoco sé si quiero saberlo.

Creo que nunca me había puesto en una situación tan incierta como esta. Ahora mismo podría haber un psicópata apuntándome con un arma desde el techo de la mansión y yo no lo sabría hasta que ya fuera demasiado tarde.

Quiero pensar que los chicos me protegerían en caso de peligro, pero a estas alturas ya ni siquiera estoy segura de si no son ellos el peligro.

Al fin y al cabo, ¿qué hacen en un sitio como este a estas horas de la madrugada?

Suspiro.

Quizás lo más seguro para mí sería volver a casa.

Y estoy a punto de hacerlo cuando percibo un movimiento a mis espaldas.

¿Qué ha sido…?

Antes de que pueda plantearme nada, noto el filo de una navaja rozándome la garganta. Un brazo me rodea la cintura por detrás y pega mi espalda contra un pecho suave y duro a la vez.

Mi primer instinto es gritar, pero en cuanto oigo esa voz masculina y ronca, me quedo sin aire.

—Yo que tú mantendría la boca cerrada —susurra cerca de mi oreja.

El ritmo de mi corazón aumenta de un segundo a otro.

¿Es…? No puede ser. No puede ser, ¿verdad?

No.

No.

Tengo que estar alucinando.

Pero esa fragancia… Joder, reconocería ese exquisito olor a jabón a kilómetros. Ese olor que hace que tenga ganas de dejarme caer en sus brazos y rozar mi piel contra la suya.

Creía que nunca volvería a inundar mis fosas nasales con ese aroma.

Suelto un sollozo involuntario y automáticamente el agarre en mi cintura se afloja. Tengo las extremidades paralizadas, pero aun así aprovecho ese momento para darme la vuelta lentamente.

Se me eriza la piel en cuanto doy de lleno con esa tormenta de ojos grises que tanto he echado de menos.

Pestañeo un par de veces para disipar la imagen.

Pero no se va. Sigue ahí. Es real.

—¿Dylan? —balbuceo.

No se mueve.

Tiene sus ojos fijos en los míos y la misma expresión vacía bajo la que tanto le gusta resguardarse. Por un segundo, creo que no me reconoce, al menos hasta que dice:

—¿Caramelito?

Y no aguanto más las ganas de lanzarme en sus brazos.

5
BROOKLYN

¿Alguna vez habéis pasado horas nadando en el mar con la sensación de que jamás ibáis a llegar a la orilla? ¿Esa sensación que exprime vuestros pulmones hasta que lo único en lo que podéis pensar es en cuánto tiempo os queda antes de ahogaros?

Creo que dejo de sentir esa sensación al instante en cuanto rodeo a Dylan con mis brazos.

El ruido de mi cabeza se detiene y me inunda una paz que no sentía desde hace más de dos semanas.

Al menos durante los primeros tres minutos en los que me grabo en las palmas de las manos el tacto tonificado y definido de la espalda de Dylan. Es como tocar tierra firme tras meses a la deriva.

Después vuelve a invadirme enseguida el mismo sentimiento amargo de antes.

Mi cuerpo se queda frío y tenso.

Casi como si pudiera percibir que algo no va bien.

Me separo un poco de Dylan para mirarlo directamente a esos ojos grises cuyo recuerdo me ha atormentado durante dos semanas.

Están exactamente igual que siempre.

O casi igual que siempre.

Ya no hay suavidad en ellos, lo único que percibo es esa frialdad inaccesible que solo se intensifica bajo la tétrica luz de la luna.

—¿Qué haces aquí? —pregunta en un tono severo y acusativo. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no venirme abajo en cuanto lo escucho.

¿Qué le pasa?

Frunzo el ceño.

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti. ¿De dónde has salido?

—¿Brooky?

Giro la cabeza hacia los ventanales ante la mención de mi nombre y se me escapa un jadeo involuntario al ver ante mis ojos la imagen perfecta de Asher Wolf.

¿Qué cojones…?

—¿Asher?

Ha aparecido la nada y ahora se acerca a nosotros con esa sonrisa pedante que tanto lo caracteriza. Ni siquiera se inmuta ante mi evidente conmoción, camina con la espalda recta y las manos metidas en los bolsillos de su carísimo traje azul.

Creo que tengo que haberme dado un golpe en la cabeza y ahora estoy alucinando.

No puede ser.

Es imposible.

—¿Sorprendida?

—¿Qué…? ¿Cómo…? ¿De dónde…? ¿Qué?

Asher sonríe con más ganas.

Parece que mi desconcierto le hace gracia.

Como siempre.

—Me encanta —Sus ojos azules brillan con una emoción que no consigo identificar a la primera. No decae cuando gira la cabeza hacia Dylan y dice—: Ya estamos todos.

Yo también vuelvo a posar la vista sobre Dylan.

A diferencia del rubio, él no parece para nada emocionado con lo que sea que esté pasando. De hecho, creo que está más pálido que hace un par de minutos.

—Esto no es bueno.

Asher se encoge de hombros.

—¿Por qué no?

De un segundo para otro, empiezan a aparecer todos. Emma y Tabatha son las primeras en colocarse en mi campo visual, seguidas de Tommy, Mateo y Lewis.

Mi cabeza va de una cara a otra incapaz de procesar lo que está pasando.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Tommy con el mismo tono acusativo que ha usado antes Dylan.

—Nos has seguido, ¿verdad? —Elliot ni siquiera espera a que le responda, simplemente se gira hacia Tommy y suelta—: Te dije que alguien nos estaba siguiendo.

Asher niega.

—¿Y vosotros sois agentes del FBI?

Me va a explotar la cabeza.

Por cojones tengo que haberme dado un golpe al entrar. No entiendo nada.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —pregunto hacia nadie en concreto—. ¿Se puede saber qué significa esto?

Nadie dice nada.

Pero porque nadie me está prestando atención.

Todos están discutiendo entre ellos de quién es la culpa de que yo esté aquí ahora. Tan solo guardan silencio cuando es la voz de Dylan la que se abre paso.

—Ella no puede estar aquí —suelta agarrándose el puente de la nariz—. Tendríais que haber tenido más cuidado.

—¡Y lo hemos tenido! —se excusa Emma.

—No lo suficiente.

—Te lo juro. ¿Quién iba a pensar que podía pasar tan desapercibida?

—Es hija de Davis, ¿qué te esperabas? ¿Qué no supiera esconderse?

Estoy alucinando.

—¿Hola? —Digo moviendo los brazos en el aire para ver si alguien se digna a mirarme— ¿Alguien va a responderme?

Nada.

Ni siquiera Dylan me mira, parece demasiado ocupado perdido en sus pensamientos. Se le está marcando tanto la vena de la frente que tengo miedo de que pete.

—Que esté aquí podría poner en peligro todo. ¿Acaso no entendéis lo delicada que es esta situación?

—¿Me estáis vacilando o qué? —gruño y, aunque esta vez consigo captar la atención de Lewis y Mateo, eso solo me dura un par de segundos antes de que vuelvan a Dylan.

Asher suelta una carcajada sonora que hace que me hierva la sangre.

No sé qué mierda está pasando aquí, pero está claro que para ellos no soy más que una niña tonta que ahora les supone un problema.

No van a darme respuestas.

Se están riendo de mí en mi cara.

Que les den por el culo.

—Yo me piro.

Eso es todo lo que necesito decir para que Dylan pose sus ojos en mí por primera vez en un rato.

Pero a mí ya no me interesa tener su atención.

Lo esquivo dispuesta a salir de aquí cuanto antes.

No me esperaba que volver a verlo se sintiera como una patada en el pecho. Me falta más el aire que cuando lo vi desaparecer ante mis ojos y no regresar.

Da igual lo cerca que lo tenga ahora, sigue pareciéndome estar a mucha distancia.

Él no es él.

Creía que había estado tan preocupado por mí como yo por él, pero me equivocaba.

No quiere verme.

No con las mismas ganas con las que yo quería verlo, independientemente de la incertidumbre que me cause esta situación.

Tal vez mi padre tenga razón.

Tal vez Dylan no sea trigo limpio.

¿Por qué si no iba a estar libre y no venir a buscar a la chica por la que paso semanas arriesgando su puesto de trabajo?

Quizás al final todo fue una tonta ilusión que yo misma cree en mi cabeza.

Quizás Dylan buscaba otra cosa y yo no le importo una mierda.

—Joder —Maldice en voz baja justo cuando ya he dado un par de pasos lejos de él.

Lo siguiente no me lo espero.

Dylan corre para ponerse delante de mí y cortarme el paso. Ni siquiera me da tiempo a abrir la boca, me coge por las piernas y me tira sobre sus hombros como si fuera un saco de patatas.

Lo voy a matar.

—¡¿Se puede saber qué coño haces?! —chillo y empiezo a pegarle golpes en la espalda.

—Lo siento, pero ahora ya no puedes irte.

No sé qué pretende y tampoco pienso quedarme a averiguarlo. Ya no.

Le pego con todas mis fuerzas para que vuelva a dejarme en el suelo, pero él ni siquiera se inmuta, comienza a caminar en dirección a las puertas corredizas y todos lo siguen.

Pataleo y me quejo, pero no sirve de nada.

Es como pelear contra una pared.

Traspasa las puertas corredizas y pasamos de estar iluminados por las luces de la piscina, a estar iluminados por una luz tenue que viene del techo.

Por lo que veo, las puertas dan directamente a un enorme salón del que solo consigo captar un sofá de cuatro plazas, una mesa de comedor estilo nórdico y una lámpara de lava que hay en una esquina.

Dylan no me deja apreciar el resto. En esta posición lo único que veo con seguridad es su culo.

Su perfecto y redondito culo.

Joder, cómo se nota que entrena.

—Dylan te lo juro, como no me bajes ahora mismo… —Por un segundo me desespero y empiezo a pegarle varios golpes seguidos que estoy segura de que siente.

Quiero que me baje.

Empiezo a notar cómo se me acumula toda la sangre en la cabeza, y sé que si no me deja pronto en el suelo, es probable que pierda el conocimiento; o peor, que vomite.

Qué asco.

—Si sigues dándome en la espalda, te voy a dar yo en otro sitio. Estate quieta —susurra, aunque lo escucho perfectamente.

Levanto un poco la cabeza para comprobar si los chicos lo han escuchado también, pero siguen discutiendo entre ellos sobre de quién es la culpa de que yo esté aquí. El único que parece atento a nosotros es Asher, que me guiña un ojo en señal de complicidad.

El calor tiñe mis mejillas casi al instante y tengo ganas de esfumarme en el aire, pero no puedo.

No es hasta que nos paramos delante de una puerta blanca en mitad del pasillo, que Dylan se digna a dejarme en el suelo de nuevo. Quiero salir corriendo, pero él es más rápido que yo y me sujeta de la cintura antes de que me lo plantee.

—Que nadie nos interrumpa —le dice a Asher y a continuación abre la puerta blanca, nos mete dentro y vuelve a cerrarla.

En cuanto se despista un segundo, aprovecho para librarme de su agarre.

—Maldito imbécil —murmuro.

—Te he oído.

—Lo sé.

Es imposible que no lo haga en un espacio tan diminuto como este.

Estamos en un despacho que probablemente ocupa lo mismo que mi baño más pequeño. Tan solo hay un sofá de dos plazas y un escritorio negro con una silla a juego. Supongo que el ventanal que ocupa la pared del final funciona estratégicamente para que dé la sensación de que la habitación es más grande, pero el librero que hay justo al lado de la puerta, se carga la idea.

Es demasiado grande para quedar bien aquí.

Miro el sofá de dos plazas y no lo pienso ni un segundo antes de sentarme. Sé que Dylan va a retenerme aquí hasta que le salga de los cojones, así que más vale que me acomode.

—¿Desde cuándo eres tan amiguito de Asher? —pregunto mientras me dejo caer contra los mullidos cojines.

Dylan se apoya en el escritorio justo frente al sofá. No aparta sus ojos de mí, pero tampoco dice nada.

Trago saliva.

Bajo la luz blanca del despacho, veo mucho mejor esas facciones que llevan semanas atormentando mis pensamientos. Sus cejas, más pobladas y oscuras, intensifican el tono claro de sus ojos y me atrapan como el peligro de quedarse mirando una pantera cuando tu cuerpo te grita que corras.

No ayuda que también le haya crecido la barba. Hace que su mandíbula parezca más definida y afilada de lo normal.

Se supone que debería verse horrible con los círculos oscuros que se le han formado bajo los ojos y el pelo negro desordenado que le cae por la frente, pero no.

Está mucho más guapo que la última vez que lo vi.

Más fuerte.

Más sexy.

Grita sexo y peligro por cada uno de sus poros.

—¿Cómo vas con esas heridas?

Mueve la cabeza para señalar las pequeñas heridas que sigo teniendo en el rostro y automáticamente aparto la mirada.

No sé por qué, pero me da vergüenza que las vea, que mire las horribles marcas que me dejaron esos desgraciados.

Ya las vio en su momento, pero ahora es diferente. Ahora no estoy hablando con el Dylan que me salvó aquella noche… O al menos eso creo.

Ya no consigo ver la grieta en su fachada inaccesible.

Me cruzo de brazos y sigo sin mirarlo.

—¿Te importa?

—¿Por qué no iba a importarme?

Porque yo no te importo.

Es una realidad.

Si no, hubiera venido a buscarme en cuanto lo dejaron libre. Hubiera venido a ver cómo estaba, a tranquilizar mi corazón acelerado…

Pensar en cuánto tiempo debe llevar aquí, ignorando mi existencia, solo hace que me hierva la sangre. Esta vez sí que lo miro, pero para que pueda ver el fuego que arde en mis ojos.

Me sorprende un poco que él ya esté mirándome con la misma intensidad.

—¿Vas a decirme de una vez qué mierda ocurre aquí o puedo irme? —escupo.

Dylan no dice nada inmediatamente.

Se pierde un segundo en sus pensamientos, seguramente debatiendo si vale la pena contarme lo que ocurre o no. Al final, parece que opta por la opción más razonable, porque suspira y vuelve a conectar su mirada con la mía para decir:

—Creemos que tu padre puede tener algo que ver con los asesinatos y el robo de la gala benéfica de Lennox.

—¿Perdón?

Me pongo recta en el sofá. De repente, estoy super atenta.

—Tu padre, creemos que es…

—Te he escuchado, pero ¿por qué mierda creéis eso?

De todas las cosas que esperaba que me dijera, esta era la última, lo juro.

¿Mi padre un ladrón y un asesino? ¿Qué? Quiero decir, está claro que nos está ocultando algo a todos, pero pondría mi mano en el fuego a que no es esto.

Es imposible.

Mi padre preferiría ponerse un chándal viejo, antes que manchar su perfecto historial.

Tengo que haberlo entendido mal.

Dylan se cruza de brazos haciendo que se le marquen los músculos a través de su camiseta negra. Respiro hondo para calmar la repentina ola hormonal que recorre mis partes bajas.

Por suerte, él no parece darse cuenta del efecto que causa en mí porque mantiene sus cejas arrugadas en señal de concentración.

—Bueno, en realidad ahora mismo son solo suposiciones. Estamos investigando.

—¿Con mi padre como vuestro principal sospechoso? Me tienes que estar vacilando.

—No espero que lo entiendas.

Clavo las uñas en el sofá, tratando de mantener la compostura.

—¿No crees que exageras un poco? Quiero decir, vale que mi padre es un poco cabrón, pero de ahí a acusarlo de robo y asesinato solo porque estás resentido…

—No estoy resentido —ladra y tengo ganas de poner los ojos en blanco—. Solo trabajo con lo que las pruebas indican. Soy un agente, no una adolescente vengativa.

Me pregunto qué pruebas debe tener ahora mismo como para acusar a mi padre de algo tan grave.

¿Acaso ha encontrado algún vinculante o de verdad son solo suposiciones basadas en lo que él cree que está pasando?

Niego con la cabeza.

Lo más gracioso de todo es que mi padre lo esté acusando a él de lo mismo. Ambos se están echando a los leones ahora mismo y solo uno puede salir con vida.

Me encantaría saber lo que tienen el uno contra el otro, todas las pruebas y bases de las sospechas, pero sé que si Dylan no me ha dado detalles todavía, es porque no se le pasa por la cabeza hacerlo; igual que a mi padre.

Intentar sonsacarles algún tipo de información al respecto, sería como tratar de mover sola un tanque muy pesado.

Imposible.

—Yo también creo que mi padre oculta algo —admito por primera vez en voz alta. Ni siquiera sé por qué lo hago, quizás porque quiero ser justa o tal vez simplemente porque necesito que Dylan sepa de alguna forma que estoy con él, que no estamos completamente desconectados a pesar de todo—, pero ¿un asesinato? Por Dios, te estás pasando.

—¿Crees que tu padre oculta algo?

—Bueno, está claro que muy inocente no parece ahora mismo.

—Ya veo… —dice y no sé cómo tomarme que ni siquiera pestañee o haga algún gesto con el rostro—. Bueno, de todas formas, no puedo descartarlo, ni a él ni a nadie. No en la situación en la que me encuentro.

Alzo una ceja.

—¿Qué situación es esa exactamente?

—Me han despedido y me han suspendido la placa. Estoy vigilado por todas partes, no puedo salir de Beaufort hasta que toda esta mierda se resuelva.

Asiento lentamente.

Mierda.

Tengo que reconocer que es una putada lo que le han hecho, pero tiene todo el sentido teniendo en cuenta que supuestamente lo acusan de falsificar pruebas.

Aunque esto último no lo digo.

—¿Por eso has reclutado a tus amiguitos? —pregunto con algo de sorna—. Para que te soplen información del FBI y de mi padre en secreto, eso no es muy legal viniendo de ti.

Por primera vez desde que he llegado, Dylan me deja ver esa media sonrisa que me saca el aire.

—¿Vas a delatarme, caramelito?

Volver a escuchar ese mote activa las mariposas de mi estómago. Tengo que reconocer que al principio lo odiaba, pero ahora es un recuerdo del Dylan de siempre.

—Yo no he dicho eso… —Agacho la cabeza cuando empiezo a notar mis mejillas arder. Ni siquiera sé por qué me siento tan tímida ahora... Trato de cambiar de tema—. ¿Y qué pinta Asher en todo esto? ¿No estaba en la cárcel?

—Su hermanito le ha pagado la fianza y, mientras está a la espera del juicio, ha alquilado esta casa conmigo y estamos colaborando para averiguar qué está pasando.

—Ja, esto sí que no me lo esperaba.

¿Asher y Dylan colaborando juntos?

Por favor, si hace dos semanas Dylan no hubiera dudado en meterle un tiro en el pecho. Esto es surrealista como poco.

—El odio por tu padre une bastante.

Esta vez sí que pongo los ojos en blanco.

Mi padre no es culpable, pero tampoco creo que lo sean Dylan y Asher. Lo que sí creo es que aquí hay un malentendido de cojones infundado por el hecho de que los tres se odian mutuamente.

Y eso solo va a conseguir que alguno acabe muy mal.

Por eso, necesito averiguar qué está ocurriendo de verdad antes de que alguien haga algo de lo que pueda arrepentirse.

—¿Puedo ayudar yo también? —Ni siquiera lo pienso.

Dylan está tan sorprendido como yo.

—¿Tú?

—Sí, puedo ser muy útil. Soy hija de Nil Davis.

—Precisamente por eso no deberías ni estar aquí.

Arrugo la cara.

—¿Qué pasa, no te fías de mí?

—Yo no he dicho eso.

—Como si lo hubieras hecho.

—Escucha, caramelito —Su tono se suaviza tanto que es como si me hipnotizara—. No puedo dejar que nadie que esté relacionado con Nil se acerque a mi misión, de hecho, ya sabes demasiado y ni siquiera sé si puedo fiarme. Después de todo, eres la niñita de papá.

La niñita de papá.

Joder.

Está claro que hay cosas que nunca cambian, pero no soy la niñita de papá. Ya no.

—No tienes más remedio que fiarte de mí ahora. ¿Qué vas a hacer, secuestrarme?

Dylan se queda en silencio, mirándome.

Y por un segundo creo que se lo está planteando de verdad, pero no me da tiempo a preguntárselo, porque comienza a acercarse al sofá a paso firme y mi corazón y mi cerebro colapsan.

De repente me quedo paralizada y lo único que puedo hacer es mirar como se agacha frente a mí sin apartar sus ojos grises de los míos.

No me toca.

Ni siquiera me roza.

Pero irradia una energía tan fuerte que siento el tacto caliente de su piel contra la mía.

—La verdad es que el secuestro no es mala idea —dice y su tono bajo acentúa la gravedad de su voz—. Necesitamos ocupar el sótano.

Trago saliva.

—Me estás vacilando?

Dylan suelta una risa ronca que manda un escalofrío por mi espalda.

—Estoy de tu lado, Dylan —digo y soy completamente sincera—. Déjame ayudar, por favor, no me apartes.

Antes de que Dylan pueda reaccionar de ninguna forma, la puerta se abre de golpe y aparece una chica que no había visto en mi vida.

—Dylan, cariño, me han dicho que estabas aquí… —Se calla en cuanto me ve.

Nuestros ojos conectan al instante y ambas torcemos el gesto.

¿Quién coño es ella?

6
BROOKLYN

Dylan tiene una exnovia.

Dylan tiene una exnovia.

Y es la mujer más guapa que he visto en Beaufort. Creía que Makeila se había quedado con ese puesto, pero me equivocaba.

África Montgomery la supera con creces.

Joder, hasta su nombre suena como una película de Hollywood.

—Sigo sin entender qué pinta ella aquí —Le susurra Emma a Tabatha en un tono que deja entrever su descontento.

Se me han colocado una a cada lado en el sofá grande del salón, así que por más que intente evadir su conversación, no puedo. Están literalmente hablando por encima de mí.

Aunque tengo que reconocer que mi atención tampoco está del todo con ellas.

No cuando a unos metros frente a mí, África le acomoda el pelo a Dylan en un gesto tan delicado que me saca de quicio.

¿Por qué cojones le acomoda el pelo?

¿Quién le ha dado ese derecho?

Lleva por lo menos veinte minutos desde que volvimos del mini despacho, acaparando la atención de Dylan. Hablándole, sonriéndole, aprovechando cada maldita oportunidad para tocarlo.

Como ahora.

Ha pasado de acariciarle el pelo, a recorrer con sutileza la curva de su cuello hasta acabar en sus hombros. Y ahí se ha quedado. Palpando la rugosidad de su piel delante de mis narices.

Esta chica tiene que tener un problema en las manos, porque está claro que no puede dejarlas quietas.

—¿Te refieres a África? —Tabatha también tiene sus ojos puestos en la parejita—. Bueno, trabaja para el departamento del

FBI de Alabama, así que está aprovechando sus contactos para ayudar a Dylan con su caso. Ya sabes que son buenos amigos.

Emma hace una mueca.

—No me cae bien —dice.

A mí tampoco, pienso, pero en lugar de soltar eso, decido mantener la mente fría y girarme hacia Emma para preguntar:

—¿Por qué no?

A todos parece caerle bien África.

Desde que entramos en el salón, los chicos orbitan a su alrededor como polillas atraídas por la luz.

Dylan incluido.

Y no lo culpo. ¿Cómo podría? África tiene el tipo de sonrisa por la que un hombre iría a la guerra. Creo que toda ella es una gran razón por la que morir en las trincheras, por la que luchar hasta que el alma desista… Es la viva imagen de una afrodita moderna.

Bajita y con curvas, capaz de arrodillar a un ejército. La combinación de su piel oscura, su melena negra larga y rizada y sus ojos verdes, solo consigue atraer más la atención hacia su perfecto rostro; con esa nariz respingona y esos labios carnosos que ni yo puedo dejar de mirar.

Grita peligro por todas partes, igual que Dylan. Peligro y poder. Una mujer que viste de traje y tiene las ideas claras.

No puedes meterte con ella sin salir quemado.

No puedes ganar.

Eso es lo que grita.

Y joder, si el tonto de Asher no me hubiera soltado que es la exnovia de Dylan nada más poner un pie en el salón, probablemente yo también estaría babeando por ella.

—Porque le rompió el corazón a mi amigo —responde Emma con el ceño fruncido en dirección a África—. Nunca perdonaré lo que le hizo sufrir.

Veo a Tabatha poner los ojos en blanco.

—Estás exagerando.

—¿Exagerando? —Emma se tira por encima de mí, sacándome el aire del pecho. Todo para que Tabatha pueda ver la indignación reflejada en su rostro—. Dylan se pasó semanas sin

hablar con nadie, con un humor de perros y cara de estarse muriendo por dentro. ¿Te parece que odiar a la persona que le hizo eso es exagerar?

Vuelvo a girar la cabeza hacia Dylan y África.

Él está apoyado contra la mesa del comedor mirándola reírse a carcajadas de alguna tontería que acaba de soltar Mateo por la boca. El cariño que detecto en los ojos grises de Dylan es tan genuino que hace que lo que cuenta Emma parezca una locura. ¿De verdad África le rompió el corazón?

Una sensación extraña me oprime el pecho de repente.

—Dylan debía quererla mucho —hablo sin pensar, aunque no sé si acierto soltando esa frase en pasado.

¿Debía? Joder, la simple idea de que Dylan pueda seguir queriéndola me provoca arcadas.

Aunque eso explicaría por qué se muestra siempre tan inaccesible conmigo, porqué no ha sentido la misma necesidad de buscarme que he sentido yo durante dos semanas.

Soy una imbécil.

—Eso ha quedado en el pasado —Me asegura Tabatha como si pudiera escuchar mis pensamientos intrusivos—. Ahora Dylan no la ve más que como una muy buena amiga.

Emma no parece muy convencida.

—Ya…

—Anda, vamos.

Ambas se levantan del sofá para acercarse a los demás y yo me quedo sola, observando la escena como si no formara parte de ella.

¿Realmente formo parte de ella?

Después de todo no soy más que una invitada inesperada.

Una intrusa.

Todos han recibido un pase para estar aquí, para ser parte del grupo. Todos menos yo. Y empiezo a entender por qué.

No me necesitan.

Dylan no me necesita.

No cuando ya tiene a África.

Aprieto los puños cuando la veo inclinarse hacia él para susurrarle alguna mierda que no puedo escuchar desde aquí.

—Yo que tú cambiaría esa carita de celosa, Brooky —La voz de Asher cerca de mi oreja hace que pegue un bote en el sofá. Está inclinado por detrás de mí, cargando el ambiente con su carísima colonia *Clive Christian*—. No te ayudas en nada.

Ni siquiera hago el esfuerzo de girarme para mirarlo o de apartarme para que su pelo rubio no roce mi mejilla. No me muevo. Con Asher Wolf no sirve de nada intentar huir.

Si quiere tocarme los cojones, lo va a hacer.

—No sé de qué hablas —digo entre dientes mientras me cruzo de brazos.

—Yo lo digo por ti —continúa y siento su sonrisita incluso sin verla del todo—. Así solo conseguirás que no te preste atención. Tienes que jugar de otra forma.

Arrugo las cejas.

Y estoy a punto de preguntarle a qué mierda se refiere con eso, cuando me coge de la barbilla y me gira la cabeza hacia él.

Nuestras caras quedan tan cerca que noto el calor invadir mis mejillas antes incluso de enfocar sus ojitos azules.

Joder.

Asher es muy guapo, pero también es un mujeriego de manual.

Lo sé porque con un simple movimiento ha puesto a temblar hasta la última de mis extremidades. No le ha hecho falta decir mucho, con un gesto y esa maldita media sonrisa, le ha sido suficiente para captar mi atención.

—¿Se puede saber qué…?

—*Shh.* Relájate, preciosa.

Estoy confusa.

Confusa como la mierda.

Y quiero apartarme de él, pero no puedo. Asher tiene algo que me paraliza.

Es por eso que cuando su boca se va acercando poco a poco a la mía, lo único que puedo hacer es abrir los ojos de par en par.

¿No irá a…?

—Es hora de irse —El tono brusco de Dylan me saca del encanto de Wolf casi de inmediato. Está de pie frente a nosotros, con esa maldita oscuridad bañando de nuevo su mirada—. Se está haciendo tarde.

¿Cuándo se ha movido de su sitio?

—Cierto, es hora de volver a casa, Brooky —Asher ni siquiera se inmuta. Le da igual que ahora mismo Dylan parezca querer aplastar su cabeza contra el suelo, el sosiego es todo lo que tiñe su expresión—. A estas horas solo están despiertos los niños malos.

—¿Qué…?

Antes de que pueda acabar la frase, ya se está alejando de mí. Y en el fondo sé que es porque ya ha conseguido lo que quería: cabrear a Dylan.

El pelinegro está tan sereno frente al sofá que no tengo ni idea de qué hacer ahora.

Cualquiera diría que no le pasa nada, pero noto ese fuego tóxico que lo envuelve. Tiene el cuerpo tenso y la mandíbula apretada.

Se queda ahí un par de segundos, con sus ojos clavados en mí, perforándome, y después se da la vuelta y se va. Sin más. Solo eso.

No entiendo nada de lo que acaba de pasar.

7
BROOKLYN

—Pero, ¿por qué no? —Bufo y Lewis pone los ojos en blanco por quinta vez consecutiva.

Creía que era imposible sacar de quicio a alguien tan pacífico como él, pero está claro que tengo un don innato para probar los límites de la gente.

Hace una hora que estoy en el jardín, acosándolo y puedo decir que ya he conseguido sacar a relucir su instinto asesino. Juraría que justo antes de acabar su prueba de disparo con Elliot, ha estado a punto de girarse hacia mí y dar en el blanco de mi frente.

Lo reconozco.

Soy una pesada de mierda.

Pero necesito que me ayude.

Por eso ahora lo sigo como un perrito mientras recoge la zona de disparo y le reza a Dios para me atragante con mi propia saliva. Ya son casi la una de la madrugada, así que nos hemos quedado solos bajo la luz cegadora de la luna llena. El silencio ensordecedor hace que destaque más el sonido de los grillos traviesos y de mi chirriante voz.

—Por favor, Brooklyn, no insistas —La voz de Lewis sale en un suspiro cansado mientras se agacha para coger sus gafas de protección del suelo—. Es muy mala idea.

—No es muy mala idea —miento—. Solo te estoy pidiendo que trabajemos juntos.

Lewis deja las gafas junto a los cascos de tiro en una mesa llena de papeles que todavía no han quitado de aquí, y se gira para mirarme.

—Sí, me estás pidiendo que trabajemos juntos a espaldas del agente Blake, para investigar algo que ya estamos investigando con los demás.

Pongo los ojos en blanco.

—No es lo mismo. No te estoy pidiendo que dejes de lado a Dylan para investigar por nuestra cuenta, solo te estoy pidiendo que me ayudes a demostrarle que mi padre no debería ser su objetivo principal y que puede fiarse tanto de él como de mí.

Sobre todo de mí.

No sé qué le ha dado a Dylan con mi padre, pero si su nueva obsesión con él es un obstáculo para que vuelva a confiar en mí, entonces pienso quitarme ese obstáculo de en medio me cueste lo que me cueste.

Y la mejor forma de hacerlo es resolviendo de una vez por todas el maldito caso por el que han estado todo el verano dándose piñazos.

—¿Cómo estás tan segura de que tu padre no tiene nada que ver?

Las palabras de Lewis me hacen detenerme un segundo.

—Bueno… no es que esté segura, segura, quiero decir… creo que está metido en algún asunto peliagudo, pero no creo que sea tan culpable como vosotros creéis.

Lewis no dice nada.

Solo aprieta los labios y me dedica esa mirada de «pobre niña tonta» que estoy tan acostumbrada a recibir de todos.

Hago un esfuerzo por ignorarla cuando digo:

—Escucha. Simplemente creo que hay más de lo que se muestra, ¿vale? Yo solo quiero saber la verdad, sin prejuzgar a nadie. Le estáis haciendo a mi padre lo mismo que él le hacía a Asher y eso tampoco está bien.

—Bueno, en eso tienes razón —admite, pasándose la mano por los rizos. Hace un poco de viento y entre eso y que lleva aquí toda la tarde, ya los tiene prácticamente deshechos—, pero no sé, no sé, no me líes —niega con la cabeza—. Si Blake se entera de que te estoy metiendo en terreno peligroso, soy hombre muerto.

Bufo.

—Venga ya, Lewis. Dylan no se va a enterar, te lo prometo.

Él no da su brazo a torcer.

—No insistas.

Se vuelve a dar la vuelta y comienza a guardar el equipo de disparo en un estuche de seguridad que reservan especialmente para los novatos. Cuando sus dedos rozan la pistola con la que ha entrenado hoy, veo que vacila un segundo y después alza la vista hasta la diana en forma de persona que hay un par de metros más allá.

Yo hago lo mismo.

He observado su entrenamiento de hoy y no se puede decir que haya mejorado mucho desde que lo vi entrenar con Dylan por primera vez. De hecho, creo que incluso podría haber empeorado.

Échale la culpa a las capacidades de Elliot para enseñar, a la falta de habilidad para disparar de Lewis o a lo que quieras, pero la cosa es que no puede permitirse seguir fallando.

Lo sé.

Las pruebas para agente de campo son a finales de año y al verano ya no le queda mucho para acabar.

O estás listo ya para pasar la prueba de disparo o estás jodido.

Y Lewis es muy consciente de ello.

De repente, una idea me ilumina la mente.

—Yo puedo ayudarte —digo sin pensar—. Si me ayudas, claro.

Lewis se gira más rápido de lo que esperaba. Su ceño fruncido no me pilla por sorpresa.

—¿Perdón?

Tomo aire.

—Piénsalo. Se me da bien disparar, ya lo viste —No tengo ni idea de lo que digo, pero no puedo echarme atrás ahora—. Quizás lo que necesitas es otra persona que te enseñe. Alguien con una perspectiva más fresca. Podría ayudarte a pasar tu prueba, si tu me echas una mano con la investigación.

Por un segundo creo que Lewis va a reírse de mí en mi cara y después va a mandarme a la mierda, pero eso no ocurre. Su expresión imperturbable me hace removerme incómoda en el sitio.

—¿Qué sabes tú de disparar al blanco? —pregunta tras lo que creo que es una eternidad.

—Bueno, ya lo viste, le dí en la cabeza a la diana aquella vez que me dejaste la pistola.

Todavía recuerdo la adrenalina que me recorrió el cuerpo al coger una pistola después de casi un año. Es como si mi cuerpo hubiera estado esperando todo ese tiempo para volver a sentir que tenía el control.

El tiro al blanco relaja mi mente.

Pero eso es algo que nunca quise admitir delante de Blue por miedo a que pusiera fin a nuestras clases. Y aunque tampoco pienso admitirlo delante de Lewis, sé a lo que se refiere cuando me pregunta *qué* sé.

—Además, entre tú y yo —continuo—. Estuve tiempo tomando clases de tiro al blanco, sé lo que me hago y sé que puedo ayudarte. Créeme.

Lewis no parece muy convencido.

Y yo tampoco.

Pero esta es mi última carta, y una Davis siempre se asegura de usar todas sus cartas antes de encontrar una forma de hacer trampas.

—Sé lo que estás haciendo —chista Lewis alternando la vista entre la Diana y yo.

—¿Y funciona?

Silencio.

Su cuerpo delgaducho no se tambalea ni con el viento frío de la noche.

—Por desgracia sí —suspira y se me escapa un gritito de emoción que me delata.

Corro hacia Lewis sin borrar mi sonrisa.

—Dios, gracias, gracias. Te prometo que no te vas a arrepentir.

—Bueno, a ver —Me detiene con la mano—, te ayudaré, pero con una condición.

—La que sea.

—Nadie puede enterarse de nada de esto. Ni de que yo te estoy ayudando a ti, ni de que tú me estás ayudando a mí. Blake y

tu padre me matarían si supieran que te estoy poniendo en peligro, así que ni mu, por favor. ¿Vale?

Asiento.

—Claro como el agua.

Lo entiendo perfectamente.

Ahora mismo el que más en riesgo se está poniendo es él, después de todo, es a él a quien le cortarían la cabeza si esto sale a la luz.

Al menos mi padre sí.

De Dylan ya no estoy tan segura.

Pero no digo nada.

No voy a discutir de tonterías con Lewis cuando por fin lo tengo de mi lado.

—Ahora vete a dormir antes de que salga tu padre y nos pille aquí —Me pide con una media sonrisa que me deja entrever su dentadura torcida e infantil.

—¡Eres el mejor Lewis! —digo y le doy un beso rápido en la mejilla antes de salir corriendo en dirección a las puertas corredizas. Estoy segura de que se ha puesto como un tomate, pero no me doy la oportunidad de hacerle pasar la vergüenza de verlo—. ¡Hasta mañana!

Cuando entro en casa me recibe el pacífico silencio de los que duermen placidamente en su cama y casi tengo ganas de sonreír.

Este es el mejor momento del día.

Nada de agentes paseándose por cada maldita esquina.

Nada de voces gritando incoherencias de punta a punta.

Tan solo la paz de ser la única cuya voz se escucha mientras me dirijo a las escaleras. Eso y el ruido de cajones abriéndose en el despacho de mi padre.

Espera.

Vuelvo a bajar un par de escalones. Automáticamente mi vista se fija en la puerta cerrada del despacho de mi padre.

Al principio no vuelvo a escuchar nada.

Y estoy a punto de autoconvencerme de que es producto de mi mente cansada y subir a mi habitación, pero tres segundos

después ahí está de nuevo. El claro sonido de la madera gastada de los cajones abriéndose y cerrándose con fuerza.

Abro los ojos de golpe.

Hay alguien en el despacho de mi padre.

Pero, ¿quién?

Sé de buena tinta que mi padre está en su cama durmiendo. Conozco sus escrupulosos horarios de sueño y a no ser que lo despierten de mala forma —como yo hace un par de noches—, nunca se levantaría.

¿Entonces quién es?

¿Blue? Es la única autorizada para entrar en el despacho de mi padre sin que él esté, pero no sé…

Mi corazón se acelera tanto en un par de segundos que estoy casi segura de que no es ella. Tiene que ser alguien más y debería ir a comprobar quién, pero estoy de pie al final de las escaleras, con ambas manos sujetas de la barandilla y creo que soy incapaz de moverme.

¿Debería ir a por Lewis?

No, no puedo molestarle con esto también y arriesgarme a buscarle un problema si no se trata de un intruso. Ya me ha costado que accediera a ayudarme, no quiero fastidiarla ahora.

Pero ¿y si de verdad es un intruso? ¿Y si es la persona que intentó dispararme desde mi tejado o alguno de los que me agredieron en la feria?

El grandullón de la discoteca o el maldito inglés que conocí jugando a billar en el sótano de Makeila.

El simple pensamiento me hace hiperventilar.

Todavía recuerdo los ojos negros y profundos del inglés la noche de la fería. Estaban llenos de rabia, de asco… Eran escalofriantes, tanto, que al principio ni siquiera los reconocí.

No, no, no.

Antes de esos incidentes hubiera entrado en el despacho de mi padre sin pensarlo y me hubiera enfrentado a quien sea que esté dentro. No puedo dejar que unos imbéciles me anulen y me hagan sentir pequeña.

Me niego.

Respiro profundamente y me obligo a soltarme de la barandilla y dar un paso en dirección al despacho.

Seguro que no es nada, seguro que es una tontería. Una ventana abierta que hace ruido o un mapache que se ha colado. Solo tengo que comprobarlo y volver a la seguridad de mi cama.

Coloco la mano sobre el pomo de la puerta y la abro antes de que mi cerebro se lo replantee.

El despacho de mi padre está vacío cuando entro. La ventana está cerrada y no parece que haya nada fuera de lugar. Veo sus gafas de cerca encima de unos papeles que hay en el escritorio y la chaqueta del traje que llevaba hoy, apoyada en su silla. Debe haberla dejado ahí antes de irse a dormir.

Todo está normal.

Demasiado normal, quizás.

Mis ojos se desplazan rápidos por la habitación. No sé si es la falta de aire o que se me está yendo la cabeza, pero la veo más pequeña, más axfiante… como si hubiera muy poco espacio para estar solo yo aquí.

Escucho el afilado movimiento de un objeto puntiagudo justo antes de sentirlo presionado en mi cuello. Esta vez reconozco al instante ese olor a jabón natural y la aplastante aura oscura que envuelve mi espacio personal.

—¿Me echabas de menos, caramelito? —murmura contra mi pelo.

Solo me deja un segundo para disfrutar del contacto suave de su torso contra mi espalda. Un segundo en el que hago un esfuerzo enorme para que no note mi pulso descontrolado contra el cuchillo.

—Tienes que dejar esa maldita obsesión de apuntarme con la navaja —Mi voz sale baja y entrecortada—. Un día va a ocurrir una desgracia.

—Preciosa, controlo esta navaja mejor que mis propias manos —Presiona un poco más el filo contra la piel fina de mi cuello, jugueteando con la posibilidad de rasgarla, y después se aparta de golpe y me rodea para entrar en mi campo de visión.

Ni siquiera se molesta en mirarme cuando lo tengo enfrente. Sigue de largo hacia el escritorio de mi padre y yo me quedo ahí, quieta, observándolo. De repente, es como si yo ya no estuviera.

¿Cómo mierda ha entrado en casa?

Sé que es una pregunta un poco estúpida —probablemente tenga una copia de la llave o alguno de sus amiguitos le haya abierto la puerta—, pero me sorprende que ni siquiera intente ocultarse.

Sobre todo cuando su única arma de defensa, ahora que ya no es un agente, es esa maldita navaja.

Mi padre podría entrar aquí y dispararle. De hecho sería muy fácil apuntarle mientras está distraído revisando los cajones superiores de su escritorio.

¿A quién quiero engañar?

Estamos hablando de Dylan, el mismo hombre que hasta hace nada llevaba a todo un equipo de agentes del FBI. Podría cazar una maldita mosca al vuelo si le toca los cojones.

Frunzo el ceño cuando lo veo apartar las gafas de mi padre y revolver los papeles que hay debajo.

—¿Se puede saber qué haces?

Silencio.

Está tan concentrado en dar con alguna mierda que ni siquiera me escucha. Sus manos pasan de hoja en hoja muy rápido, no las mira de verdad, solo espera que sus ojos grises encuentren lo que busca al vuelo.

Por un segundo me quedo embobada con el movimiento automático de su brazo tonificado y la forma desenfadada en la que le cae el pelo por la frente. Lo tiene más largo. Tengo ganas de hundir mis dedos ahí y comprobar cuántos centímetros le ha crecido desde la última vez que se lo toque.

Muevo la cabeza de un lado a otro varias veces.

No es momento para esto.

—¿Hola? Planeta tierra llamando a Dylan —Vuelvo a intentar captar su atención—. ¿Que qué haces?

—Vuelve a la cama, caramelito —Ni siquiera me mira cuando habla—. No es hora de que los niños estén despiertos.

Aprieto los puños.

—¿Me estás vacilando?

Esta vez sí que levanta la vista de lo que está haciendo, pero casi preferiría que no lo hiciera.

Las ojeras bajo sus ojos son tan profundas que le oscurecen el resto de la cara. Hay algo en su expresión que no está bien. Se ve demasiado apagada, demasiado tétrica. Es Dylan, pero su imagen está distorsionada por un vacío que me pone los pelos de punta.

—Hazme caso por una vez y vete a dormir, ¿sí? —Su tono bajo y monótono normalmente me haría querer obedecerle, pero esta vez no puedo.

Estoy demasiado distraída viendo como coge uno de los bolígrafos coleccionables de mi padre y hace el amago de guardárselo en el bolsillo trasero del pantalón.

Me acerco a él corriendo.

—Deja eso —chisto y le quito el boli de la mano antes de que pueda procesar que estoy a su lado. A mi padre le daría un infarto si desapareciera uno de sus bolígrafos coleccionables. Peor. Se daría cuenta de que alguien ha entrado a su despacho—. ¿Qué coño buscas aquí exactamente?

Dylan mantiene los ojos fijos en el boli de mi mano durante un par de segundos y después bufa y se apoya contra el escritorio de brazos cruzados.

No le mires los músculos, Brooklyn, por favor te lo pido.

—Eso no es de tu incumbencia.

Auch. Ya empezamos.

—Pensaba que ibas a incluirme en tus planes.

—Y yo pensaba que estabas de mi lado —suelta con una pelusilla que no entiendo.

—Estoy de tu lado.

—Ahora mismo no lo parece.

—Hombre, quieres literalmente destrozar el despacho de mi padre buscando a saber qué —Alzo los brazos con exasperación—. Si te dejo seguir, van a pillarte.

—Me importa una mierda que Nil se entere de que estoy aquí —sisea y hay veneno en cada sílaba que pronuncia—. De hecho, si

baja, lo estaré esperando con un regalito.

Alcanza la navaja que ha dejado sobre el escritorio y juguetea con ella sin apartar sus ojos de los míos.

—Estarás de broma, ¿no?

—¿Por qué iba a estarlo? —Le da un par de vueltas al arma entre sus dedos antes de clavarla con fuerza sobre la madera.

Contengo un jadeo.

—¡Es mi padre, Dylan!

Sus cejas se curvan hacia abajo. La amargura tiñe de negro sus preciosos ojos grises.

—No me lo recuerdes —gruñe.

—¿Qué te pasa? —Doy un paso en su dirección, más cerca de la horrible sombra negra que cae sobre él. Siento su contacto incluso sin sentirlo—. ¿Por qué estás de tan mal humor?

No dice nada.

Deja que me ahogue en la incertidumbre de su silencio durante un par de segundos antes de alargar el brazo y tirar de mi cintura en su dirección. El movimiento es tan brusco y repentino, que dejo caer el boli de mi padre al suelo para sujetarme de sus hombros.

El corazón se me revoluciona al instante.

De repente tengo la cara de Dylan tan cerca que puedo apreciar las pequeñas cicatrices que rodean el corte de su ceja.

—Wolf ha estado preguntado por ti —Sus labios se arrugan con una mueca de desagrado.

—¿Celoso? —Lo provoco, pero ni siquiera sé lo que digo.

Estoy demasiado ocupada arrepintiéndome de llevar un maldito vestido de tirantes azul. La tela es tan fina, que el calor de la mano de Dylan la agujerea sin problemas y hace que me arda la piel.

Quiero que deje de quemar, pero ahora que estoy tan cerca de él después de una semana, no pienso darme el lujo de poner distancia entre nosotros; así acabe ardiendo en el maldito infierno que es Dylan Blake.

Alza su mano libre hasta mi mejilla para acunarla y tengo que reprimir un escalofrío. El contraste arrollador de lo dulce de su

gesto mezclado con lo amargo de su alma, es casi irónico.

—No me provoques, caramelito. He estado aguantándome mucho tiempo contigo por respeto a mi trabajo y a tu padre, pero ahora que me he quedado sin lo primero y me importa una mierda lo segundo, no voy a dudar ni un segundo en corromper todo lo que te hace una niñita mimada de papá.

Aguanto el aire.

Tengo ganas de preguntarle a qué se refiere con eso. Qué es lo que va a hacer para corromper las partes de mí que lo sacan de quicio.

Quiero que sucumba.

Que vuelva a hacerme sentir capaz de cometer el mayor de los crímenes y salir intacta.

Lo quiero a él.

Pero sé que no es el lugar ni el momento. El Dylan que tengo delante se atrevería a hacer una locura aquí y ahora… Es mi deber protegerlo de sí mismo, aunque eso signifique noquear esa parte de mí que despertó el día que me dio ese maldito beso en mitad del bosque.

—Dylan, estoy de tu lado, ya te lo he dicho —admito en un suspiro—. Necesito que dejes de creer que soy solo la niñita mimada de papá. Tú también me preocupas. Eres la razón por la que llevo dos semanas en guerra con todo el mundo—Ni siquiera sé si debería contarle esto, pero una vez mi boca empieza a moverse, no puedo pararla—. Quiero descubrir la verdad y devolverte tu vida. Siempre he creído en ti, incluso a pesar de lo que diga mi propio padre. Creo en ti.

Y soy totalmente sincera.

Adoro a mi padre, pero no soporto las injusticias. Y sé que cuando permitió que la policía se llevará a Dylan sin siquiera tratar de defenderlo, mi padre cometió una injusticia.

No lo voy a dejar pasar.

Pero tengo que usar la cabeza.

Algo que Dylan parece haber perdido por completo. Se ha dejado llevar por el odio, por el resentimiento y ahora no deja que vuelva a acceder a él.

—No tendrías que haberte enfrentado a nadie —suelta y me sienta como ácido en una herida abierta—. No te conviene involucrarte en esto, caramelito, no hay manera de que salgas bien parada.

—Quiero ayudarte, Dylan.

Trato de alcanzar sus mejillas, pero me aparta con un empujón suave, coge su navaja y se levanta del escritorio antes de que mis dedos rocen su mandíbula.

El frío ficticio de la habitación me envuelve el pecho y lo estruja con fuerza.

—A tu padre también quieres ayudarlo —chista sin mirarme a los ojos.

Trago saliva.

—Bueno, también quiero ser justa.

—Ya…

Bufo.

—No vas a conseguir espantarme y lo sabes.

Pero ni yo misma me creo mis propias palabras.

Ya lo está consiguiendo.

Alejarme, espantarme.

Nuestros cuerpos están solo a un par de centímetros y es como si un abismo los separara.

—Ya lo veremos —murmura y acto seguido se agacha para coger el bolígrafo que se me ha caído antes. Una vez lo tiene en su mano, me lo enseña—. Me llevo esto.

Y camina hacia la puerta del despacho como si no acabara de hundir mi corazón en un pozo de profunda tristeza.

Esto no va a quedar así.

8
BROOKLYN

Dylan me está ignorando.

Eso o es tan tanto que de verdad se ha creído que iba a mantenerme al margen de sus asuntos.

Ni de coña.

En cuanto Elliot ha dicho esta mañana que se iban a pasar el día con Asher y Dylan, no he dudado ni un segundo en acoplarme. Es domingo, la mayoría tienen el día libre y no había nadie en casa. Mi mejor opción era sin duda venir a tocarle los cojones a Dylan.

Y parece que lo estoy consiguiendo.

Desde que hemos llegado ha estado pegándole puñetazos a un saco viejo que tienen colgado del mismo olmo bajo el que ahora todos nos resguardamos del sol.

Han colocado ahí un sofá de cinco plazas y han montado una mini zona de descanso junto a la piscina. Zona de la que disfrutaríamos de no ser porque los golpes de Dylan hacen que retumbe el tronco del árbol y no paren de caernos hojas muertas.

Ni siquiera se molesta en fingir que le importa.

Tiene la vista fija en el movimiento descontrolado del saco. Le está pegando con tanta fuerza que el sudor resbala por su cuello y baña todo su torso desnudo, haciendo que le brille la piel.

Su ceño fruncido y la mueca que hace con los labios gritan dolor. Lo peor es que no creo que se deba solo al esfuerzo físico de pegarle al saco, sino también al hecho de que lo está haciendo solo con vendas.

Nada de guantes.

Sus nudillos van directos contra la tela dura y fría del saco.

Joder.

—¿Qué crees que tumbará primero, el saco o esa rama que cuelga de la cabeza del punky? —La voz de Asher me hace girar la cabeza hacia la derecha del sofá.

Ni siquiera me he dado cuenta de que se ha sentado a mi lado. Estaba demasiado ocupada mirando a Dylan. Pero ahora resulta casi absurdo no haberme percatado de su dominante presencia.

Su cuerpo está prácticamente pegado al mío. El olor de su colonia me envuelve como una prisión invisible.

—¿Y bien? —extiende los brazos por el respaldo del sofá, rodeándome los hombros, y señala con la cabeza la zona en la que Mateo está sentado.

Hay una rama no muy grande colgando justo encima de él. Se nota que está a un golpe de viento de desistir, así que si Dylan sigue zarandeando el árbol con sus puñetazos, es probable que caiga antes de tiempo.

—Yo apuesto por ambas: saco y rama —continúa Asher con sus ojos traviesos puestos en Dylan—. El perrito guardián se ha levantado rabioso hoy.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Oye, sabes lo que es el espacio personal? —Lo empujo, pero el cabrón no se mueve ni un centímetro.

—Hagamos una cosa —Me ignora. Está claro que en su pequeña burbuja el único protagonista es él—. Si Blake consigue tirar la rama, dejarás que te invite a cenar. ¿Qué te parece?

—¿Qué? ¡No!

—¿Por qué no? ¿Acaso tienes miedo de tener una cita conmigo?

—No tengo miedo de tener una cita contigo —Marco bien las palabras, aunque en parte sean mentira—, pero no voy a hacerlo por una chorrada como esa.

—Siempre podemos tenerla sin que tire nada —Acerca su cara la mía hasta que sus largas pestañas negras rozan mi piel. Enseguida se la aparto hacia atrás con la mano.

—Olvídame.

Asher no dice nada más.

Solo mantiene su estúpida sonrisa bobalicona mientras seguimos escuchando de fondo el sonido incesante de los puñetazos de Dylan.

Cada vez más fuertes.

Cada vez más directos.

Estoy a punto de volver a decirle a Asher que ni de coña voy a tener una cita con él, cuando el universo conspira en mi contra y la dichosa rama de los cojones cae de lleno en la cabeza de Mateo.

Le da tan fuerte que el pobre se queda medio muerto sobre el sofá con los brazos abiertos.

Me llevo las manos a la boca justo a tiempo para reprimir una risa. Por desgracia, Asher no tiene intención de ocultar la suya.

Le pego en el brazo cuando empieza a carcajearse.

—Para.

—¡Mateo! —Emma se levanta de golpe de la manta sobre la que estaba sentada y zarandea el cuerpo flacucho de Mateo con una expresión inquieta.

Tabatha y Elliot la siguen de cerca.

—No le zarandees, le acaba de caer una rama encima —La reprende Elliot, que rodea el sofá para colocarse detrás de su amante.

La rama no es muy grande, pero Mateo la mantiene encima de su cuerpo como si pesara una tonelada y no pudiera moverla con sus bracitos. Tiene los ojos medio abiertos y el rostro pálido.

—Decidle a mi mujer que la quiero —balbucea.

Tabatha arruga las cejas.

—¿Qué mujer?

Mateo levanta un segundo la cabeza como si nada.

—La despampanante Thalía Marshall, claro —suelta y después vuelve a dejarse caer en el respaldo del sofá en una pose dramática.

Elliot le pega un golpe rápido en la cabeza que no nos pasa por alto.

—¡Auch! —Mateo se frota la zona en la que le ha pegado y se gira ligeramente para mirarlo—. ¿A qué ha venido eso?

—¿No se supone que deberías estar medio muerto? Porque yo te veo muy vivito.

Mateo no entiende por qué Elliot parece estar a punto de echar fuego por la boca, pero tampoco le da tiempo a preguntárselo,

porque Dylan aparece de repente en su campo de visión.

—Bueno, ya vale —El castaño levanta la rama del cuerpo de Mateo sin demasiado esfuerzo y la tira al suelo. Lewis, que se encuentra leyendo en la hierba húmeda, tiene que apartarse para que no le dé—. No ha sido para tanto.

—Bueno… —Se frota la cabeza sin dejar de fulminar a Elliot con la mirada— No sé yo…

—*Bah*, estás bien —chista Elliot y vuelve a pegarle una colleja en la cabeza antes de alejarse de él.

Mateo abre la boca con la intención de gritarle alguna estupidez, pero por suerte —o por desgracia—, los tacones de África traspasan, repiqueteando, las puertas de cristal del jardín y la atención se desvía.

Hace un rato se fue a responder una llamada del trabajo. Tommy iba con ella para aprovechar y traernos algo de beber a todos —que llevamos aquí un rato muertos de la sed—, pero por lo que veo viene sin nada.

—¿Y mi refresco? —Pregunta Elliot mirando las manos vacías de Tommy.

—Se me ha olvidado —suelta este sin más, mientras se acomoda en el sofá al lado de Mateo.

—Si literalmente era para lo único que ibas.

Tommy se encoge de hombros.

—¿Qué te ha dicho tu amigo? —Dylan pasa del tema de las bebidas y se dirige directamente a África.

Está de pie frente a ella con el sudor todavía resbalando por su esculpido torso desnudo. Si te fijas bien puedes ver como las gotas delinean la V de sus abdominales y se pierden por la cinturilla de sus shorts negros.

Es imposible no comérselo con la mirada.

Y África lo sabe, porque lo repasa con los ojos de arriba abajo un par de veces antes de negar con la cabeza.

—La verdad es que nada bueno —responde en ese tono de voz tan fino y delicado que me pone de los nervios—. Se ve que hace un par de horas, Richards ha desestimado nuestra colaboración en el caso Wolf. Se lo ha confirmado personalmente a…

—¿Has visto? —Asher se inclina hacia mí para que nadie más lo escuche—. Soy tan importante para esta gente, que le han puesto mi nombre al caso.

—*Shh* —Lo mando a callar. No me entero.

—Agradece nuestra ayuda dando con las pruebas falsas —continúa África, y aunque todos estamos atentos a lo que dice, ella se dirige exclusivamente a Dylan—, pero dice que a partir de aquí se seguirán encargando del caso Nil y su equipo.

Dylan arruga la cara.

—¿A qué viene ese maldito cambio de opinión?

—Bueno… —Esta vez África pasea la mirada por cada uno de los chicos hasta que da conmigo. Sus ojos verdes me analizan de arriba abajo como han hecho con Dylan. La única diferencia es que ya no brillan con tanta calidez—. ¿Estás seguro de que puedo hablar de esto con ella aquí?

Dylan gira la cabeza en mi dirección.

No estoy preparada para ver la apatía en sus ojos grises, así que simplemente me quedo quieta. Incapaz de devolverle la misma indiferencia.

Está un poco pálido y le está temblando la zona del parpado. Debe ser por haber estado pegándole al saco como un desquiciado. No sé. Lo que está claro es que no tiene fuerzas para lidiar conmigo cuando vuelve a girarse hacia África y dice:

—Tú dime qué ha pasado.

—Está bien —Ella tuerce la boca con una mueca de claro desacuerdo. *Asquerosa*—. Por lo que me han dicho, Richards y García, mi jefe, tuvieron una cena para hablar del caso. En la cena estaba presente la mujer de Richards y se ve que no congenió con García. Ahora se rumorea que ella podría haberle pedido a su marido que nos quitara del caso solo porque sí. Y ya sabes como es Richards con su mujer…

—Un puto perrito faldero —añade Tommy y todos parecen estar de acuerdo con él.

Esta vez soy yo la que se acerca a Asher para susurrarle:

—¿Quién es Richards?

—¿No querías que me callara?

Entrecierro los ojos en su dirección cuando veo la burla brillando en sus ojos azules. Por suerte, esta vez no me hace suplir por una respuesta, a pesar de lo mucho que disfruta que lo necesite para algo.

—Es el director del FBI —responde y yo asiento.

Pues claro.

Ese es el hombre que dijo mi padre. El que ordenó a los del FBI de Alabama que metieran las narices en su caso.

—Seguro que el cabrón de Davis ha manipulado a la mujer de Richards para que le pidiera eso —Las palabras de Elliot hacen que abra los ojos de golpe. Él parece acordarse de que estoy ahí, porque sonríe apenado y añade—: Con perdón, Brook.

Pero no estoy enfadada.

Solo sorprendida y curiosa.

—¿Por qué iba mi padre a manipular a la mujer del jefe del FBI?

—Por nada —Se adelanta Dylan, que le lanza una mirada de advertencia a Elliot y al resto.

Aprieto los labios.

Dylan sigue sin querer incluirme del todo en su investigación. No quiere que forme parte del grupo, que me enteré de lo que ellos ya saben. No confía en mí. Al menos ya no.

—Siento no poder hacer mucho ahora, Dylan… —Empieza África.

—¿Eso significa que no te necesitamos más? —Lanza Emma de repente desde la manta en la que está sentada en el suelo. Por la forma en la que mira a África, está claro que no es la persona que mejor le cae aquí.

África no se achanta ante la evidente pullita de la rubia. Al contrario, le dedica una amplía sonrisa de dientes blancos que me pone los pelos de punta.

—Mañana volveré a llamar a mi amigo y me enteraré mejor de lo que está pasando, pero de todas formas, creo que el director del FBI está cometiendo un error al dejar el caso en manos de un equipo tan… peculiar como el vuestro.

Bum.

Y ahí está.

Asher es el único que parece verle la gracia.

Cómo no.

A Emma por el contrario se le pone la cara roja de la rabia.

—¿Se puede saber qué mierda significa eso?

—Bueno ya está bien —Dylan agarra a África del brazo con una delicadeza que me descoloca. La morena baja sus ojos a la zona en la que sus pieles se tocan—. Gracias por todo, África. Nos estás siendo de gran ayuda.

África sonríe.

Esta vez de verdad.

Y a mí me arde la puta sangre.

Es una imbécil.

Pero no es ella la que me cabrea. Es Dylan. Él sí que es el mayor imbécil del planeta. Dios, lo odio.

Por eso y por la cólera del momento, es por lo que me giro de nuevo hacia Asher.

—Está bien, tengamos esa cita —suelto sin pensar.

Asher se tira hacia atrás como si le hubiera pegado en la cara.

—¿Es en serio?

—No hagas que me arrepienta —escupo con la vista fija en las manos rugosas de Dylan sobre el brazo de África.

A ella no la mira como si fuera una niñata. No la mira como si no pintará nada. Como si la odiara…

A ella la mira con respeto, incluso quizás con algo más…

La mira con…

Mi móvil suena de repente e interrumpe mi línea de pensamientos. El sonido es tan estridente que llama la atención del resto.

Antes lo tenía siempre en silencio, ya ni recuerdo por qué decidí cambiarlo.

Descuelgo sin mirar quién es.

—¿Si?

—¿Brook?

Es mi padre.

—¿Papá?

El silencio se instala en el jardín. Ahora las miradas de todos están definitivamente sobre mí.

—¿Se puede saber dónde estás? —pregunta en un tono brusco.

Mierda.

—Ehh… con unas amigas, ¿por qué?

—Estoy en el club de campo con Blue. Es domingo, se supone que tenemos comida familiar.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Ah sí?

Recuerdo que me comentó algo de salir a comer todos juntos el domingo a su club de campo, pero la verdad es que no le estaba prestando atención.

En ese momento todavía estaba enfadada con él.

—Brooklyn Davis, los domingos son para pasarlos con la familia.

—Perdona, papá. La verdad es que no me acordaba de que…

—Te espero. No tardes.

Ni siquiera puedo argumentar antes de que cuelgue.

Como siempre, mi padre es el que tiene la última palabra. Se hará lo que él diga y como él lo diga. Punto.

Bufo.

—Era mi padre —digo guardándome el móvil en el bolsillo del pantalón—. Quiere que vaya a su club de campo para que comamos juntos.

Nadie dice nada.

Tan solo intercambian miradas.

Ni siquiera estoy segura de por qué les he informado de nada, pero ya es tarde para arrepentirme cuando escucho a Dylan decir:

—Voy contigo.

9
BROOKLYN

—Todavía no entiendo qué haces aquí —chisto mientras avanzo por el mismo camino de piedra que solía recorrer todos los domingos cuando iba al instituto.

Dylan me sigue.

Lo bastante lejos como para que no nos relacionen, pero lo suficientemente cerca como para escucharme.

—¿Acaso has venido a vigilarme? —Me giro para mirarlo, pero no detengo mi paso, sigo caminando hacia atrás y rezo para no tropezar.

Dylan continúa avanzando también a paso muy lento. Sus ojos me observan con la misma apatía con la que me miró en casa de Asher. Ni siquiera se esfuerza en fingir que le intereso.

—¿Por qué iba a querer vigilarte?

Arrugo los cejas.

—No sé, ¿para que no te delate?

La respuesta me parece evidente, a pesar de que nunca se me ocurriría hacer eso, y sé que en el fondo Dylan lo sabe, porque sonríe.

No es una sonrisa amplia y llamativa, tan solo veo las comisuras de sus labios alzarse ligeramente antes de que vuelvan a formar una línea recta.

Pero eso es suficiente.

Da un paso grande hacia mí y mis piernas se detienen para esperarlo. Es algo involuntario. Me quedo clavada en el sitio con la esperanza de verme envuelta en el aura oscura y asfixiante de Dylan.

—¿Vas a delatarme, caramelito? —La suavidad de su tono me eriza la piel. Si no fuera porque tengo grabada en mi mente hasta la maldita cicatriz que tiene cerca de la ceja, no lo reconocería.

Desde que la policía se lo llevo aquella noche, algo ha cambiado en él.

Su aroma a jabón es el mismo, pero cuando lo absorbes te transmite una sensación diferente.

Menos estable, más caótica.

Tal vez se deba a que ya no viste con el uniforme del FBI. Se me hace raro verlo con un par de tejanos oscuros y una simple camiseta negra que se ajusta al grosor de sus brazos. No es la primera vez que lo veo con ropa de calle, pero ahora es diferente.

Ahora toda su esencia es un pozo oscuro en el que reina la anarquía. Ya no grita ley y orden, ahora todo lo que representa está al margen de lo edicto.

Y lo peor es que así el cabrón me resulta el doble de atractivo.

Aparto la mirada para no tener que enfrentar tan de cerca esos inestables ojos grises.

—Ya sabes que nunca te delataría —murmuro y no sé por qué me cuesta respirar cuando hablo.

Dylan no dice nada.

Al menos durante los primeros treinta segundos en los que creo que ni me ha escuchado.

Estoy a punto de girar la cabeza para mirarlo de nuevo, cuando noto el tacto de su mano derecha en mi cintura. Al principio es un movimiento suave, casi imperceptible… Después sus dedos presionan mi piel y tiran de mí en su dirección.

Mis hormonas se descontrolan al instante.

Dylan esconde su cara en el hueco que hay entre mi hombro y mi cuello, y el ligero roce de su barba hace que una jauría de mariposas me invada el estómago.

Ni siquiera entiendo bien qué está pasando.

Solo contengo el aire y dejo que el pelinegro absorba sin disimulo el olor de mi colonia. Un segundo, dos segundos, creo que por lo menos se pasa así un minuto en el que apenas puedo moverme.

Por un instante vuelvo a hace un par de semanas, a cuando Dylan todavía le importaban en lo más mínimo mis sentimientos. Quiero quedarme en este momento para siempre… Quiero que me toque como si el odio y el resentimiento que nos une no existiera…

Por desgracia, la magia se rompe en cuanto cometo el error de volver a conectar mis ojos con los suyos.

Dylan se aparta de mí como si mi cuerpo quemará y cualquier atisbo de su antiguo yo, desaparece en la nada.

Ni siquiera me sorprende encontrar una máscara de frialdad donde debería estar la calidad de su mirada.

—Aclararemos una cosa, caramelito, ahora mismo el único que me interesa es el cabrón de tu padre.

El único.

Auch.

Me doy un momento para que mi respiración vuelva a estabilizarse y después pregunto en un hilo de voz:

—¿Entonces, estás aquí para vigilarlo a él?

Lo miro.

Y creo ver una pequeña grieta en su expresión impasible, pero no estoy segura. Cada vez se le da mejor fingir indiferencia.

—Me gusta observar al enemigo en su entorno natural —responde y sigo su mirada hasta una elegante pareja de ancianos que pasa por nuestro lado. Él lleva un reloj similar a los que usa mi padre y ella un bolso que cuesta más que un piso en Beaufort. Tienen dinero y Dylan lo sabe—, y que mejor sitio que un club de campo lleno de pijos de su especie.

—¿Y por qué no has venido tu solo?

—Tú eres mi entrada, preciosa.

Me guiña un ojo y noto el calor escalar por mis mejillas.

Esto es lo que me faltaba por escuchar.

—Pero bueno, tendrás morro —La frustración se adueña de mi voz —. O sea, ¿que me estás utilizando? ¿Es eso? Eres increíble.

—No te pongas así, caramelito —Su calma solo hace que me entren ganas de chillar—. Esta es tu oportunidad para demostrar que estás de mi lado. ¿No es eso lo que tanto anhelas?

Touché.

Ha tocado un punto sensible y lo sabe, porque su expresión es de fanfarroneo puro y duro. El imbécil está jugando con mi necesidad de aprobación para salirse con la suya.

Le importa una mierda si juega con mis sentimientos en el proceso.

Le importo una mierda yo.

Eso está claro.

Al menos ahora sí.

Aprieto los puños, pero no digo nada. Tan solo me doy la vuelta de nuevo y sigo avanzando por el camino de piedra que lleva al gran edificio principal.

Dylan me sigue, en silencio.

El club de campo de mi padre es uno de los más prestigiosos y caros de Beaufort. Sus abonados van desde políticos reconocidos hasta estrellas de cine y miembros de la alta sociedad —aunque eso solo puedes saberlo si eres uno de ellos—. La identidad de sus clientes suele mantenerse en el anonimato para el resto de mortales.

Estar abonado aquí te proporciona una serie de ventajas con las que muchos solo podrían soñar y ya no solo a nivel de instalaciones con sus gimnasios, campos de golf, saunas, restaurantes, tiendas de ropa, etc., sino también a nivel de estatus.

Eso es todo lo que importa, el estatus.

Y entrar aquí es el primer paso para ser alguien, para formar parte de algo.

Al menos así es como siempre me lo ha vendido mi padre.

Él consiguió entrar cuando lo ascendieron a jefe del departamento del FBI de Nueva York, y creo que solo fue porque le suplicó al director que le escribiera una carta de recomendación.

Esta gente no se anda con tonterías.

O puedes demostrar que les aportas algo socialmente o te tratan como un cero a la izquierda.

Blue y yo también disfrutamos de sus ventajas como abonadas adjuntas. O Blue lo hace, yo odio venir a este sitio. Está lleno de ricos prepotentes que cargan el aire con una energía superficial que solo podría soportar mi padre.

Me acerco al chico de información que siempre colocan en la entrada principal. Se llama Adrián y sé por su sonrisa que me reconoce en cuanto me planto delante de su puestecito.

Siempre que tengo que pedir la llave de acceso, recurro a él. Me cae mejor que las pijas que trabajan en recepción y encima es más guapo. Solo con mirar su pelito rubio y sus ojos marrones a juego con las pecas de su nariz, te entran ganas de sonreír.

Estoy a punto de saludarlo cuando noto una mano posarse en mi espalda baja. Al girar la cabeza veo a Dylan a mi lado con una sonrisa radiante que no le pega nada.

—Buenas tardes, ¿podrías darnos la llave de acceso? Llegamos tarde a una comida importante —suelta en un tono tan formal que cualquiera pensaría que es uno más de esta secta de frikis con dinero.

—Claro, señor —Adrián me dedica una sonrisa de refilón antes de dirigirse a Dylan—. ¿Es usted un abonado o viene como acompañante de la señorita?

—Vengo como acompañante —responde con los ojos puestos sobre mí. La claridad de su mirada gris es escalofriante.

—Muy bien —Adrián comienza a teclear algo en su ordenador —. ¿Familiar o…?

—Novio —suelta de repente y casi me ahogo con mi propia saliva.

¿Qué ha dicho?

Veo a Adrián alzar las cejas hasta el cielo. Su expresión es de puro estupor. Y la mía también.

—¿En serio? —Se le escapa al rubio sin querer. En cuanto ve como Dylan arruga las cejas, mueve la cabeza apenado—. Quiero decir… no sabía que la señorita tenía novio.

—¿Es algo que tengas que saber? —Ladra Dylan y en ese instante tengo ganas de que me trague la tierra.

—Dylan —chisto mirándolo con una sonrisa tensa.

Quiero decirle que es un maleducado de mierda, pero Adrián vuelve a hablar antes de que pueda comérmelo vivo.

—Lo siento, señor —Agacha la cabeza. Tiene la cara al rojo vivo—. Ha sido un comentario desafortunado. Enseguida les doy la llave.

No tarda ni diez segundos en teclear un código en su ordenador y pasarnos una llave magnética que tendremos que pasar

por las barreras de recepción.

Dylan atrapa mi cintura con su brazo hasta que estamos fuera de la vista de Adrián. Después, yo misma lo aparto de un empujón.

—¿Sabes? No hacía falta que dijeras que somos novios, podrías haber dicho que somos primos o algo. Ni siquiera se lo hubiera cuestionado.

Dylan pone los ojos en blanco.

—Sí, estoy seguro de que esa respuesta le hubiera gustado más —Suelta como si nada.

—¿Qué quieres decir?

Dylan pone los ojos en blanco, pero no contesta.

Tira de mí hacía las barras de recepción y hace que pase primero. Cinco minutos después estamos en la entrada del restaurante favorito de mi padre. Es el que tiene vistas al campo de golf y una barra enorme en la que sirven todo tipo de cócteles.

Tardo menos de dos segundos en localizar a mi padre junto a la ventana. Está sentado en una mesa de cuatro, con Blue frente a él y una señora a su lado que reconozco al instante.

La madre de Makeila.

Arrugo las cejas.

¿Qué mierda hace ella aquí?

Dylan se detiene cerca de la barra y yo hago lo mismo.

—Yo me quedo aquí —dice dejándose caer en uno de los taburetes más cercanos—. No hagas tonterías, te estaré vigilando.

Alzo una ceja.

—Pensaba que no venías a vigilarme a mí.

—Que disfrutes de la comida, caramelito.

Pero hasta yo sé que va a ser un infierno.

10
BROOKLYN

—Tenías razón, Nil, estas setas europeas saben exquisitas —comenta la señora Brown llevándose otra seta Matsutake a la boca.

A su lado, mi padre le dedica una sonrisa cortés.

—Te lo dije, la comida aquí es estupenda —Suena orgulloso —. Y ya verás cuando traigan los segundos. El pato a la naranja es su plato estrella.

La señora Brown lo mira y estira sus finos labios rojos en una sonrisa, la misma sonrisa superficial que utilizan todos los viejos ricos de este club. Después vuelve la atención a su plato para seguir degustando sus setas.

Arrugo las ceja y giro la cabeza hacia Blue. Me sorprende un poco encontrarla con la vista perdida en su regazo, donde esconde su móvil del resto de la mesa. Ni siquiera ha tocado su plato todavía, está absorta en lo que sea que haga que su pantalla se ilumine cada poco tiempo.

—Bueno, Brooklyn —La voz de la señora Brown me hace levantar la cabeza de golpe. Tiene sus ojos marrones fijos en mí y la misma sonrisa escalofriante que le ha puesto a mi padre—. Cuéntame, querida, ¿cómo va todo?

—Umm… Bien… supongo —Mi padre alza una ceja en mi dirección y me veo obligada a elaborar mi respuesta—. Quiero decir, está siendo un verano tranquilo. No me puedo quejar.

Mentira.

Está siendo un verano catastrófico. Al menos ahora. No consigo dormir bien, el chico del que probablemente me haya enamorado, me odia y ni siquiera puedo contar con mi propia familia para sentirme mejor.

Pero no voy a contarle mis problemas a la madre de Makeila. No cuando ni siquiera creo que le interesen realmente.

Además, seguro que a mi padre le daría un infarto si me pongo a despotricar sobre lo injusto y egoísta que creo que está siendo, delante de su invitada.

Invitada que todavía no sé qué hace aquí.

—Nil me ha dicho que estás intentando averiguar qué hacer con tu futuro ahora que te has graduado de la universidad. ¿Es eso cierto?

Nil.

¿Desde cuándo se tutean mi padre y ella?

La señora Brown vuelve a introducirse una seta en la boca mientras espera mi respuesta. Estiro mis labios en una sonrisa forzada.

—Algo así. La verdad es que nadie te dice lo cuesta arriba que puede hacerse salir de la universidad sin un plan.

Ella asiente como si lo entendiera perfectamente.

—Sí… y eso que es más común de lo que parece —Su tono está cargado de melancolía y por un segundo siento curiosidad por su propia trayectoria profesional—. Corrígeme si me equivoco, pero participas en el comité de organización de las fiestas de verano de Beaufort, ¿no? Con el ayuntamiento.

—Sí. O participaba, vaya, porque las fiestas han acabado —Vuelvo a estirar mis labios con una sonrisa tensa antes de beber un poco de agua.

—Lo sé, lo sé —Le quita importancia con la mano—. ¿O sea que te interesa el ayuntamiento de Beaufort y el tema de la organización?

Me encojo de hombros, e intrigada por saber a dónde quiere ir a parar, digo:

—Sí, supongo.

Nunca me había parado a pensar en ello, pero llevo participando en el comité de fiestas desde el instituto. Me lo paso genial creando, planificando, montando… No diría que es mi pasión, pero definitivamente me gusta. Me ayuda a distraerme y a olvidarme de mis preocupaciones.

A veces desearía que las fiestas de este año no hubieran terminado.

Al menos así tendría alguna distracción de toda la mierda que está pasando ahora en mi vida.

Quizás así mi mente podría descansar.

—Pues no sé si te interesaría —continúa la señora Brown cogiendo su servilleta blanca y limpiándose con delicadeza la boca—, pero conozco a una de las integrantes del comité de Seguridad y Salud del ayuntamiento, y me ha dicho que recientemente han abierto una subdivisión de planificación de actividades y programas para hospitales infantiles de la zona. Están buscando profesionales de la salud que los ayuden a orientar dichas actividades y programas. No sé si te gustaría participar en eso…

Dejo caer el tenedor en el plato sin querer, llamando la atención de dos mujeres que están comiendo en la mesa de al lado, pero no les hago caso.

—¿Es en serio? —Tengo que tragar saliva para no ahogarme.

El sonido de un móvil, interrumpe nuestra conversación. Todos posamos los ojos en mi padre, que saca a toda prisa el aparato del bolsillo interior de su americana. Hasta Blue alza la vista de su regazo por primera vez desde que estoy aquí.

Su tono estridente me recuerda al que tiene Dylan en su móvil.

Cuando mi padre echa un vistazo por encima para ver quién lo está llamando, pierde el color de la cara.

¿Quién será?

—Lo siento —musita sin dejar de mirar la pantalla de su móvil con una expresión de pánico. No cuelga, tan solo espera que se caiga la llamada y luego deja el aparato a un lado de su plato medio vacío—. Continuad, por favor.

—Esto… —La madre de Makeila se lo queda mirando durante un par de segundos, como si no supiera si hacerle caso o no. Finalmente, vuelve a girar su melena rubia en mi dirección—. Sí, si te interesa, podría conseguirte un puesto para participar en ese comité. Pagan muy bien, por lo que tengo entendido.

Yo aparto la mirada a regañadientes de mi padre y trato de centrarme de nuevo en mi conversación con la señora Brown.

No debería aliarme con ella para nada. Incluso mucho antes de que Makeila me confirmara lo víbora que es su madre, yo ya sabía que había algo venenoso en ella. De hecho, toda su imagen se basa en lo letal que es tanto en su trabajo como en su vida

personal. Es la mejor en lo que hace, sí, pero a costa de absorber el alma de sus víctimas. Incluida la de su propia hija.

No obstante, tengo que reconocer que la oferta que me presenta es tentadora. Estoy literalmente perdida ahora y no ayuda que mi cabeza esté centrada en todo menos en mi futuro. Quizás si empiezo a trabajar en algo que me guste, ayudando a hacer más agradable la experiencia de los niños en esos fríos y grandes hospitales, sienta por fin que mi vida no es un auténtico caos.

Necesito con todas mis fuerzas salir del círculo vicioso de pensamientos intrusivos. Necesito tener algo mío, algo que me dé paz.

Solo por eso, acallo la vocecita moral que grita en mi interior y suelto:

—Pues la verdad es que sí que me interesa. Le agradecería mucho ese enorme favor. Gracias por decirlo.

Mi padre me dedica una pequeña sonrisa cargada de orgullo, pero finjo que no la he visto.

—Está hecho, entonces —anuncia La señora Brown más emocionada incluso que yo y no me pasa desapercibida la mirada que se dedican ella y mi padre—. Haré un par de llamadas a ver cómo está el tema y te diré algo.

Asiento.

—Gracias, de verdad.

—Es un placer ayudarte, querida. Siempre he creído que tenías un futuro brillante por delante, no podemos desaprovecharlo —Me señala con el tenedor antes de llevarlo de nuevo a su plato y murmurar—: Ojalá mi hija fuera más así.

Aprieto los labios.

—Bueno, Makeila ha sido aceptada en el *London College of Fashion* para estudiar diseño de moda. Encima con una beca completa, no se puede decir que eso no sea un gran logro.

La señora Brown suelta una risa sin gracia que hace que me tense al instante.

—Sí, no está mal para alguien que quiera morirse de hambre y vivir siempre de su madre.

Abro la boca con la intención de desmentir su afirmación cuando el móvil de mi padre vuelve a sonar. Esta vez no pasan ni dos segundos antes de que lo cuelgue.

—¿Quién te está llamando tanto? —pregunta Blue de la nada con una expresión sombría.

No me había fijado, pero su rostro libre de maquillaje está sepultado bajo unas enormes ojeras negras. Lleva una coleta repeinada y una camisa elegante, pero aun así da la sensación de que le ha pasado un tren por encima.

Lo sé porque la conozco.

Y esos ojitos gritan cansancio por todas partes.

Mi padre ni siquiera la mira cuando responde.

—No me está llamando nadie, deben haberse equivocado.

—¿Dos veces?

Niego con la cabeza y ni siquiera me molesto en meterme en su conversación. Lo único que me interesa ahora es la madre de Makeila.

Tal vez su hija y yo no seamos las mejores amigas —probablemente no vayamos a serlo nunca—, pero tengo que reconocer que los últimos días antes de que se fuera, conecté con Makeila lo suficiente como para que me dé rabia que su madre la desacredite delante de mí.

Ahora entiendo por qué la pobre se la pasaba intentando hacer de menos a los demás en el instituto. ¿Cómo no hacerlo cuando tu propia madre lo hace contigo? Debe ser duro que la persona que más debería quererte en este mundo, te trate como un cero a la izquierda incluso cuando no estás.

—Yo creo que Makeila tiene muchísimo talento en la moda —admito sin tapujos—. Estoy segura de que triunfará en Londres.

La señora Brown tira la cabeza hacia atrás, sorprendida. No se esperaba que defiendiera a su hija y sinceramente yo tampoco, pero aun así no rectifico.

No estoy diciendo ninguna mentira.

Makeila es la reina de la moda y ya es hora de que su madre se entere.

Incluso si eso me puede costar trabajar o no en el ayuntamiento.

Por un segundo, nadie dice nada. La madre de Makeila parece estar intentando dar con la frase correcta para no quedar como la víbora que creo que es, pero no lo consigue. Para su suerte, el móvil de mi padre suena por tercera vez y capta nuestra atención.

—Disculpadme, tengo que coger esto —Se levanta de su asiento de golpe.

—¿No se supone que se habían equivocado? —lo chincha Blue.

Pero mi padre no responde.

Simplemente se va con el rostro demasiado pálido como para una tranquila comida de domingo. Nosotras seguimos sus pasos hasta que desaparecen en la esquina que da con el baño.

Sin saber por qué, mi primer instinto es mirar en dirección a la barra. Justo donde Dylan debería estar sentado y ya no está.

¿Qué mierda…?

Lo localizo de pie un par de metros más allá. Él también parece haber visto a mi padre levantarse y no ha dudado ni un solo segundo en seguir su mismo camino.

Aunque no es eso lo que me hace abrir los ojos de golpe, sino el metal brillante que lleva en la mano izquierda: su navaja.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

Mierda, mierda, mierda.

Me levanto yo también de golpe.

—Disculpadme un segundo —Ni siquiera me detengo a mirar a mis acompañantes, salgo prácticamente disparada y con el corazón en un puño.

¿Qué pretende Dylan? ¿Acorralar a mi padre? ¿Meterle miedo? ¿Apuñalarlo? ¿Enterrar su cuerpo donde nadie pueda encontrarlo? Un millón de posibilidades descabelladas me invaden la cabeza al instante y no puedo pensar con claridad.

Tengo que detenerlo.

Tengo que detenerlo antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirse.

Por eso, en cuanto giro la esquina y lo veo con intenciones de entrar al baño de caballeros, lo agarro del bajo de la camiseta y tiro de él en mi dirección.

No lo muevo ni un centímetro, pero llamo su atención lo suficiente como para que se gire de golpe y a la que apunte ahora con la navaja sea a mí.

Suelto un jadeo y doy un paso atrás.

Por suerte, Dylan no tarda ni dos segundos en darse cuenta de que soy yo, y relaja su expresión rígida y bufa:

—Joder, podría haberte hecho daño. ¿Se puede saber qué haces?

—Eso mismo digo yo —hablo en voz baja con intención de que nadie me escuche, mucho menos mi padre, pero mi respiración errática no ayuda. Estoy prácticamente hiperventilando—. ¿Qué coño haces?

Dylan arruga la cara como si no entendiera nada.

—¿A ti qué te parece? —chista alzando su navaja para confirmar mis sospechas—. No te metas en esto, caramelito.

—Y una mierda que no me voy a meter. ¿Qué ibas a hacerle a mi padre con esa navaja? ¿Se te ha ido la cabeza?

Quiero pensar que Dylan no le haría realmente nada malo a mi padre, a pesar de lo mucho que parece odiarlo ahora.

Pero tampoco puedo fingir que estoy cien por cien segura de eso.

Está claro que este Dylan no es el mismo que me daba calabazas por no decepcionar a mi padre ni traicionar su puesto de trabajo.

Dylan se pasa las manos por la boca y se ríe sin gracia.

—Lo sabía.

Alzo una ceja.

—¿Perdón?

—No puedes dejar de ser la niñita de papá, ¿verdad que no? —Sus palabras me sientan como un puñetazo directo en el pecho—. No te fías de mí lo suficiente como para dejarme a solas con él.

—Hombre —Señalo la navaja. Me parece increíble lo que me está diciendo—, perdóname por eso.

La sombra negra que baña su rostro me electrifica la piel.

—Está bien, lo entiendo. Quizás es lo mejor —Guarda su navaja en el bolsillo trasero de su pantalón y yo no entiendo nada. No hasta que clava en mí sus ojos grises vacíos de emoción—. Estás fuera, preciosa. Respeto que quieras defender a tu padre, pero es imposible que me fíe de ti en esta situación. No vuelvas por casa. Lo mejor es que te mantengas lejos de todo esto. Hablo en serio. Estás fuera. No quiero verte, ¿entendido? O te prometo que las consecuencias las va a pagar el imbécil al que tanto quieres proteger.

Y en cuanto Dylan abandona el pequeño espacio que separa los aseos del comedor, siento unas ganas horribles de vomitar lo que he comido.

11
DYLAN

Le pego un gancho al saco y al instante noto la descarga eléctrica. Mis nudillos rasgados rozan el cuero sintético casi en su totalidad. Tengo las vendas hechas una mierda. Están viejas y desgastadas y hacen que cada golpe sea más intenso que el anterior, pero supongo que eso es lo que busco.

Odio la protección noqueante de los guantes de boxeo.

Necesito sentir el maldito dolor de los golpes calarme los huesos. Necesito la adrenalina que me recorre cuando el olor de la sangre invade mis fosas nasales. Es liberador y lo necesito. Sobre todo ahora.

«Estás fuera».

Aprieto la mandíbula y vuelvo a pegarle otro puñetazo al saco. Esta vez consigo que el golpe retumbe por el gimnasio vacío que hay en el sótano de la casa.

«No quiero verte, ¿entendido?».

Joder.

Todo lo que le dije a Brooklyn hace un par de días irrumpe sin parar en mi mente como una película de terror que se reproduce en bucle.

He bajado a este maldito lugar porque no puedo dormir. Son las dos de la madrugada y los pensamientos intrusivos me están comiendo vivo.

El boxeo siempre consigue poner una barrera entre mi mente y yo, inflingirme dolor a mí mismo es mi terapia personal. Cada puñetazo nuevo debería ahogar en el infierno esa vocecita que me grita que soy un imbécil.

Pero hoy no está funcionando.

El veneno de mis palabras está axfisiándome.

«No quiero verte».

«No quiero verte».

«No quiero verte».

Joder. Joder. Joder.

Ni siquiera sé por qué le dije eso.

Bueno, sí lo sé: porque el caramelito me saca de mis casillas.

¿Por qué tiene que ser todo tan malditamente difícil con ella? Dice que está de mi lado y luego sale a defender su padre como si el cabrón fuera un angelito caído del cielo. Hace que me hierva la puta sangre.

Estoy seguro de que si Brooklyn supiera la rata de alcantarilla que es su padre, volvería corriendo a mí y me pediría perdón por ser una maldita cabezota. No la perdonaría inmediatamente, pero al menos volvería a tenerla conmigo. Solo conmigo.

Aunque ya ni siquiera estoy seguro de eso sea posible. Por primera vez desde que la conozco, ha decidido hacerme caso: no ha vuelto a aparecer por esta casa desde pataleta en el club.

Los chicos han estado apareciendo por aquí regularmente, pero ni rastro de ella. Ni siquiera la mencionan y yo no soy tan gilipollas como para preguntar dónde mierda está. Sé dónde está.

Con el cabrón de Davis, odiándome a muerte.

Está claro que esta vez la he espantado de verdad…

Y en el fondo sé que es lo mejor.

Por eso no entiendo por qué cojones ahora estoy el doble de cabreado con ella.

Le asesto un *uppercut* al saco que me roza la mandíbula. El pulso me va a mil por hora, pero no puedo parar. Pego un golpe tras otro con tanta fuerza que no me extrañaría romperme la mano en el proceso.

Quizás es el tipo de dolor que necesito para noquear lo que sea que me estruja el pecho todas las noches hasta dejarme sin aire.

—Voy a empezar a pensar que ese saco tiene nombre y cara —La voz de África me llega incluso antes de que vislumbre su figura bajando las escaleras de madera.

—¿Qué haces tú aquí?

Lo único bueno de tener insomnio es que en teoría puedo entrenar sin que nadie me moleste. El problema es que vivo en esta maldita casa donde Wolf tiene los horarios de sueño de un prostituto

y África es una obsesa del trabajo que no toca la cama hasta que no ha acabado con todo lo que se ha propuesto hacer ese día.

Está muy bien cuando los necesito activos, pero en noches como está —que quiero estar solo para contener mis instintos asesinos— me toca los cojones sentir su presencia.

África se coloca a una distancia prudencial del saco y de mí, pero se asegura de que pueda ver la arruga que forman sus perfectas cejas.

—Hola a ti también, eh —chista, cruzándose de brazos.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué quieres, África?

—¿Cómo que qué quiero? Comprobar si estás vivo. ¿Acaso eres consciente de que llevas aquí horas?

—¿Qué?

Desvío la vista hacia el reloj de aguja que cuelga al final de la pared.

Las cinco menos cuarto de la madrugada.

¿Cuándo ha pasado tanto tiempo?

De repente, noto un dolor agudo recorrerme los hombros y los brazos. Estaba tan enfrascado en mis pensamientos que ni siquiera me había dado cuenta de que llevo horas pegándole puñetazos al saco sin parar. Ahora mi cuerpo me lo está haciendo pagar.

Mierda.

Me separo del saco para alcanzar la toalla y la botella de agua que he dejado en el suelo.

—Tienes que descansar o te va a dar un infarto. Últimamente no duermes nada, me preocupas.

Le pego un buen trago a mi botella de agua antes de dejarme caer en el banco de la máquina de pesas.

África se queda quieta, esperando que le diga algo que calme su repentina ansiedad por mí.

Bufo.

—Cuando meta en la cárcel a Davis, entonces me pondré a hibernar. Tú tranquila —Bebo agua otra vez y después la vuelvo a

dejar en el suelo junto a la toalla mojada. Ahora el agotamiento también me está pegando en los párpados.

—Que obsesión con Davis, de verdad.

—No lo entenderías.

África y su equipo de Alabama son unos recién llegados al caso Wolf; tan solo les ha tomado una semana o dos averiguar que las pruebas que teníamos eran falsas. Y ahora que los han sacado de la investigación, no han tenido tiempo para sentirse frustrados o engañados.

A nosotros alguien lleva meses tomándonos el pelo.

Y estoy casi seguro de que ese alguien es el imbécil de Nil Davis.

—Ya se reveló el contenido de las pruebas reales y se cree que los responsables del robo y los asesinatos podrían ser una banda criminal emergente —me explica como si yo mismo no hubiera pasado horas revisando de forma ilegal las pruebas que ella misma me dio—. Sinceramente, no creo que Nil Davis tenga nada que ver en eso.

Casi tengo ganas de reír.

—Dime, ¿por qué todavía no se nos ha descartado a Asher y a mí como sospechosos?

África alza una ceja como si no entendiera a dónde quiero ir a parar, pero, aún así, responde:

—Porque ese tipo de bandas suelen estar contratadas por un cabecilla mayor. Hasta que no se les identifique y se interrogue a los responsables…

—... todo el mundo es sospechoso —acabo la frase por ella —. Davis podría ser su maldito cabecilla.

—¿Por qué crees eso? ¿Cómo lo sabes?

—Tengo fuentes internas que me están ayudando a confirmar cierta información.

—¿Fuentes que…? —África abre los ojos de golpe—. ¿Tienes más topos en su casa?

Aparto la mirada, pero no digo nada.

No hace falta.

Ambos sabemos que yo siempre tengo un plan B, un plan C y un maldito plan Z si es necesario.

Esta vez, cuando Davis quiera venir a por mí, tendré todas las municiones preparadas.

—Por Dios, Dylan. Cuando Davis dejó que la policía entrará en su casa y te esposara, solo estaba haciendo su trabajo.

Niego con la cabeza.

—No se trata de eso.

Se trata de que Davis nos la está jugando pero bien.

Todas las pistas que he estado recolectando hasta el momento con mi contacto, son la maldita prueba de ello.

Empezando por la noche en la que atacaron a Brooklyn.

Él fue quien me avisó, él sabía primero que nadie que iban a ir a por ella. El maldito inglés que estuvo en su fiesta de «negocios» y el cabrón que se metió con Brooklyn en el Galimateo.

Nelson Hall. El mismo que formó parte del «equipo de seguridad» de Lennox el día de la gala benéfica y también al que se identificó como miembro menor de una pequeña banda criminal del oeste del país.

No puede ser todo una maldita casualidad.

¿Será la banda de Hall la misma que atacó en la gala benéfica? ¿Será Davis quien los contrató para ello?

Es una teoría con bastantes probabilidades de ser cierta.

Pero hasta que no demos con el imbécil de Hall para que nos confirme esta mierda, son solo eso, teorías sin fundamento.

—¿Qué más da de que se trate? —África le quita importancia con la mano, ignorante de la verdadera gravedad del asunto con Davis, y se acerca a mí contoneando sus voluminosas caderas—. Necesitas relajarte un poco —Mi cuerpo se pone en tensión cuando se cuela entre mis piernas y me rodea el cuello con sus brazos—. Yo podría ayudarte. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Los viejos tiempos…

Me quedo mirando los penetrantes ojos verdes de África a juego con esa sonrisa afilada que antes me hacía sonreír, pero ahora solo me pone los pelos de punta. Por alguna razón, no son los ojos que espero ni quiero encontrar tan cerca de mí.

Aparto la cabeza cuando ella acerca su cara a la mía.

Ni siquiera la estoy tocando.

No quiero tocarla.

Tengo los brazos pegados al cuerpo, esperando que se aparte por voluntad propia.

—África, ya lo hemos hablado —mascullo en un suspiro. Estoy demasiado cansado para aguantar esto ahora.

—Lo sé, lo sé. Somos amigos que colaboran profesionalmente, pero…

—Pero nada —La corto, porque África no es tonta y si la dejas, podría convencer a un ejército de iniciar una guerra—, ¿qué es lo que no entiendes?

Bufa y se queda un segundo mirándome sin decir nada.

Sé que su cabecita está buscando mil y una formas de anular mi voluntad para poder salirse con la suya, porque ella es así. Cuando quiere algo, no hay quien la pare y reconozco que esa fue una de las cosas que me atrajo de ella en su momento.

África es el sueño de cualquier imbécil con dos dedos de frente. Una mujer inteligente y de armas tomar, que te saca el aire con solo observar su larga melena negra y esos labios carnosos. Huele a perdición masculina.

—Tan solo explícame una cosa —Entrecierra los ojos—. ¿Somos amigos porque ya no te gusto o porque te gusta alguien más?

—¿Perdón?

—No te hagas el tonto conmigo, cariño. Es por ella, ¿verdad?. Por la preciosa hija de Davis. Te gusta.

La mención del caramelito hace que se me hiele la sangre.

—¿A qué mierda viene ella ahora?

—He visto como la miras, Dylan. Ni siquiera a mí me mirabas así cuando salíamos. Sientes algo por ella.

Aprieto la mandíbula.

África y su condenada necesidad de tener razón siempre.

—No voy a hablar de esto contigo —farfullo.

Ni con ella ni con nadie, joder.

—¿Por qué no? Somos amigos, ¿no es cierto? Y quién mejor que tu exnovia para entender tus conflictos amorosos. Confiesa, te gusta la hija de Nil Davis.

No lo suelta como una pregunta.

Lo suelta como una maldita afirmación.

Se la pela una barbaridad como yo me sienta, aunque diga lo contrario. Ella solo quiere que acabe de confirmar lo que ya sabe.

Qué le den.

—Eso no te importa.

—Sí me importa, porque esos sentimientos se pueden estar interponiendo entre lo que quiero y yo.

Arrugo las cejas.

—¿Y qué es lo que quieres?

Inclina la cabeza con una sonrisita que promete problemas.

—Que volvamos.

Se me escapa una risa que hace que África me mire mal al instante.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Éramos la pareja perfecta. ¿No lo recuerdas?

Esta vez soy yo el que pone mala cara.

—¿La pareja perfecta?

Adoraba a África.

Todavía la adoro, de hecho, pero ella y yo nunca fuimos la pareja perfecta. Nuestras personalidades chocaban demasiado y, aunque me encantaba el estímulo mental que me proporcionaba discutir con ella, eso y follar era todo lo que hacíamos.

No teníamos nada en común.

Solo éramos dos almas heridas que se encontraron en el momento en el que más se necesitaban. Yo cubría sus ansias de atención y ella me hacía sentir vivo, desconectaba mi mente de todos mis problemas, era mi acompañante en un mundo en el que me sentía solo.

Es cierto que llegué a quererla muchísimo. Incluso tal vez llegara a enamorarme de ella.

Pero eso ha quedado en el pasado.

Ya no me gusta de esa forma y no creo que vuelva a gustarme de esa forma jamás. Ya no.

Y sé que en el fondo África es consciente de la realidad, por eso, su estrategia es atraerme por el cuello e intentar apelar a nuestros mejores recuerdos.

—¿Te acuerdas de cuando le robamos aquella botella de whisky a tu vecino gruñón y nos la tomamos en el suelo de tu viejo apartamento?

Sonrío.

Ese día estábamos discutiendo en mi calle porque África se creía que le estaba poniendo los cuernos con una de recursos humanos. El imbécil de mi vecino de enfrente —un señor de más de sesenta años que vivía solo con sus gatos— decidió que estábamos haciendo mucho ruido a las ocho de la tarde, cuando los niños todavía juegan en la calle, y nos enchufó con su manguera sin previo aviso.

A ambos nos caía mal. No era la primera vez que atentaba contra nosotros a pesar de que sabía que podía tener represalias legales, así que a África no se le ocurrió mejor idea que colarse por su patio, forzar la cerradura de la cocina y robarle una de sus carísimas botellas de *whisky* mientras cenaba.

No me siento orgulloso ahora, pero reconozco que en ese momento sentí un subidón de adrenalina.

Se nos olvidó la discusión y fuimos a bebernos la botella a mi casa. Hubo risas mientras comentabamos el allanamiento y después comenzaron a desaparecer las prendas de ropa una por una.

El resto es historia.

—De lo que me acuerdo es de haber cometido un delito en la propiedad de un pobre hombre que solo quería silencio.

Y de que solo sacabas lo peor de mí, pienso, pero no lo digo.

—Venga ya, no seas así —chista, poniendo los ojos en blanco —. Nos echamos unas risas gracias a eso y un buen polvo también. Nos lo pasábamos bien. Podríamos volver a eso.

—¿A sentirnos vacíos por dentro? —La forma en que la miro ahora hace que agache la mirada. Esta vez saco fuerzas para colocar mis manos en su pequeña cintura y apartarla un poco de mí—. Lo

siento, África, pero me temo que volver juntos ya no está en mis planes.

—Siempre has sido un cabezota, eh —Da un paso hacia atrás y por fin consigo respirar bien—, pero no pasa nada —Aunque su rostro se muestra indiferente, sé que lo que he dicho le ha dolido. La conozco. Es como yo. Esconde sus sentimientos tras un bloque de hormigón y finge que nada le afecta—. Si te conquisté una vez, puedo volver a hacerlo.

Se acerca tan rápido a darme un beso en la mejilla, que para cuando quiero procesarlo, ya está subiendo las escaleras de vuelta a la casa y desapareciendo de mi vista.

Para mi desgracia, el tonto de Wolf baja para relevarla.

Joder, el que me faltaba ya.

—¿Reviviendo amores del pasado? —Se burla con esa estúpida sonrisa pedante. Eso y su fachada relajada combinada con esas pintas de ejecutivo en bancarrota hacen que tenga ganas de pegarle un puñetazo.

—No es asunto tuyo —mascullo levantándome del banco.

Wolf se lleva una mano al pecho.

—*Auch.* ¿Por qué me hablas así? Pensaba que éramos amigos.

—No creo que tú y yo podamos ser amigos nunca.

Tal vez el imbécil ya no esté en mi lista de sospechosos —al menos eso se cree él—, pero me sigue cayendo mal.

No soporto esa imagen de Ken perfecto que quiere dar ante todo el mundo. Es un niño rico que no supo qué hacer con todo el dinero que le dio su papi y ahora finge ser un empresario creativo mientras su hermano lo mantiene y le saca las castañas del fuego.

Tampoco soporto que quiera llevarse por delante a Brooklyn cada vez que la ve, pero eso es lo de menos.

—¿Y eso por qué? ¿Por qué Brooky me prefiere a mí? ¿Por qué estás celoso?

Aprieto los labios y tomo una larga respiración.

Está claro que ha venido a provocarme.

—Brooklyn no te prefiere a ti—ladro—, así que deja de soltar mierda por la boca.

Wolf alza una ceja.

—¿Acaso te importa?

—No.

Miento.

Debería importarme una mierda que la niñita de papá lo prefiera a él o no, pero por alguna razón, no lo hace.

Me importa.

Me importa mucho.

Cada vez que alguien la menciona tengo ganas de cerrarle la boca de un golpe. Como si el único que tuviera derecho a pensar o hablar de ella fuera yo.

Wolf amplía su sonrisita diabólica.

—Entonces, ¿eso significa que puedo tener una cita con ella?

—¿Qué?

—Brooklyn y yo, tendremos una cita. Ella misma ha accedido.

Y una mierda.

—Y una mierda —suelto sin pensar. Tendría que haberme ido a dormir en cuanto he visto a África bajar las escaleras. Soy un imbécil—. Ella nunca accedería a tener una cita contigo.

—¿Y qué quieres que haga? Tú la ignoras para irte con África y encima la has vetado de nuestras reuniones. Ella solo está haciendo su vida. Sin ti —hace énfasis en las dos últimas palabras porque sabe que son las que van a ponerme los nervios a flor de piel.

—Sabes muy bien por qué la he vetado.

—¿Ah, sí?

—Sí, joder —La rabia que se acumula en mis venas está haciendo que me lata el corazón demasiado fuerte. Cada vez me resulta más complicado mantener la compostura—. Su vínculo con su padre es un peligro para nuestra misión.

Wolf se apoya en el trozo de pared que da con las escaleras y sigue mirándome como si fuera más listo que yo.

Voy a partirle la cara.

—¿Es eso? —Me chincha—. ¿O simplemente te fastidia que quiera a su padre por encima de ti?

Enseguida noto como se me baja la presión.

—Si ella supiera la mierda que es su padre, no lo escogería.

O tal vez sí.

Porque Brooklyn es el tipo de persona que nunca abandonaría a alguien a quien quiere, aunque esa persona sea el mayor parásito que ha pisado el planeta tierra.

Es fiel y una cabezota de mierda.

—Pero no lo sabe —recalca Wolf—. Y aunque lo supiera, no puedes culparla por querer protegerlo un poquito. Estamos hablando del hombre que la crió.

—¿A dónde quieres llegar con eso? —pregunto entre dientes.

—A qué la estás tratando como la mierda solo porque es hija del hombre al que ahora odias. No es culpa suya ser hija de quien es y tampoco es culpa suya que te guste tanto que tengas que alejarla para no tener que escogerla por encima de tu sed de venganza.

Auch.

Maldito imbécil.

—No tienes ni idea de lo que hablas —espeto.

Pero ni yo estoy seguro de mis palabras.

Wolf ha bajado a tocarme la fibra sensible y el muy cabrón lo está consiguiendo.

—Tal vez, pero lo que sí sé es que Brooklyn no es el tipo de chica que uno se encuentra todos los días. Si tengo la oportunidad de conquistarla, lo haré, así que ponte las pilas con ella, porque no me gusta ganar sin un poco de juego previo —Me guiña un ojo como si esto fuera el maldito *Fash and Furious* y él y yo fuéramos familia—. No la vayas a cagar.

Y desaparece sin más.

En cualquier otra circunstancia lo seguiría y me aseguraría de que no vuelva a ir de listillo conmigo, pero no puedo.

No puedo porque tal vez el cabrón tenga razón.

Tal vez África tenga razón también.

Aunque me toque los huevos, la niñita de papá se las ha arreglado para hacer estragos en mi cabeza y en mi corazón, y, hasta que no consiga noquear lo que siento por ella como noqueo el resto de mis sentimientos, no puedo dejar que ningún desgraciado como Wolf se le acerque.

Por encima de mi jodido cadáver.

12
BROOKLYN

El agua de la piscina está helada, pero no quiero salir.

Al menos no todavía.

Mi cuerpo tiembla boca arriba en el agua fría y en lo único que puedo pensar es en lo tranquila que me siento. Por primera vez en días, por fin tengo un verdadero momento de paz.

Quizás sea culpa de las ráfagas de viento nocturnas que me están congelando el cerebro y me han hecho perder el juicio, pero nunca me había sentido tan en calma como ahora.

Es más de medianoche, están todos durmiendo y lo único que se escucha en el jardín es el sonido alocado de las hojas del fresno y los chispazos de electricidad de las farolas de la calle.

Ni siquiera debería estar aquí, sola, a merced de cualquier desgraciado con una pistola y un odio irracional hacia mí.

Pero por alguna razón hoy me da igual.

Llevo días sin dormir pensando en toda la mierda que se ha acumulado en mi vida últimamente, así que me he tomado dos vasitos del brandy que guarda mi padre en uno de los armaritos de la cocina, me he puesto mi mejor bikini y me he metido en la piscina.

No estoy borracha, ni mucho menos, pero sí lo bastante contenta como para no sentir el miedo y la angustia que llevan semanas torturando mi pecho.

Estoy harta de sentirme así.

Quiero paz.

Y eso es justo lo que tengo aquí y ahora.

Nado un poco hacia atrás con la vista fija en el cielo estrellado. Esta noche hay una preciosa luna llena, pero son las estrellas las que se llevan todo el protagonismo, iluminando el firmamento como focos en un estadio de fútbol.

Son tan hipnotizantes que por un segundo deseo ser una de ellas.

Un cuerpo de luz cuya única función es guiar a marineros perdidos y sembrar luz en la oscuridad.

Suena tan maravilloso…

Mierda, quizás sí que esté un poco borracha.

Hundo la cabeza en el agua hasta que la presión que tapona mis oídos me obliga a salir a la superficie.

Cuando estoy fuera de la piscina alcanzo la toalla que he dejado en una de las tumbonas y me seco lo más rápido posible antes de colocarme el pareo y las chanclas rosas.

Todavía queda un mes y unos días para que acabe el verano —y sé que debe deberse más a la hora que a otra cosa—, pero el tiempo ya no está precisamente para darse un chapuzón. Hace demasiado viento y las hojas están cayendo como si fuera otoño.

El clima se ha vuelto loco.

Tal vez para ir a juego con mi estado mental actual.

Dejo la toalla secándose en la tumbona y rezo para que siga ahí por la mañana mientras comienzo a avanzar en dirección a la casa. Ni siquiera me da tiempo a girarme hacia las puertas de cristal cuando percibo una figura apoyada junto al fresno.

Mi corazón se salta un latido.

— Joder, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —Me llevo la mano al pecho, pero a pesar de que la frecuencia de mis pulsaciones se altera en un segundo, mi voz suena tranquila y serena.

Casi como si hubiera reconocido al instante esos ojitos grises que brillan en la distancia.

Sería imposible no hacerlo.

No cuando los tengo grabados a fuego en mi retina.

Dylan comienza a caminar en mi dirección a paso lento. Su figura va tomando forma bajo las tenues luces del jardín, pero aun así parte de su rostro se mantiene en la sombra, torturándome.

Solo ver parte de sus facciones es mucho más escalofriante que verlas por completo. La curva de sus labios se vuelve más perfilada y juraría que, sus ojos vacíos de emoción, cobran vida.

Cuando por fin lo tengo a centímetros de mí ni siquiera puedo moverme.

Me siento atrapada en su asfixiante aura una vez más. Incluso a pesar de que llevo días evitando su presencia.

—¿Qué- qué haces aquí?

A la mierda la voz tranquila y serena.

Dylan no responde.

Ni siquiera me mira.

Sus ojos bajan con lentitud por mi cuerpo, encendiendo una maldita flama que hace que me tiemblen las piernas. Ni siquiera disimula. Analiza cada maldito rincón en el que el pareo se ajusta a las curvas de mis senos y cuando termina, realiza el mismo recorrido de vuelta.

Mis mejillas arden con fuerza, pero me niego a apartar la mirada.

No ahora.

No justo cuando más expuesta y vulnerable me siento ante él.

Dylan estira sus labios en una media sonrisa que no dura más de un par de segundos. Después vuelve a colocar su típica expresión fría e inaccesible.

—¿Qué haces fuera de casa a estas horas? —Su tono acusatorio me recuerda al de mi padre.

Casi tengo ganas de reír.

—No es de tu incumben…

—Hace menos de un mes intentaron dispararte aquí mismo, ¿y ahora te paseas semidesnuda por el jardín en mitad de la noche?

El recuerdo de aquella noche amenaza con volver a abrirse paso en mi mente, pero lo aparto enseguida.

Frunzo el ceño.

—Llevo un pareo que me tapa el bikini.

—Créeme, sé lo que llevas —farfulla y tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no preguntarle a qué mierda se refiere con eso.

—¿A qué has venido, Dylan? ¿Qué quieres? ¿No se supone que no querías verme más y toda esa mierda? Entonces, ¿qué haces aquí?

«No quiero verte».

Desde hace un par de días tengo esa frase grabada a fuego en mi mente.

No quiero verte, *no quiero verte*, *no quiero verte*.

Ni siquiera sabía que tres simples palabras podían joderme tanto la cabeza. Ya no revivo mis pesadillas de los últimos acontecimientos de mi vida, ahora lo único que hago es mantenerme despierta mientras la voz fría de Dylan se reproduce en mi mente sin parar.

No puedo controlarlo. Es como si mi cabeza encontrara nuevas versiones de un solo hecho: Dylan no quiere saber nada más de mí.

Reconozco que al principio estaba en fase de negación. Tenía ganas de presentarme en su casa y cantarle las cuarenta en cuanto mi corazón volviera a funcionar con normalidad.

Pero después de pasar veinticuatro horas echa mierda bajo mis sábanas y ver que el mundo seguía girando alrededor del sol a pesar de todo, comprendí que quizás el problema soy yo.

Me gusta Dylan.

Me gusta tanto que pierdo por completo la cordura cuando se trata de él.

Pero ya lo he entendido.

Por fin lo he entendido.

No importa lo mucho que me guste, no puedo perderme a mí misma por su culpa. Así que si lo que quiere es que me aleje de él, eso haré, aunque me arda el pecho solo de pensarlo.

Por suerte, la nueva faceta arrogante e insensible de Dylan, me lo pone fácil.

—¿Crees que he venido aquí por ti? —sisea y vuelve a escanearme de arriba abajo con una mirada indescifrable.

Aprieto los puños.

—No sé ni para qué pregunto.

Lo esquivo para seguir mi camino hasta la casa, pero la mano de Dylan me coge de la cintura y me atrae hacia el calor de su cuerpo. Un cosquilleo me recorre de la cabeza a los pies en cuanto su aroma a jabón invade mis fosas nasales.

Va vestido con una simple camiseta negra, pero se adhiere tan bien a su musculatura, que noto su pecho duro incluso a través de la tela.

Mi corazón comienza a latir con fuerza cuando me topo con sus ojos grises.

Trago saliva.

—¿Ahora qué?

Lo conozco. Hasta que él no decida que nuestra conversación ha acabado, no voy a ir a ninguna parte.

—¿Qué es esa mierda de que tienes una cita con Wolf?

De todas las cosas que esperaba que dijera, esa era la última.

Arrugo las cejas.

—¿Me estás vacilando?

—Responde.

—Vete a la mierda —escupo y trato de zafarme de su agarre, pero me tiene bien sujeta— ¿Quieres soltarme de una maldita vez? Me gustaría volver a mi habitación y seguir fingiendo que no existes, gracias.

Pero Dylan ni siquiera pestañea.

—Responde.

—Oblígame.

No sé de dónde sale ese repentino ataque de valentía. Lo que sí sé es que me arrepiento al segundo de sueltar esa palabra.

Dylan me levanta del suelo sin ningún tipo de esfuerzo y chillo. Ni siquiera tengo tiempo de analizar la situación antes de que nos acerque al borde de la piscina e incline mi cuerpo hacia abajo.

El pareo se deshace al instante en su agarre y el roce directo de sus dedos contra mi cintura no me deja pensar con claridad.

Eso y toda la sangre que comienza a acumularse en mi cabeza.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —Mi voz aguda es de total desespero mientras miro de reojo el agua de la piscina.

Mi cuerpo está prácticamente colgando en el aire. Lo único que lo sostiene son mis chanclas resbaladizas y el brazo de Dylan.

—¿Vas a responderme o voy a tener que sacarte la respuesta, caramelito?

—No pienso soltar una maldita palabra sobre mi vida personal.

—¿Estás segura?

Dylan afloja su agarre durante un segundo en el que creo que me va a dejar caer. Vuelvo a gritar.

—¡Dylan! Nos va a escuchar alguien.

—Me importa una mierda —gruñe—. ¿Te crees que no sé que has estado ligando con Wolf a mis espaldas?

—¿A tus espaldas? —Suelto una risa sin gracia— Que yo sepa a ti no te importa con quién ligo o dejo de ligar. Tú mismo me dijiste que me olvidara de ti, ¿recuerdas?

A Dylan se le marca la vena del cuello y por primera vez desde que ha llegado, veo reflejada la rabia en sus ojos.

—Sí y parece que no te ha costado una mierda sustituirme por Wolf, ¿no?

—¿De qué…?

Pero no acabo la frase.

El gilipollas no solo lleva semanas jugando con mis putos sentimientos y mi cordura, sino que ahora encima se atreve a recriminarme mientras me tiene colgando a su merced al borde de una piscina.

Por una vez, merece que le den un poco de su propia medicina.

Sonrío.

Sonrío con la maldad invadiendo cada uno de mis poros.

—Bueno, tienes que reconocer que Asher tiene unos ojitos irresistibles y ahora que se supone que está del lado bueno de la ley, no veo por qué no puedo tener una cita con él.

La mandíbula de Dylan se tuerce en un movimiento extraño.

—No sigas por ahí.

—¿Qué pasa? —Amplío mi sonrisa—. De hecho, sí, mira, te lo confirmo, tengo una cita con Asher. Es mono, es rico, es un buen tío… y me gusta. Sí, me gusta bastante.

Bum.

Tocado y hundido.

Lo sé porque creo que nunca había visto los ojos de Dylan tan negros como ahora. He tocado un punto sensible y eso significa que va a dejar que su lado oscuro tome el control.

—No te gusta, Wolf —brama.

—Sí me gusta.

Mentira.

Todo mentira.

Pero la forma en la que a Dylan le tiembla el labio hace que valga totalmente la pena.

—No.

—Claro que sí, ¿por qué no iba a gustarme?

—Porque te gusto yo —Me pega tan rápido a su cuerpo que el aire se queda atascado en mi garganta.

Mi respiración es tan rápida y artificial que ya no sé donde empieza a mezclarse con la de Dylan.

De repente, me siento mareada.

—¿Qué? ¿Por qué ibas a gustarme tú? Eso… Eso no es verdad.

—¿Ah, no? —Sonríe. Es una sonrisa ladeada que no consigue ocultar la malicia en su mirada—. Entonces, ¿por qué te has puesto roja?

Mis mejillas comienzan a arder con tanta fuerza que me es imposible seguir ignorándolo.

Dylan me ha pillado y ahora se regodea en mi miseria.

Como siempre.

No le intereso yo o mis sentimientos. Solo le interesa volverme loca.

—Yo… yo…

—¿Quieres saber un secreto, preciosa? —susurra tan cerca de mi oreja que me eriza la piel. No espera que le conteste, para nada—. Tú a mí me vuelves loco.

Ni siquiera me da tiempo a procesar sus palabras.

Acerca su cara a la mía y estampa nuestras bocas en un beso primitivo y salvaje que me deja completamente seca.

13
BROOKLYN

Ya ni siquiera recordaba el sabor adictivo de los labios de Dylan, pero mi lengua le sigue el ritmo casi al instante, como si no pudiera evitar dejarse arrastrar por la locura del momento.

No puedo creer que esto esté pasando de verdad.

Mis pulmones a penas dan de sí.

Dylan no me está besando.

Me está absorbiendo el alma y yo dejo que lo haga.

Estoy cabrea, cansada, irritada como la mierda con él y su estúpida manía de volverme loca, pero aun así dejo que me invada la excitación. Lo necesito. Quiero perder el control, dejar que su lengua penetre cada centímetro de mi boca.

Ahogo un jadeo cuando sus manos bajan por la curva de mi cintura, se posan en mi culo descubierto y me levantan del suelo sin esfuerzo.

Mis piernas se enrollan alrededor de su cintura y dejo que mis brazos rodeen su cuello.

Me falta el aire, pero Dylan no se separa de mí. Me asfixia con su cercanía.

—Dylan… —jadeo.

El contacto frío de sus dedos contra mi piel, me pone la carne de gallina. El pareo deshecho ha pasado a un segundo plano y ahora lo único que cubre son mis antebrazos. El resto de mí está a la entera disposición de Dylan.

Tengo el pulso descontrolado.

—Dylan… no creo que esto sea buena idea.

—¿No? —murmura, pero ni siquiera me presta atención.

Está muy ocupado poseyendo cada centímetro de mi boca con el movimiento rápido y tosco de su lengua.

Aunque no lo parezca, estoy hablando en serio. No creo que esto esté bien. Después de todo, ha llegado aquí, nos hemos puesto a discutir —como siempre— y ahora nos estamos dejando llevar por la excitación del momento.

No hemos hablado de nada.

No hemos solucionado nada.

Reprimo un gemido cuando la boca de Dylan baja por mi cuello. Su pelo me hace cosquillas en la piel desnuda mientras sus labios recorren la zona con una suavidad martirizante.

—Tienes… —Tiro la cabeza hacia atrás de forma inconsciente para darle más acceso. A penas puedo hablar. Estoy sumida en un mar de placer—. Tienes que irte.

Dylan alza la cabeza un segundo para mirarme. Tiene los labios hinchados y los ojos le brillan con pura adrenalina. Joder, ¿por qué se ve el doble de atractivo así que de normal?

—Lo siento, caramelito, pero ahora no pienso irme a ninguna parte sin ti.

Pega un bote que provoca que se me escape un chillido.

—¡Dylan!

Me ignora y comienza a caminar conmigo hacia las puertas corredizas. Una vez que estamos dentro de la cocina, no se detiene ahí.

—¿Se puede saber a dónde me llevas?

Hace oídos sordos.

Avanza por el salón hacia el pasillo que da a las escaleras. Todo mi cuerpo se pone en alerta cuando comienza a subir al piso de arriba, donde duerme ahora mismo mi padre.

Mierda.

—¡Dylan! —grito en un susurro.

Esta vez se detiene un segundo solo para que vea esa maldita media sonrisa que le marca el hoyuelo.

—Preciosa, me encanta escucharte gritar, pero no creo que a Davis le haga mucha gracia encontrarme aquí con su hija, así que, ¿qué tal si te lo reservas para cuando lleguemos a tu habitación?

Mis mejillas se ponen al rojo vivo.

—Imbécil.

Dylan se ríe y sigue subiendo hasta llegar a mi habitación.

Cuando entra espero que me deje en el suelo y cierre la puerta, pero en su lugar me estampa contra la madera de esta para que se cierre sola.

De un segundo para otro, me está cogiendo de la cara con una mano mientras su lengua vuelve a introducirse en mi boca.

Dios.

La excitación se acumula en mi vientre y lo único que puedo hacer es seguirle el ritmo. No pienso en el pareo que cae al suelo o en como Dylan nos gira y nos lleva hacia la cama. Tampoco pienso en la suavidad con que deja mi cuerpo en el colchón un segundo para quitarse la camiseta.

Se me corta la respiración cuando veo su pecho al descubierto.

No es la primera vez que lo veo sin camiseta, pero la imagen de sus músculos definidos todavía me deja la garganta seca. El cabrón y su mítica v en el abdomen, que sobresale por la tela de sus pantalones, hacen que no pueda dejar de mirarlo como si fuera un maldito ángel caído del cielo.

Y aunque estoy segura de que soy yo a la que debería caérsele la baba, son sus ojos los que se oscurecen analizándome de arriba abajo.

—Joder, eres preciosa.

Un repentino calor invade mis extremidades.

Dylan ni siquiera me da tiempo a procesar sus palabras antes de tirarse encima de mí y encarcelarme con su cuerpo.

Noto su peso aplastando mis costillas, pero no digo nada.

No puedo.

Me está latiendo el corazón tan rápido que temo que lo escuche si hago algún movimiento brusco.

Tan solo dejo que me corrompa la misma excitación que veo brillar en sus ojos grises.

Ardiente.

Salvaje.

Oscura.

Ni siquiera sé muy bien que está pasando.

Noto el tacto rugoso de la mano de Dylan recorrer mi muslo desnudo mientras su boca se pierde en el hueco que hay entre mi hombro y mi cuello.

Lo único que separa nuestras pieles es la fina tela de mi bikini.

Siento cada uno de sus roces, el calor de su pecho contra el mío y la sensación inequívoca de estar cayendo en el delirio absoluto.

Tengo el cerebro apagado para él.

Sus manos viajan descontroladas por mi cara, mi cuello y luego mi cintura. Las siento incluso sobre mis pezones, aplastándolos con fuerza.

Pero no es hasta que hace el amago de apartar la tira del sujetador de mi bikini, que vuelvo en mí.

¿Qué estoy haciendo?

¿Qué estamos haciendo?

—Dylan, Dylan, espera —coloco mis manos delante de su pecho para intentar poner distancia.

—¿Qué pasa? —Se levanta un poco para darme espacio—. ¿Estás bien?

—Tenemos que parar.

—¿Cómo?

—Tenemos que parar. No podemos simplemente liarnos y fingir que aquí no está pasando nada.

Necesito respuestas.

Necesito una explicación.

Porque si me acuesto con Dylan sin antes comprender qué está pasando aquí, voy a sentirme la tía más estúpida del planeta.

El pelinegro cierra los ojos un segundo como si intentara disipar el abismo negro que baña sus ojos. Después los abre y asiente lentamente:

—Tienes razón, lo siento, me he dejado llevar.

Suspira y aparta su cuerpo del mío para poder sentarse en el borde de la cama. Yo aprovecho el momento para coger aire y sentarme también a su lado.

—No sé cómo lo haces, pero siempre consigues hacerme perder el control —murmura y se pasa las manos por el pelo provocando que se le contraigan los músculos.

Aparto la mirada.

—Si te sirve de algo, tú a mí también me haces perder el control.

—No, la verdad es que solo hace que tenga ganas de volver a ponerme encima de ti, así que ahórratelo.

Levanto las manos en son de paz, pero la verdad es que sus palabras mandan un latigazo de placer por mi zona baja que me hace replantearme mi decisión de apartarlo.

Podría tenerlo encima de mí.

Disfrutando de sus besos y dejando que su aura oscura me absorba, pero, en cambio, quiero hablar.

Sí, definitivamente soy imbécil.

Dylan me echa un vistazo de reojo.

—Vas a tener que ponerte algo encima si quieres mantener una conversación seria conmigo.

Bajo la vista por mi cuerpo semidesnudo y después me levanto para alcanzar la primera prenda que veo tirada en el suelo.

Es la camiseta de Dylan.

Su olor a jabón atonta mis sentidos en cuanto la paso por mi cabeza y dejo que caiga hasta la mitad de mis muslos.

No puedo evitar sonreír ante el simple pensamiento de que llevo puesta su camiseta.

Me coloco delante de Dylan.

—¿Mejor?

A él se le oscurecen tanto los ojos que no se donde termina la pupila y empieza el iris.

—No.

—¿Quieres que me la quite?

—Quiero que dejes de torturarme de una vez, joder —gruñe y vuelve a apartar la vista de mí.

Trato de ocultar una risita y vuelvo a acercarme a la cama para sentarme, pero la mano de Dylan se enrolla en mi muñeca y tira de mi rápido y con fuerza hasta que caigo en su regazo.

En su regazo.

Ahogo un grito.

El pulso se me acelera.

Estamos tan cerca que su respiración se mezcla con la mía y el calor que desprende me quema la piel.

Tengo su cara a centímetros de la mía.

Y no ayuda una mierda que enrolle su brazo alrededor de mi cintura en un agarre firme y asfixiante.

Me va a dar un infarto, pero tengo que ser fuerte si quiero respuestas.

Solo por eso, hago un esfuerzo por fingir que estoy totalmente compuesta cuando digo:

—¿Y bien? ¿Vas a decirme de una vez que mierda está pasando en realidad y por qué estás siendo un capullo integral o te enseño la puerta?

Dylan suspira otra vez y su mirada se desvía un segundo al reloj que hay en la pared.

—Esto no es fácil de decir, pero… Tu padre tiene una aventura.

Arrugo las cejas.

—¿Cómo?

—Tu padre —repite—, tiene una aventura con la mujer del director del FBI.

Por un segundo no estoy segura de haberlo escuchado bien y estoy a punto de volver a preguntarle a qué se refiere, pero mi cerebro es más rápido.

Mi padre tiene un lío con una mujer.

Una mujer casada.

A eso se refiere.

Todo atisbo de diversión desaparece de mi rostro.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? —Muevo la cabeza de un lado a otro—. ¿Cómo lo sabes?

—La agente Jack lo pilló aquella semana que ambos viajaron a Nueva York, por eso volvió echa un alma en pena, ¿recuerdas?

Asiento lentamente.

Sí, lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Blue volvió antes que mi padre con una cara digna de funeral y luego no quiso explicarle a nadie qué le pasaba —a mí no, al menos—. Desde entonces algo en ella ha cambiado, ya no es la Blue radiante que me

despertaba con besos en la frente o tortitas recién hechas. No. Ahora la rodea un aura lúgubre y ausente que me provoca escalofríos.

Y todo por culpa de mi padre.

¿Acaso está celosa de su aventura o es algo más?

—¿Blue te contó eso? —pregunto con el pecho encogido.

De repente, me siento como la peor persona del mundo.

Ni siquiera me he molestado en preocuparme realmente por la mujer que me crió. He estado tan ocupada lloriqueando por Dylan en cada rincón de la casa, que me he olvidado de ella.

Me he olvidado de lo mucho que la quiero.

De lo mucho que hace ella por mí y de lo poco que hago yo por ella.

Soy horrible.

—Bueno, en realidad se emborrachó en el despacho de tu padre y se le escapó, pero esa es otra historia —responde Dylan—. Wolf también los pilló hace casi un año en un hotel de las afueras de Nueva York. Se estaban comiendo la boca en la zona de sofás y decidió hacerle unas fotos de muy baja calidad y guardarlas en su ordenador.

—¿Qué?

—Encima el muy imbécil cometió el error de intentar chantajear a tu padre con ellas para que se convirtiera en su contacto en el FBI —Dylan niega con la cabeza como si no pudiera creérselo todavía—. Obviamente, Davis es más inteligente que él y no se dejó manipular. El chantaje es un delito y no dudo en hacérselo saber a Wolf. Pero por desgracia, tu padre también es un hombre rencoroso y se la cogió con él. De ahí que se obsesionara con hundirlo por el asunto de la gala.

—Guau —Es todo lo que escapa por mi boca.

—Lo sé…

«El trabajo por encima de todo».

Eso es lo que siempre le gustaba decir a mi padre cuando yo intentaba que tuviera una cita con alguna mujer interesante.

«No me interesa nada más que mi trabajo».

«Trabajar dignamente, eso es todo».

Y una mierda.

No solo lleva casi un año siendo el amante de la mujer de su jefe —a saber por qué macabra e ilícita razón—, sino que encima ha entorpecido su propio caso solo por rencor y odio hacia Asher.

Es francamente absurdo.

Y para nada digno, si me preguntan.

Estoy que muerdo.

—¿Por qué Wolf no ha intentado hundir a mi padre con esas fotos?

Ni siquiera debería estar preguntado esto.

Después de todo, estamos hablando de mi padre. Por más que esté cometiendo un acto indecoroso al liarse con una mujer casada, no quiero que nadie lo hunda. Sigue siendo un ser humano con sentimientos.

Pero por alguna razón, no puedo evitar que me salga esa parte retorcida y justiciera que llevo años viendo a mi familia utilizar para resolver casos.

—Ya te he dicho que es imbécil —chista Dylan—. Además, ahora no me conviene para nada que esas fotos salgan a la luz. Davis sabría de quién son y atraería su atención hacia nosotros. No quiero eso. No todavía, al menos.

—Entiendo —Vuelvo a asentir—. Pero, aún así, toda esta historieta no explica por qué te has obsesionado tú con mi padre. ¿Qué tienes en su contra aparte de que no haya impedido que la policía te arrestara?

Lo reconozco, ese fue un movimiento rastrero, pero no justifica que ahora Dylan quiera inculparlo por el asesinato y el robo de aquella gala benéfica.

No tiene ningún sentido.

—Cuando se revisaron las grabaciones reales de lo que ocurrió en la gala, se descubrió que los responsables eran una banda criminal emergente —explica él mientras comienza a hacer círculos en mi cintura con el dedo. Reprimo un escalofrío—. Ese tipo de bandas suelen estar controladas por un cabecilla que los contrata para hacer trabajos como los de la gala o peor. Creemos que ese cabecilla puede ser tu padre.

—¿Por qué mi padre?

—Porque uno de los integrantes es el maldito imbécil del Galimateo, el que te atacó en el festival y del que tu padre me advirtió antes de tiempo —Aprieta tanto la mandíbula que temo que pueda hacerse daño—. Y encima estaba con el otro gilipollas que asistió a la fiesta que tu padre organizó aquí dos semanas antes. Son demasiadas casualidades, caramelito.

Joder.

Hasta yo reconozco que son, efectivamente, demasiadas casualidades.

Pero no puede ser.

Es imposible.

¿No?

Mi padre no puede estar detrás de un robo y unos asesinatos, por Dios, es una locura.

El corazón empieza a latirme a toda pastilla.

Tiene que haber otra explicación que Dylan está pasando por alto. Siempre la hay.

Mi padre es un hombre bueno. Mentiroso como la mierda, sí, pero bueno. Igual que Asher y que Dylan. Ninguno de los tres es mala persona, pero por desgracia la vida los ha enfrentado y yo estoy en el maldito medio.

—¿No has pensado que mi padre podría tener su propia investigación?

Dylan me mira con el ceño fruncido.

—¿Cómo?

—Quizás sabía y sabe que esa banda criminal era quien estaba detrás de todo. Quizás por eso invitó a aquella gente, quizás intentaba infiltrarse para descubrir, no sé… Si Asher era el verdadero responsable de todo o si había alguien más.

Las teorías empiezan a escapar de mi boca sin filtro, pero tienen sentido. Al menos eso creo.

Mi padre es muy de trabajar a su rollo.

No me extrañaría nada que tuviese su propia investigación del caso y que no le haya dicho nada a nadie. Quizás Dylan y sus

agentes están malinterpretando la situación. Quizás el malo no es tan malo y el bueno no es tan bueno.

Quizás sea todo el asunto este teñido de gris.

Dylan no dice nada. Tan solo se queda mirando al suelo como si su cerebro intentara encontrarle un sentido a toda la mierda que estoy soltando por la boca y que ni siquiera a él se le había ocurrido.

—Puede ser… —admite al fin, pero no se le ve para nada convencido—. No sé, por eso estamos investigando. Daré con el imbécil del Galimateo y no lo soltaré hasta que me cuente cada maldito detalle de lo que está pasando aquí.

Suspiro y tiro la cabeza hacia atrás un segundo.

Es increíble que no me haya movido nada y esté agotada como la mierda. La historia de Dylan me ha drenado tanto mentalmente que ya ni siquiera tengo fuerzas para sorprenderme por nada.

Mi padre es un adultero mentiroso.

Dylan es un arrogante de mierda que cree que en la vida todo es blanco o negro.

Y yo soy imbécil.

—¿Por qué no podías contarme esto antes? —pregunto sin apartar los ojos del techo.

—¿Hace falta que responda a esa pregunta? Al final tu padre es tu padre y vas a defenderlo por encima de todo. Solo hay que ver como has montado una teoría en un momento solo para él.

—No es eso. Simplemente estoy usando lo que conozco de mi padre para ayudarte. No lo estoy defendiendo —Al menos eso trato de decirme a mí misma—. Si algo me ha enseñado él mismo, es que la justicia está por encima de todo; muchas veces incluso por encima de la gente a la que amas.

—Ya… De todas formas, ve con cuidado.

Esta vez sí que lo miro.

En sus ojos brilla un sentimiento de preocupación casi adorable.

—Mi padre no va a hacerme nada —digo y estoy convencida de ello.

—No me refiero a tu padre, me refiero a Asher —admite y reconozco que me pilla por sorpresa—. No puedes tener ninguna cita con él. Hasta que no descubramos la verdad, sigue siendo uno de los sospechosos principales. Es peligroso.

Esta vez sí que se me escapa una risa que provoca que Dylan me mire mal.

—Eso lo dices porque estás celoso.

—No, lo digo porque podría ser un maldito asesino y a ti te encanta ponerte en peligro.

—Si vamos por ahí, tú también podrías ser un asesino peligroso. ¿No debería tener cuidado contigo, entonces?

Dylan estira sus labios en una tétrica media sonrisa que me saca el aire.

—De hecho, caramelito, deberías tener *mucho* cuidado conmigo.

Antes de que pueda procesar sus palabras, vuelve a abalanzarse sobre mí y comienza a hacerme cosquillas. Es un acto mundano y sencillo que me hace más feliz de lo que estoy dispuesta a admitir.

Después de eso, creo que me quedo dormida en sus brazos. No estoy muy segura, porque cuando me levanto a la mañana siguiente, él ya no está.

14
BROOKLYN

—Separa un poco más las piernas —digo y observo las delgadas piernas de Lewis abrirse como dos palillos chinos.

—¿Así?

No me mira. Sus ojos están fijos en la enorme diana que tiene un par de metros más allá.

—Sí, así está perfecto.

Es domingo.

Son las seis de la mañana.

Y la parte más insana de mi cerebro ha decidido que es un buen momento para ayudar a Lewis con su técnica de disparo.

Cuando ha venido a despertarme a las cinco, casi lo mando a la mierda. Luego he recordado que yo misma le dije que podíamos comentar el caso de Wolf mientras lo entrenaba.

Además, tampoco es como si en ese instante hubiera estado profundamente dormida. Me sigue constando un poco conciliar el sueño. Desde que Dylan vino hace un par de noches, mi cerebro ha estado muy ocupado elaborando teorías aleatorias sobre el caso y los posibles responsables. Entre ellos, mi padre.

Cada vez tengo más en lo que pensar.

Mi propia cabeza me está comiendo viva.

Y sé que hablar con Lewis puede ayudarme a liberar un poco la mente.

Es el momento perfecto para comentar mis teorías con él y buscar nuevas perspectivas. Después de todo, no hay nadie despierto todavía y tampoco creo que vaya a haberlo en un rato.

Sé de buena tinta que los chicos salieron anoche de fiesta y eso significa que no se levantarán hasta la hora de comer.

—Bien —murmura Lewis y mueve los hombros para desestresarse antes de empuñar la pistola de forma cuadriculada.

Quiero decirle que se relaje un poco, que no piense tanto en la posición perfecta de su arma, pero la realidad es que es justo así

como debería cogerse una pistola. A pesar de que sea muy de manual.

—Cuando quieras —No aparto los ojos de Lewis mientras me apoyo en una de las mesas llenas de papeles que hay distribuidas por el jardín.

—Voy, déjame que… Solo un segundo, por favor.

El pelirrojo traga saliva.

Desde aquí veo como le tiemblan las manos. Sus ojos van de la diana a la pistola una y otra vez.

Está nervioso.

Tal vez porque esta vez quiere hacerlo bien de verdad o porque simplemente tiene un trauma con la idea de disparar a una diana… Tampoco ayuda mucho que no esté acostumbrado a las dimensiones de una Maxim 9 con silenciador integrado.

Mi padre se las ha conseguido a los novatos para realizar prácticas, ahora que no tiene acceso a la G-19 de Dylan.

Podría haberles asignado una sin silenciador —que son más fáciles de conseguir—, pero entonces hubiera tenido que vérselas con los reclamos por ruido y uso de armas en zona residencial y dudo mucho que eso le interese.

Mientras más desapercibida pase la zona de disparos, mejor.

Lo último que quiero ahora es despertar a todo el vecindario y que vengan a molestar.

—Tranquilo… —le digo a Lewis cuando veo que empiezan a temblarle también las piernas— ¿Quieres que te hable de otra cosa mientras te preparas?

Asiente.

—Por favor.

—Está bien —Acomodo mejor el culo en la mesa y me cruzo de brazos para protegerme un poco del viento mañanero. Quizás tendría que haberme puesto un cárdigan por encima de la camiseta de tirantes que llevo puesta—. ¿Sabes que Dylan vino a verme la otra noche?

Lewis desvía un segundo la vista hacia mí un segundo.

—¿Ah, sí?

—Sí, quería solucionar las cosas entre nosotros y explicarme de una vez todo lo que no sabía del caso.

No voy a contarle a Lewis todo lo que pasó entre Dylan y yo, porque no somos amigos del alma —aunque sea la única persona con la que pueda hablar sinceramente en este lugar—, pero creo oportuno que al menos sepa que ahora yo también estoy enterada de lo que ocurre en el caso.

Después de todo, trabajamos juntos.

—¿Qué te ha contado? —pregunta volviendo la vista a la diana. No me pasa desapercibida la cautela en sus palabras.

Lewis no es imbécil.

No va a empezar a despotricar conmigo sobre el caso hasta que no sepa exactamente que sé y que no sé. Trabajaremos juntos, pero si tiene que ponerse de lado de alguien, siempre escogerá a Dylan.

Su renuencia a ayudarme con el caso, me lo dejo bien clarito.

—Todo —respondo, colocándome un par de mechones que se han salido de mi coleta improvisada—. Lo que había realmente en las cámaras de seguridad de la gala y como mi padre puede estar relacionado con la banda que asesinó a aquellos cuatro hombres.

Omito lo de la aventura de mi padre con la mujer del director del FBI, porque la verdad es que es algo que todavía me cuesta procesar hasta a mí. Además, tampoco creo que aporte mucho al caso.

Es solo un recordatorio de lo adúltero y mentiroso que es mi padre.

Joder, lo pienso y me entran ganas de vomitar.

—Ya veo… —dice Lewis.

Ya le han dejado de temblar las extremidades y sus ojos se mantienen fijos en su objetivo. Sé le ve visiblemente más relajado, lo que significa que no tardará mucho en disparar.

—¿Cuándo pensabas contarme tú todas estas cosas? —Le reprocho aprovechando que ha recuperado el color en la cara.

—Dije que te ayudaría, no que te revelaría información confidencial.

Pues sin esa información «confidencial», poco íbamos a avanzar, pienso, pero no abro la boca porque sé que no vale la pena. Ya lo he dicho, Lewis solo va a mantenerse de mi lado mientras le convenga.

—¿Y cuándo llega esa ayuda? Digo yo que tendremos que ponernos a investigar estas cosas por nuestra cuenta, ¿no?

—Lo sé, pero todavía no veo la forma de hacer algo diferente a lo que ya están haciendo Dylan y los chicos.

Tengo que admitir que en eso tiene razón.

No tenemos ninguna ventaja sobre Dylan y su equipo. Cualquier cosa que queramos hacer, ellos ya la habrán hecho o la harán mejor porque tienen más recursos.

Si queremos adelantarnos tenemos que pensar fuera de lo común. Pensar en algo que solo nosotros desde aquí podamos hacer. Pero, ¿el qué?

Lewis decide desviar por fin su atención de nuestra conversación y centrarse en la diana. Mueve una vez más los hombros, sujeta el arma de forma que apunte a su objetivo y tras un par de segundos de tensión, dispara.

Mis ojos vuelan al instante a la zona en la que ha impactado la bala.

El brazo.

Otra vez.

—Mierda —murmura Lewis pasándose la mano por el pelo—. Pero, ¿qué ha pasado? Pensaba que esta vez lo había hecho todo perfecto. Me he colocado como es debido, he empuñado el arma como pone en el manual del novato y no he apartado los ojos de mi objetivo. ¿Por qué fallo siempre?

—Umm… —Me quedo mirando la enorme diana un segundo y después vuelvo la vista a Lewis. Su expresión frustrada me da hasta pena—. Quizás tu problema está en que crees que toda la diana es tu objetivo.

Frunce sus cejas a juego con su pelo.

—¿A qué te refieres?

—A que tu objetivo real no es la diana, sino sus partes vitales: el corazón o la cabeza... Lo sabes, ¿no?

Lewis no dice nada durante un par de segundos en los que creo que por fin hemos dado con su problema.

Está claro que nunca había pensado en eso de esta forma.

Tiene que ser el tipo de persona que ve el bosque y no los árboles, cosa que va bien para cierto tipo de situaciones, pero no para aprobar un examen de tiro del FBI.

—Piensa que en lo que nos centramos, se expande —Me acerco a él sin invadir su espacio personal—. Céntrate en el corazón o en la cabeza, pero céntrate.

Asiente como si ahora sí comprendería lo que trato de decirle y vuelve a apuntar la pistola hacia la diana.

Esta vez no presta atención a su posición o a la forma en la que sujeta el arma, su expresión seria está completamente centrada en lo que tiene delante. Ni siquiera pestañea.

Aguanto la respiración como si fuera yo la que tuviese que disparar y espero hasta que Lewis aprieta el gatillo, para volver a mirar la diana.

Esta segunda bala impacta tan cerca del corazón que casi suelto un grito eufórico.

Lewis se coloca recto. Sus ojitos marrones brillan cuando me mira.

—¿Esto ha pasado de verdad?

No puedo contener las palmaditas de emoción.

—¡Sí! —Salto para acercarme aún más a Lewis. Su cuerpo delgado se hunde cuando lo agito por los hombros—. Lo has hecho genial. Practica tu enfoque y estoy casi segura de que estarás listo en menos de lo que canta un gallo.

Él sonríe y yo hago lo mismo.

Creo que por primera vez desde que nos conocemos, siento una verdadera chispa de compañerismo entre nosotros.

¿Quién sabe?, quizás después de esto Lewis por fin empiece a confiar en mí.

Abre la boca para decir algo, pero una voz femenina lo interrumpe en el acto.

—¿Qué hacéis despiertos tan temprano?

Blue atraviesa las puertas del jardín con el pelo envuelto en un moño y cara de llevar por lo menos una semana sin dormir.

Lewis y yo nos separamos corriendo.

—¡Blue! —Mi saludo sale con más emoción de la que pretendo—. ¿Qué haces tú aquí?

La morena arruga las cejas.

—Yo he preguntado primero —dice alternando la vista entre Lewis y yo—. ¿Qué hace la dormilona de la casa despierta antes que el resto de mortales?

Se me escapa una risa nerviosa que no le pasa desapercibida. A mi lado Lewis se mantiene quieto como un palo.

—Qué graciosa —Sonrío empujándola de forma juguetona por el hombro. Blue mantiene su expresión desconcertada—. Acabo de levantarme porque tenía hambre y me he encontrado aquí con Lewis.

Ni siquiera sé por qué estoy nerviosa.

No hay nada raro en que Lewis y yo estemos despiertos a la misma hora, charlando en el jardín.

Ni siquiera es raro que yo esté aquí mientras él practica su técnica de disparo.

Después de todo, me encanta mirar estas cosas y Lewis tiene que entrenarse para su examen.

No hay nada raro aquí en absoluto.

Pero por alguna razón siento que Blue es capaz de leer a través de mi fachada de niña que no rompe un plato. Es la persona que mejor me conoce en esta casa y, aunque últimamente apenas hemos pasado tiempo juntas, sé que, si quisiera, detectaría una mentira mía al vuelo.

Por suerte, finge que se cree todo lo que le digo.

Seguramente está demasiado cansada para ponerse a jugar a los detectives conmigo. Tan solo hay que mirar sus ojeras para darse cuenta.

Tiene mejor cara que en la comida que tuvimos con papá y la madre de Makeila en el club de campo, pero aun así, el tono moreno de su piel ha perdido más vitalidad de lo que me gustaría.

Joder.

No me imagino por lo que debe estar pasando la pobre después de enterarse de que su mejor amigo desde hace años está teniendo una aventura con una mujer casada. El hombre al que ha dedicado toda su vida personal y profesional. Se supone que los tres somos una piña y el tonto de mi padre nos ha traicionado a las dos.

Es una vergüenza.

Sobre todo para mí, que no se lo he puesto nada fácil a Blue.

No me he molestado en preocuparme por ella o en averiguar qué le pasaba realmente. Solo he pensado en mí, en mí y solo en mí.

Debe pensar que es algo típico de los Davis.

—Bueno, Lewis —Blue se dirige al pelirrojo con una sonrisa maternal que hace que me entren ganas de llorar—, ¿cómo van esos entrenamientos? ¿Has mejorado algo?

—Bueno, he…

Ni siquiera dejo que Lewis acabe la frase.

Doy un paso hacia Blue y la envuelvo por la cintura en un abrazo que le saca el aire. Al instante, su familiar olor a navidad y tortitas caseras me hace cosquillas en la nariz y tengo que contenerme para no llorar de verdad.

Abrazarla es como estar de vuelta en casa después de un largo viaje.

Me siento segura y querida a pesar de que ella esté demasiado en shock como para devolverme el gesto.

Quiero sentirla cerca de nuevo.

Quiero que ella me sienta cerca de nuevo.

Echaba de menos a mi Blue.

—Brook, querida… ¿Te encuentras bien? —Su camiseta azul amortigua el sonido de su voz en mis oídos y tengo que levantar un segundo la cabeza para mirarla.

En sus ojos negros veo una mezcla de felicidad y preocupación en partes iguales.

Sonrío.

—Me encuentro genial.

Blue sonríe también. A pesar de su evidente confusión, sé que sonríe desde el alma.

—¿A qué viene esto?

Me separo de ella para darle un poco de espacio y enseguida siento un vacío en el pecho.

—A nada, tan solo me apetecía darte un abrazo.

Su sonrisa se amplía.

Creo que no la había visto sonreír así desde que volvió de aquel viaje a Nueva York que hizo con mi padre.

Por primera vez desde entonces, hay algo más que tristeza en su mirada.

—Oh, cariño… yo…

—Blue… —La voz profunda y varonil de mi padre hace eco en el jardín, asustándonos. En cuanto su imponente figura atraviesa las puertas de cristal y viene hacia nosotros, Lewis deja de respirar—. Oh, Brooklyn, Lewis, ¿qué hacéis aquí?

El que faltaba.

Me cruzo de brazos y resisto la tentación de poner los ojos en blanco.

Tal vez la nueva información que sé de mi padre, me haya hecho tener una imagen completamente diferente de él, pero debo ser estratégica jugando mis cartas.

Solo por eso fuerzo una sonrisa en su dirección y digo:

—Buenos días, papá. Tan solo estábamos charlando.

Él arruga las cejas tal y como ha hecho Blue antes, la cual se mantiene quieta como un palo a su lado.

—¿A las siete de la mañana de un domingo?

—Sí, es que no teníamos sueño.

Asiente no muy convencido, pero me da igual.

Tampoco parece que le importe mucho lo que estemos o no estemos haciendo en el jardín.

Lleva puestas sus carísimas gafas de sol en la cabeza, el Iphone en una mano y las llaves de su coche en la otra. Va a salir, un domingo aburrido de agosto… eso solo puede significar una cosa: o tiene una cita con alguien o va a tratar asuntos de negocio.

Y por su elección de traje de hoy —un Ralph Lauren Purple Label— estoy segura de que es lo segundo.

—Ya, bueno… Voy a salir a resolver unos asuntos —dice colocándose las gafas en los ojos—. No me esperéis para comer.

—¿A dónde vas? —le pregunto yo antes de que Blue pueda abrir la boca.

Mi padre se queda quieto durante unos segundos y aprovecha que no puedo leer sus mentiras a través de sus gafas tintadas, para responder:

—A ver a un amigo. Os veo luego.

Y con eso hace su camino hasta la puertecita del jardín que da con la calle. Blue se lo queda mirando embobada y yo aprovecho ese momento para tirar del brazo de Lewis.

—Vamos, esta es nuestra oportunidad.

—¿De qué?

—De adelantarnos.

15
BROOKLYN

—Nos va a pillar —La voz de Lewis me zumba en el oído por detrás como un mosquito molesto.

—Que no, calla.

Estamos escondidos en un callejón, esperando a que mi padre acabe de sacar el tique del parquímetro.

Ha aparcado el coche en zona turística un domingo de verano.

Está claro que con quien sea que se tiene que reunir, no puede esperar a que encuentre un sitio gratuito para dejarlo. Por suerte, Lewis y yo hemos encontrado uno dos calles más abajo.

Yo he tenido que bajar antes del coche para no perder de vista a mi padre y, aunque ahora me falta el aire en los pulmones de tanto correr, ha valido la pena.

—Nos va a pillar y a mí me va a despedir —Lewis no para de mover la pierna, nervioso—. No, peor, va a matarme con sus propias manos.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Crees que tu padre sentirá piedad por mí y me dará una muerte rápida? —pregunta más para sí mismo que para mí— ¿A quién quiero engañar?

Estamos hablando de Nil Davis. Va a torturarme, seguro.

—¿Lewis, quieres calmarte? —Me giro para mirarlo. Se ha tocado tanto el pelo de los nervios que parece un nido de pájaros—. Nadie va a torturar a nadie, por Dios. Tan solo estamos siguiendo a mi padre. No intentando colocarlos en una cárcel de Guantánamo.

—Preferiría colarme en una cárcel de Guantánamo —murmura de mal humor.

Entrecierro los ojos en su dirección y él alza las manos en son de paz. Solo tardo un segundo en volver la vista a mi padre, pero para cuando lo hago, ya no está.

—Mierda, ¿dónde se ha metido?

Lewis chista.

—Está claro que tus habilidades de vigilancia no son las que nos van a colar en Guantánamo.

Me muerdo las mejillas para no soltar sobre el pelirrojo todos los insultos que se me están ocurriendo ahora mismo. En lugar de eso, digo:

—No conocía yo este lado graciosillo tuyo, eh.

—Lo siento, cuando estoy muy nervioso me sale mi lado sarcástico. Es un mecanismo de defensa —Se rasca la cabeza y después señala un bar español que hay justo en la otra esquina de la calle —. Tu padre se ha metido ahí.

—Vamos.

Salimos del callejón y nos dirigimos directamente al bar. Estamos cerca de la playa, así que aquí el viento es tres mil veces peor que en mi jardín y tengo que acomodarme todo el rato el pelo detrás de las orejas. He cogido una chaquetilla negra antes de salir, pero apenas me cubre del frío. Por eso le meto prisa a Lewis para llegar a la puerta del local.

Por suerte, un grupo de veinteañeros está entrando justo cuando vamos a hacerlo nosotros y podemos mezclarnos con ellos para no llamar la atención.

En cuanto estamos dentro, un peculiar olor a gazpacho me invade las fosas nasales. Lewis y yo enseguida localizamos una mesa al fondo y nos sentanos antes de que nos vea mi padre.

El bar no está muy lleno a pesar de ser casi la hora de comer —quizás porque es un bar de comida extranjera en mitad de un pueblo perdido en Carolina del Sur—, así que lo localizo en cuanto me siento en una de las horribles sillas de madera que tienen aquí.

Está sentado en la barra, mirando algo en su móvil mientras una camarera le sirve un trago.

Le toco el brazo a Lewis sin apartar la vista de mi padre.

—¿Has visto eso?

—¿El qué? —Se acomoda en la silla mientras busca llamar la atención de algún camarero con la mirada.

—Mi padre está bebiendo alcohol.

—¿Y?

—Mi padre nunca bebé alcohol antes de las seis de la tarde. Siempre dice que eso es de fracasados solitarios. Tiene que estar muy alterado por algo, porque si no…

—Bienvenidos al rincón español, ¿en qué puedo servirles hoy? —Una camarera con un pronunciado acento español, se coloca delante de nosotros, cortándome la vista.

Lleva puesta una camisa roja y un delantal negro —los colores del bar— y su sonrisa podría iluminar un estadio si ella quisiera.

—¿Podrías traerme una Coca-Cola cero, por favor? —digo intentando que se vaya rápido para devolver la atención a mi padre.

—Para mí otra, si no es molestia —pide Lewis en un hilo de voz y casi tengo ganas de volver a poner los ojos en blanco.

Ahora sí se pone tímido, ¿no?

Seguro que es porque la camarera es una pelinegra guapísima que no debe sacarle más de uno o dos años.

Será Lewis, pero no deja de ser un *hombre.*

Ella asiente sin perder su radiante sonrisa y se retira después de soltar un ligero «enseguida vuelvo».

Una vez me vuelve a dejar libre el campo de visión, llevo mis ojos a mi padre como un resorte.

Ya no está solo.

Ahora hay un hombre con él.

Un hombre que por alguna razón me saca el aire con solo mirarlo. Estoy casi segura de que no lo había visto en mi vida, pero hay algo en sus facciones marcadas, en esos ojos negros como el abismo… que me resulta familiar.

Ni siquiera lo entiendo.

Pero es escalofriante.

¿De dónde ha salido?

—¿Ese hombre es amigo de tu padre? —pregunta Lewis, mirando al recién llegado tan embobado como yo.

—Ni idea, aunque no parece el tipo de amigo que mi padre tendría.

Él y mi padre son las dos únicas personas en el bar que van vestidos con trajes carísimos y relojes a juego, pero ambos desprenden energías muy diferentes. Mi padre da la sensación de ser el tipo de hombre con el que no quieres meterte y su amigo da la sensación de que va a obligarte a que te metas con él para luego aplastarte sin piedad.

Tal vez sea por esa espeluznante sonrisa que corona sus labios mientras se enciende un puro.

O porque su expresión jovial no se altera ni una pizca a pesar de que ahora mismo mi padre está claramente soltando toda su frustración contra él.

El hombre está a su lado, en un taburete, escuchándolo hablar sin parar, pero no hace ningún amago o gesto de que quiera interrumpirlo. Simplemente está ahí, en silencio, con el puro en una mano y un Coñac en la otra.

Como si tuviera la situación bajo control.

Como si fuera él quien tuviera la última palabra.

Mi padre vomita palabras con la cara al rojo vivo y el hombre solo lo escucha y sonríe. Tan sereno que me entran ganas de dar un paso hacia atrás, a pesar de que ya me encuentro a una distancia considerable de ellos.

¿De qué mierda estarán hablando para que el hombre que me crío parezca a punto de sufrir un infarto?

Nuestra camarera aparece de la nada y deja frente a nosotros lo que le hemos pedido, antes de dedicarnos una sonrisa de las suyas y desaparecer por donde ha venido.

Yo abro mi Coca-Cola de lata sin apartar los ojos de mi padre y su invitado.

Está claro que su conversación no es la típica entre dos amigos una tarde de domingo, así que me pregunto por qué se han reunido en un bar aleatorio y no en el despacho de mi padre o en cualquier otro sitio más íntimo y profesional.

Quizás mi padre no quiere que nadie se entere de que conoce a este hombre.

Pero, ¿por qué?

Justo cuando estoy a punto de llevarme el refresco a la boca, el hombre deja el coñac en la barra y se desabrocha la chaqueta del traje, dejando a la vista la Glock 43 que le sobresale por la cinturilla del pantalón.

Casi me ahogo.

—Lewis, mira —El pelirrojo ya tiene los ojos puestos en lo mismo que yo—, lleva un arma. ¿Crees que será un agente o algo así?

—Ese tipo no es un agente —La cara de Lewis ha perdido un poco de color. Su expresión se ha vuelto seria de repente—. Brooklyn, yo creo que deberíamos irnos.

—¿Por qué? Ahora es que de verdad vamos en cabeza.

No ha habido un solo momento en toda esta maldita investigación en el que yo haya estado por delante de Dylan o de mi padre.

Pero ahora sí.

Ahora estoy contemplando una escena exclusiva que podría revelarme muchas cosas sobre lo que está pasando aquí.

No puedo irme sin más.

No ahora.

—¿En cabeza de qué? No podemos escuchar lo que está diciendo tu padre, no sabemos quién es el hombre con el que está y encima seguro que acaba pillándonos aquí. No estamos en cabeza de nada.

Tiene razón, pero no voy a admitirlo. Ni de coña. Nos ha costado mucho seguir a mi padre hasta aquí, sería una gilipollez irse ahora.

Solo por eso, le hago un gesto desdeñoso con la mano y suelto:

—Déjame, Lewis, eres muy pesado.

—Está bien, haz lo que quieras, pero yo me vuelvo a tu casa.

Esta vez sí que lo miro.

—¿Qué?

—Lo siento, pero estoy velando por nuestra seguridad.

Hace el amago de levantarse de la silla, con la mala suerte de que choca con un camarero que está pasando justo por su lado con una bandeja llena de platos sucios.

La bandeja cae al suelo al instante y hace un ruido escandaloso que llama la atención de la mayoría de comensales del bar.

Incluido mi padre.

Mierda.

Cuando sus ojos color miel conectan con los míos, mi alma abandona mi cuerpo. Ni siquiera soy capaz de reaccionar. Tan solo me quedo quieta, observando como su expresión confusa pasa a ser de pura ira.

Mierda. Mierda. Mierda.

Giro la cabeza hacia Lewis para ver si ya se ha desmayado en el sitio, pero me llevo una desagradable sorpresa al comprobar que ya no está.

No está.

Se ha esfumado en la nada dejando a mi lado una silla vacía.

Pero, ¿qué? ¿Cuándo…?

Maldito infeliz.

Ha decidido salvar su culo y dejar que los demás nos hundamos con el barco. Ni siquiera se ha molestado en ayudar al camarero que ahora recoge solo los platos del suelo.

Ha huído por patas como la rata cobarde que es.

Genial.

Me levanto de la silla de un salto. Tal vez a mí también me dé tiempo a escapar antes de que mi padre me alcance… Aunque sé que solo me estoy engañando a mí misma.

Cuando vuelvo la vista a la barra, al único que veo es al desconocido de ojos negros. Ahora su perturbante sonrisa se dirige hacia mí, mientras una sombra me pasa volando por al lado y comienza a arrastrarme por el brazo hasta la salida.

Mi padre.

—¡Ay, con cuidado! —me quejo cuando le pega un fuerte tirón a mi brazo para que salga primero que él del bar.

Mi padre no hace caso.

Empuja mi cuerpo hacia el frío de la calle como si fuera una muñeca de trapo sin valor. En el proceso, choco con algunos transeuntes que sueltan improperios en mi dirección, pero estoy demasiado ocupada frontándome el brazo como para hacerles caso.

Los dedos de mi padre se quedan un segundo marcados en mi piel y queman.

— ¿Acaso te has vuelto loca? —Escucho que grita mientras yo todavía tengo los ojos clavados en mi brazo.

Cuando alzo la cabeza para mirarlo, lo único que veo es un rostro completamente pálido y bañado

en sudor. Ya no hay rastro de la imagen perfectamente pulida de hombre rico y de buena familia.

Mi padre tiene el traje arrugado.

Las orejas rojas como el demonio.

Y los ojos a punto de salirsele de las cuencas.

Pero aun así, tomo una bocanada de aire y digo:

—Hola a ti también, papá.

—¿Se puede saber qué mi… hacías ahí dentro, jovencita?

Sé que quiere soltar un insulto, pero su perfecta etiqueta se lo impide.

No pierdo la compostura.

Ahora mismo es clave.

—Tomar una Coca-Cola.

—¿Sola?

—¿Acaso es un delito?

—¿Me estás vacilando? —Aprieta tanto la mandíbula que temo que pueda rompérsela—. Me estabas siguiendo, ¿verdad?

Se me descontrola el pulso.

—¿Por qué iba a seguirte?

—No te hagas la tonta conmigo. Ambos sabemos lo mucho que te gusta meter las narices en asuntos que no te incumben.

Otro.

¿Por qué todos creen que soy una cotilla? Lo único que intento es destapar la verdad para que todo vuelva a la normalidad en mi vida y en la vida de la gente a la que quiero.

Exactamente lo mismo que hacen ellos.

Pero no puedo decirle eso a mi padre sin delatarme.

Prefiero jugar la baza de la cotilla, a decirle que estoy metida en un caso oficial del FBI.

—¿Y qué asuntos son esos que no me incumben? —pregunto haciéndome la tonta.

El problema es que mi padre no es imbécil.

—Brooklyn Davis, esto no es un maldito juego —masculla.

—Joder, ¿qué pasa? ¿Por qué te pones así? Solo hemos coincidido en un bar, por Dios bendito.

Mi padre se lleva las manos a la cabeza y cuenta hasta diez en voz baja.

Por la forma en la que le palpita el ojo, estoy casi segura de que le va a dar un infarto aquí mismo. Se le ve incluso más alterado que cuando estaba discutiendo con el desconocido del bar.

—No entiendes nada, Brooklyn, no entiendes nada... Te ha visto, el impresentable ese te ha visto.

Arrugo las cejas.

—¿De qué estás…?

—¿Por qué me estabas siguiendo? —Abro los ojos de golpe cuando me coge por los brazos. Ya no hay rabia en su expresión. Ahora hay puro pánico—. ¿Por qué…?

—Yo… Solo quería saber qué estaba pasando, qué es lo que ocultas.

—¿Qué es lo que oculto? ¿Es una broma?

—No, papá —Le aparto las manos de mí aprovechando su momento de confusión. Esta vez no quiero echarme para atrás. Quiero que vea la determinación en mis ojos—. Desde que la policía se llevó a Dylan, estás actuando de forma muy rara. Incluso antes de que eso pasara, ya estabas actuando de forma muy rara. Creemos que ocultas algo, algo peligroso para todos.

—¿Creemos? ¿Con quién has estado hablando? ¿Quién te ha estado comiendo la cabeza?

Bufo.

Ya empezamos.

—Eso no importa. Lo que importa aquí es la verdad. ¿Quién era ese hombre con el que estabas hablando? ¿Y por qué no puede verme? ¿Qué es lo que te altera tanto?

Mi padre niega con la cabeza varias veces.

—Yo solo trato de protegerte, Brooklyn. Todo lo que hago y todo lo que haré, será siempre por ti.

Aprieto los puños.

De repente, tengo ganas de chillar.

—Yo no te he pedido que me protejas, papá. No si es a costa del bienestar de otra persona.

Del bienestar de Dylan, del bienestar de sus agentes, incluso del bienestar de Blue. Todos están sufriendo porque mi padre no colabora con ellos. Al menos en parte. Tal vez él no sea el malo de la historia, pero definitivamente no está poniéndole las cosas fáciles a nadie.

No hace más que guardar secretos.

Ocultar información.

Y pensar única y exclusivamente en su propia dicha.

—No lo entenderías, solo eres una niña —Le quita importancia con la mano y juro que en ese instante podría matarlo.

—¡Ya no soy una niña, joder! —Una señora que pasa por nuestro lado, me mira con los ojos muy abiertos y comienza a caminar más rápido. Mi padre también abre los ojos, sorprendido. Me hierve la sangre—. ¿Es que no lo ves, papá? No soy una niña, así que deja de tratarme como si lo fuera. Soy una adulta, una adulta funcional capaz de sacarse ella misma las castañas del fuego. No necesito que me estés protegiendo siempre, ya no. A ver cuando te entra de una vez en la cabeza.

No puedo más.

No puedo más.

Estoy harta de que me trate como si tuviera cinco años.

Adoro a mi padre y le agradezco todo lo bueno que me ha dado siempre, pero no puedo más. Necesito respuestas y las necesito ya.

—Brooklyn…

—No, papá. Se ha acabado. Te quiero mucho, pero ya es hora de que sepa qué coño está pasando en nuestras vidas. Y si tú no vas a decírmelo, lo acabaré averiguando yo misma. Te guste o no.

16
BROOKLYN

Necesitaba una ducha.

Me siento nueva mientras me esparzo mi crema con olor a caramelo por los brazos y las piernas. Tengo el pelo limpio y la piel suave como el culito de un bebé.

Esta noche voy a dormir genial.

Y la verdad es que después del espectáculo que le he montado a mi padre esta mañana, lo necesito.

Necesito descansar.

Despejar la mente.

Y olvidarme de todo por un par de horas.

Cuando termino de acicalarme, enrollo mi pelo mojado en una toalla pequeña y rodeo mi cuerpo con otra más grande antes de abrir la puerta del baño para dejar escapar el vapor de la ducha.

Da igual el calor que haga, siempre tengo que ducharme con agua caliente.

Por eso tengo que esperar a que se disipe la nube de humo que me nubla la vista, para poder vislumbrar bien mi habitación.

Me llevo una mano al pecho al ver a Dylan tumbado boca arriba en mi cama. Está jugando con la pelotita antiestrés que normalmente tengo sobre mi mesita de noche y ni siquiera se inmuta cuando se me escapa un jadeo.

—Joder, ¿cómo has entrado aquí?

—Es sorprendente lo fácil que es colarse en tu casa teniendo en cuenta que está repleta de agentes del FBI… —suelta como si nada con la vista fija en el techo—. Empiezo a entender cómo mierda se nos coló el imbécil que te intentó disparar desde el tejado.

Mi corazón se salta un latido.

—¿Qué?

—No te alteres, caramelito —Dylan se sienta en la cama y por fin puedo ver el pelo negro cayéndole desordenado por la frente

y esos ojitos grises cansados—. Elliot me ha dejado pasar. Hemos estado todos en mi casa.

—Ah —Es todo lo que consigo decir.

Me ajusto bien la toalla por la zona del pecho. Es bastante grande, pero por alguna razón siento que se me ve el alma. Tal vez sea por la forma tan descarada con la que Dylan pasea los ojos por mi figura.

Ni siquiera le hace falta moverse para alterarme.

Le basta con el fuego que brilla en sus pupilas para que me arda el estómago.

Creo que va a decir algo más, pero solo se queda ahí, mareando la pelotita entre sus dedos sin quitarme esa mirada inexpresiva de encima. Tengo que tomar una larga respiración y obligarme a ser la primera en apartar los ojos de él.

Es imposible que me relaje con Dylan en mi habitación, pero tampoco quiero echarlo.

No cuando me ha costado tanto que quiera volver a estar a mi alrededor.

Me acerco a la cómoda para sacar un pijama limpio y aprovecho que le estoy dando la espalda a Dylan para intentar calmar el ritmo de mis respiraciones.

—¿Dónde has estado tú? —Su pregunta me toma desprevenida.

—¿Perdón?

Reviso el primer cajón de la cómoda en busca de una camiseta oversize que me regaló Lisi hace mucho en la que pone *I love ice cream*.

—¿Dónde has estado todo el día? —Vuelve a repetir y sé que no voy a librarme de la pregunta—. Me sorprende que no hayas venido a casa con el resto.

Sé que quiere añadir, *ahora que estamos bien*, pero no va a arriesgarse. Ni siquiera yo sé si estamos bien. En realidad, no tengo ni idea de en qué punto estamos. Ya no quiero arrancarle la cabeza, pero es demasiado pronto para afirmar que estamos bien.

¿Qué es estar bien para nosotros?

—Oh, estaba un poco cansada, así que he decidido quedarme en casa —miento, pero como tampoco me giro para mirarlo, confío en que no se dé cuenta.

—Raro, porque los chicos me han dicho que no te han visto en todo el día.

Escucho los muelles de la cama resentirse cuando Dylan se levanta y de repente mi cuerpo se pone en tensión. Dejo de rebuscar en mi cómoda y cierro el cajón sin haber dado aún con la camiseta.

El sonido de sus pasos a mis espaldas hace que me gire de golpe y apoye mi cuerpo semidesnudo contra el mueble.

Dylan ha pasado de estar sentado en mi cama, a estar a dos centímetros de sacarme todo el aire de los pulmones. No ha necesitado más que un par de segundos para mover su imponente figura de un lado a otro de la habitación.

Quiere intimidarme.

Lo sé, porque su expresión se ha oscurecido tanto que solo destacan las partes más escalofriantes de su rostro; como la cicatriz que tiene cerca de la ceja derecha o su afilada mandíbula.

Tampoco ayuda nada que la sombra de su cuerpo sea el doble de grande que la mía. Sus hombros anchos y sus músculos marcados me comen sin siquiera rozarme.

Alzo la cabeza para mirarlo.

—Ya, es que llevo… llevo todo el día durmiendo —vuelvo a mentir. Aunque esta vez creo que es evidente, porque mi voz se rompe a mitad de la frase.

No puedo concentrarme.

No con el cuerpo de Dylan irradiando calor a centímetros del mío o con su exquisito olor a limpio noqueando mis sentidos.

—¿Así? —Pasa el brazo cerca de mi cara para dejar encima de la cómoda la pelotita con la que estaba jugando. Intento echarme más para atrás, pero ya me estoy haciendo daño con los mangos de los cajones de lo pegada que estoy al mueble. ¿Cuándo he bajado tanto la guardia como para que Dylan me acorrale? Ni siquiera me he dado cuenta—. Porque me han dicho que te vieron salir muy temprano con Lewis.

Abro los ojos de golpe.

Mierda. ¿Cómo es posible que se haya enterado?

Cuando me he ido con Lewis esta mañana, los chicos todavía estaban durmiendo. No había nadie despierto salvo mi padre y Blue, y Dylan no se relaciona con ninguno de ellos.

—¿Quién te lo ha dicho? —Ni siquiera me esfuerzo en fingir que no me ha pillado. Lo notaría. En este momento mi cara es un poema.

¿Quién se lo habrá contado? ¿Habrá sido el chivato de Lewis? No me extrañaría nada teniendo en cuenta que esta mañana ya me ha vendido por salvar su pellejo delante de mi padre.

Maldito cobarde.

Ya verás cuando lo pille…

—Lo que más me extraña es que Lewis tampoco estuviera en la reunión de hoy. Él nunca falta a una —Dylan ignora mi pregunta, como siempre, y sigue elaborando sus propias teorías.

Yo vuelvo a ajustarme la toalla al cuerpo y giro la cabeza hacia la puerta para que no pueda ver el vacile en mis ojos.

—No sé qué insinúas.

Noto el tacto rugoso de sus dedos sobre mi barbilla antes de que vuelva a girar mi cabeza en su dirección y me obligue a mirarlo de nuevo.

Su rostro parece haber envejecido dos o tres años por culpa de unas pequeñas arrugadas que se forman a los costados de sus ojos, pero aun así, sigue viéndose como un dios en la tierra.

No es nada justo.

—¿Qué tramas, preciosa? —susurra dejando una leve caricia en mi mejilla que me pone la carne de gallina.

Suspiro.

Joder.

Yo solo quería tumbarme en mi cama y dormir, y ahora de repente tengo unas horribles ganas de tirarme en los brazos de Dylan y dejar que me consuele como si fuera una niña asustada.

No lo entiendo.

¿Por qué cuando está él mi cerebro se apaga?

Quizás es porque a su lado me siento segura. Quizás es porque sé que puede protegerme. Me guste o no, con Dylan me comporto como una niña asustada, porque él me deja comportarme así.

A la mierda.

Quiero desahogarme con alguien.

Necesito desahogarme.

—Yo… Tan solo… he obligado a Lewis a seguir a mi padre conmigo —admito.

—¿Qué?

Ha sido un día tan agotador, que lo suelto todo antes de que pueda procesar qué estoy diciendo.

—Bueno… Estuve pensando en lo que me contaste de la investigación la otra noche y creí que podría resultar de ayuda averiguar lo que hace mi padre cuando vosotros no podéis estar atentos a él. He obligado a Lewis ayudarme porque sinceramente parece el agente más manipulable.

Omito lo de las clases de disparo, porque aunque ya estoy delatando un poco a Lewis, no quiero que Dylan lo mate.

Se lo tendría bien merecido por dejarme tirada con mi padre.

Encima luego tuve que volver en bus.

Un domingo.

Vaya cabrón.

Pero en realidad no estoy del todo enfadada con él. Estoy segura de que me abandonó movido por ese miedo irracional que le tiene a mi padre.

Es normal.

El miedo juega con nuestra mente y nos hace hacer cosas que jamás pensábamos que haríamos.

Dylan se pasa una mano por la cara como si no pudiera creer lo que está escuchando.

—Sé lo que me vas a decir, sé lo que me vas a decir —Alzo las manos para detenerlo antes de que comience a darme la chapa —. Que ha sido muy irresponsable por mi parte, que podría haberme pasado cualquier cosa, que podría haberos puesto en peligro a todos y a la investigación, que Lewis es un imbécil por dejarme tirada…

—¿Lewis te dejó tirada? —El pelinegro aprieta tanto la mandíbula que se le marcan los huesos de la cara.

—Sí —Sonrío un poco cohibida. La oscuridad en los ojos grises de Dylan ha hecho que se me quiten las ganas de seguir hablando, pero aun así, añado—: Huyó como un cobarde cuando mi padre nos pilló.

—¿Tu padre os pillo?

—Sí, pero no te alarmes. Solo me vio a mí y pensó que lo estaba siguiendo porque soy una cotilla sin frenos.

—Bueno… tampoco va tan mal encaminado —chista y, aunque estoy segura de que esa pullita viene por la impotencia de la situación, no puedo evitar fruncir el ceño.

—¡Oye!

Dylan vuelve a pasarse la mano por la cara y se aleja un par de pasos de mí. Yo aprovecho la oportunidad para respirar hondo y volver a ajustarme la toalla. El sudor la ha pegado a mi cuerpo como una segunda piel.

—Caramelito, ¿qué tal si dejas de jugar a las misiones suicidas con un novato? Más que nada para que no tenga que matarlo si te pasa algo.

—Tranquilo, he tenido suficientes aventuras por un día. Realmente necesito relajarme.

—Todos, por eso estoy aquí.

Alzo una ceja.

—¿A qué te refieres?

Dylan se toma un segundo para apoyar el culo contra mi escritorio y cruzarse de brazos. Ahora estamos a más de un metro de distancia, pero esa forma que tiene de mirarme sigue haciendo que mi pulso se vuelva loco.

—He estado hablándolo con el resto esta tarde, el fin de semana que viene nos vamos a una casa en el lago que heredé de mi abuela. Está en Virginia. Iba a venderla, pero todo se paró por el tema de mi arresto, así que mientras tenga que quedármela, quiero darle uso. Los chicos necesitan un finde de desconexión y yo también. No se piensa bien bajo estrés.

De todas las cosas que esperaba que me dijera, esa era la última que se me hubiera ocurrido.

¿Una casa en el lago?

¿En el estado de Virginia?

¿De su abuela?

De repente es como si el muro inquebrantable de Dylan tuviera una gran grieta y yo estuviera en primera fila para ver qué hay detrás.

No puedo desaprovechar esta oportunidad.

Me aparto de la cómoda de un salto.

La emoción es palpable en mi tono.

—¿Tu abuela?

—Sí. Ella dejó su tranquila vida en Virginia para ir a cuidarme a Nueva York cuando mis padres murieron —confiesa sin tapujos y me siento como una niña a la que le regalan una piruleta de fresa. Dylan ni siquiera cambia su expresión mientras habla de la que probablemente sea la mujer a la que más a querido después de su madre—. Iba a regresar cuando yo cumpliera los veintiuno, pero murió un año antes de una pulmonía. Su casa es mía ahora.

—No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo?

Pongo los ojos en blanco, pero no le doy importancia a su comentario. Está claro que solo lo dice para quitarle peso al asunto.

—Yo nunca conocí a mis abuelos —confieso, contagiada por la transparencia de Dylan.

Ya ni siquiera pienso en el trozo de tela que rodea mi cuerpo o en lo mal que va a oler mi pelo cuando me quite la toalla.

Me acerco al pelinegro invadida por la emoción de que esté compartiendo algo de su vida conmigo. Estoy segura de que hasta me brillan los ojos y eso que probablemente soy la última en enterarse de que Dylan fue criado por su abuela y encima le dejó una casa en herencia.

—Mis abuelos paternos están muertos —No sé por qué sigo hablando, pero no puedo evitarlo. Ni siquiera cuando Dylan me observa sin emoción alguna—. Y mi padre no se lleva bien con los maternos. Ni siquiera sé dónde están ahora. Mi padre dice que son

unos egoístas insoportables que siempre lo culparon de que, según ellos, apartara a mi madre de su lado.

Dylan alza una ceja.

Sé que quiere decir que probablemente el insoportable es mi padre o algo así, pero me alegro de que esta vez se reserve para sí mismo ese odio que siente por él.

Estoy demasiado agotada para sentirme culpable por no tener ganas de defender a mi padre justo en este instante.

Lo amo, pero todavía tengo que superar nuestra discusión de hoy.

—¿Vas a venir conmigo o no?

Ahora soy yo la que alza las cejas.

—¿Contigo? —Trato de ocultar la sonrisa que quiere formarse en mis labios, pero es imposible.

Dylan pone los ojos en blanco, pero no me lo niega y eso solo hace que tenga más ganas de meterme con él.

—No sé, no sé, tengo que pensármelo. La verdad es que soy una chica muy solicitada y no sé si mi agenda estará libre para acompañarte a…

El pelinegro alarga su brazo y tira de mí por la cintura en un movimiento brusco. Mi cuerpo queda tan pegado al suyo que al instante noto cada uno de sus músculos hacer presión contra mi pecho. No ayuda nada que solo nos separe una toalla. Mi piel arde como si hubiera entrado al infierno en primera clase.

—No es una sugerencia —ladra con su boca prácticamente rozando la mía y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para recordar cómo se respira.

Quiero responderle.

Seguir provocándolo.

Pero el ruido de alguien llamando a la puerta interrumpe mi repentino libido y hace que ambos giremos la cabeza hacia esa zona como un resorte.

Mierda.

—¿Quién es? —pregunto sin moverme del sitio.

—¿Brook? —La voz de mi padre a través de la puerta hace que el color abandone mi cara.

Mierda. Mierda. Mierda.

Miro a Dylan con los ojos muy abiertos, esperando encontrar la misma expresión de pánico que debo tener yo ahora. No sé por qué me sorprende comprobar que, a diferencia de mí, él sigue con la misma expresión de desasosiego de siempre.

Se le da mejor mantener la calma que a mí.

Él siempre sabe qué hacer.

Por eso cuando me susurra un «tranquila», sé que debo respirar hondo y controlar yo misma la situación.

Me tomo un par de segundos para recuperar la voz y vuelvo a girar la cabeza hacia la puerta.

—¿Qué quieres, papá? Estaba a punto de irme a dormir —Celebro por dentro que mi voz no se quiebre.

Igual que Dylan, mi padre tiene un don para detectar mentirosos.

—¿Puedo pasar? Me gustaría hablar contigo de lo que ha pasado esta mañana —Su tono cansado hace que por un segundo sienta pena por él.

Seguramente lleva todo el día dándole vueltas a lo que ha pasado entre nosotros hoy —igual que yo—, y si no estuviera Dylan aquí, probablemente le abriría la puerta y lo perdonaría tras un par de palabras amables.

Aprieto los labios.

Tengo que ser fuerte.

—¿Podemos hablarlo mañana? Ahora tengo mucho sueño como para discutir.

—Solo será un momento, lo juro. No puedo irme a dormir así.

Trago saliva.

—Por favor, papá…

No dice nada durante un par de segundos en los que creo que se me va a salir el corazón por la boca. Dylan sigue sujetándome con fuerza por la cintura, pero ahora mismo mi cuerpo es de goma.

—Está bien —dice mi padre al fin—, mañana hablamos. Que descanses, hija.

Se me parte el alma cuando escucho sus pasos alejarse por el pasillo.

Esto de jugar a dos bandas con el hombre que más amo en este mundo va a acabar por destrozarme más pronto que tarde. Estoy casi segura.

17
DYLAN

Son las cuatro de la madrugada cuando abandono la habitación del caramelito.

Se ha quedado frita encima de mí a las doce en punto, cuando me he puesto a acariciarle la cabeza mientras lloriqueaba por el inútil de su padre, pero he sido incapaz de irme hasta ahora. Parecía un animalito indefenso, demasiado inocente y adorable como para que gente como yo la corrompa.

Y me jode no haberme dado cuenta antes.

He tenido que verla despotricar sobre su padre y lo egoísta que está siendo con ella, para reparar en que yo me he estado comportando exactamente igual que él.

Joder.

Me he estado comportando peor.

No me he sentido tan miserable en mi vida como después de ver a Brooklyn sollozando y temblando por un asunto en el que ni siquiera debería estar implicarla.

La hemos involucrado demasiado.

Yo la he involucrado demasiado.

Joder, hasta se ha puesto a jugar a los detectives con el cobardica de Lewis tan solo para rebajar la puta ansiedad que le genera la situación.

¿Cómo no me había percatado?

Está agobiada como la mierda. Dividida entre su padre… y yo. Y es todo culpa mía.

Esta era la razón por la que no quería que se enterara de que estaba por aquí de nuevo.

Wolf tiene razón.

No puedo pretender que el imbécil de Davis no significa todo para el caramelito. Lo quiere con su vida y escoger entre sacar la verdad a flote y seguir manteniendo a su padre en un pedestal,

tiene que estársele haciendo lo suficientemente cuesta arriba como para que se haya derrumbado frente a mí.

No quiero tener que añadirme a la ecuación.

Pero ya no puedo alejarme de ella, se lo prometí y, además, no me sale de los huevos.

Ahora lo que tengo que hacer es intentar que se relaje, que se olvide de toda la maldita investigación… Y no hay mejor forma de hacer eso que arrastrándola a un fin de semana en el lago.

Me voy a asegurar de que desconecte del asunto.

Aunque tenga que secuestrarla para que venga conmigo.

Salgo por las puertas corredizas de la cocina que dan al jardín. Espero la típica ráfaga de viento que siempre me pega en la cara, pero no llega. El aire esta noche está en calma; no mueve la pelota hinchable que hay flotando en la piscina, ni agita las hojas del fresco.

Coloco la mano sobre la pistola que llevo en la cinturilla del pantalón y camino hacia la puertecilla de madera que da acceso a la calle.

No me pasa desapercibida la figura que hay apoyada junto al fresno. He sabido que estaba aquí incluso antes de salir al jardín. Es imposible no notar su presencia, aún por encima del humo del puro cubano que se está fumando.

Y sé que él también sabe que estoy aquí.

Más que nada porque tampoco he hecho un esfuerzo por ocultarme. Me importa una mierda que me vea, de hecho, lo estaba esperando.

—Sabía que había un intruso en la casa —Ni siquiera me mira cuando habla. Mantiene su cuerpo apoyado contra el tronco del enorme árbol y la vista fija en el cielo despejado.

—Bueno, se supone que eres «el mejor agente del FBI de Nueva York», ¿no? —La boca me sabe a cal—. Raro sería que no hubieras notado nada.

Davis estira sus labios en una sonrisa efímera.

Estoy lo bastante lejos de él, pero aun así vislumbro su perfil afilado a través de las sombras.

Ese perfil que se ha pasado años torturando mi maldita existencia con órdenes sin sentido.

Ni siquiera parece él.

Ha perdido la corbata y la chaqueta del traje, lleva la camisa blanca remangada hasta los codos y el pelo castaño completamente alborotado. No le molesta que el olor del puro se le esté pegando en la piel, ni que la persona que más odia en este momento esté a tan solo un par de metros de él.

—Sabía que era raro que ya no preguntase por ti.

Arrugo las cejas.

—¿Perdón?

—Brooklyn —contesta justo antes de volver a llevarse el puro a la boca. Pasan un par de segundos antes de que vuelva a hablar—. Me preguntaba quién le había dicho dónde estabas.

Esta vez sí que me mira y tengo que hacer un esfuerzo por quedarme quieto en el sitio.

Que sus ojos sean idénticos a los de Brooklyn, todavía me provoca escalofríos.

—Porque tú no ibas a decírselo, ¿no? —Tenso la mandíbula—. Aunque seguro como la mierda que ya sabías dónde estaba.

No dice nada.

Pero ambos sabemos que no es imbécil.

Sería una imprudencia pensar que Nil Davis no va siempre un paso por delante de todo el mundo. No tiene escrúpulos ni moral, y sé que, sin esas dos cosas, la gente puede llegar muy lejos.

Él mismo es el vivo ejemplo de ello.

—Podría meterte en la cárcel de por vida solo por colarte en mi casa.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Nunca te he caído bien, ¿verdad?

Lo sé.

Lo sé, porque veo el odio reflejado incluso en la oscuridad de sus pupilas.

Me odia.

Me odia desde el día en el que decidió nombrarme agente especial al mando —si es que lo decidió él—.

Y no me extrañaría nada que llevará años soñando con mi caída.

—Debes de estar feliz de que me estén investigando por posible falsificación de pruebas e implicación en el delito de la gala —La expresión vacía de Davis no cambia incluso cuando refuerzo el agarre en la pistola que llevo en el pantalón—. Seguro que hasta has tenido que ver con mi arresto, ¿no es así?

Otra calada al puro.

El tétrico silencio de la noche solo hace más evidente el latido incesante en mi cabeza que me está volviendo loco.

—¿Qué te traes con mi hija, Blake?

Mis instintos me gritan que le parta la cara en ese instante.

Quiero coger mi pistola y meterle una bala justo en el centro de la frente. Donde descansa ese perturbado cerebro que tantos problemas me está dando.

Quiero ver como se desangra.

Como suplica por su insignificante vida.

Pero sé que eso no ayudaría a mi caso y solo conseguiría que el caramelito me odiara hasta el fin de los tiempos.

Solo por eso, respiro hondo y cuento hasta diez en mi mente.

—Voy a por ti, Davis—Siseo. El veneno baña por completo mis palabras—. Te voy a quitar todo lo que una vez creíste que fue tuyo. Ni siquiera tu puesto en el FBI podrá protegerte de mí.

Me tiembla la mandíbula.

Tengo ganas de soltarle todo lo que tengo contra él, de hundirlo en el maldito fango como el cerdo que es, pero no me conviene. No ahora. Sé que todo lo que diga, Davis lo usará en mi contra.

—A veces es mejor no meterse en donde no te llaman, Blake —Su tono es divertido a pesar de mi amenaza—. Ser del FBI implica ser fiel al FBI, y eso no siempre significa ser fiel a la ley. Si tu padre hubiera seguido ese consejo, tal vez seguiría vivo.

Mi corazón se salta un latido ante la mención de mi padre.

—¿De qué coño hablas?

Davis aparta la mirada de mí justo en el instante en el que una ráfaga de viento apaga la última calada de su puro cubano.

—¿De verdad crees que tus padres murieron en ese incendio? —Suelta con tanta naturalidad que casi parece que estemos hablando del tiempo—. Pobre. Quizás por eso Richards siempre se haya sentido tan responsable de protegerte y darte lo mejor, incluso si eres un desgraciado que no se ha ganado de verdad nada de lo que tiene.

Doy un paso hacia atrás como si acabaran de pegarme una paliza.

En este momento la cabeza me da tantas vueltas que soy incapaz de reaccionar de ninguna forma.

¿De qué mierda está hablando Davis? ¿Qué coño significa «creer» que mis padres murieron en un incendio? ¿Acaso me está vacilando? ¿A qué viene todo esto ahora?

Sé que Davis es un experto en apretar los puntos débiles de la gente, pero esto no tienen ningún sentido.

¿Para qué iba a sacar la muerte de mis padres ahora?

¿Qué tiene que ver eso con el FBI?

Trato de controlar mi respiración.

Davis tan solo está intentando meterse debajo de mi piel. Sabe que no tengo nada que perder ahora y quiere desestabilizarme con cualquier chorrada.

O casi nada que perder, vaya.

—Me voy a la cama, cierra la puerta al salir —Se coloca recto en el sitio y yo doy otro paso hacia atrás por precaución. Sus ojos color miel vuelven a posarse sobre mí por un instante—. Ah y no vuelvas a acercarte a mi hija ni a rondar mi casa. La próxima vez no seré tan bueno.

Desaparece tan rápido que por un segundo creo que he imaginado su presencia. Todo sigue igual que antes, pero aun así tengo la sensación de que he sido vapuleado por el maldito Nil Davis.

18
BROOKLYN

Mi padre está de un humor de perros.

Lleva toda la mañana en modo sargento con todos y cada uno de sus agentes. Ni siquiera Blue se ha librado. Están todos haciendo *burpees* en el jardín mientras mi padre va de un lado al otro gritándoles lo poco en forma que están y lo mucho que se han relajado este verano.

Está gritando tan fuerte que la taza de café me tiembla cada vez que intento llevármela a la boca.

Quiero acabar de desayunar rápido, antes de que se canse de los chicos y venga a por mí.

Todavía no hemos tenido la oportunidad de hablar de lo que ocurrió ayer en el bar que había cerca de la playa, mientras estaba reunido con aquel hombre tan extraño y, la verdad, ahora mismo no me apetece nada. Pienso esquivarlo hasta que se olvide del tema o hasta que llegue el viernes y me vaya a Virginia con los chicos todo el fin de semana.

Al final he decidido que voy a acompañarlos.

Y no porque Dylan me lo haya pedido con esos ojitos grises que hacen que me tiemblen las piernas, sino porque realmente necesito desconectar y creo que esta es una buena oportunidad.

Ni siquiera recuerdo la última vez que me relaje por completo en esta casa.

Estas semanas han sido un cúmulo de estrés, picos de adrenalina y noches sin dormir.

Hasta se me está cayendo el pelo.

Necesito desconectar pero ya.

Escucho el timbre de la puerta principal justo cuando mi móvil vibra sobre la encimera con un mensaje. No me molesto en mirarlo, porque la persona que está en la puerta parece tener mucha prisa.

Pica por lo menos cuatro veces en menos de un minuto.

Y eso que me levanto del taburete lo más rápido posible y prácticamente salgo de la cocina embalada hacia la puerta.

—¿Señora Brown? —Es lo primero que digo al ver a la madre de Makeila de pie en mi porche.

Lleva su típico traje gris de dos piezas, un moño que le estira la cara hasta el infinito y una carpeta azul en la mano.

—Oh, Brooklyn, menos mal que eres tú —Su sonrisa brilla más que mi futuro—. Siento haber llamado tantas veces, pero es que tengo que irme al bufete y no podía esperar. Quería darte esto —Extiende la carpeta azul hacia mí y yo la cojo un poco vacilante—. Son unos papeles que necesitas rellenar para formar parte de la subdivisión de planificación de actividades y programas para hospitales infantiles de la zona. ¿Te acuerdas? Lo que te comenté en la comida del otro día.

—Oh…

Ni siquiera me acordaba.

Dijo que hablaría con una de las integrantes del comité de Seguridad y Salud del ayuntamiento para conseguirme un puesto en su nuevo programa.

La idea de hacer algo con mi vida y desconectar me pareció la mar de atractiva en el momento.

Me sigue pareciendo atractiva, pero reconozco que con tanto lío mental, había olvidado la propuesta de la señora Brown por completo.

Levanto la vista de la carpeta azul y sonrío lo más rápido que puedo para no quedar como una imbécil.

—Claro que me acuerdo —miento.

—Genial. Pues al final le hablé de ti a la conocida que tengo en el comité de Seguridad y Salud, y cree que eres la candidata perfecta para su subdivisión —dice con tanta emoción que por un segundo no sé cómo reaccionar—. Estás dentro, enhorabuena.

—¿Es en serio?

Si estuviera comiéndome mis tostadas con mermelada ahora mismo, probablemente me atragantaría.

Estoy dentro.

Tengo un trabajo que no me da ganas de tirarme por un quinto piso, y todo gracias a la madre destroyer de mi exenemiga. ¿Quién lo iba a decir?

Bueno, quizás ahora debería dejar de llamarla así en mi mente.

—Entras en fase de prueba, claro, pero si todo va bien, formarás parte del programa de forma indefinida. Tan solo tienes que rellenar esos papeles, escanearlos y enviarlos al correo que te he escrito en la primera página. Los del comité se pondrán en contacto contigo para decirte cuando empiezas.

Abro la carpeta para comprobar lo que dice y no tardo ni dos segundos en ver el correo del comité escrito al principio de la primera página.

Es cierto.

No es un sueño.

Por fin tengo un trabajo.

—Pues… la verdad es que no sé qué decir señora Brown —la miro y por primera vez desde que la conozco sus facciones afiladas y esos profundos ojos marrones no hacen que me entren ganas de correr y esconderme. Todo lo contrario—. Muchísimas gracias por la oportunidad.

Ella le quita importancia con la mano.

—No es nada, querida. Te lo mereces. Después de cursar cuatro años de enfermería, lo mínimo es que te espere un futuro brillante.

Asiento de forma automática.

Es increíble lo generosa que puede llegar a ser esta mujer cuando no se trata de su propia hija.

Estoy segura de que si Makeila hubiera cursado cuatro años de enfermería y no fuera capaz de encontrar un trabajo por su cuenta, la señora Brown no movería ni un dedo para ayudarla.

Quizás es porque espera mucho más cuando se trata de sangre de su sangre, pero hace que sienta hasta pena por Makeila.

He recibido yo más cariño de su madre en cinco minutos, que ella en veintidós años. Al menos eso me dio a entender la rubia en su momento.

—Por cierto, ¿qué tal le va a Makeila por Londres? ¿Todo bien? —pregunto, cambiando de tema.

La señora Brown abre la boca para contestarme justo cuando su móvil suena.

Lo saca de algún hueco en su carísimo traje y se lo lleva a la oreja, no sin antes hacerme un gesto de despedida con la mano y comenzar a alejarse como si no acabara de dejarme en visto.

Sé que casi siempre le pregunto lo mismo, pero todavía no he recibido una respuesta que me satisfaga.

Quizás debería tragarme mi orgullo y llamar yo misma a Makeila.

Seguro que no tiene mi número guardado y me bloquea en cuanto escuche mi voz, pero… no sé, por alguna razón echo de menos sus feromonas de abeja reina. Al menos nuestro odio mutuo me mantenía entretenida.

Cierro la puerta una vez que dejo de ver a la señora Brown y me aseguro de dejar los papeles que me ha dado en mi escritorio, para rellenarlos en cuanto acabe de desayunar.

Cuando regreso a la cocina, doy gracias al cielo de que siga vacía.

Me apetece acabarme al menos una tostada tranquila antes de enfrentarme al percal que mi padre ha montado en el jardín.

Dios, parece que vivo en un cuartel militar y no en una casa.

Me llevo el trozo de pan a la boca, pero antes de que pueda saborearlo mi móvil vuelve a vibrar.

Me cago en…

Casi tengo ganas de estamparlo cuando veo un mensaje de Asher diciéndome que este finde ya no podré ignorarlo. Me hace pensar en que todavía no le he dado respuesta a sobre cuándo vamos a tener esa dichosa cita y también en el hecho de que voy a pasar dos días enteros cerca de él y de Dylan.

No creo que nada bueno vaya a salir de eso.

No para mí, al menos.

Pero no es su mensaje que hace que me quede enganchada a la pantalla más tiempo del que pretendo.

Hay otro.

De un número desconocido.

Tiene una foto adjunta que todavía no puedo ver y lo acompaña una nota extraña que me pone la carne de gallina: «dile que mejor no te pierda de vista».

¿Qué cojones significa eso?

Por un segundo creo que se han equivocado o que es una broma y que la foto es del miembro viril de algún desgraciado… No puedo estar más equivocada.

En cuanto abro el chat para ver la imagen, me quedo sin aire.

Es una foto mía echa desde algún punto más allá del jardín. Estoy de espaldas, sentada en el mismo taburete en el que estoy sentada ahora, con el mismo pantalón de pijama a cuadros y la misma camiseta blanca desgastada que llevo en este instante.

La foto se ha enviado hace quince minutos, justo antes de que me levantara a abrirle la puerta a la señora Brown.

Noto como todo el color abandona mi rostro.

Me doy la vuelta enseguida esperando encontrar a alguien que no va estar ahí, pero lo único que veo es a los chicos entrenando y a mi padre machacándoles. Tal y como estaban hace un rato.

No hay ninguna cara nueva.

Nadie amenazando con poner en peligro mi integridad física…

Pero aun así mi corazón late tan rápido que temo que pueda detenerse en cualquier momento.

¿Quién coño me ha enviado este mensaje y qué significa esa nota?

19
BROOKLYN

La casa del lago de Dylan es una pasada.

No.

Retiro lo dicho.

Es un maldito sueño.

Cuando Dylan dijo que su abuela vivía en una casa cerca del lago, en Virginia, nunca imaginé que se refería a una *mansión* en el lago.

Dos plantas.

Techos inclinados.

Y grandes ventanales con vistas al lago Clayton.

Tiene una fachada beige con detalles en madera y piedra que hace que se mimetice con el increíble entorno natural que la rodea.

No hay ninguna otra casa en diez kilómetros a la redonda, solo árboles enormes que dan sombra y privacidad, un extenso campo verde con acceso directo al lago y una terraza que veo incluso desde donde Tommy ha aparcado el coche.

Creo que cuenta hasta con un pequeño muelle para embarcaciones pequeñas, pero no estaré del todo segura hasta que pueda explorar la zona.

Me apresuro a sacar mi mochila del maletero, incapaz de ocultar la sonrisita que se forma en mis labios.

Va a ser un fin de semana asombroso.

Al menos si Emma y Mateo dejan de discutir sobre quién debería comerse el marrón de arrastrar su maleta compartida por el camino de piedra que da a la casa.

—Yo soy mayor, así que tú deberías llevarla —dice Emma señalando con la cabeza la maleta que hay entre los dos.

—Que tengas trescientos años no te da derecho a tener una jeta que no veas —Mateo se da golpecitos en la mejilla mientras su cuerpo se inclina inconscientemente hacia adelante—. Además el

médico me ha dicho que sufro dolor lumbar y que no puedo coger peso.

—¿Qué chorrada es esa?

—Que sí, que me lo ha diagnosticado. ¿Quieres que te enseñe el informe? ¿Quieres que te lo enseñe? —Mateo rebusca en el bolsillo del pantalón en busca de un informe que estoy casi segura de que no existe.

—Lo que quiero es que lleves la maleta —chista la rubia entre dientes.

—Y yo quiero que dejes de echarme tu aliento de momia a la cara. Una pena.

—Serás…

Emma le rodea el cuello haciéndole una llave y estrangulándolo. Mateo intenta aflojar el agarre pegándole puñetazos en las costillas, pero la rubia es mucho más fuerte que él. Al pobre se le pone la cara morada casi al instante.

—Menos mal que iba a ser un finde tranquilo —Escucho la voz de Tommy a mi lado, pero aun así, sigo mirando a Emma y a Mateo.

Ahora Elliot está con ellos, separándolos e intentando que Emma no arañe a Mateo por haberle sacado el dedo medio.

¿Esto es en serio?

Tommy hace la misma mueca que yo al verlos comportarse como críos, pero él tan solo les dedica dos segundos de su atención antes de colocarse las gafas de sol, ajustarse la bolsa al hombro y comenzar a caminar en dirección a la casa.

Lo sigo porque creo que yo también he tenido suficiente de esos dos.

Atravieso el portón principal un minuto después de Tommy.

Nada más entrar me encuentro con un salón luminoso y con mucho espacio. Los techos altos, los grandes ventanales y la cocina con concepto abierto solo hacen que parezca incluso más grande.

No tengo ni idea de si la abuela de Dylan era interiorista, pero acertó de pleno con el diseño moderno y minimalista que tiene su casa. Casi todo es blanco, beige o gris para potenciar la luz

natural. La madera en las puertas y el suelo le dan ese último toque de calidez, junto con la enorme chimenea frente al sofá.

Quiero sentarme ahí una noche de invierno con una taza de chocolate caliente y cualquier película que pueda ver en la pantalla plana que hay justo encima de la chimenea.

O podría simplemente aprovechar para echar una partida de billar en la mesa que tienen cerca de las puertas que dan a la terraza.

Las opciones son tantas…

Adoro este lugar.

—Con permiso —Giro la cabeza cuanto escucho la voz de Tabatha a mis espaldas. Está intentando pasar con su maleta, pero yo estoy en medio de la puerta. Me hago a un lado enseguida y ella me guiña un ojo—. ¡Guau, este lugar es increíble!

Veo a Lewis acercarse también con su mochila de viaje, pero a diferencia de Tabatha, él no me sonríe ni me guiña el ojo. Ni siquiera me mira.

Estoy segura de que debe creer que lo odio por dejarme tirada en aquel bar, a merced de la ira de mi padre.

No lo odio.

Ya ni siquiera estoy enfadada.

Pero quiero que siga sintiendo vergüenza por haberme traicionado, al menos hasta que termine el fin de semana. Por eso, entrecierro los ojos en su dirección mientras pasa por mi lado utilizando el mínimo espacio posible.

Niego con la cabeza.

—¡Chicos! —Mis ojos se dirigen en dirección a la sonora voz de África. Está de pie en mitad del salón, con los brazos abiertos y una radiante sonrisa de bienvenida—. Cómo me alegro de que estéis aquí.

Arrugo la cara.

¿De dónde coño ha salido?

Asher también está aquí, apoyado en la enorme encimera de la cocina mientras se come una manzana verde y me mira con esa estúpida sonrisita suya que no sé lo que significa.

Al único que no veo es a Dylan.

Se supone que los tres iban a venir más temprano para limpiar y acomodar la casa, pero, sinceramente, Asher tiene pinta de que pagaría hasta porque lo ayudaran a limpiarse el culo, y si yo fuera África jamás me pondría a fregar llevando esos taconazos rojos.

—Hay habitaciones de sobra para todos, comida en la nevera y toallas en todos los armarios —continúa ella con un entusiasmo que me pone los pelos de punto—. Subid a instalaros y bajad enseguida. Tengo actividades muy chulas preparadas para este fin de semana.

Tommy ni siquiera deja que acabe de hablar antes de enfilarse por las escaleras flotantes que hay al fondo del salón.

Seguramente se la pelen las actividades de África y solo quiera llegar el primero para escoger la mejor habitación.

Chico listo.

—¿Dónde está Dylan? —pregunta Tabatha adelantándose a mis pensamientos.

—Ha salido un momento a contestar una llamada. Enseguida volverá. No os preocupéis por él.

África posa sus penetrantes ojos verdes sobre mí como si hubiera sido yo la que ha hecho la pregunta.

Me revuelvo incómoda en el sitio.

Aunque ya esté bien con Dylan —o todo lo bien que podemos estar él y yo—, me da la sensación de que a esta mujer todavía le chirría que esté aquí.

No encajo en su visión del equipo de investigación perfecto.

Ella lo sabe.

Yo lo sé.

Todos lo sabemos.

Quizás simplemente sea porque no le caigo bien o porque es la exnovia de Dylan y se huele lo que siento por él… Pero su actuación de buena anfitriona solo hace que dé la sensación de que ella es su esposa y yo la amante molesta que se ha atrevido a poner un pie en su propiedad.

Aprieto el agarre contra las cuerdas de mi mochila. Me están temblando un poco las manos, pero no aparto los ojos de ella.

No quiero darle la satisfacción de hacerme sentir incómoda.

Y seguro que se lo huele porque estira sus carnosos labios en una sonrisa que me pone los pelos de punta.

Todo en ella me pone los pelos de punta; desde lo simétrica que es su cara, hasta lo brillante y perfecta que se le ve la piel en cada maldita zona del cuerpo.

Por suerte, un ruido en la puerta, hace que ella aparte los ojos primero.

Dejo escapar un suspiro.

Mateo entra a la casa dándose contra las paredes y jadeando como un perro. Con una mano tira de su camiseta negra repetidas veces para darse aire y con la otra arrastra la maleta que comparte con Emma.

La rubia entra justo detrás de él con una sonrisa de superioridad que no nos pasa desapercibida a ninguno.

Enseguida entiendo lo que pasa.

—¿Al final te ha tocado a ti llevar la maleta? —Una carcajada amenaza con escaparse de mi boca.

—Es que no veas cómo corre la abuela —chista Mateo, lanzando miradas de odio en dirección a Emma.

Niego con la cabeza y aprovecho el momento en el que Tabatha hace un mal chiste del asunto y Mateo se enfada, para escabullirme escaleras arriba.

Asher se queda mirándome cuando paso por su lado, pero finjo que no me doy cuenta. La intensidad de sus ojos azules me persigue hasta que desaparezco por el hueco de las escaleras.

Entre él y África van a conseguir que quiera salir pitando de aquí.

Cuando llego arriba, me tomo un segundo para apreciar el enorme pasillo que da acceso a las habitaciones. Ni siquiera me lo pienso mucho. Escojo la primera puerta que veo y entro sin pensar. Por suerte, el cuarto está vacío y parece listo para que alguien se instale.

Dejo caer la mochila en el suelo y respiro hondo antes de acercarme al enorme ventanal da acceso a un mini balcón.

Desde aquí las vistas son aún más increíbles que desde abajo. Puedo ver el enorme bosque que se extiende alrededor del lago y algunas casas, igual de impresionantes, a lo lejos.

Tengo ganas de salir al balcón, tumbarme en una hamaca y empaparme de estas vistas mientras escucho el canto de los pajaritos y dejo que el viento me desordene el pelo.

Me pregunto si las vistas son igual de increíbles desde el resto de habitaciones.

Suspiro.

Está claro que voy a aprovechar estos dos días para desconectar la mente. Mi vida se ha vuelto un caos de la noche a la mañana y ni siquiera he tenido tiempo para procesarlo todavía.

Me he hecho amiga del grupo de agentes más guay de Nueva York; he conocido al tío más buenorro y gruñón del planeta tierra; me he enamorado de él; me han atacado, dos veces; han detenido al tío buenorro, sospechan que es el autor de un delito horrible, y mi padre y él se llevan a matar.

También estoy investigando en secreto a mi padre —con el que, por cierto, también he discutido— y ahora encima resulta que hay un friki vigilándome y haciéndome fotos, pero no puedo decírselo a nadie porque no sé ni de quién fiarme realmente.

Lo más normal en mi vida ahora mismo es la reunión de bienvenida que voy a tener el lunes con los del comité de Seguridad y Salud, gracias —por más irónico que suene— a la madre de Makeila.

Necesito relajarme, pero ya.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras de dos en dos. Ya no hay nadie en el salón, pero aun así salgo por una puerta corrediza que hay en la cocina para que no ser vista.

Quiero respirar aire puro y explorar la zona tranquila.

No me sorprende nada encontrarme una zona de sofás y una fuente pegada a la pared.

Este lugar no se acaba nunca.

Creo que veo hasta una pista de pádel bajando por un camino de tierra que hay en mitad del césped, pero tampoco me da

tiempo a comprobarlo porque una voz que reconozco interrumpe mi línea de pensamientos.

—Lo entiendo, sí, *aja*.

Es Dylan.

Está un par de metros más allá, cerca de unas escaleras que dan al balcón de arriba, hablando por el móvil.

Mi primer instinto es acercarme y saludarlo, pero algo en su expresión me echa para atrás. Tiene el ceño arrugado y la misma mirada fría e inaccesible que tanto le gustaba usar cuando no nos conocíamos.

Se mueve de un lado al otro, pero aun así noto lo rígidos que tiene los hombros a través de su camiseta blanca.

Parece… preocupado.

¿Con quién estará hablando?

—¿Crees que puedas tener algo para el lunes? —le pregunta a la persona que hay al otro lado— Me urge mucho hacerme con ese informe forense.

¿Informe forense?

Sé que esa es mi señal para volver a meterme dentro y fingir que no he oído nada, pero la curiosidad por saber de qué habla Dylan es más fuerte que yo.

No debería.

Sé que no debería.

Y una voz en mi interior me grita que, por una vez en mi vida, haga algo sensato.

Pero antes de que me dé cuenta, ya me estoy pegando lo más rápido que puedo a la pared para que no note que estoy aquí.

Trato de controlar el ritmo de mis pulsaciones.

No tengo remedio.

—Me importa una mierda con quién estemos tratando —ladra. Tiene la cara cada vez más roja—. Esta gente me ha estado tomando el pelo durante mucho tiempo.

¿Qué gente le ha estado tomando el pelo?

¿De qué habla?

¿De *quién* habla?

Sé que podría comportarme como una mujer adulta y acercarme a él. Preguntarle si está bien y seguramente conseguir que me cuente con quién está hablando.

Pero no soy una mujer adulta ni sensata.

No ahora, al menos.

Por eso mi corazón se salta un latido cuando escucho un ruido en la puerta corrediza de la cocina. Al darme la vuelta, veo a Mateo saludarme con una mano y hacerme señas hacia el horrible bañador que lleva puesto.

—Vamos al lago. ¿Te apuntas? —Su voz suena atenuada a través del cristal.

Fuerzo una sonrisa.

—Sí, enseguida voy.

Él asiente con una sonrisa bobalicona y se va por donde ha venido. Está claro que ya ha entrado en modo fin de semana y que solo quiere divertirse y pasárselo bien. Justo lo que debería hacer yo en vez de estar escuchando conversaciones ajenas.

Vuelvo a girarme esperando encontrarme a Dylan donde lo deje, pero no está.

¿Dónde se ha metido?

Me separo un poco de la pared para ver si se ha ido moviendo por el césped o si ha subido las escaleras del balcón, pero sigo sin dar con él.

No hasta que me vuelvo a dar la vuelta y me topo de frente con sus escalofriantes ojos grises.

El aire se queda atascado en mis pulmones.

Estoy muerta.

20
BROOKLYN

—Dylan… —jadeo y doy un par de pasos atrás por instinto—. ¿Qué haces aquí? No te he visto llegar.

Él no responde.

Ni siquiera se mueve.

Tiene las manos escondidas en los bolsillos delanteros de los pantalones cortos de deporte, escudriñándome con la mirada. Sus ojos grises son ilegibles ahora mismo.

—Yo… yo acabo de llegar con los chicos —Las palabras salen de mi boca a borbotones—. La casa es chulísima, por cierto. No me habías dicho que tu abuela tenía dinero.

¿Y por qué iba a tener que decirme eso?

Vaya gilipollez, igual que todo lo que estoy soltando por la boca, pero no puedo evitarlo. Dylan me está poniendo nerviosa con su silencio.

—Bueno, que no es que sea algo que tengas que decirme, pero… Quiero decir… —Mis ojos se mueven desesperados en busca de algo más que añadir. Sonrío cuando veo a Lewis subir por el camino de tierra que hay en mitad del césped—. Oh, mira, Lewis.

El pelirrojo alza la vista del suelo ante la mención de su nombre y yo sonrío con más ganas.

Quizás esta sea su oportunidad de salvarme por fin de una situación peliaguda.

Por desgracia, ni siquiera le da tiempo a abrir la boca antes de que Dylan le ladre:

—Desaparece, Lewis.

No lo mira. No. Mantiene sus profundos y temibles ojos sobre mí, erizándome la piel. Lewis prácticamente sale corriendo por el camino de tierra hasta el frente de la casa.

Estoy sola otra vez.

Sola con Dylan Blake.

—Ven aquí —El tono que usa es un poco más relajado que el que ha usado con Lewis, pero, aun así, sigue sonando fuerte y

demandante. No es una petición, es una orden.

Doy otro paso hacia atrás, precavida.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No sé…

Dylan se sujeta el puente de la nariz.

—¿Quieres venir aquí de una vez?

Trago saliva y me muevo lentamente en su dirección. De repente, la camiseta blanca de tirantes que llevo puesta se me pega demasiado a la piel, sofocándome. Me estoy ahogando incluso con una brisa fresca peinándome la piel.

—Que conste que creas lo que creas que he hecho, te equivocas —digo en un intento inútil de calmar su ira antes de que este demasiado cerca como para escapar de él—. Solo he salido a explorar y de casualidad… tal vez… te haya escuchado, un poco, hablar por el móvil. Pero que conste, que no me he enterado de nada, yo…

Dylan pone los ojos en blanco y enrolla su brazo en mi cintura tirando de mí. Mi cuerpo se precipita contra su pecho tan rápido que apenas tengo tiempo de procesarlo.

Se me escapa un jadeo.

—¿Qué…?

Contengo la respiración cuando estampa bruscamente su boca contra la mía en un beso fugaz.

Dura eso. Cinco segundos fugaces en los que el tacto suave de sus labios despierta las mariposas de mi estómago. Cinco segundos en los que me invade su exquisito olor a limpio y puedo saborear un poco de la oscuridad que lo rodea.

Nosotros no nos besamos así.

Es un beso delicado, repentino… romántico.

El corazón me late desbocado.

Tengo que colocar las manos sobre su pecho para no tambalearme. Cuando por fin dejo que mis sentidos se relajen y disfruten del contacto, Dylan se separa de mí.

Ahora sus ojos grises se ven más claros que nunca.

—Vamos a hacer una cosa. Yo voy a fingir que no eres una pequeña cotilla y tú vas a fingir que te lo crees, ¿sí? —Me acaricia un mechón de pelo detrás de la oreja y yo asiento como hipnotizada —. Este finde es para que desconectes. Lo tengo todo bajo control, así que no te preocupes.

Asiento otra vez.

Todavía tengo el juicio un poco nublado, pero entiendo lo que dice. El objetivo de esta escapada es olvidarnos de lo mucho que nos está desquiciando a todos la investigación.

Precisamente por eso no he mencionado el asunto de la foto que me hicieron en la cocina. Tengo los nervios a flor de piel, pero me aguanto. Quizás solo era una broma, quizás me estoy preocupando a lo tonto… Solo sé que si abro la boca ahora, Dylan va a movilizar hasta al último de sus agentes para averiguar quién coño me vigila. No quiero ser la responsable de arruinarle el fin de semana a nadie.

Ya les contaré todo el lunes. Puedo tragarme la ansiedad un par de días más.

—¿No estás enfadado? —pregunto, cautelosa.

Dylan estira sus labios en una medio sonrisa que le marca el hoyuelo.

—Eres tan mala ocultándote que no me lo puedo tomar en serio.

Reprimo una carcajada y lo empujo negando con la cabeza.

—¡Oye! Que soy la mejor jugando al escondite, eh.

—Jugar al escondite contigo seguro que se considera maltrato —se burla, quemándome con el tacto ligero de sus dedos en mi cintura. A pesar de que mi camiseta hace de barrera, los noto justo sobre mi piel.

Nunca he visto a Dylan tan juguetón y, aunque parte de mí quiere preguntarle si le ha pasado algo, sé que es probable que me cargue su buen humor, así que no digo nada y por una vez solo disfruto del momento.

Trato de ocultar mi sonrisita tonta cuando se inclina para besarme. Mis ojos se cierran automáticamente, esperando el roce húmedo de sus labios, pero nunca llega.

Hago una mueca con la boca antes de volver a mirarlo.

Su expresión se ha oscurecido y ahora tiene la vista clavada en algún punto detrás de mí.

Me doy la vuelta sin pensar.

Asher está quieto en mitad del camino de tierra, con las manos escondidas en los bolsillos de su bañador negro, mirándonos con esos escalofriantes ojos azules.

Ya no lleva puesto el carísimo traje de marca con el que lo he visto antes y, joder, tengo que hacer un esfuerzo por fingir que no se me ha secado la boca al instante al ver sus pectorales al descubierto. A pesar de que tiene el rostro algo pálido, su pecho está tan bronceado como el de alguien que vive junto a la playa.

Ahora sí que parece un jodido surfista con el pelo rubio oscuro, los ojos azules y la sonrisita pícara que siempre lleva pegada a la cara como si formara parte de sus facciones.

—Por mí no hace falta que paréis, eh, yo puedo esperar mi turno aquí —se mofa lanzando un beso en nuestra dirección.

Noto el calor escalar por mis mejillas.

Dylan gruñe a mi lado.

—¿Qué coño dices?

Asher lo ignora y posa su mirada azulada exclusivamente sobre mí.

—Se nota que eres una chica lista, Brooky, dejando lo mejor para el final.

—¿Me estás vacilando? —Dylan da un paso al frente con la intención de ir a aplastar los huesos del rubito, pero coloco mi mano en su pecho para tranquilizarlo.

Está claro que Asher solo quiere provocarlo y, seguramente, sacarme a mí de quicio por el camino.

Suspiro.

—¿Qué quieres, Asher?

—África nos está llamando a todos para uno de sus juegos raros. ¿Acaso no la habéis escuchado?

Dylan y yo nos miramos.

Estábamos tan enfrascados en nuestra pequeña burbuja, que hemos aislado por unos minutos al resto del mundo.

Vuelvo la vista hacia Asher.

—No la hemos escuchado, pero gracias. Ahora iremos.

—Yo que vosotros me daría prisa. África enfadada es peor que un perro de caza, Blake lo sabe muy bien.

Sus últimas palabras hacen que se me forme un pequeño nudo en el estómago, pero no digo nada.

Asher se queda mirando a Dylan con una expresión que no acabo de entender. Este aprieta la mandíbula en respuesta, pero es todo lo que hace mientras el rubio desaparece por el mismo sitio por el que se ha ido Lewis.

—No lo soporto —brama sin apartar los ojos de la figura ausente de Asher.

—¿Por qué lo has invitado, entonces?

—Porque no me interesa perderlo de vista por ahora.

Lo miro aprovechando que no puede ver mi ceño fruncido.

A pesar de la alegría que desprende ahora mismo, últimamente los ojos de Dylan siempre están envueltos en un aura lúgubre que me pone los pelos de punta. Me pregunto si eso es culpa de lo que puede verse a simple vista o de algo más, algo oculto bajo su aparente serenidad.

—Será mejor que vayamos con los otros —dice, todavía sin mirarme, y yo asiento de forma automática, haciendo el amago de comenzar a caminar.

Reprimo un jadeo cuando Dylan me coge de la mano primero y enrolla sus dedos entre los míos. El calor de su palma calienta mi piel al instante.

Agacho la vista y me quedo un segundo observando el espacio en el que nuestras manos se juntan.

Las mariposas chocan contra las paredes de mi estómago a toda hostia.

Y quiero decir algo, pero Dylan comienza a moverse y ni siquiera me da tiempo a formar una opinión respecto a lo que sea que sea esto.

Una vez estamos en la parte delantera de la casa, arrugo las cejas al ver a todos a lo lejos, cerca de la orilla del lago, formando un círculo alrededor de África. Cuando Dylan y yo nos acercamos, no

me pasan desapercibidas las miraditas curiosas que nos lanzan la mayoría.

Emma abre los ojos al ver nuestras manos entrelazadas y no tarda en girarse hacia Tabatha para susurrárselo al oído. Lo sé, porque en cuanto la rubia se aparta, Tabatha fija los ojos en nosotros y abre la boca, sorprendida.

Creo que, al lado de Matteo, Asher se ríe, pero no estoy segura de si es él o no, porque aparto un segundo la mirada del círculo cuando mis mejillas empiezan a arder.

Seguramente nadie se esperaba vernos llegar a Dylan y a mí cogiditos de la mano como una pareja feliz, y la verdad es que yo tampoco.

Pero Dylan no parece darle importancia.

Mantiene una pose relajada a pesar de que tiene todos los ojos encima. Incluídos los de África.

—Bien, ahora que estamos todos… —dice ella fijando la mirada un segundo de más en nuestras manos entrelazadas. Juro que siento como sus ojos verdes intenta hacer un agujero justo ahí. Por suerte, vuelve la vista al resto del grupo antes de que empiece a olerme a quemado—. Vamos a empezar a jugar.

—¿A jugar? —Tommy es el único que parece cuestionarse toda la dinámica estilo secta que África ha montado aquí.

Está justo enfrente de mí, al otro lado del círculo, con los brazos cruzados y un bañador azul muy parecido al que lleva Elliot.

De hecho, ahora que me fijo, todos van vestidos con alguna especie de traje de baño. Las chicas van todas con un bañador entero rojo —o blanco, en el caso de África— al estilo vigilantes de la playa; y todos los chicos llevan pantaloncitos cortos que podrían funcionar como bañadores.

Hasta los pantalones cortos de Dylan dan el pego solo por la tela impermeable.

Echo un vistazo a mi propia vestimenta.

Soy la única chica que va completamente vestida con unos shorts de felpa y una camiseta blanca de tirantes. No llevo bañador ni bikini… Ni siquiera sabía que era necesario.

¿Acaso han mandado un comunicado y no me he enterado?

—La primera actividad que vamos a hacer la tenéis justo ahí —Todos giramos la cabeza hacia dónde señala el brazo de África.

Justo en la orilla del lago, cerca de unas hamacas para tomar el sol, se encuentran aparcadas dos relucientes motos de agua.

Todos alzamos las cejas, asombrados, pero Mateo es el primero en llevarse las manos a la boca.

—¡No! ¿Eso son motos de agua? ¿Qué cojones? ¡Siempre he querido subirme en una!

—Son chulas, ¿verdad? —La sonrisita orgullosa de África crece mientras observa sus dos nuevas adquisiciones—. Me las ha prestado una empresa que trabaja con campeones de motos acuáticas. Están prácticamente nuevas.

—¿Cuánto te han costado? —pregunta Tommy con los ojos también fijos en la orilla del lago. Hasta él parece haberse quedado impresionado con las motos.

—Cuando eres del FBI, nada. Ya sabéis, ventajas de ser la ley.

A mi lado, Dylan pone los ojos en blanco y casi tengo ganas de reír. Hace un par de semanas seguro que le hubiera dado un ataque si alguien de su equipo usara el poder de la ley para salirse con la suya.

Ahora probablemente le trae sin cuidado.

Después de todo, él mismo está empezando a ver lo doble cara que puede ser este mundillo.

Hasta yo lo veo, desgraciadamente.

—¿Y Para qué son?

África vuelve un segundo la vista al círculo. Le brilla tanto la sonrisa que casi tengo que apartar la mirada para que no me deslumbre.

—Vamos a hacer una carrera de obstáculos en el lago.

Llevo la vista más allá de la orilla del lago. No me he fijado antes, pero el agua está repleta de boyas rojas, amarillas y un par de color verde. Las rojas y las amarillas forman dos caminos que llevan a distintas plataformas de apoyo con objetos aleatorios como mini aros, saquitos de arena y cintas. Al final de ambos caminos,

justo en el otro extremo del lago, una bandera gigante de color negro y blanco, ondea sobre las piedrecillas que hacen de arena.

—El juego es sencillo —continúa África mientras todos nos centramos en la pista de obstáculos que ha montado. Juraría que cuando hemos llegado el agua estaba despejada. No ha pasado ni una hora desde eso. Me pregunto cuándo ha tenido tiempo de organizar todo esto—. En dos equipos, deberemos superar cuatro pruebas en una carrera de obstáculos y capturar la enorme bandera negra y blanca que hay al final del recorrido y que representa la meta. Como solo hay dos motos, haremos turnos de cuatro, dos personas por moto.

»»Como veis los dos caminos están delimitados por las boyas rojas y amarillas. El lago es enorme y, gracias a unas pequeñas gestiones, nuestro por un día.

Nadie dice nada durante por lo menos un minuto. Todos estamos muy ocupados procesando lo que tenemos delante. Pero solo dura eso, un minuto antes de que empiecen los murmullos de emoción incesantes.

Tabatha y Emma se agarran las manos, mientras hablan en voz baja y alternan el brillo eufórico de sus ojos entre el lago y ellas.

Mateo pega saltos en el sitio y se ríe como un niño a punto de estrenar un juguete nuevo.

Y aunque Tommy, Asher y Lewis se mantienen en silencio, en sus labios vacilan un par de sonrisitas tontas.

Hasta Dylan me aprieta la mano con una pequeña sonrisa.

—Menos mal que no ha dicho que vamos a jugar al escondite, eh —Me vacila y le pego un golpe en el brazo derecho con mi mano libre.

—Cállate.

Ni siquiera se molesta en fingir que le ha dolido, tan solo amplía su sonrisa antes de volver la vista a sus compañeros.

—¡África, esto es increíble! —La halaga Tabatha y el resto la siguen asintiendo y soltando palabras sueltas como «¿cuándo…?» o «¿cómo…?».

Asher es el único que hace destacar su voz entre las del resto.

—¿Qué pruebas tendremos que realizar antes de llegar a la meta?

—Como ya he dicho, son cuatro pruebas —Todos se callan para escuchar lo que tiene que decir la morena.—: la primera que os encontráis consistirá simplemente en esquivar las boyas verdes que hay en mitad de cada camino. Aquí la habilidad del conductor es clave, pero es sencillo cruzarlas; la segunda consistirá en detenerse en la primera plataforma, justo donde se encuentran los dos mini aros. Cada copiloto deberá meter tres de los treinta saquitos de arena que hay en la plataforma antes de seguir.

»» La tercera, ya empieza a complicarse un poquito. Los copilotos deberán bajarse en la siguiente plataforma, quitarse los chalecos salvavidas y colocarse una de las dos gafas de buceo que encontrarán ahí. Deberán sumergirse todo lo rápido que puedan, hacerse con una de las seis banderas que hay atadas en un palo entre dos rocas tan solo un metro por debajo de la plataforma y subirla de nuevo antes de continuar con el recorrido. Me he asegurado de que la zona de buceo, sea una zona despejada del lago en la que haya buena visibilidad.

—¿Y la cuarta?

—El copiloto deberá vendarle los ojos al conductor con unas cintas que encontraréis también en la segunda plataforma y guiarlo hasta la bandera. La primera pareja que llegue, sumará un punto para su equipo. Al final, haremos recuento, el equipo con más puntos, gana.

No me cae bien África. Aceptémoslo. Sus vibras y las mías nunca van a ir en sintonía. Probablemente, porque en cierta forma, siento que está por encima de mí. Ella es la imagen adulta de la afrodita moderna: guapa, inteligente, con carisma y una carrera definida en el FBI. Factores que hacen que la gente la respete y la idolatre a partes iguales.

Yo soy la imagen enmarañada de una niña rica con un futuro difuso que intenta abrirse paso en su mundo enrollándose con Dylan, su exnovio.

Sin embargo, tengo que reconocer que montar actividades se le da genial. Ni siquiera Makeila y yo —las reinas de las fiestas de

Beaufort— hubiéramos conseguido organizar una actividad tan chula en tan poco tiempo.

Tal vez sus ojos verdes hagan que me tiemblen un poco las rodillas, pero eso no quita que admiré sus habilidades tan solo un poco.

Muy poquito.

Casi nada.

Mateo se frota las manos. Su emoción es contagiosa.

—Esto va a ser la hostia. ¿A qué estamos esperando para empezar?

África suelta una risa superficial y se echa la melena rizada hacia atrás en un movimiento de diva.

—Primero tenemos que decidir las parejas y después los equipos —Se agacha para recorrer una gorra vieja en la que no me había fijado. No veo muy bien su contenido desde aquí, pero está claro que hay algo dentro—. He preparado un par de papelitos con nuestros nombres —Se acerca a Mateo—. Saca uno, cuando todos tengamos una pareja, haremos lo mismo con los equipos. —Estira la gorra en su dirección para que meta la mano. Este no se lo piensa—. Habrá un equipo con una pareja de más, así que dos del otro equipo tendrán que repetir.

Mateo saca un papelito y lo abre. Su boca se deforma en una mueca al leer el nombre de su acompañante.

—Emma.

La rubia tampoco parece muy emocionada con la noticia, ya que se cruza de brazos y comienza a refunfuñar algo por lo bajo.

Soy consciente de que hace poco han discutido por quién llevaba la maleta, pero sus peleas no suelen durar más de media hora. Se quieren como hermanos y suelen arreglarse enseguida. Me sorprende mucho lo ariscos que están el uno con el otro incluso desde antes de salir de casa, cuando Emma le ha dicho a Mateo que tenía el pelo horrible y él le ha intentado cortar el suyo con las tijeras de la cocina.

Están super raros los dos.

Pero me olvido un poco de su drama, cuando África le pasa la gorra a Asher. Este rebusca entre los papelitos como si supiera

desde el principio cuál quiere. Cuando lo saca, posa un segundo sus ojos en mí. Por primera vez, su expresión es seria.

Trago saliva.

Por favor, que no le haya tocado yo.

Por favor, que no le haya tocado yo.

Por favor, que…

—Brooklyn.

Me cago en…

Pero, ¿cómo mierda es posible? Tengo ganas de gritar que no, que es un tongo, pero como probablemente quedaría como una niñata caprichosa con la que no se puede jugar, no abro la boca.

Me mantengo quieta, en silencio.

Incluso cuando África se gira en mi dirección con una sonrisa un tanto perversa para guiñarme un ojo.

—Chica con suerte, eh —dice y si no fuera por la fuerza con la que Dylan me está sujetando la mano, seguramente la haría tragarse todos los papelitos de la gorra.

Respira, Brook. Es solo un juego. Respira.

La morena sigue caminando y estira la gorra en dirección a Tabatha, que saca un papelito con el nombre de Elliot. El siguiente en elegir —y el último seguramente, porque solo quedan África, Tommy, Lewis y él— es Dylan.

África estira la gorra frente a él como si fuera la presentadora de un programa más dieciocho de preguntas y respuestas.

Dylan no le dedica más de un vistazo, pero aun así, aprieto la mandíbula. Cuando mete su mano libre en la gorra y saca un papelito, el corazón está a punto de salírseme por la boca.

—África —lee el pelinegro con cuidado, haciendo que se me hunda el pecho.

Pues claro que África.

Joder.

¿Cómo no?

—Supongo yo también tengo suerte —dice esta como si nada y se aparta de nuestro lado con una sonrisa que hace que me entren ganas de vomitar.

21
BROOKLYN

Dylan y yo no estamos en el mismo equipo.

Y encima vamos a tener que competir el uno contra el otro.

Ni siquiera sé muy bien cómo ha pasado, pero de repente me he visto en un equipo con Emma, Mateo y Asher, paraliza mientras África arrastraba a Dylan junto al resto.

Nuestro equipo lleva una cinta amarilla atada en la muñeca, el suyo una roja.

Los primeros en competir serán Emma y Mateo contra Elliot y Tabatha. Lo que nos obliga a Asher y a mí a ir contra sus segundos: África y Dylan. Después Emma y Mateo repetirán contra Tommy y Lewis.

Nos van a dar una paliza.

Lo sé porque Elliot y Tabatha están estirando cerca de la orilla del lago mientras Dylan les señala los diferentes obstáculos que hay en el agua y les dice alguna movida que seguramente vaya a serles útil para llegar los primeros.

Nosotros estamos viendo a Emma y a Mateo discutir sobre quién debería ser piloto y quién copiloto. Deberían estar discutiéndolo también con Asher y conmigo, pero no he querido meterme en la verdad razón por la que se están tirando de los pelos ahora mismo.

Me arrepiento.

Llevan tanto ahí que me ha dado tiempo a subir a ponerme el bikini blanco —el único que he traído—, y al otro equipo a preparar una estrategia para machacarnos.

Bufo y me apoyo de brazos cruzados contra un poste de madera que no pinta mucho aquí. Tengo el pelo atado en un moño alto, pero, aun así, la brisa de la mañana me hace comerme algunos mechones sueltos que se me pegan a la cara.

Los aparto con rabia.

—¿Cómo está la rompe promesas? —Me recorre un escalofrío cuando noto la respiración de Asher pegarse a mi cuello.

Giro la cabeza y me encuentro sus ojos celestes a centímetros de mí. Sus pestañas prácticamente rozando mi piel. Aguanto la respiración.

—¿Perdón?

—¿Vamos a hablar en algún momento de esa cena que todavía me debes? —Aunque está sonriendo, su tono es serio—. Está feo ilusionar así a un pobre hombre que solo quiere pagarte la cena.

Me quedo mirándolo un segundo. Las facciones marcadas de su rostro se suavizan bajo la luz del sol y lo hacen parecer más accesible y jovial de lo que en realidad es. Por desgracia, su expresión ansiosa y afilada no me deja disfrutarlo. Vuelvo a girar la cabeza hacia el lago.

Doy gracias en silencio de que Asher se coloque a mi lado y no enfrente. No creo que pudiera concentrarme teniendo vistas en primera fila de sus pectorales marcados.

—Sonríe, preciosa, te ha tocado el mejor equipo. El mío.

Casi tengo ganas de reírme.

—¿Seguro que me ha tocado? ¿O has hecho que me toque?

—¿A qué te refieres?

—Mucha casualidad que justo me haya tocado contigo, ¿no?

Y que a Dylan le haya tocado con África, quiero añadir, pero me lo reservo porque no quiero que se piense que eso me importa.

Aunque me importe muchísimo.

Asher suelta una ligera risa de millonario sin problemas.

—Quizás el destino está intentando decirnos algo.

—Sí, que eres un tramposo.

Aprieto los labios cuando vuelve a reírse.

—Eres libre de creer eso si quieres.

Entrecierro los ojos en su dirección.

No sé cómo lo hace, pero tiene una increíble habilidad para siempre parecer inocente con su pelito rubio, sus ojitos azules y esas mejillas sonrojadas. Quizás por eso el FBI todavía no ha podido arrestarlo, porque aunque fuera culpable, su cara esculpida convencería al mundo de lo contrario.

—¿Quieres ser piloto o copiloto?

No contesto, porque justo en ese momento Mateo y Emma vienen corriendo a decirnos que Emma será piloto y Mateo copiloto. Después de escuchar a Mateo plañir por no poder conducir la moto de agua, ambos se ponen los chalecos salvavidas y se colocan en la línea de salida junto a Elliot y Tabatha.

Asher y yo nos colocamos cerca de la orilla, con el resto, para ver mejor la carrera.

—Muy bien, ya conocéis las normas —África no deja a las parejas subir a las motos de agua hasta que tengan claro cómo funciona su juego—. Debéis completar todas las pruebas en orden antes de ir a por la bandera. No está permitido sabotear a ningún miembro del equipo contrario, ya sea intentando retrasarlo, desmoralizarlo, agredirlo y un largo etcétera que estoy segura de que no tengo que explicaros.

Todos asienten a la vez.

—Muy bien, podéis subir a las motos —Elliot y Tabatha son los primeros en obedecer. Elliot se pone de copiloto y Tabatha le rodea la cintura por detrás, sujetándose bien a él—. ¿Preparados? —Mateo aferra sus dedos a los lados de la moto, evitando tocar a Emma. Esta ya tienes sus manos en los manillares, a un roce de tocar el acelerador—. ¿Listos? —África da un paso hacia atrás. Todos aguantamos la respiración en el sitio. La emoción se palpa en el ambiente—. ¡Ya!

Ambas parejas aceleran tan rápido que tengo que alejarme un poco para no llenarme de agua.

África es la primera en ponerse las manos alrededor de la boca y chillar, eufórica. A mi lado, Tommy suelta una carcajada. Todos levantan las manos y dan palmadas acompañadas de gritos de emoción —hasta Lewis, que se ha colocado lo más alejado del grupo posible—, pero el ruido de los motores es demasiado ensordecedor como para que los escuchen desde el agua.

Tanto Emma como Elliot han atravesado las boyas verdes del principio en tiempo récord, pero es Tabatha la copiloto que más rápido sube a la primera plataforma y comienza a lanzar saquitos de área contra el mini aro de su equipo.

Ya ha metido uno para cuando Mateo consigue subirse a la plataforma. El pobre está hiperventilando mientras busca como un desquiciado el montón de saquitos que Tabatha ha localizado hace rato.

Ella es la primera en meter los tres saquitos y terminar la segunda prueba. Mateo acaba tan solo un minuto después.

Por suerte, en la prueba de buceo tiene un poco más de suerte. Tabatha vacila un segundo antes de sumergirse en las profundas y cristalinas aguas del lago y eso le da tiempo a él de llegar a la plataforma, quitarse el chaleco salvavidas y colocarse las gafas de buceo.

Ambos desaparecen bajo el agua al mismo tiempo.

La tensión tira de mis extremidades con fuerza. De repente, me encuentro aguantando la respiración como si fuera yo la que está en el agua.

Creo que por eso no lo pienso mucho cuando cojo la mano de Asher y le aprieto los dedos para controlar mi ansiedad.

Ni siquiera estoy atenta a él.

Tengo todos mis sentidos puestos en el movimiento descontrolado que han dejado Mateo y Tabatha en el agua.

No es hasta que giro la cabeza un segundo, que veo su amplía sonrisa de dientes blancos. Pero no me la dirige a mí, no. Sus ojos azules están fijos en un punto detrás de mí.

Sigo su mirada y trago saliva cuando me encuentro con la expresión sombría de Dylan. No sonríe, no se mueve, tan solo deja que sus ojos grises hagan cenizas en el punto en el que mi piel toca la de Asher.

Mierda.

Le suelto la mano casi al instante. El calor invade mis mejillas cuando Asher se ríe, pero lo ignoro.

Justo en ese momento el pelo de Mateo asoma a través del agua. Incluso mojado, sigue teniéndolo de punta.

Tabatha lo sigue de cerca.

Los dos se suben a la plataforma escopeteados, y con una banderita en la mano que dejan tirada en cuanto pueden. Ni siquiera

lo piensan. Se abalanzan a por una de las dos cintas que hay justo en el centro y luego regresan a sus respectivas motos de agua.

Tabatha tarda un poco menos en vendarle los ojos a Elliot que Mateo a Emma y eso hace que su equipo sienta la euforia.

—¡Venga, chicos! ¡Ya casi lo tenéis! —África tira del brazo de Dylan repetidas veces sin apartar los ojos de la carrera.

Hasta Tommy chilla:

—¡Mueve el culo, Elliot!

El camino hasta la bandera no tiene mucha complicación: es solo esquivar un par de boyas. La dificultad está en que los pilotos no ven. Dependen cien por cien de sus compañeros para guiarlos hacia la meta.

Emma se estampa con un par de boyas y le grita algo a Mateo que no consigo oír desde aquí. Este tiene la cara roja del estrés y hace señas con la mano hacia adelante como si la rubia pudiera verlo.

Tras un minuto así, por fin parece encontrar el truco para que Emma dirija la moto sin ver hacia dónde va. Por desgracia, la compenetración de Tabatha y Elliot es mil veces mejor y los adelantan por mucho.

Para cuando quieren darse cuenta, el equipo contrario se hace con la victoria.

Tommy le pega un golpe tan fuerte en la espalda a Lewis que hace que su cuerpo delgaducho se tambalee hacia adelante.

—¡Eso es, joder!

—¡Sí!

África abraza a Dylan como si acabaran de tener el mejor polvo de su vida encima de un fajo de billetes. Me muerdo la lengua y aparto la mirada justo cuando el pelinegro le regala una sonrisa de boca cerrada.

Genial.

Por suerte, Emma y Mateo regresan con nosotros antes de que me ponga a darle patatas a un árbol como una demente con problemas de ira.

—Esto ha sido culpa tuya —Emma estampa el chaleco salvavidas con fuerza en el suelo. Sus ojos se prenden en cólera

cuando mira a Mateo—. Si no fueras tan paquete guiando, hubiéramos llegado los primeros.

—¿Me estás vacilando, señorita «déjame a mí, yo lo hago»?

—¡Hombre, ya nos habíamos estampado contra tres boyas! A ese paso íbamos a acabar en el fondo del lago.

—Ojalá hubieras acabado tú en el fondo del lago —murmura Mateo.

Emma aprieta los dientes y hace el amago de pegarle un puñetazo en el brazo, pero no lo llego a ver porque giro la cabeza hacia donde están Dylan y el resto de su equipo.

Tommy está frotándole los hombros a Elliot por detrás, dándole la enhorabuena. Dylan también está con ellos, pero tan solo se limita a mirarlos inexpresivo mientras se coloca el chaleco salvavidas que Elliot ha dejado tirado.

África hace lo mismo con el chaleco de África. Después, se gira hacia nosotros con una sonrisa que me pone la carne de gallina.

—¡Nos toca!

Trago saliva y doy un paso atrás chocando con un pecho duro.

—¿Nerviosa? —Asher posa su barbilla por encima de mi hombro izquierdo. Sus mechones rubios rozan la piel de mi cuello en un movimiento suave. Huele a colonia de hombre.

—¿Cuántas posibilidades hay de que les ganemos? —Mantengo la vista fija en Dylan y África. Están ya cerca de las motos de agua. Dylan apoyado contra el asiento y África de pie junto al manillar, pegando golpecitos desesperados con el pie en el suelo.

—Ninguna, pero al menos voy a disfrutar la cara de Blake cuando tengamos que subirnos juntos a la moto —Me acaricia la cintura con la mano para pasar por delante de mí. Asher camina con los hombros relajados y las manos en los bolsillos de su bañador. A diferencia de la mía, su expresión solo detona seguridad—. ¿Vamos?

Suspiro y me aseguro de coger los chalecos salvavidas que Emma y Mateo han dejado tirados, antes de seguirle.

¿Por qué soy la única a la que le están temblando las piernas? Quizás le estoy dando más importancia a esto de la que debería. Salvo por Mateo y Emma, todos se lo están pasando en

grande con el juego que ha montado África. Hasta Lewis sonríe y eso que él es más de agachar la cabeza y no mostrar ninguna emoción demasiado llamativa.

Es solo un juego.

Nada más.

Pero aun así no paran de sudarme las manos.

Por eso agradezco que Asher tome el puesto de conductor en cuanto llegamos a la moto de agua. Ni siquiera se molesta en preguntarme de nuevo. Se hace con el control y no protesto.

Paso una pierna por encima de la moto y me dejo caer detrás de él. Siento los ojos de Dylan quemando mi perfil, pero finjo que no lo he visto mientras le doy a Asher su chaleco salvavidas.

Estoy demasiado nerviosa como para preocuparme de que Dylan mate a Asher antes de que abandonemos la orilla.

Solo quiero que nos machaquen cuanto antes para poder tomarme un mojito casero tumbada en la hamaca que hay en el balcón de mi habitación.

—¿Estáis listos? —Esta vez es Tommy quien nos dirige. Está de pie en el mismo sitio en el que estaba África cuando le ha dado la salida a las dos primeras parejas.

—Listísimos —La voz de África sale uno o dos tonos más aguda de lo normal. De reojo veo que tiene la cara pegada a la espalda de Dylan. Sus manos le aprietan de la cintura con tanta fuerza que no sé cómo el pelinegro no se ha ahogado todavía.

—Muy bien, pues que gane el mejor duo…

África nos dirige una de sus famosas sonrisas hipócritas.

—Suerte, pareja.

—Igualmente —contesta Asher.

Dylan y yo no decimos nada. Sus ojos grises parecen querer comunicarse conmigo en silencio, pero Tommy vuelve a hablar y él desvía la mirada hacia el frente.

—En sus marcas… —En contra de mi voluntad, rodeo la cintura de Asher con mis brazos. El tacto tonificado de su abdomen es increíble—. Listos… —Asher gira la llave en el contacto y la moto cobra vida. Sus manos se colocan con una agilidad y una soltura en

los manillares, que me pregunto si es la primera vez que conduce una moto de agua.

La pregunta queda en el olvido cuando escucho a Tommy soltar un:

—¡Ya!

Tengo que afianzar mi agarre en el abdomen de Asher para no irme hacia atrás por la inercia. Al principio el movimiento es relativamente lento, pero en cuanto abandonamos la orilla, Asher aumenta la velocidad.

El agua no tarda en chispearme los muslos, los brazos y hasta la cara —contra la que el viento me pega mechones de pelo con fuerza—. Durante un par de segundos no veo nada y tengo que apañármelas con lo que oigo, que tampoco es mucho. El sonido ensordecedor de las motos me taladra la cabeza y no me deja pensar.

Noto el balanceo descontrolado a través de las bayas verdes. Espero que eventualmente nos estrellemos contra alguna, pero el impacto nunca llega.

Giro un segundo la cabeza hacia donde se supone que deberían estar Dylan y África. Me sorprende que lo único que encuentre sea el recuerdo de su recorrido en el agua. Han superado la primera prueba en tiempo récord y ya están deteniéndose en la primera plataforma.

Nosotros llegamos justo cuando África se está bajando de la moto.

Pestañeo varias veces para espantar el agua que se ha acumulado en mis ojos. Me toma un segundo ubicar dónde estoy antes de bajarme casi corriendo de la moto.

La plataforma que ha preparado África es bastante grande y lo suficientemente estable como para que no nos tambaleemos en cuanto ponemos un pie encima. Es muy parecido a estar en tierra firme, con la única diferencia de que en verdad estamos a muchos metros nadando.

Menos mal que mi padre me apuntó a las clases de natación del colegio cuando estaba en primaria.

Le echo un vistazo rápido a África en cuanto estoy frente a mi aro. Ya ha lanzado por lo menos cinco saquitos de arena de los treinta que tenemos y ninguno parece haber pasado al otro lado de su mini aro.

Suspiro.

Muy bien, Brooklyn.

No te estreses.

Puedes hacerlo.

Esto no tiene por qué ser difícil. Es como apuntar a la diana con una pistola, solo que en vez de una diana es un mini aro y en vez de una bala, son saquitos de arena.

Estupendo.

Cojo el primer saquito justo cuando África consigue meter por fin uno en su aro. El corazón me late a toda velocidad, pero no dejo que eso me paralice. Aprieto el saquito entre mis dedos y me concentro en lo que tengo delante.

Solo me tomo un segundo para respirar hondo.

Después, lanzo.

Reprimo un grito de emoción cuando el saco atraviesa el aro a la primera. A mis espaldas, Asher silva incapaz de contener la suya.

—¡Sigue así, dulzura, ya casi lo tienes!

No me giro a mirarlo.

En lugar de eso cojo otro saco y muevo los hombros para desestresarme antes de volver a lanzar.

El saquito atraviesa el aro con elegancia y suavidad, como si no hubiera otra opción posible.

La excitación comienza a hacerme cosquillas en la piel. Es imposible que sea tan fácil, pero por alguna razón, lo es. Al menos para mí.

A mi lado, África me lanza dagas con los ojos. Ella todavía está intentando meter su segundo saco y yo estoy a uno de superar la prueba.

No quiero emocionarme, pero tal vez Asher y yo podamos ganarles.

Tal vez por una vez yo no sea la cría que no sabe hacer nada por su cuenta. Tal vez por una vez, yo sea la mejor en algo.

Al ver que África no deja de mirarme e hiperventilar por la nariz como un toro a punto de embestir, fuerzo una sonrisa que acaba derivando más bien en una mueca.

—Lo siento, no lo estoy haciendo aposta.

La morena gruñe.

Las risas de Asher y Dylan retumban a mis espaldas.

—Cuidado, África o te van a machacar en tu propio juego —Aunque el tono de Dylan es burlón, África parece tomárselo como una señal de peligro para ella, porque coge un saquito y lo lanza con tanta fuerza y precisión, que entra.

La sonrisa que pone después es escalofriante.

Trago saliva.

Tengo que dejar de prestarle atención a ella o al final acabará por ganarme.

Cojo dos saquitos a la vez para no tener que volver a agacharme. El primero roza el metal del mini aro, pero no entra. Por suerte, el segundo sí.

Esta vez sí que pego un saltito de emoción en el sitio.

No puedo creerlo.

He superado la prueba.

La he superado y mucho antes que África.

Me siento tan eufórica que no es hasta que escucho a Asher llamarme, que reacciono.

Me giro de nuevo hacia las motos de agua.

No puedo evitar conectar mis ojos color miel con los de Dylan mientras me acerco de nuevo a mi moto. La media sonrisa que me dedica hace que me cueste apartar los ojos de él para centrarme en el juego.

—Joder, Brooky, me has puesto cachondo lanzando saquitos —Es lo primero que suelta Asher por la boca en cuanto me vuelvo a subir a la moto y lo rodeo con los brazos.

Pongo los ojos en blanco.

—Conduce y deja de decir estupideces.

—A sus órdenes.

Con un poco de suerte, Asher y yo podríamos ganar esta ronda. La siguiente plataforma no está muy lejos y llevamos una ventaja muy buena. No quiero venirme arriba, pero sé que es posible.

La siguiente prueba es la de buceo. Se supone que debemos sumergirnos todo lo rápido que podamos y hacernos con una de las seis banderas que hay atadas a un palo entre dos rocas tan solo un metro por debajo de la segunda plataforma.

Incluso con las gafas de buceo tendré que jugar mucho con mi respiración para no ahogarme mientras busco la bandera.

No creo que sea imposible —después de todo, Mateo y Tabatha superaron la prueba hace tan solo unos minutos—, pero sí creo que va a ser muy pero muy complicado.

Llegamos a la segunda plataforma y me bajo de la moto a toda velocidad.

Me tiemblan tanto las manos que se me complica quitarme el chaleco salvavidas. No ayuda que a lo lejos África ya haya superado la prueba de los saquitos y no tarde en subirse a la moto. Dylan conduce tan rápido que no tardaran en alcanzarnos.

Me deshago del chaleco por fin y cojo las primeras gafas de buceo que veo antes de acercarme a la orilla de la plataforma.

Ahora entiendo por qué Tabatha dudó un segundo antes de sumergirse en el agua. Aunque está muy cristalina y puede verse casi a la perfección lo que hay en el fondo, sigue dando muy mal rollo.

Estoy segura de que debe haber por lo menos seis metros de profundidad y eso es mucho para afrontarlo solo con unas gafas de plástico que apenas se ajustan a mi cara.

Se supone que las banderas están a solo un metro por debajo de la plataforma, pero ¿y si me hace falta bajar más…?

—¿Todo bien, Brooky? —Giro la cabeza hacia Asher, pero él no me está mirando. Mantiene su ceño fruncido fijo en un punto más allá—. Se están acercando.

—Sí, sí, perdona.

En fin, que sea lo que Dios quiera.

Me lanzo al agua justo cuando la moto de Dylan se detiene frente a la plataforma. En cuanto mi piel se zambulle por completo en el líquido frío, todo se apaga a mi alrededor. Ya no escucho los gritos alejados de los chicos o el sonido estridente de las motos de agua, ni siquiera escucho los pasos alterados de África en la plataforma a pesar de que sé que ya ha llegado.

Todo está en silencio.

Aquí abajo el único sonido que percibo es el de mi corazón latiendo fuerte contra mi pecho.

Ahora mismo tengo los pulmones llenos de aire, pero sé que ha empezado la cuenta atrás y mis órganos vitales me instan a moverme cuanto antes.

Tal y como África dijo, hay cuatro banderas atadas a un palo que se sostiene entre dos rocas, justo un metro por debajo de la plataforma. En teoría debería haber seis banderas, pero supongo que las dos que faltan son de las que han cogido antes Mateo y Tabatha.

Empiezo a mover las piernas y los brazos para impulsarme hacia allí. Por suerte, la corriente del lago no es muy fuerte y no arrastra mi cuerpo hacia arriba.

Sonrío cuando coloco mi mano por fin en el palo.

Ahora solo tengo que desatar una de las banderas y subirla. A pesar de que mi corazón late cada vez más rápido, la piel de mis manos no ha cambiado de color y no estoy mareada. Todavía me queda aire. Me da tiempo.

Noto una sombra cubrirme la cabeza. Cuando echo un vistazo arriba, veo la figura difusa de África nadar hacia mí.

Mierda.

Empiezo a desatar el nudo de la bandera todo lo rápido que mis nervios me lo permiten. No es que sea muy elaborado, pero sin duda se ha hecho para que no resulte fácil de deshacer. Tras lo que parecen horas, por fin lo consigo.

Una sensación de victoria me invade el pecho, pero no me doy tiempo a disfrutarla. Unas burbujitas salen de mi boca como el primer indicativo de que me estoy quedando sin aire y sé que tengo que subir.

Me doy la vuelta en el sitio para localizar a África, pero es ella quien me encuentra a mi primero. Antes de que pueda reaccionar de ninguna forma, su pie impacta contra mi estómago provocando que suelte la bandera de golpe.

Me pega con tanta fuerza que consigue hundirme por lo menos medio metro. Me llevo las manos al estómago para contener el dolor repentino. Mi boca se abre tanto del susto que es imposible que mis pulmones no se llenen de agua.

¿Qué está pasando?

Intento volver a nadar hacia arriba, pero descarto la idea en cuanto siento otro pinchazo de dolor en la zona en la que África me ha pegado la patada.

La miro, confusa y sorprendida a la vez, pero ella ya no está ahí. Está nadando de vuelta a la superficie, con la bandera que yo he desatado.

No, no, no.

Grito con todas mis fuerzas aunque sepa que es imposible que me escuche. Me está palpitando la cabeza. Muevo las piernas para impulsarme hacia arriba, pero vuelvo a caer sin remedio.

Hundiéndome cada vez más y más.

Apenas soy capaz de reaccionar.

África ha noqueado todo mi cuerpo con su golpe a traición.

Sigo gritando todo lo fuerte que puedo. Ni siquiera soy capaz de razonar con claridad. Lo único que me preocupa es la señal urgente que se enciende en mi cerebro indicándome que he perdido mucho aire.

Quiero salir.

Necesito respirar.

Pero soy incapaz de nadar de vuelta a la superficie sin que mi cuerpo se resienta.

En cuanto comienzo a vislumbrar una serie de puntos negros frente a mis ojos, sé que estoy a punto de ahogarme.

22
DYLAN

Me sorprende que África salga del agua con una banderita antes que Brooklyn. Quizás por eso lo primero que sale de mi boca cuando me sonríe, es:

—¿Dónde está Brooklyn?

África pierde la sonrisa al instante.

—¿Hola? —Se lleva las manos a las caderas. Su expresión indignada hace que tenga ganas de poner los ojos en blanco—. ¿Salgo la primera y eso es lo que me preguntas?

Sé que es una nadadora excelente y no dudo que pudiese igualar a Brooklyn en la prueba, pero es imposible que haya conseguido salir antes que ella. No, salvo que Brooklyn haya tenido algún problema.

Y Wolf piensa lo mismo que yo, porque mantiene sus ojos preocupados en el movimiento calmado del agua.

—Lleva mucho ahí debajo…

África alza la mirada al cielo y bufa.

—Por favor, está bien.

Wolf y yo nos miramos a la vez. Su expresión impasible me dice que está pensando lo mismo que yo.

—Está bien —Repite África en un tono tétrico que no admite discusión—. Vámonos antes de que salga y mis esfuerzos no hayan servido de nada.

Coge una de las cintas de la plataforma y deja la bandera en su lugar. Tiene intención de subirse a la moto conmigo, pero la muevo un par de centímetros, alejándola de la plataforma.

África abre la boca, desconcertada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te alejas?

Mis ojos vuelven a posarse en el agua. Por alguna razón, tengo un muy mal presentimiento.

—Lo siento, África, pero no voy a moverme de aquí hasta que Brooklyn salga del agua.

—¿Me estás vacilando? —Me lanza dagas con la mirada. Cuando se da cuenta de que estoy hablando en serio, bufa por decimoquinta vez y se cruza de brazos—. No ya veo que no… Pues genial, oye.

Se da la vuelta en la plataforma y comienza a pasearse de un extremo al otro. Sus fuertes pisadas son un claro indicativo de que está enfadada, pero en este momento me da igual.

Una sensación de inquietud se instala en la boca de mi estómago.

Tal vez sea una tontería.

Tal vez Brooklyn sea capaz de aguantar muy bien la respiración bajo el agua. Después de todo, se pasa el día en la piscina de su casa.

Tal vez me esté preocupando por nada.

Pero pasan treinta segundos y todavía no veo su melena negra asomar por encima del agua cristalina.

Joder, caramelito, cómo te gusta llevar mis nervios al límite.

—¿Cuánto puede aguantar ahí debajo con esas gafas de buceo? —Wolf suena genuinamente preocupado.

Levanto la mirada hacia África.

—¿Estás segura de que…? —África se ha quedado quieta al borde de la plataforma. Sus ojos verdes se clavan en el agua, como si quisieran traspasarla. Ya no se queja o pega patadas en el suelo, solo está ahí, esperando mientras gotas de sudor resbalan por su rostro ahora pálido. Frunzo el ceño—. ¿Qué pasa, África?

—Bueno… no te alteres, pero…

En cuanto dice eso mi estómago da un vuelco.

—¿Pero…?

—O sea, no es nada, pero… quizás haya hecho un poco de trampas y le haya pegado un pequeño golpe con el pie a Davis. Era por divertirnos y añadirle drama al juego, y seguro que no tiene nada que ver, pero ya tendría que haber salido…

Abro la boca, pero Wolf se me adelanta.

—¿Perdón?

Mi corazón, que latía a toda velocidad en mi pecho, ahora se deja morir.

Me hierve la sangre en las venas. Quiero romper algo. Gritarle a África que es una maldita inconsciente, pero la opresión que crece en mi estómago no me deja.

Ni siquiera lo pienso.

Apago el motor y me lanzo al agua justo cuando la voz cabreada de Wolf le suelta a África:

—¿Qué clase de psicópata eres tú?

El agua fría del lago me contrae los músculos al instante. El brusco cambio de temperatura es suficiente para que mi sistema nervioso me inste a volver arriba. No dejo de mover los brazos y las piernas en ningún momento.

Sin gafas de buceo apenas soy capaz de ver más allá de un par de centímetros. Me queman los ojos. Mis pulmones aguantan la presión, pero soy consciente de que me quedaré sin aire mucho más rápido de lo normal.

Tengo el pulso alterado.

El desespero invade mi sistema como un virus.

¿Dónde está?

No la veo.

Nado por debajo de la plataforma y no la veo.

Aparto el agua con las manos intentando que desaparezca, pero es imposible. La adrenalina es lo único que impide que no me ahogue.

Tengo que encontrarla, joder.

Bajo un poco más hasta palpar el palo donde se supone que están las banderas. En este punto, lo único que distinguen mis ojos son formas y colores.

El agua está cristalina, pero mi visión es borrosa.

Tengo que calmarme o nunca daré con ella. Lo sé. Pero la imagen de su cuerpo inerte me inunda el cerebro y el pánico vuelve a calarme los huesos.

No es hasta que distingo unas gafas de buceo flotar cerca de mí que veo un poco la luz.

Sigo la dirección por la que han subido más allá de donde están las banderas y mis ojos se abren de golpe.

Está ahí.

Tumbada encima de una roca, inconsciente.

Nunca he nadado tan rápido en mi vida. La alcanzo en menos de diez segundos. Ni siquiera me detengo a analizar la calma de su rostro. La abrazo a mí por la cintura y la saco del agua antes de que sea demasiado tarde.

El aire de la superficie revitaliza mis pulmones.

Alzo el cuerpo de Brooklyn para subirla a la plataforma. África la coge de las axilas en un intento de ayudarme a levantarla y deja su cuerpo descansar en el centro antes de alejarse. Tardo dos segundos en alcanzar a Brooklyn y arrodillarme a su lado.

Sigue inconsciente. Está tan quieta que apenas percibo el movimiento ligero de su pecho.

—Joder…

Aún hiperventilando, la cojo de las mejillas y comienzo a llenar sus pulmones de aire. Mis manos temblorosas resbalan por su piel fría y mojada. Ni siquiera sé bien qué estoy haciendo. Solo quiero que recupere la consciencia.

—Vamos, caramelito, despierta.

Sigo infundiéndole aire.

Su cuerpo vibra bajo la presión que ejerce mi boca sobre la suya.

Me detengo un segundo y el corazón se me hunde un poco más en el pecho.

Está tan pálida que ni siquiera parece ella.

—Aparta —No soy consciente de que África se acerca a nosotros, hasta que se coloca a mi lado y me empuja con fuerza.

Arrugo las cejas.

—¿Qué haces?

—Quiere acabar de rematarla, ten cuidado —Me advierte Wolf.

África pone los ojos en blanco.

—No es eso, imbécil —Lo fulmina con la mirada y después se gira hacia mí—. Estás tan nervioso que ni siquiera te das cuenta de que no la estás reanimando correctamente.

Coloca una mano sobre la frente de Brooklyn y la otra bajo su barbilla, echándole la cabeza hacia atrás para abrir sus vías

respiratorias. Después utiliza la mano que tiene sobre su frente para taparle la nariz y comenzar a infundirle aire tal y como estaba haciendo yo hace dos segundos.

La única diferente es que África no está temblando como una maldita hoja.

Su cuerpo se mantiene sereno mientras rodea los labios de Brooklyn con su boca y sopla lentamente. Dos segundos, después se separa de ella y espera antes de repetir la misma acción una y otra vez.

El pecho de Brooklyn se infla como un globo.

Medio minuto después comienza a toser agua por la boca. Cuando se incorpora de golpe, dejo escapar un suspiro.

Me acerco a ella antes de que acabe de abrir los ojos del todo. África se aparta del sitio sin rechistar. Por como clava sus ojos en mi perfil, sé que espera que le dé las gracias o que le diga algo, lo que sea, pero estoy muy ocupado acariciándole la espalda a Brooklyn.

—Tranquila, preciosa. Respira.

Tose con más fuerza. Su respiración es tan irregular que no estoy seguro de si también está temblando o no.

Sus ojos miel están bañados en pánico cuando me mira. Ni siquiera se lo piensa antes de rodearme el cuello con sus bracitos y esconder su rostro en mi cuello. Sus sollozos vibran contra mi piel.

Aprieto la mandíbula.

Está asustada como la mierda.

Coloco mis manos en su cabeza y la aprieto contra mí. Si antes tenía dudas sobre si estaba temblando o no, ahora ya no tengo ninguna. Su cuerpo vibra con escalofríos contra el mío, frágil y vulnerable.

Le echo un vistazo a Wolf por encima del hombro de Brooklyn y este me hace un gesto con la cabeza hacia la orilla del lago.

Debería llevar a Brooklyn dentro de casa y darle algo para que entre en calor.

Está claro que ahora mismo está en shock y lo que necesita es volver a sentirse segura.

—Voy a sacarte de aquí, caramelito.

No contesta, así que me tomo la libertad de levantarla en brazos conmigo. En cuanto estamos de pie, sus piernas rodean mi cintura con fuerza y su agarre se ajusta en mi cuello. No quiere que la suelte, así que no pienso hacerlo.

Ni siquiera cuando tengo que hacer malabares para subirnos en la moto de agua. Aguanto la posición pese a que mi cuerpo se agita, nervioso.

Enciendo la moto y Wolf me imita.

África, que sigue en la plataforma, se acerca a él con intención de subirse a su moto ahora que la mía está ocupada. Wolf se aparta antes de que ella pueda dar un paso más.

A África se le descompone el rostro.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿No eres tan buena nadando? —escupe Wolf, lanzándole una mirada mortífera—. Pues nada hasta la orilla.

África abre la boca, atónita.

Cuando posa sus ojos verdes sobre mí, yo los aparto enseguida. Sé que espera que la defienda, después de todo es lo que siempre hago por ella, pero esta vez no tengo ganas ni fuerzas.

Me encargaré de ella más tarde.

Ahora necesito que el caramelito entre en calor cuanto antes. Ha pasado demasiado tiempo bajo el agua. Sus extremidades son un maldito cubo de hielo.

Arranco la moto sin pensar en nadie más que no sea ella. Cojo tanta velocidad en un momento, que el agua se levanta a nuestro alrededor.

A mis espaldas escucho la moto de Wolf seguirme de cerca.

Cuando llegamos a la orilla, todos se amontonan a nuestro alrededor.

—¿Qué mierda ha pasado? —Tabatha es la primera en hablar. Sus cejas se arrugan al ver a Brooklyn temblando contra mi pecho.

—Eso.

Todos comienza a hablar a la vez, pero no les estoy haciendo ni puto caso. Me centro en bajar de la moto sin dejar caer a

Brooklyn. Los músculos de mis piernas se tensan cuando consigo ponerme de pie y avanzar con ella un par de centímetros.

—Lo que ha pasado es que a la psicópata que tenéis ahí se le va la pinza —A diferencia de mí, Wolf tiene cero ganas de contener su cabreo.

—¿Qué?

Me acerco a Tommy que también nos mira serio.

—Por fa, coge la moto y ve a por África a la plataforma —susurro para solo él pueda escucharme. Brooklyn se remueve incómoda sobre mí—. Luego te lo explicaré todo.

Asiente y echa un vistazo rápido al lugar donde hemos dejado a África. Vuelve la cabeza hacia nosotros y señala a Brooklyn con la barbilla antes de preguntar:

—¿Está bien?

La respiración entrecortada del caramelito me pega en el cuello.

Aprieto los labios.

—No lo sé.

—Dejadles espacio, dejadles espacio —La voz de Tabatha se alza por encima del gallinero. Está haciendo hueco entre los chicos como si creyera que están demasiado cerca de nosotros.

Le dedico una sonrisa de boca cerrada antes de comenzar a caminar en dirección a la casa.

El silencio mientras subo las escaleras hasta mi habitación es casi tan escalofriante como placentero. Lo único que se escucha es el latido incesante del corazón de Brooklyn. Se me encoge el pecho al sentir sus espasmos tan de cerca.

Afianzo mi agarre en sus muslos para no dejarla caer. No la suelto para entrar en mi habitación y tampoco la suelto para cerrar la puerta. Tan solo me permito hacer el amago de soltarla cuando llegamos a la cama.

Ella presiona su cuerpo mojado contra el mío, mandando una ola de electricidad por mi entrepierna. Tengo que reprimir las ganas de apretar la piel suave de su culo y acercarla más a mí.

—Solo será un momento, preciosa.

La siento con cuidado sobre el colchón y esta vez no opone resistencia. Se ve tan pequeña e indefensa por su cuenta que quiero volver a cogerla entre mis brazos y protegerla de cualquier pensamiento destructivo que haga que sus ojos estén apagados y faltos de vida.

No lo hago.

En lugar de eso, me dirijo al cabezal de la cama, dejando por el camino un reguero de agua en el suelo, y saco una manta de debajo de las almohadas.

Brooklyn ha empezado a temblar de nuevo en el sitio.

Tiene la carne de gallina.

Le rodeo los hombros con la manta y me agacho frente a ella. Su cuerpo se encoge en la tela. El cambio de temperatura hace que le den pequeños escalofríos.

Le froto los brazos con fuerza por encima de la manta para calentarla más rápido.

—¿Mejor?

Sé que nunca entrará en calor del todo hasta que no nos deshagamos de su bikini blanco. La tela mojada se encoge arrugada contra la zona de sus pechos, cubriendo solo sus pezones erguidos.

Un impulso en mi entrepierna hace que aparte los ojos de golpe.

Mierda.

Por suerte, Brooklyn no parece darse cuenta. Su vista está perdida en el fondo de la habitación.

—Podría haber muerto ahí abajo —su voz suena tan baja que no estoy seguro de haberla escuchado bien.

—Pero no lo has hecho.

—Pero podría.

—Ya te dije que no iba a dejar que te pasara nada.

Aprieto sus muslos desnudos en un intento de que sienta mi presencia. Ella gira la cabeza hacia mí al instante. Sus ojos color miel por fin brillan al mirarme.

Aguanto la respiración cuando inclina la cara hacia adelante y junta nuestras frentes. No sé qué le pasa, es como si quisiera

atravesarme con la intensidad de su mirada. Clava sus ojos en los míos y no los suelta.

Froto los costados de sus muslos con la excusa de querer calentar su piel, pero lo cierto es que trato de distraerme del fuego que empieza a arder en sus ojos. No es una buena idea. Mis dedos rozan el cordón mojado de su braga y tengo que luchar contra la erección que quiere formarse en mi bañador.

Quiero darle espacio. Permitir que se recupere del shock. Pero me lo está poniendo jodidamente difícil.

La simple vista de sus curvas a través de la manta, hace que tenga ganas de hacerla mía de una forma que va totalmente en contra de mí.

Quiero besarla.

Quiero acariciar su cuerpo con suavidad.

Quiero tenerla entre mis brazos y fundirme con ella.

Brooklyn cierra los ojos un segundo y coloca sus manos frías en mis hombros. Sus dedos aprietan con ligereza la piel de la zona. Cuando vuelve a mirarme lo veo claro.

No sé qué significa nuestra cercanía en este momento, no sé si Brooklyn me quiere tan cerca ahora mismo como yo la quiero a ella, pero aun así, acerca un poco más mi cara a la suya y tras vacilar un segundo, choco mis labios contra los suyos.

Al principio es lo único que hago, esperando una señal que me indique que quiere que me aparte. Esa señal no lleva. Brooklyn abre la boca y me deja acceder a ella por completo.

Nuestras lenguas se enrollan en un beso torpe, pero urgente. Le absorbo la boca con un hambre que ni siquiera yo sabía que tenía. Cuando mi nombre sale en un gemido de sus labios, pierdo el control.

Me levanto y me inclino sobre ella. Su espalda toca el colchón mullido dejando caer la manta de sus hombros. Me detengo un segundo, estudiando su expresión.

—¿Estás segura de que te apetece hacer esto?

Acaba de pasar por un evento traumático.

Otro de los muchos por los que ha pasado desde que me conoce.

Cualquier persona en su sano juicio me querría lo más lejos posible.

Pero no ella.

Ella tira de mis hombros guiando mi cuerpo hacia el suyo con la urgencia del que necesita el contacto del otro para volver a respirar.

Vuelvo a hundir mi boca en la suya, arrastrándonos más hacia el centro de la cama.

Hace tanto calor aquí que el agua del lago se ha evaporado por completo de nuestra piel. Brooklyn está ardiendo cuando dejo que mi mano se arrastre por su muslo hasta llegar a su culo. La aprieto con fuerza contra mí. Su respiración entrecortada me pega de lleno en la boca.

—He estado a punto de morir… Paso de seguir pensando demasiado las cosas…

La erección palpita en mis pantalones.

Dejo que mi boca recorra su barbilla y luego la piel desnuda de su cuello y parte de su torso. Huele a algodón de azúcar mezclado con pecado.

Cuando llego a la zona de sus pechos, no me lo pienso. Tiro de la tela desecha de su bikini, dejando al descubierto sus pezones erguidos.

Son tan perfectos que no puedo evitar quedarme mirándolos más tiempo del necesario.

Joder toda ella es perfecta.

Hundo la cabeza entre sus pechos incapaz de controlar la ola de emociones que me embarga.

Creo que es la primera vez que la tengo tan expuesta ante mí.

Toda mía para hacerla sentir tan solo un poquito de la locura y la excitación que ella me hace sentir a mí cada vez que me mira con esos ojitos color miel.

Arquea la espalda cuando me llevo uno de sus pezones a la boca. Sus uñas se clavan en mi espalda en un intento de estabilizar el temblor descontrolado de sus piernas.

—Por favor, Dylan…

Disfruto del sonido irregular de sus jadeos mientras aprieto y succiono sus pezones una y otra vez. Mis dedos arden en deseos de deshacer el cordón que sujeta sus bragas.

No pretendo que vayamos más allá.

No, si el caramelito no me lo permite.

Aguanto la respiración cuando es ella la que arrastra las manos por mis brazos desnudos y las coloca en el elástico de mi bañador, dándome a entender que ir más allá es justo lo que quiere. Ni siquiera me lo pienso. La ayudo a bajarme el pantalón dejando al descubierto una erección enorme.

Sus ojos se abren tanto que casi tengo ganas de reírme.

—¿Quieres que hablemos de ella o podrás soportarlo? —bromeo y me recorre una sensación de satisfacción al verla poner los ojos en blanco.

Vuelve a tirar de mí por los hombros.

Esta vez lo único que separa mi erección palpitante de la humedad entre sus piernas es ese maldito trozo de tela al que llama bikini.

Me deshago de la prenda con brusquedad y Brooklyn se estremece.

Tengo ganas de presionar mi erección contra su centro, pero antes saco un condón del cajón que hay en la mesita de noche.

No tengo autocontrol cuando se trata de ella, así que tengo que aprovechar pequeños momentos de lucidez como este, para no cagarla.

Pego mi frente a la suya y le acaricio la mejilla con una suavidad mortificante. Su piel se eriza con el simple roce.

—Eres un puto sueño, caramelito.

Y nunca había estado más seguro de algo en mi vida.

Es perfecta.

Casi demasiado perfecta para alguien como yo. La miro y lo único que quiero es ver esa sonrisa infantil que siempre pone cuando se cree que ha contado un chiste buenísimo.

Quiero ver esa emoción inocente en sus ojos cada vez que hace algo que le gusta.

Quiero chincharla, hacerla enfadar… pero también abrazarla, besarla, hacerla mía si me deja.

La quiero a ella.

Lo tengo más claro que nunca.

Me aseguro de tener sus ojos miel sobre mí cuando empujo mi erección lentamente contra ella, abriéndola poco a poco, llenando cada centímetro de su cuerpo.

Está tan apretada que creo que voy a correrme incluso antes de empezar. El fuego en sus ojos me quema la piel. Le aprieto las caderas y acabo de hundirme en ella en un empujón desesperado que la hace gemir de placer.

Dejo que su cuerpo se adapte al tamaño de mi erección, pero noto como me palpita incluso dentro de ella.

Quiero más.

Necesito más.

Voy moviéndome a un ritmo tortuoso, arrancándole un gemido más alto que el anterior.

El sonido de nuestros cuerpos chocando no tarda en invadir la habitación. Ahora lo único que distingo son sus jadeos y nuestras respiraciones erráticas cada vez que aumento la velocidad.

La beso mientras me muevo encima de ella. Al principio trato de hacerlo lento y con delicadeza, pero el sabor de sus labios es tan adictivo que mi lengua se mueve frenética en su boca.

Ni siquiera me creo que esto esté pasando.

Tengo a Brooklyn aferrándose ahora a las sábanas de la cama, gritando mi nombre y pidiéndome que aumente el ritmo. Creo que estoy soñando. Menos mal que el olor a sexo es inconfundible.

El placer se enrosca en mi vientre con cada movimiento.

Y sé que a Brooklyn le pasa lo mismo.

Cada nueva embestida hace que contraiga las piernas y se arquee para mí, llevándome al límite.

Coloco las manos en su cuello y aprieto antes de dar un último empujón tembloroso que la hace chillar mi nombre con fuerza.

—¡Joder, Dylan!

Yo alcanzo el clímax tan solo un segundo después. El calor invade mis músculos provocando que suelte un gruñido justo antes de estremecerme y ceder ante la explosión repentina de placer.

Estoy tan agotado que le planto un beso rápido a Brooklyn y me dejo caer sobre ella todavía dentro, intentando no aplastarla. Mi respiración se mezcla con la suya. Ahora el sonido descocado de nuestros corazones se escucha en altavoz.

Quiero acariciarle el pelo y preguntarle si le ha gustado, pero mi móvil suena en la mesita antes de que pueda abrir la boca.

Me estiro para cogerlo a regañadientes.

Es la agente Jack.

Arrugo las cejas y descuelgo.

—Ahora no es un buen momento, Jack.

Brooklyn alza las cejas, sorprendida de que su querida Jack y yo nos mantengamos en contacto.

Si ella supiera…

—Blake, ¿Brooklyn está contigo?

Le echo un vistazo rápido al caramelito. No me he dado cuenta de lo rojas que tiene las mejillas hasta ahora.

—Sabes que sí. ¿Qué pasa?

—Tienes que pasarme a Brooklyn ahora mismo. Es Nil, está en el hospital.

23
BROOKLYN

Nunca he experimentado la muerte de un ser querido.

Mi madre murió cuando yo nací. Mis abuelos paternos también están muertos y con los maternos no he tenido contacto en la vida, y si lo he tenido, no lo recuerdo.

Las únicas dos personas que siempre han estado presentes en mi vida han sido mi padre y Blue. Y nunca, jamás, me he planteado la posibilidad de que eso pudiera cambiar…

Por eso, cuando Dylan me dijo que mi padre estaba en el hospital, mi corazón se detuvo. Era como si de repente se me hubiera olvidado respirar. Me quemaba el pecho, me ahogaba en la calma… Nunca había sentido una sensación similar en mi vida, ni siquiera cuando estaba ahogándome de verdad.

Corro por la sala de espera del hospital, provocando la ira de algunos médicos y enfermeros que me piden no tan amablemente que baje la velocidad. No los escucho, mis ojos se mueven frenéticos por los números de las puertas de las habitaciones intentando dar con la trescientos tres.

La habitación de mi padre.

Cuando he llamado a Blue antes, me ha dicho que papá está fuera de peligro, pero no me ha explicado qué significa eso o qué ha pasado, así que sigo con los nervios a flor de piel.

Prácticamente he obligado a Dylan saltarse un par de normas de tráfico para llegar antes aquí. No se le veía muy contento adelantando por la derecha, pero me da igual. Necesito ver a mi padre.

Esquivo a una señora mayor que camina con la ayuda de un andador. Está en mitad del pasillo, llamando a gritos a una tal Lola que dudo mucho que vaya a aparecer. Por suerte, es tarde, y aparte de ella y el personal que está de guardia, no hay mucha más gente en mi camino.

Doy con la puerta trescientos tres justo antes de que me empiecen a arder los músculos de tanto correr. Me tiembla la mano

al girar el pomo. Mi cuerpo prácticamente se precipita dentro de la habitación. Estoy jadeando.

—¿Brooklyn?

Blue está de pie junto a la cama que hay en mitad de la habitación, mirándome con el ceño fruncido. Mis ojos tan solo se quedan un segundo en ella antes de dirigirse a la persona que descansa entre las sábanas.

Me llevo las manos a la boca al ver el rostro de mi padre. Tiene un moretón en el ojo derecho que a duras penas le deja abrir el párpado. También tiene el labio roto y cientos de mini cicatrices distribuidas entre la ceja izquierda y una nariz completamente vendada.

Ni siquiera parece él.

Su piel ha adquirido un tono amarillento horrible.

—¡Dios, papá! —Me acerco corriendo a él. Blue se hace a un lado para que pueda cogerle la mano—. Pero, ¿qué te ha pasado?

De cerca el tono lila de su moratón se vuelve prácticamente negro.

Hace un esfuerzo por sonreír, pero las heridas que tiene en el labio solo le permiten formar una especie de mueca.

Blue me coloca una mano en el hombro.

—Voy a por agua a la máquina y así os dejo hablar a solas.

No espera una respuesta por nuestra parte. Simplemente se dirige a la puerta y cierra al salir.

Toda mi atención se posa en mi pobre padre.

Estoy acostumbrada a ver la viveza y la astucia en sus ojos color miel, pero hoy están cohibidos, temerosos… Nunca los había visto así. Nil Davis nunca muestra signos de debilidad, ni siquiera a través de su mirada.

Se me encoge el pecho solo de verlo.

—Papá, ¿puedes decirme qué ha pasado? —Sujeto su mano fría y frágil como si fuera de cristal—. He venido corriendo, asustadísima. Lo único que me ha dicho Blue por el móvil es que ha habido un altercado, pero que ya estás fuera de peligro.

Mi padre se queda un segundo en silencio, analizándome.

Soy muy consciente de las pintas que llevo como para estar en un hospital. Tenía tanta prisa por venir que he cogido los primeros pantalones cortos que he visto. Y ni siquiera son míos.

Son de Dylan.

Es evidente por como he tenido que sujetármelos a la camiseta blanca con una pinza del pelo. Por lo menos la camiseta, aunque me quede enorme, mantiene sus mangas fijas en mis hombros.

Bueno, una de ellas, la otra cae por mi brazo dejando al descubierto la fina tira del sujetador de mi bikini.

Mi padre estira el brazo libre con cuidado y me acaricia un mechón de pelo, todavía húmedo, detrás de la oreja.

—¿De dónde vienes? —Su tono acusativo me pilla por sorpresa. Incluso con el rostro y el cuerpo destrozados es capaz de seguir enviando escalofríos por toda mi espina dorsal.

Trago saliva.

—Yo… Estaba de fin de semana con los chicos, en Virginia. Te lo dije.

—Estabas con él, ¿verdad?

La tensión se me baja de golpe.

—¿Qué?

—¿Crees que me chupo el dedo, Brooklyn? —Tira de su mano para que se la suelte y tengo que hacer un esfuerzo por ignorar el pinchazo que siento en el pecho—. ¿Acaso se te ha olvidado ya quién es tu padre? Tengo cámaras de vigilancia en rincones que no se le ocurrirían ni al más listo. Sé que has estado viéndolo, así que deja de ofender mi inteligencia, por favor.

Abro la boca para hablar, pero mi padre no me deja.

La cara se le ha puesto tan roja en un segundo que hace contraste con la bata blanca que lleva.

—¿Crees que después de todo lo que ha pasado no iba a tener un ojo en cada maldito rincón de mi propia casa? Espero que los demás me subestimen, hija, pero no tú. ¿Qué te traes con ese criminal? Y ni se te ocurra mentirme.

Doy un paso atrás como si poner un par de centímetros de distancia entre mi padre y yo fuera a sacarme de la burbuja de

hostilidad que se está formando a su alrededor. Mis pulmones se cierran por la tensión. Giro la cabeza hacia el ventanal de la pared.

Fuera el aire de la noche parece más puro, más respirable… Aquí dentro ya comienzo a ahogarme de nuevo.

No puedo mentirle a mi padre.

Ni siquiera si eso significa evitar un conflicto mayor.

Ya no.

Está claro que sabe todo lo que está pasando. Lo único que quiere es que le confirme eso que ni siquiera yo misma me atrevo a decir en voz alta.

Vuelvo a mirarlo. Tengo un nudo en la garganta, pero esta vez la determinación brilla con firmeza en mis ojos.

—Lo quiero, papá.

Mi padre palidece.

—¿Perdón?

Trata de incorporarse en la cama tan rápido que grita cuando sus extremidades hacen un ruido raro y vuelve a caer acostado en el colchón. Me acerco de inmediato para socorrerlo, pero él me aparta con un gesto de cabeza.

Se sujeta el abdomen con ambas manos intentando mitigar el repentino dolor, mientras dice:

—¿Acaso he sido malo contigo? ¿Acaso no te lo he dado todo? —Me mira un segundo. Hay un atisbo de decepción en sus ojos que enseguida es sustituido por una rabia feroz—. ¿Por qué me lo pagas saliendo con un criminal?

En este momento agradezco haber obligado a Dylan a marcharse en cuanto me ha dejado. Si llega a estar esperándome en el aparcamiento, estoy segura de que mi padre me lo notaría en la cara y bajaría a asesinarlo.

—No es un criminal, papá, no se trata de eso, él…

—Sí, Brooklyn, sí es un criminal. Si no mira lo que ha mandado a hacerme solo porque le pedí que te dejará en paz.

Frunzo el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—El otro día, lo pillé saliendo de casa a altas horas de la madrugada —Se calla un segundo para darme a entender que yo

debería saber de qué está hablando—. Me cabreó mucho verlo moviéndose a sus anchas por mi casa, pasando el rato a solas en la habitación de mi hija como si no tuvieras un padre que te ponga límites —Agacho la mirada, avergonzada—. Así que tal vez me la haya desquitado contándole una mentira sobre que el mismo FBI que lo ha echado, tuvo algo que ver con la muerte de sus padres. Fue una tontería. Solo quería cabrearlo… Pero ayer hablé con Richards, el director del FBI, y me contó que lo había llamado, alterado, acusándolo de matar a sus padres y exigiéndole una explicación. Dijo que estaba cabreado, que amenazaba con vengarse de todos y cada uno de nosotros.

»»Richard lo quiere como a un hijo a pesar de lo que ha pasado. Por eso no quiso tomar represalias contra él en cuanto lo llamó, pero sí me advirtió que tuviera cuidado. Blake está fuera de control y yo soy el primero en su lista negra. Al menos eso me soltaron los encapuchados que me han pegado una paliza en el salón cuando he llegado a casa esta tarde.

Creo que mi padre ve la conmoción en mi rostro, porque vuelve a cogerme la mano antes de soltar:

—Ha sido él, cariño, Blake me ha hecho esto.

Dejo escapar un jadeo involuntario.

La cabeza comienza a palpitarme tan fuerte que es como si estuviera de vuelta en el lago. Mi corazón late tan fuerte que me cuesta respirar.

—No, no… Eso no puede ser, papá, te equivocas.

—No, cariño —La mueca apenada que me dedica solo consigue incrementar la presión en mi pecho—. A mí también me chocó al principio, tal vez no sea culpable de los delitos que se le acusan, pero está claro que Blake ya no es el mismo que era cuando comenzó el verano.

Recuerdo como había cambiado el comportamiento de Dylan cuando nos vimos por primera vez después de que la policía se lo llevara de mi casa.

La hostilidad y la rabia eran todo lo que quedaba del agente que me apuntó con su navaja aquel día en la cocina.

Ya no quedaba nada del Dylan juguetón que me beso por primera vez en mitad de un bosque espeluznante, del que me protegió con su cuerpo cuando intentaron dispararme desde el tejado, del que se recorrió todo un maldito festival buscándome solo porque estaba preocupado por mí.

Ya no queda nada de ese Dylan.

A pesar de que se haya quedado consolándome la noche que me puse a llorar por mi padre, de que me haya rescatado en el lago, de que se haya entregado por completo a mí hace tan solo un par de horas… A pesar de todo eso, sus ojos grises siguen apagados.

Lo único que brilla en ellos es eso… hostilidad y rabia hacia lo que le ha pasado.

Hacia mi padre.

Hacia mí.

Estoy tan conmocionada que ni siquiera me muevo.

—Tienes que alejarte de él ahora, Brook, antes de que sea demasiado tarde. Sabe que eres lo más importante que tengo y estoy seguro de que eso que crees que siente por ti, solo es una estrategia para verme hundido, para verte hundida…

Hundida…

¿No es acaso así como he permanecido desde que Dylan Blake entró a mi vida?

Hundida en la maldita tormenta que él representa para mí.

24
BROOKLYN

—Ya no sé qué creer, Blue —Apoyo la cabeza en su hombro, desconsolada, y ella aprovecha para rodearme con su brazo—. Papá puede ser muy manipulador a veces y teniendo en cuenta el odio irracional que siente hacia Dylan, no me extrañaría nada que se lo estuviese inventando todo solo para alejarme de él.

Llevo por lo menos media hora sentada en el borde de mi cama, lloriqueando sobre quién es el bueno y el malo en esta historia. Se supone que hemos venido un momento a casa para ducharnos y comer algo antes de volver al hospital con mi padre, pero he sido incapaz de moverme de aquí desde que he entrado en mi habitación.

Y Blue obviamente ha sido incapaz de dejarme sola.

Me frota el brazo con la mano para darme calor y yo suspiro, todavía perdida en mis pensamientos.

—Aunque quizás solo me estoy planteando la inocencia de Dylan porque estoy enamorada de él…

Enamorada…

Guau.

No es la primera vez que pienso en ello, pero sí la primera vez que lo digo en voz alta. Se siente tan real… Estoy enamorada de Dylan Blake, sea eso algo bueno o malo.

—Bueno, si estás enamorada de él por algo será —De todas las cosas que esperaba que me dijese Blue, esta era la última. La miro con el ceño fruncido, pero ella no me devuelve la mirada al instante. Mantiene un segundo la vista fija sobre la puerta de mi baño, antes de girar la cabeza en mi dirección. En sus ojos negros brilla un sentimiento que no consigo identificar—. No me pareces el tipo de persona que se enamoraría de alguien malo.

—Bueno, tú misma me dijiste que Dylan no era para mí, que no me convenía.

—Eso no significa que lo considere una mala persona.

—¿Acaso no crees que papá tenga razón, entonces?

Eso es raro viniendo de Blue.

La mejor amiga de mi padre.

Su ojito derecho.

Si ella no confía en su palabra, es que la cosa está peor de lo que yo me imaginaba.

—Tampoco he dicho eso… —Aparta la mirada como si tuviera miedo de que sus pensamientos se reflejaran en sus ojos—. Lo que quiero decir, cariño, es que tienes derecho a formar tu propio criterio. No dejes que nadie te imponga sus creencias, ni siquiera tu padre.

Asiento lentamente.

Visto de esa forma el problema parece muy fácil de solucionar. Tan solo tengo que escuchar la versión de Dylan y decidir por mi cuenta quién de los dos me está mintiendo.

No obstante, al final no puedo evitar pensar que estoy juzgando a dos personas muy importantes para mí en distintos niveles. ¿Qué pasa si lo que siento por Dylan me nubla el juicio como lo está haciendo ahora el amor que siento por mi padre?

—¿Y si escojo mal? —murmuro con los ojos en mis pies descalzos— ¿Qué pasa si acabo fiándome de la persona equivocada?

—Al menos habrás tomado esa decisión tú misma.

Vuelvo a asentir soltando un suspiro.

La cabeza empieza a pesarme sobre el cuello y se me cargan un poco los hombros. Estoy tan agotada que no tengo ganas ni de pensar.

—Te dejo darte una ducha mientras te preparo algo de cenar —Blue me suelta los hombros y se levanta de la cama, estirándose.

El estómago me gruñe en respuesta a la palabra «cenar».

La verdad es que estaba tan preocupada por lo que podría haberle pasado a mi padre, que no he comido nada desde que salí de casa de la abuela de Dylan.

No sé exactamente qué hora es ahora, pero el cielo se ve tan oscuro a través de mi ventana, que no me extrañaría que fueran más de las doce de la noche.

—¿Puedes hacer uno de esos sándwiches de bacon con queso que preparabas cuando nos íbamos de pícnic?

Solo con mencionarlo se me hace la boca agua.

Blue sonríe como si a ella también se le estuviera viniendo a la cabeza el recuerdo del estirado de mi padre sentado sobre una manta de pícnic en la montaña, devorando como un niño el sándwich —según él— más asqueroso y grasiento de la historia de los sándwiches.

—Eso está hecho.

Sale de la habitación y cierra la puerta tras sus espaldas, dejándome sola. El repentino silencio hace que escuche a la perfección como mi cabeza palpita. Me tumbo un segundo en la cama bocaarriba y dejo que mis adoloridas extremidades se fundan en la suavidad del colchón.

¿Qué voy a hacer?

¿Debería llamar a Dylan y advertirle de las acusaciones de mi padre? Después de todo, si mi padre de verdad cree que tiene algo que ver con lo que le ha pasado, no tardará en alertar a la policía para que lo arresten.

Se supone que no pueden hacer nada sin pruebas, pero teniendo en cuenta quién es mi padre y lo arruinada que está la reputación de Dylan en este momento, dudo que la policía necesite más que una confesión «fiable» para llevárselo a comisaria.

Tengo que avisarle…

Pero, ¿y si mi padre tiene razón? ¿Y si Dylan organizó todo el maldito fin de semana en virginia para quitarnos a todos del medio mientras unos encapuchados se colaban en mi casa a pegarle una paliza al hombre que más odia en la faz de la tierra?

Me parece un plan demasiado basto para alguien tan inteligente como Dylan, pero nunca se sabe.

Si de verdad ha sido él, no debería ayudarlo a protegerse.

Suspiro.

Quizás si tuviera la oportunidad de mirarlo a los ojos mientras me da una explicación, podría juzgar por mi cuenta si es culpable o no… pero a saber dónde está ahora.

¿Habrá vuelto a Virginia? ¿Se habrá ido a descansar en la mansión de la montaña?

Un ruido en la ventana hace que me incorpore de golpe.

Como invocado por mis pensamientos, la imagen de Dylan me saluda a través del cristal.

Está aquí.

Apoyado en el alero como si fuera el maldito hombre araña.

Corro a abrirle sin pensarlo. Su olor a limpio noquea mis fosas nasales en cuanto pasa por mi lado. De repente, la habitación se encoge ante su enorme presencia y tengo que apartarme un poco para respirar con normalidad. Lo adsorbe todo al instante como un maldito tornado.

—¿Qué haces aquí? —Es lo primero que le pregunto cuando conecta sus ojos grises con los míos. Están un poco rojos y visiblemente apagados en comparación a hace un par de horas. Dylan arruga el entrecejo y no sé por qué siento la necesidad de aclararme—. Quiero decir, pensaba que habrías vuelto a Virginia con los chicos.

O que ya tendrías un pie en México, listo para empezar una nueva vida, pienso, pero hasta yo creo que es algo exagerado.

No dice nada durante un par de segundos en los que todavía me mira con las cejas juntas y una expresión oscura. La luz tenue de mi habitación baña su rostro con sombras, haciéndolo aún más escalofriante. No ayuda que esté vestido con la misma ropa que llevaba en la mansión de su abuela. Ahora mismo las prendas arrugadas le dan un aspecto casi tan demacrado como el mío; con la diferencia de que es imposible que Dylan no se vea atractivo incluso así.

Tomo una larga respiración para controlar mis ganas de acercarme a él y recorrer su pelo enmarañado con mis dedos.

—¿Qué te hace pensar que iba a irme sin ti? —Da un paso en mi dirección y eso es suficiente para que nuestros cuerpos se toquen. Mis piernas tiemblan en el momento en el que agacha la cabeza para darme un beso. Aparto la cara, dejando que sus labios rocen con ligereza mi mejilla.

Ni siquiera sé por qué lo hago, pero no me doy tiempo a cuestionármelo antes de alejarme un par de pasos de él.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Me arde la cara, pero hago lo posible por aparentar normalidad.

—Os vi a Jack y a ti en el aparcamiento del hospital, subiéndoos a uno de los coches del FBI —No lo miro, aunque me percate del movimiento de sus pies en mi dirección. Mis ojos se mantienen fijos en la forma irregular de mis uñas. Debería limarlas. Sí, hoy mismo debería limarlas—. Suponía que vendríais a casa.

—¿Estabas en el hospital? Pensaba que te habríais ido.

Tal y como me prometiste.

¿También en eso me ha mentido?

No, estoy sacando las cosas de quicio. Lo sé. Todavía no he escucha su versión de los hechos. Puede que no tenga ni una, puede que no tenga ni idea de lo que le ha pasado a mi padre. El problema es que no sé si quiero saberlo.

¿Qué pasa si resulta que mi padre tiene razón? ¿Qué pasa si Dylan es el culpable de que esté ahora mismo en el hospital con heridas graves?

No podría soportarlo.

Pero tampoco podría soportar enterarme de que mi padre es un mentiroso y un manipulador.

La verdad es que no quiero saber nada, aunque lo necesite para calmar el ritmo alocado de mi corazón.

Me froto el borde libre del meñique derecho. Necesito limarlo, ahora.

Me giro hacia el primer cajón de mi escritorio y trato de abrirlo. Mis manos resbalan contra el tirador. Estoy sudando muchísimo.

Quizás es porque noto la respiración de Dylan hacerme cosquillas en el cuello mientras comienzo a rebuscar entre toda la mierda que guardo en el cajón. Está tan cerca, que si giro la cara hacia un lado, sé que tendría sus labios a centímetros de los míos.

—¿Dónde habré dejado la lima? —Muevo un par de papeles sueltos y bolígrafos de colores que usaba cuando iba al instituto, pero no veo más que un esmalte seco y unas pinzas de las cejas.

Dylan me rodea la cintura por detrás con su brazo izquierdo y tengo que contener mis ganas de saltar. Parece un movimiento inocente, pero de inocente no tiene nada. Mi cuerpo se enciende como una maldita hoguera.

Trago saliva.

—¿Sabes? Cuando iba al instituto guardaba estas cosas aquí para tener algo con lo que entretenerme mientras estudiaba —Balbuceo con la vista fija en los productos de belleza que tengo en el cajón. Ni siquiera sé por qué le cuento esto, pero una vez las palabras empiezan a salir de mi boca, no puedo parar—. Mi padre siempre me quitaba el móvil y mi ordenador tenía restringidas todas las páginas interesantes, así que no me quedaba de otra que jugar a hacerme la manicura.

—Ya… —Desliza su mano por mis caderas con tanta suavidad que se me pone la carne de gallina. Noto sus dedos hacer presión en mi piel a través de la camiseta que le robé hace un par de horas y que todavía llevo puesta. Estoy tan absorta en su toque, que no me doy cuenta de que usa su mano libre para cerrar el cajón.

—¿Qué haces? No he acabado de…

Me gira hacia él antes de acorralarme contra el escritorio. Enseguida noto el calor y la presión de su cuerpo contra el mío.

De cerca la oscuridad que baña sus rasgos se difumina un poco y consigo ver a mi Dylan por primera vez desde que toda esta mierda empezó.

Se ve tan perfecto con su nariz recta y su mandíbula afilada, que por un segundo no puedo creer que sea el mismo hombre que me amenazó con una navaja nada más conocerme.

El mismo que juró hacerme la vida imposible cuando mi padre lo obligó a vigilarme.

Aborrecía que me tratase como una niña tonta que necesitaba ser protegida a todas horas, ahora anhelo que su cuerpo se enarque sobre el mío y me escude de toda la mierda que se me viene encima.

Quiero que me diga que todo va a estar bien.

Perderme en su toque y olvidarme del mundo.

Quiero que vuelva a ser mi agente gruñón, pero honesto y yo la niñita mimada a la que nunca le haría daño.

Pero sé que eso es imposible.

Ya no somos los mismos que éramos cuando comenzó el verano.

Dylan ya no es el mismo.

Como si percibiera la distancia que ya he puesto entre nosotros en mi mente, me atrae hacia él por la cintura. Tengo su rostro tan cerca del mío que las puntas de nuestras narices se rozan.

—¿Qué ha pasado, caramelito? ¿Por qué estás tan rara conmigo? —Su voz ronca nubla mis sentidos por un segundo, pero no dejo que eso me confunda.

—¿Pasar? No ha pasado nada. ¿Qué dices?

Trato de zafarme de su agarre, pero él aprieta sus manos en mi cintura para que no me mueva.

Un escalofrío me baja por la columna cuando me encuentro de lleno con su rostro inexpresivo. No dice nada, no le hace falta. El vacío en sus ojos es suficiente para que sienta la necesidad de seguir hablando.

— Te lo juro, todo va bien. Tan solo estoy cansada, eso es todo —No sé cómo hago para mirarlo fijamente, pero lo hago. Incluso si mis rodillas tiemblan contra las suyas—. Ha sido un día lleno de emociones y necesito darme una buena ducha y comer algo, ya sabes…

Dylan asiente muy lentamente.

Mi corazón cada vez late más rápido contra mi pecho.

—Está bien, me iré y te dejaré descansar —dice al fin. Un suspiro aliviado amenaza escaparse de mi boca, al menos hasta que Dylan extiende sus labios en una medio sonrisa siniestra—, pero antes dame un beso.

—¿Qué?

—Dame un beso y me voy —repite y toda la presión me baja de golpe.

No puedo hacerlo.

Y lo sabe.

Si lo hago probablemente me pierda en el veneno de su roce y ya no sea capaz de pensar con claridad.

Quiero besarlo.

Lo necesito.

Pero sé que si me dejo llevar por esos ojitos grises una vez más, me robarán la capacidad de decidir por mi misma.

Seré suya.

Estaré a su merced.

Al ver que no digo nada, Dylan se toma la libertad de inclinarse hacia mí y esconder su cara en el hueco que hay entre mi cuello y mi hombro. Enseguida noto el calor y la suavidad de sus labios rozando mi piel.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —murmura contra mi cuello y se me seca la garganta—. Estoy preocupado, caramelito.

Hace presión con sus labios en uno de mis puntos más sensibles.

Quiero inclinar la cabeza a un lado y darle más acceso, quiero que vuelva a hacerme suya… pero sé que no puedo permitir eso hasta que tengamos esta conversación.

Ya no puedo seguir ignorando nuestros problemas.

No si de verdad quiero confiar plenamente en él.

Tomo una larga respiración.

—Mi padre está en el hospital porque unos encapuchados se colaron en casa y le pegaron una paliza —suelto de carrerilla.

Dylan alza la cabeza al instante. Intento identificar el sentimiento de culpa en su expresión, pero no hay nada más que ese muro que siempre tiene levantado a su alrededor.

—Vaya… yo, lo siento mucho.

Pero no lo siente.

Lo sé.

¿Por qué iba a sentirlo si mi padre es una de las personas que más odia en este momento? Si hubiera muerto de una paliza ni siquiera se inmutaría.

Aprieto los labios.

—Eso no es todo.

—¿Ah, no?

Niego.

—No, mi padre también cree saber quién es el responsable.

La tensión crece en el pequeño espacio que nos separa. De repente, el toque de Dylan arde en mi cintura.

—¿Quién? —pregunta y a pesar de que no digo nada, sabe la respuesta. Su rostro se descompone—. ¿Qué?

—Dijo… dijo que… —Me quema la garganta. Ni siquiera sé si estoy haciendo lo correcto diciéndole esto, pero no puedo parar ahora— ... Que te contó una mentira sobre tus padres porque lo cabreaste, que era una tontería, que habló sin pensar, pero que tú lo sacaste todo de quicio y decidiste ir a por él.

Los ojos de Dylan vibran con un sentimiento que no consigo identificar a la primera. Se le han oscurecido tanto las pupilas que ahora hay dos agujeros negros donde deberían estar sus preciosos ojos grises.

—Es una maldita broma, ¿verdad?

No muevo ni un solo músculo.

—Eso fue lo que me dijo mi padre.

—Esa «mentira» que, según él, fue «solo una tontería que soltó sin pensar» daba a entender que mis padres murieron por no mantenerse fieles al FBI. Tal y como insinuó que iba a pasarme a mí si seguía «metiendo las narices donde no me llaman» —gruñe muy cerca de mi boca—. ¿Te ha contado tu papi eso también?

El aire en la habitación se vuelve tan sofocante que empiezo a respirar por la boca en vez de por la nariz.

La presión que noto en la cabeza no me deja seguir pensando con claridad.

Me llega demasiada información de golpe sin ningún orden en específico y amenaza con colapsar mi cerebro.

El ritmo de mis pulsaciones no deja de subir.

—Sí, bueno, me contó que te dijo que el FBI tenía algo que ver con la muerte de tus padres —*Nada de amenazas contra ti*, pienso. ¿Será verdad?—, pero era mentira —Trato de sonreír, porque creo que eso es una buena noticia. Una mueca es todo lo que forman mis labios—. Todo era mentira.

Espero ver sorpresa en su rostro.

Lo que sea que me indique que no conocía ese dato, que se equivocó con mi padre y que en realidad no tiene por qué sentir resentimiento hacia él más allá de sus sospechas de que tenga algo que ver en los asesinatos y el robo de la gala.

Pero no es sorpresa lo que se refleja en su mirada. No.

Lo que brilla en sus ojos grises es pena.

Pena por mí.

Niega con la cabeza y da un par de pasos lejos de mí, como si él también necesitara que le llegue el aire al cerebro.

Mi cuerpo se enfría en cuanto dejo de sentir su roce.

—Yo también creí que tu padre podía estarme mintiendo —admite fijando un segundo la vista en la ventana detrás de mí. Cuando sus ojos vuelven a mí siento cosquillas en la piel—. Por eso, decidí llegar al fondo del asunto. Llamé a Richards, el director del FBI y el hombre que prácticamente me hizo de padre durante muchos años. Le exigí una respuesta que no quiso darme, así que no me quedó de otra que investigar por mi cuenta. Me puse en contacto con un viejo amigo de mi padre y juntos confirmamos todas mis sospechas.

Se queda en silencio un segundo, esperando que diga algo para contradecir su historia. No lo hago, así que continúa.

—Resulta que hace unos años mi padre se enteró de que varios agentes importantes del FBI estaban usando su poder para corromper la ley sin que nadie lo supiera. Pretendía delatarlos, porque, como yo, él creía en la justicia —Aprieta la mandíbula—. Por desgracia, murió junto a mi madre casualmente en un incendió en mi casa, un día antes de presentar las pruebas que tenía. Un incendió que fue provocado, pero que el FBI marcó como fuga accidental de gas en una de las hornillas de la cocina.

Trago saliva.

—¿Cómo sabes que fue provocado?

—Nosotros no teníamos hornilla de gas, pero nadie se molestó en comprobarlo. Y tu padre lo sabía cuando me dijo aquello, ¿sabes por qué? —No espera que le conteste—. Porque como ellos, tu padre también es un policía corrupto que intenta escalar puesto acostándose con la mujer de Richards y echando balones fuera. No me extrañaría nada que hubiera llegado al puesto que tiene a base de corruptelas. Después de todo, ha hecho una fortuna en su camino a jefe del departamento del FBI de Nueva York. Pocos agentes consiguen eso y más cuando empiezan siendo un simple

oficinista de comisaría con el registro de bajas más grandes que he visto en mi vida.

Una ola de rabia escala por mi columna.

Está claro que Dylan ha hecho los deberes. Ha estado investigado a mi padre a fondo: cada maldito registro sobre él, cada paso que ha dado desde que mi madre murió y tuvo que lidiar con una depresión de caballo para encargarse de mí. Por eso se tomó tantas bajas cuando todavía era oficinista en la comisaría de Beaufort.

Un simple oficinista de comisaria.

Aprieto los puños.

Tal vez mi padre comenzara en este mundo sin un duro y en lo más bajo, pero eso no le da derecho a Dylan insinuar que consiguió su fortuna a base de chanchullos ilegales.

No tolero que hable así.

No del hombre que trabajo duro para darme una buena vida.

—Pienso quitarle la máscara a Nil Davis —chista, ignorante de la rabia que bulle en mi interior—. Pienso hacer que al menos un policía corrupto caiga. Por mi padre.

Cierro los ojos un segundo y trato de mantener la calma, pero cuando vuelvo a abrirlos solo veo rojo.

Ya no tengo ganas de ser comprensiva con Dylan.

No tengo ganas de nada más que de lanzar contra él toda mi maldita cólera.

—¿Has mandado a que le peguen una paliza a mi padre solo porque *crees* que es como esos policías corruptos a los que tu padre intentaba delatar? —mi voz sale baja, amenazante.

Recuerdo la conversación que lo escuche mantener en el jardín trasero de casa de su abuela.

Dijo que le habían estado tomando el pelo mucho tiempo, que le importaba una mierda con quienes estuviese tratando.

Estaba tan cabreado que no me extrañaría nada que se refiriera al FBI, a mi padre, a los mismos que él cree que han contribuido a que su carrera esté acabada.

Esto es solo una maldita cuestión de venganza para él.

Siempre lo ha sido.

—¿Perdón? —El rostro de Dylan es de pura confusión, pero ya no me creo nada.

—Sea verdad o no que el FBI tuvo algo que ver con la muerte de tus padres, no tienes derecho a ir por ahí tomándote la justicia por tu mano. Estás obsesionado con culpar a todo el mundo de tus desgracias y ahora mi padre está pagando el precio en el hospital.

—¡Tu padre está pagando el precio de todos los malditos chanchullos que tiene…! —Por un segundo su boca se mueve sin emitir sonido. La incredulidad lo deja mudo—. Espera, ¿de verdad crees que yo le mandé a pegar?

Mi silencio habla a gritos.

Dylan se lleva las manos a la cabeza y comienza a dar vueltas por la habitación.

Yo sigo sin moverme.

Estoy tan quieta que los músculos de mis piernas se han gangrenado.

—Esto es increíble —brama sin dejar de moverse—. No sé ni por qué me sorprende. Era imposible que la niñita mimada de papá le creyera a otra persona que no fuera a él —Me mira. La cara se le ha puesto roja de la rabia—. Nunca ha habido duda, tú siempre lo ibas a poner primero a él, ¿no es así? Siempre ibas a escogerlo a él.

—Es mi padre, Dylan, lo quiero.

—¡Y yo te quiero a ti, joder! —Sus palabras hacen que suelte un jadeo involuntario. ¿Qué ha dicho?—. ¿Es que acaso eso no te vale una mierda?

Niega con la cabeza repetidas veces.

Por un segundo creo ver lágrimas acumulándose en sus ojos, pero se pasa las manos tan rápido por la cara, que perfectamente podría haberlo imaginado.

—No puedo hacer esto, caramelito, ya no —Su voz rota me parte el alma—. Estoy cansado. Me he esforzado mucho por ignorar mis principios y estar contigo a pesar de tu padre, pero es muy difícil cuando todo es una constante lucha para que, ni tan solo una vez, pongas de prioridad a alguien que no sea él. Lo he intentado, pero

ya no puedo más. Sé que no es culpa tuya querer protegerlo, pero tampoco es justo para mí.

La opresión que siento en el pecho se intensifica.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro que enamorarme de ti ha sido mi castigo por tantos años de ignorancia, pero no estoy dispuesto a seguir pagando el precio.

Antes de que pueda decir algo, sale disparado por la puerta sin mirar atrás.

Quiero gritarle que no se vaya.

Que yo también lo quiero y mucho.

Que estoy enamorada de él y que no sé por qué mierda no se lo estoy diciendo ahora mismo… Bueno sí, no se lo digo porque tanto él como yo sabemos que ya he escogido bando y que por desgracia no es el suyo.

25
BROOKLYN

Llevo varios días sin ver a Dylan y el mundo no ha colapsado. A veces pienso en él y me cuesta respirar, pero nada ha cambiado realmente.

No por fuera, al menos.

Mi padre volvió del hospital dos días después del altercado, todavía adolorido y necesitando que cuiden de él. Los chicos también volvieron de su fin de semana en Virginia, tensos y demasiado callados, pero listos para ponerse a trabajar.

El sol brilla con fuerza cada mañana y en el mundo exterior todos siguen con su vida. Lo he comprobado cuando he ido antes al ayuntamiento para reunirme con la amiga de la señora Brown que está en el comité de Seguridad y Salud.

A mi alrededor había mucha gente tomándose el primer café de la mañana y quejándose de tener que ir a trabajar, tal y como hace la mayoría de la población cada día.

Por fuera nada ha cambiado.

Casi como si mi discusión con Dylan nunca se hubiera dado. Como si nunca me hubiera dicho que me quiere, como si yo nunca lo hubiera dejado irse sin decírselo de vuelta.

Consigo autoengañarme, pero solo por un par de minutos al día. Luego ese dolor en el pecho regresa para recordarme que todo ha pasado de verdad.

A mi padre le han pegado.

Dylan se ha ido.

Y yo soy una maraña de sentimientos lúgubres que me oprimen el corazón y el alma.

Solo rezo por disimularlo bien mientras desayuno en el jardín con Blue y mi padre. Este último al principio no quería salir porque no le apetece que los chicos vean su rostro lleno de moratones y lo consideren un débil. Bueno, ni los chicos ni nadie. Al fin y al cabo es el jefe del departamento del FBI de Nueva York y un hombre horriblemente presuntuoso.

Por suerte, ha accedido a salir a tomar un poco el aire después de que lo manipulara con la idea de que todos iban a pensar que es un cobarde que se está escondiendo. No es verdad, pero realmente necesitaba un momento de normalidad con mi familia.

Estamos solos en el jardín.

Disfrutando de la brisa mañanera y de los ligeros rayos de sol que impactan directamente en mi rostro y me calientan las mejillas.

Fuerzo una sonrisa mientras sujeto una taza de café entre mis manos.

—Hace mucho que no desayunábamos todos en el jardín, ¿verdad? —comento, tratando de obviar el hecho de que se me está quedando el culo plano en estas malditas sillas de plástico.

Alguien ha ocupado las sillas originales de la mesa con montañas de papeles y material no solicitado del FBI, así que he tenido que improvisar con unas de plástico que teníamos guardadas en el armario de la cocina.

Todo por el bien de desayunar con dos personas que ni siquiera se esfuerzan por disimular que me están ignorando.

Blue lleva media hora mareando su café con la vista perdida en algún punto en la lejanía, y mi padre se está tomando su tiempo para untar bien de mantequilla una maldita tostada. Ninguno hace el mínimo esfuerzo por escucharme.

Suspiro.

—Sabéis, he pensado que podríamos organizar una escapada familiar un fin de semana de estos. Como en los viejos tiempos, ya sabéis.

Blue suelta una risa seca por lo bajo y yo arrugo las cejas.

¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

Mi padre también le lanza una mirada inquisitiva, pero ella finge que no se da cuenta.

—En fin —continúo—. Seguramente dentro de poco comience a trabajar y no tendré tanto tiempo para hacer este tipo de cosas. Además, vosotros tendréis que volver a Nueva York en algún punto, ¿no?

Antes, cuando todavía iba al instituto mi padre pasaba la mitad del tiempo en casa conmigo y la otra mitad en Nueva York, en un apartamento que Blue compró cuando los trasladaron y vendió su propiedad en Beaufort.

Mi padre y yo mantuvimos nuestra casa aquí porque yo quería acabar el instituto con mis compañeros, pero, una vez me fui a la universidad, solo volvíamos para vacaciones o fechas especiales.

Ahora que comenzaré a ganar mi propio dinero y a moverme por ahí, seguramente los vea incluso menos que antes.

Tenemos que aprovechar para estar juntos ahora que podemos.

Llevamos tanto tiempo sin ser una familia, que creo que hemos olvidado lo que nos conecta; que yo lo he olvidado…

Necesito recordarlo antes de que sea demasiado tarde. Quizás así deje de sentirme tan miserable por haberlos escogido por encima del hombre del que estoy enamorada.

—Cariño, ahora no es buen momento para que me vaya —Mi padre niega con la cabeza llevándose la tostada a la boca por fin. Debido a las heridas que tiene en el labio superior, sus mordiscos son más pequeños de lo habitual—. Me necesitan aquí. Tenemos que resolver el caso Wolf y todavía no se ha identificado a la banda criminal responsable del asunto, ni a su cabecilla. Si no hemos encerrado a alguien para finales de mes, cerraran el caso y quedará inconcluso.

—Por favor, como si no estuvieras deseando que quedara inconcluso —chista Blue todavía sin mirarnos.

Por su tono, está claro que eso es una pullita hacia mi padre, signifique lo signifique.

—¿Perdón? —Mi padre deja caer la tostada en el plato y se gira en su silla para mirarla. Por desgracia, están el uno al lado del otro—. ¿Qué se supone que significa eso?

Yo también dejo mi taza de café en la mesa cuando Blue se gira hacia él con una expresión mortífera que me pone los pelos de punta.

—Nada, que es muy raro que estemos tan estancados con este caso cuando tú eres el mejor en tu trabajo. De hecho, te dieron

tu puesto porque resolviste tu solo un caso complicadísimo en menos de setenta y dos horas, ¿te acuerdas? —Contengo el aliento cuando posa sus ojos inyectados en sangre sobre mí—. ¡Y tenía menos pruebas que ahora! —Vuelve la vista a mi padre—. No sé, es casi como si este no te conviniera que se resolviera.

Ahora mismo podría cortar la tensión con un cuchillo.

Hemos pasado de ignorarnos a lanzarnos dagas con los ojos y pullitas hirientes y yo ni siquiera entiendo nada.

Mi padre aprieta la mandíbula.

—¿Estás insinuando algo, *Jack*?

—No insinúo nada. Simplemente es una pena que quedes como un incompetente, solo eso.

—Pues si tengo que quedar como un incompetente solo porque estoy rodeado de inútiles, lo haré.

Rodeado de inútiles.

Por la forma en la que a Blue se le ensombrece la mirada, estoy segura de que esas tres palabras tampoco le pasan por alto.

—Claro, mejor que quedar como un criminal —escupe con rabia—. Hasta yo lo prefiero.

Mi padre y yo abrimos la boca, sorprendidos.

De todas las cosas que esperaba que dijese Blue, esa era la última.

Casi parece que estuviera acusando a mi padre de ser responsable de los altercados de la gala, como si creyera que él es el criminal aquí. Hay tanta hostilidad acumulada en sus ojos que se me revuelve el estómago.

¿Qué está pasando?

—Con vuestro permiso —Blue se levanta de la silla antes de que ninguno de nosotros pueda reaccionar—. Tengo cosas que hacer.

No aparto mis ojos de ella mientras coge su móvil de la mesa y se aleja de nosotros con la cabeza bien alta.

En cuanto la veo traspasar las puertas de cristal, giro la cabeza hacia mi padre.

—¿A qué ha venido eso?

—Pregúntaselo a ella —masculla, acomodándose en la silla y cogiendo otra vez el cuchillo de la mantequilla para seguir embadurnando su tostada ya embadurnada. Lo presiona con tanta fuerza que deja agujeros en la superficie del pan—. Lleva semanas con la mente a saber dónde. Lo único que hace bien últimamente es lanzarme pullitas injustificadas y escaparse de casa por las noches como si fuera una adolescente. La tengo bien vigilada —chista—. Está tramando algo y se cree que no me he dado cuenta.

—¿Qué?

—Lo que oyes, cariño. Ya ni siquiera sé si debería fiarme de ella —Niega repetidas veces con la vista fija en su tostada. Tanta mantequilla me está dando náuseas—. Son tiempos difíciles en los que cualquiera podría ser un traidor. Solo podemos creer el uno en el otro.

—No, a ver… —Niego. No puede estar hablando en serio—. Por Dios, papá, estamos hablando de Blue. La mujer que prácticamente te ayudó a criarme, tu mano derecha… Ella jamás te traicionaría.

Sea lo que sea que signifique *traicionarlo.*

Esto tiene que ser una broma.

Mi padre alza la vista de sus tostadas un segundo. Sus ojos del mismo color que los míos vibran con un sentimiento que no reconozco.

—En solo un segundo puede perderse la confianza construida en años.

No sé si se refiere a él perdiendo la confianza en ella o en ella perdiendo la confianza en él, pero la verdad es que paso de preguntar.

No puedo dejar que esto se quede así.

Ya he renunciado a Dylan por esta estúpida rivalidad entre mi padre y él, no pienso renunciar también a Blue.

Tengo que solucionar esto.

—Ahora vuelvo.

Mi padre ni siquiera se inmuta cuando me levanto y comienzo a dirigirme a la casa. Sigue untando su tostada como si fuera la cosa más fascinante del maldito mundo. No lo entiendo.

Pero ahora me da igual.

Blue no puede haber ido muy lejos.

Entro en la cocina y sonrío al verla apoyada en la encima de espaldas a mí. Abro la boca para decir algo, pero me quedo a mitad de frase cuando me doy cuenta de que está hablando por teléfono con alguien.

—Ya no puedo seguir haciendo esto —murmura para la persona al otro lado de la línea. Su voz, normalmente fuerte, suena rota ahora, sin vida. Cierro la boca de inmediato—. La culpa de lo que hemos estado haciendo me está matando.

Aguanto la respiración.

Blue hace una pausa para dejar que la otra persona hable. A pesar de que ahora mismo en la cocina hay un silencio infernal, no consigo identificar la voz que me llega baja por el auricular.

—No se trata de eso —Blue niega varias veces con la cabeza —. Nil hace tiempo que me da igual, pero Brooklyn… no va a perdonarme quedarse sin padre por mi culpa.

Abro los ojos de golpe.

¿Quedarme sin padre?

¿A qué mierda se refiere con eso?

¿Con quién está hablando?

Todas mis alertas se encienden a la vez. Estoy paralizada en las puertas de cristal, pero mi mente y mi corazón se mueven a toda velocidad, alterados. No entiendo qué está pasando.

—Blake, por favor…

Se me escapa un jadeo al escuchar ese apellido.

En ese instante Blue se da la vuelta como un rayo y no me da tiempo a hacer nada más que quedarme mirándola con los ojos muy abiertos. Palidece en cuanto me ve.

—Brook…

—¿Qué está pasando, Blue?

26
BROOKLYN

La cocina se ha sumido en un silencio ensordecedor.

El ambiente está tan cargado que ni siquiera me atrevo a moverme. Lo único que hago es mantener mis ojos fijos en Blue.

Ella también se ha quedado completamente quieta.

Su rostro compungido es un libro abierto.

Creo que nunca la había visto tan pálida como ahora.

—¿Blue? —Me tiembla la voz, pero aun así trato de mantener la expresión seria. Estoy a un movimiento brusco de echarme a llorar —. ¿Puedes decirme qué está pasando aquí, por favor?

—Brook, yo…

Hace el amago de darle la vuelta a la encimera para acercarse a mí, pero la detengo con una mirada de advertencia.

Si se me acerca demasiado, no sé cómo reaccionaría ahora mismo.

—Estabas hablando con Dylan, ¿no es cierto? —Ni siquiera necesito que me lo confirme. La he escuchado mencionar su nombre y veo la culpa pintada en su rostro. Ahogo un sollozo. No sé en qué momento las lágrimas han comenzado acumularse en mis ojos—. ¿Por qué?

Blue está apretando tan fuerte su móvil que no me extrañaría que acabara por romperlo. Quizás es su forma de mantener el control sobre sus manos temblorosas.

—No es lo que tú crees, te lo juro.

—¿Y qué es exactamente lo que «yo creo»?

¿Que son unos traidores?

¿Que están urdiendo un plan para hundirnos a mi padre y a mí?

La mujer que más quiero en este mundo, con el hombre del que me he enamorado.

Me arde el pecho solo de pensarlo.

—Te conozco, sé que ahora mismo estás creando un millón de escenarios en los que Blake y yo te clavamos un puñal por la espalda a sangre fría, pero no es así. Eso no es lo que está pasando.

—¡¿Entonces, qué es lo que está pasando, joder?! —Blue da un paso atrás de inmediato. Por cómo abre la boca está claro que no se esperaba que reaccionase así y la verdad es que yo tampoco. Noto mi rostro calentarse con una mezcla de rabia y vergüenza—. ¿Qué mierda está pasando? Porque no entiendo nada. Lo único que sé es que ahora mismo quiero morirme y todavía no entiendo *por qué*.

Ella asiente en un suspiro y fija la vista en un punto en la encimera. Lo que suelta a continuación me sienta como un balde de agua fría.

—Blake y yo llevamos semanas investigando a tu padre por nuestra cuenta —confiesa.

—¿Perdón?

—Creo que está metido en asuntos ilegales desde hace mucho tiempo —Aguanto la respiración—. Asuntos con los mismos criminales responsables de los asesinatos y el robo de la gala benéfica del señor Lennox.

No digo nada.

No puedo.

Ahora mismo estoy luchando por procesar toda la información que me llega.

Lleva semanas trabajando a escondidas con Dylan… ¿Qué? No, no puede ser, pero, ¿y si…?

¿Y si eso justificara lo que ha dicho antes mi padre de que ha estado escabulléndose de casa por las noches? ¿Y si esa fuera la razón por la que Dylan aparece aquí de la nada? ¿Y si toda la información que tiene Dylan de mi padre se debiera a que trabaja con alguien muy cercano a él? Alguien como Blue…

El pulso se me dispara.

De repente, todo cobra sentido.

Han estado reuniéndose a escondidas todo este tiempo, tomándonos el pelo a todos… ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—He estado muy atenta a sus pasos —continúa, todavía incapaz de fijar sus ojos negros en mí—. Creo que podría ser el cabecilla de la banda criminal que atacó en la gala. Creo que él podría haberlos contratado para…

—¿Tú también con esa mierda? —La interrumpo. Me queman los ojos. Las lágrimas amenazan con desbordarse.

—¿Cómo?

—¿Lo sabes seguro? ¿Sabes seguro que papá es el que contrató a esos asesinos? ¿El que está detrás todo el maldito asunto de la gala?

—No, pero…

—¿Entonces? —Me está temblando la voz—. ¿Por qué tienes tantas ganas de hundirlo? Entiendo que Dylan no se fíe de él. Lo odia y se agarrará a cualquier indicioso de prueba para encerrarlo, pero ¿tú? ¡Tú eres su familia, joder! ¿Acaso no es suficiente para darle el beneficio de la duda?

Blue alza la vista, por fin. Sus ojos son un pozo negro de emociones reprimidas.

—Cariño, llevo toda la vida dándole el beneficio de la duda a tu padre. Ignorando el hombre en el que se estaba convirtiendo por ti, por mí, por nuestra familia… —Niega repetidas veces. Las lágrimas resbalan por su mejilla a borbotones—. Pero ya no puedo pasarle ninguna más. No puedo fingir que no veo lo que hace…

La brisa de fuera me pone la piel de gallina. Quiero cerrar la puerta de cristal y acabar de entrar en casa, pero la idea de acortar la distancia entre Blue y yo ahora, me provoca náuseas.

Entorno los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Mira, Brook, te amo con locura, pero tu padre no es tan santo y perfecto como parece… Tenemos muchas razones para creer que él puede estar detrás de los asesinatos y el robo que llevamos meses intentando resolver. Y ahora, con el caso a punto de cerrarse, tenemos que hacer algo. Al menos denunciarlo como posible sospechoso. Tienen que investigarlo bien, porque nosotros no podemos hacer mucho bajo su mando.

Levanto la cabeza hacia el techo en un pobre intento de detener las lágrimas. Ya habrá tiempo para sucumbir ante los horribles pinchazos que me están dando en el estómago o para noquear esa sensación de que se me están cerrando los pulmones.

Ahora mismo tengo que hacer un esfuerzo por mantenerme serena.

Solo así saldré de esta de una pieza.

—¿Por qué me dejaste escoger entre Dylan y mi padre, si ya tenías claras tus prioridades?

¿Por qué no convencerme de ir en contra de mi padre?, pienso.

Pero conozco a Blue. Ni siquiera me hace falta que responda para saber el por qué.

—Creíste que no lo escogería a él, ¿verdad? Porque tú no lo has hecho. Creíste que como soy una tonta enamoradiza, era imposible que no me decantase por Dylan.

—No, cariño, no se trata de…

—Quizás la tonta enamoradiza no sea yo, ¿lo has pensado? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. El veneno corroe mis pensamientos con solo verle la cara a la mujer que siempre he considerado una madre—. Después de todo, estás intentando hundir al hombre que quieres solo por resentimiento, porque está liado con la mujer del director del FBI y no contigo.

Blue da un paso atrás como si acabase de golpearla a distancia.

—¿Qué?

No sé si esto que digo es verdad.

Probablemente no lo sea, probablemente me esté dejando llevar por la ola de rabia que crece en mi interior… pero no lo puedo evitar.

De la noche a la mañana Blue ha decidido que quiere dejar de formar parte de esta familia y ni siquiera ha sido capaz de hablarlo conmigo primero.

He sentido pena por ella mientras me clavaba un puñal por la espalda.

Igual que todos.

—Lo sé todo, Blue —Aprieto los puños—. Sé que enterarte de que mi padre es un adúltero te afectó mucho. Sientes algo por él y no soportas la idea de verlo con otra. Su aventura ha acabado contigo y ahora tú has decidido acabar con él.

Falso.

Ni siquiera tengo pruebas.

Pero no puedo parar.

Tengo el corazón en un puño ahora mismo. Cada toma de aire me pega como un golpe en los pulmones. Lo único que me mantiene en pie es la sangre que bulle en mis venas.

—Cariño, creo que el amor que sientes por tu padre te está cegando. No piensas lo que dices…

—Vas a hundirle la vida, Blue —escupo haciéndola callar al instante—. Si sale a la luz como sospechoso, vas a hundirle aunque no haya hecho nada malo.

Exactamente lo que le ha pasado a Dylan.

Da igual que acaben por descartarlo como sospechoso, su imagen está dañada para siempre.

Porque eso es lo que ocurre en estos casos.

Eso es lo que te hace la opinión pública.

Te hunde.

Blue asiente muy lentamente. El agua seca de sus lágrimas se pega a sus mejillas dándole un brillo que no combina con la expresión sería con la que me observa ahora mismo.

—Si su reputación tiene que sufrir con tal de llegar al fondo de este asunto, que así sea —La Blue amable y cariñosa que conozco se esfuma en un segundo. No hay una pizca de sensibilidad en su voz. Habla como si el tema no removiera nada en ella. ¿Cuánto tiempo lleva cultivando en su interior ese odio por mi padre? —. Lo siento, Brook, pero estoy harta de fingir que todo va bien cuando no es así.

Aprieto los labios.

Contener las lágrimas cuando ya has dejado salir algunas es como intentar arreglar una presa con trozos de celo, imposible.

Ya ni siquiera sé lo que siento.

Mi cabeza es una maraña de pensamientos oscuros que amenazan con consumirme. Tengo la vista borrosa. Me duele el pecho. Quiero que pare. Necesito que pare.

Solo por eso me atrevo a soltar en voz alta:

—Quiero que te vayas.

—¿Perdón?

—Quiero que te vayas —repito en un hilo de voz. No creo que aguante mucho más—. Con Dylan o con quién quieras, pero vete de esta casa. Necesito que recojas tus cosas y te vayas.

Una parte muy pequeña de mí puede entender que esté resentida con mi padre, que no quiera saber nada de él, pero es solo una pequeña parte.

La otra sabe que debe protegerlo a costa de todo y de todos.

Y eso empieza por sacar al enemigo de casa.

Blue abre la boca con la intención de decir algo más, pero vuelve a cerrarla enseguida.

No tiene nada que decir.

Ya no.

No importa lo que mucho que sienta lo que ha hecho. No importa que me quiera o que esto no tenga que ver conmigo. No importa nada.

La quiero fuera.

Fuera de aquí.

Fuera de nuestras vidas.

Por eso no la detengo cuando sale por la cocina. Por eso no corro tras ella cuando sube a hacer la maleta. Por eso dejo que se vaya y me deje sola. Sola contra lo que sea que esté por venir.

27
BROOKLYN

—Ya verás como un fin de semana fuera nos va a sentar genial —dice mi padre metiendo su bolsa en el maletero del coche—. Lejos del drama que ha habido estos días. Solos tú y yo.

Fuerzo una sonrisa en su dirección y le paso mi bolsa para que la ponga junto a la suya.

Son las tres de la tarde de un viernes.

Mi padre ha puesto fin a su jornada laboral por hoy y ha decidido sorprenderme con un fin de semana en una cabaña en el lago.

No me apetece nada, pero la idea de rechazarlo me parecía cruel teniendo en cuenta lo mal que lo ha pasado estos días. De noche se pasa vigilando las puertas de cristal del salón a la espera de que los que lo atacaron vuelvan para una segunda ronda, y de día se obsesiona con reforzar la seguridad de la casa: alarmas, cristales antibalas, cámaras de seguridad en cada rincón… Hasta está utilizando a los chicos como guardaespaldas cada vez que tiene que salir o hacer algo fuera de lo habitual.

Si supiera que algunos de ellos no dudarían en clavarle un puñal por la espalda si la oportunidad se presentara.

Niego.

Ni siquiera quiero pensar en eso ahora.

El caso es que el hombre no descansa, no come, no vive…

Las heridas de su rostro están desapareciendo, pero sigue dando pena verlo. Tiene ojeras debajo de los ojos que tiñen su piel blanquecina, y le han salido arrugas alrededor de la boca y el cuello, que lo han hecho envejecer por lo menos tres años en un momento; y no he querido decirle nada, pero creo que el otro día le vi una cana.

Es la primera vez que se descuida tanto.

Los últimos acontecimientos lo han trastocado de verdad.

Necesita este fin de semana alejado de todo, pescando en el lago y haciendo barbacoas como cuando nos íbamos de vacaciones

con Blue.

Blue…

Pensar en ella todavía me oprime el pecho.

Llevo más de dos días sin saber nada de su paradero. Después de que se hiciera una bolsa rápida y saliera disparada por la puerta, no he vuelto a verla o a escuchar algo de ella. Una parte de mí esperaba que volviera para recoger el resto de sus cosas o para gritarme a la cara que estoy siendo una egoísta, pero nada de eso ha pasado.

He pensado en preguntarle a los chicos si saben algo… Si está con Dylan, si está bien, si *están bien*, pero luego caigo en la cuenta de que no debería ser yo la que se preocupase por ellos. Al fin y al cabo, no he sido yo la que ha traicionado su confianza.

Por suerte o por desgracia, no han intentado ponerse en contacto conmigo. Así como se fueron, desaparecieron por completo de mi vida.

Supongo que es lo mejor.

Aunque mi corazón me grite lo contrario.

Mi padre tampoco ha preguntado por el paradero de Blue. No le he contado lo que pasó entre nosotras en la cocina para no preocuparlo, pero creo que es lo suficientemente listo para intuir que algo no va bien.

Imagino que, como yo, ha decidido ignorar el tema por ahora y priorizar el bienestar de nuestra familia.

Llegará un punto en el que necesitará saber de Blue y de su ausencia en el trabajo, pero no ahora. Después de todo, últimamente no estaba congeniando muy bien con ella, así que a él también le vendrá bien no tenerla alrededor por un tiempo.

—¿Estás lista? —me pregunta cerrando el maletero con fuerza.

Su sonrisa decaída lo hace parecer incluso más viejo y cansado que en los últimos días.

Asiento y ambos nos metemos en el coche sin ganas. Una vez que mi padre arranca y dejamos atrás nuestro axfiante barrio para adentrarnos en la carretera, me permito relajar la espalda y apoyar la cabeza contra la ventana.

Creo que me paso así los primeros cuarenta minutos del viaje. Al principio, intento establecer una conversación con mi padre, pero sus frases cortas y vacías, me dan a entender que él también quiere estar un rato en silencio. Solo por eso dejo que mis ojos se deleiten con el paisaje boscoso que atravesamos y que mi mente se pierda en el caos que envuelve mi vida.

Suspiro.

¿Cómo hemos llegado a esto?

Se supone que vine a Beaufort a pasar el verano más tranquilo y aburrido de mi vida, y he acabado amando al hombre que odia a mi padre, integrándome en su grupo de agentes traidores y mentirosos, y quedándome sola después de haber echado también de mi vida a la mujer que me crío.

Y todo por su estúpida obsesión con acusar a la gente sin pruebas sólidas.

Al contrario de lo que creen, no estoy ciega. Sé que todavía existe una posibilidad de que mi padre tenga algo que ver con la banda criminal responsable del robo y los asesinatos de la gala, pero si es así, Dylan y Blue lo están procesando como la mierda.

Esas no son formas de enfrentar el problema. Mandando a criminales para que lo agredan y tirándolo a los leones a traición.

No.

A mí me gusta el juego limpio.

Y creo que al menos Blue debería aplicárselo por simple respeto hacia la felicidad que alguna vez le brindamos.

Aprieto los dientes.

Me cabrea.

Quizás por eso tengo tantas ganas de demostrarles a Dylan y a ella que se equivocan. Quiero presentarles algo que haga que desvíen su atención hacia otra persona que no sea mi padre. Hacia el verdadero culpable.

No sé si eso demuestra lo mucho que quiero a mi padre o simplemente que soy una tonta que en el fondo desearía recuperar a sus amigos.

Vuelvo a suspirar.

Supongo que por ahora da igual. Si mi padre lleva noches sin dormir por la ansiedad de la situación, yo llevo noches sin dormir por estar investigando sin éxito este maldito caso.

Hace un par de días, rescaté de uno de mis cajones la libreta rosa que solía utilizar en el instituto para planificar los festivales de verano y comencé a anotar todo lo que había visto, sabía o sospechaba.

Lo único significativo que tengo hasta el momento es mi lista de posibles responsables —entre los que he incluido a mi padre— y las pruebas sólidas que han encontrado hasta el momento, como la supuesta grabación de esa banda criminal en la gala benéfica o los trescientos mil euros robados que acabaron encontrándose en la habitación de hotel de Asher, debajo de unos tablones sueltos.

¿Cómo llegó eso ahí?

¿Será Asher el cabecilla de la banda criminal? ¿El que ocultó su rastro en primer lugar? No… Él no podría haber cambiado las pruebas del FBI. Eso solo podía hacerlo alguien que tuviese acceso directo a ellas.

Alguien como Dylan o mi padre.

Pero, ¿por qué alguno iba a querer ocultar las grabaciones?

Según Dylan mi padre tiene conexiones con los mismos hombres que estuvieron en la gala. Está seguro de que fueron los que asistieron a su fiesta y luego me atacaron en el festival de verano. El mismo ataque del que Dylan dice que mi padre le advirtió antes de tiempo.

Podría estárselo inventando.

No hay pruebas de lo que dice.

Pero claro, mi padre tampoco mencionó nunca nada de mi ataque a pesar de que era evidente en las heridas de mi rostro. Normalmente se hubiera puesto como un energumeno, hubiera removido cielo y tierra para averiguar quién me hizo lo que me hizo… No esta vez.

Quizás porque no le convenía atraer la atención de la policía hacia mis atacantes.

Quizás él los conocía.

Quizás trabaja con ellos.

Tampoco es una idea tan descabella teniendo en cuenta que ya ha cometido otros actos inmorales; como tener una aventura con una mujer casa. Aventura que Asher capturó en foto una vez. Fotos que, por otro lado, tampoco he visto, pero que según Dylan, Asher utilizó para intentar reclutar a mi padre como su contacto en la policía.

¿Que pasa si mi padre lo rechazó y ahora Asher intenta desviar la atención hacia él como venganza?

Aunque, claro, mi padre también tenía a Asher como principal sospechoso, seguramente por puro rencor hacia su intento de chantaje.

¿Qué pasa si ambos nos están tomando el pelo y trabajan juntos?

Hay demasiadas pistas y teorías sueltas, y no consigo conectarlas porque, a diferencia de los otros, no soy agente del FBI. No puedo destapar la verdad de un caso yo sola.

Pensé en pedirle ayuda a Lewis una noche que lo pillé en la cocina con mi libreta. Me la había dejado en la encimera y cuando quise volver a por ella, lo vi hojeándola sentado en un taburete, como si fuera un puto libro de ficción.

Su indiscreción me recordó que aunque sea muy listo, Lewis también es un traidor y un cobarde. No solo trabaja para Dylan, si no que sé que no tendría ningún problema en venderme si así salvara el pellejo.

Que insinuara que no tengo ni idea de hacia dónde voy con las pistas, después de que le quitara la libreta de las manos, solo me cabreó más. Aparte de traidor, también es un listillo… mejor que no me busque las cosquillas si no quiere que los delate a todos y los deje también sin trabajo.

Ellos han escogido el bando de Dylan, el bando que quiere hundir a mi padre. Eso solo me ha hecho recordar que la única que queda para defender al hombre que me crío soy yo.

Giro la cabeza hacia mi padre, pero ni siquiera se percata.

Está muy ocupado alternando la vista una y otra vez entre el retrovisor central y el que tiene a su izquierda. Sus ojos se mueven

frenéticos, casi como si esperara ver algo en específico a través de ellos.

Echo un vistazo rápido hacia atrás para comprobar si hay algún coche más con nosotros, pero la carretera está desierta.

Vuelvo la vista a mi padre.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé… —Sus manos están tiesas contra el volante. Tiene los nudillos blancos de tanto apretarlas a su alrededor—. Te noto agobiado.

—Qué va.

Vuelve a desviar la vista hacia el retrovisor izquierdo. Le está temblando la pierna. Su cara ahora mismo es de pura ansiedad.

—No hay nadie detrás, papá —le aseguro.

Suelta una pequeña risa que no le llega a los ojos.

—Lo sé. ¿Qué tonterías dices?

Fijo mi vista en el frente. Nunca va a admitirme que le asusta la posiblidad de que nos estén siguiendo. Es demasiado orgulloso para eso, así que decido abordar el tema desde otra perspectiva.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué pasó la noche que te atacaron? No eres el tipo de hombre que se achanta solo por una paliza —Y menos si es de cuatro tontos que, según él, contrató Dylan—. ¿Por qué estás tan agobiado?

—Tan solo estoy un poco estresado. Ya sabes, estamos en la recta final del caso y hay gente importante que espera mucho de mí. Mi reputación está en juego.

Asiento.

Tiene sentido que esté más preocupado por su reputación que por su seguridad. Después de todo, estamos hablando de Nil Davis. No obstante, no puedo evitar pensar que si nos estamos yendo de finde en este momento, no es precisamente para alejarnos del estrés —algo que mi padre controla a la perfección—, sino más bien para alejarnos de un peligro eminente que lo tiene comprobando la carretera cada medio segundo.

—Papá… —Gira en un cruce que transforma los enormes pinos del bosque en un pueblo apartado—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿no? Que si te pasará algo, cualquier cosa, puedes… ya sabes, contármelo.

Sé que hace no mucho le dije que estaba dispuesta a hacer lo que sea para destapar la verdad y sigo queriendo esa verdad, pero no tengo por qué hacer miserable a mi padre por el camino. No quiero que sienta que ni siquiera puede confiar en su propia hija, no quiero que sienta que no estoy aquí para ayudarlo.

Me mira durante un segundo y luego vuelve la vista a la carretera.

—Lo sé, cariño. Me alegro de tenerte aquí conmigo.

Después de eso, nos sumergimos en otro largo silencio. El ambiente se llena de una bruma melancólica que hace que dé la sensación de que nos vamos de funeral y no de fin de semana, pero ninguno lo cuestionamos.

Para cuando llegamos a la casa del lago, son más de las siete de la tarde y el sol comienza a ponerse en el horizonte.

—Venía aquí varias veces cuando tú estabas en la universidad —comenta mi padre, cargándose ambos hombros con nuestras bolsas y cerrando el maletero de golpe—. La paz que se respira y el hecho de que esté aislada de la mayoría de casas de la zona, fue lo que hizo que se la comprara al dueño el año pasado.

—¿Es tuya? —Alzo una ceja mientras le echo un vistazo rápido a la casa y a mis alrededores.

No es ni de lejos igual de impresionante que la de la abuela de Dylan, pero es bastante mona. Una cabañita de dos plantas rodeada de árboles enormes y un lago que ocupa la mitad del territorio. La única forma de acceder es por un camino de piedra larguísimo en el que a duras penas encuentras más vecinos.

Pequeña, en plena naturaleza y aislada de la sociedad pudiente.

No le pega nada a mi padre.

—Nuestra, cariño —me corrige—. Es donde pretendo retirarme algún día. Es perfecta para desconectar.

Sonrío y dejo que me guíe hacia la entrada.

El olor a pino invade mis fosas nasales en cuanto ponemos un pie dentro del increíble salón. No es muy grande, pero eso solo lo hace más acojedor con su chimenea, sus dos sofás de pelo blanco y sus mini ventanales con vistas al lago.

—¿Qué vas a querer para cenar? —Mi padre deja el equipaje en el suelo antes de cerrar la puerta principal—. Esta noche cocino yo.

—¿Tú? —Paseo la vista un segundo por las escaleras de madera que hay a un lado de la chimenea y que deben llevar a las habitaciones.

—Sí, me apetece.

Miro a mi padre, que infla el pecho, orgulloso.

Trato de contener una sonrisa.

—Está bien, ¿por qué no? Me apetece cenar un buen plato de espaguetis con albóndigas.

Mi padre no cocina desde que nos mudamos a ese barrio de esnobs.

Es más de comer en su club de campo o de encargar comida casera a un restaurante de lujo que hay cerca de nuestra zona.

Probar uno de sus platos será como volver a los viejos tiempos.

Él me dedica una sonrisa de boca cerrada y se pone manos a la obra mientras yo me instalo en la primera habitación que veo.

Un par de horas después cenamos bajo la luz de la luna contando chistes malos sobre los espaguetis de papá y recordando nuestras vidas antes de que se volvieran demasiado complicadas. No pienso en Dylan. Ni en Blue. Ni en todo lo que se nos viene encima. En ese momento solo importamos mi padre y yo.

Después recogemos y nos vamos a dormir cada uno a su habitación con la sensación de que algún día podríamos volver a ser una familia feliz.

Estoy tan relajada que, a las tres de la madrugada, cuando escucho un fuerte ruido en la planta de abajo, mi cerebro tarda más de un minuto en ponerse en alerta.

Me levanto de golpe, cojo mi móvil para usarlo de linterna y ni siquiera lo pienso antes de salir de la habitación.

—¿Qué ha sido ese ruido? —pregunto bajando las escaleras de dos en dos.

Mi padre está de pie en mitad del salón, con una pistola en la mano y la misma expresión asustada y confusa que debo tener yo ahora mismo.

—No lo sé.

Ambos nos miramos en silencio.

No hace falta que digamos nada. El ambiente frío y oscuro del salón es suficiente para ponernos los pelos de punta.

Sigo a mi padre cuando empieza a moverse por la casa analizando cada rincón. No sé si lo hago porque no quiero dejarlo solo o porque no quiero quedarme sola, pero me alegro de que no me mande devuelta a mi habitación.

Seguramente porque tiene los nervios a flor de piel mientras mueve cortinas, revisa las habitaciones y se da un paseo por el exterior de la casa.

No vemos nada.

No escuchamos nada.

Solo los pájaros nocturnos burlándose de nosotros con el movimiento de sus alas y el susurro de su cántico.

Entramos de nuevo a la casa por la puerta de la cocina. Mi padre apoya la mano en la que tiene la pistola, sobre la encimera. Con la otra se aguanta la cabeza. El agotamiento le hace encorvar la espalda hacia adelante.

—¿Papá?

—Tiene que haber sido algún pájaro estampándose contra la ventana. Es imposible que haya alguien aquí —Niega varias veces con la cabeza como si intentara convencerse a sí mismo. Después me mira. Me recorre un escalofrío al ver sus ojos color miel teñidos de rojo—. Estamos demasiado cansados. Anda, volvamos a dormir. Mañana será otro día.

Nos encaminamos de nuevo al salón, pero solo yo comienzo a subir las escaleras. Mi padre se detiene un par de pasos por detrás. Me doy la vuelta y arrugo las cejas cuando lo veo agachado en el suelo del salón que toca con la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

—Escondiendo esta pistola por si le pasa algo a la que tengo arriba.

Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere con eso, levanta uno de los tablones de madera del suelo y empieza a intentar encajar la pistola en el hueco que hay debajo.

El color abandona mi cara.

—¿Debajo de un tablón?

—Sí, ¿qué pasa?

Apoyo mi cuerpo en la barandilla de la escalera. De repente, me encuentro muy mareada.

—¿Desde cuándo haces eso? —pregunto casi en un hilo de voz.

—Desde siempre —responde como si nada.

No.

No.

No.

«Última hora, Asher Wolf, el niño bonito del mundo empresarial, hijo del rey de los hoteles, Anthony Wolf, ha sido detenido esta mañana en la habitación de su hotel en Beaufort tras haberse encontrado entre sus posesiones los trescientos mil dólares». Hace poco que repase esa noticia. Reprimo las náuseas.

«*La policía ha venido…*»

«*…encontrar trescientos mil dólares escondidos…*»

«*…debajo de unos tablones sueltos en el suelo.*»

Mi padre acaba de esconder la pistola en el hueco y después vuelve a colocar en su sitio el tablón suelto. Se levanta del suelo limpiándose las manos entre sí.

—¿Vamos? —me dice.

Y aunque quiero vomitar me fuerzo a estirar mis labios en una sonrisa de boca cerrada.

—Sí, claro. Ves subiendo tú, yo voy a por un vaso de agua. Será solo un momento.

Bajo los pocos escalones que he subido, apoyada contra la barandilla. Cuando mi padre me pasa por al lado ni siquiera lo miro.

—Está bien, no tardes y cuando subas a tu habitación, cierra la puerta con pestillo.

Asiento y me espero a verlo desaparecer escaleras arriba antes de dirigirme a la cocina.

Saco mi móvil del bolsillo del pantalón del pijama. Busco entre mis contactos con las manos temblorosas. Una vez que encuentro el que quiero, le doy a llamar.

Por favor, cógelo.

Por favor, cógelo.

Le echo un vistazo rápido al marco de entrada de la cocina solo para comprobar que estoy sola de verdad. La voz adormilada del otro lado de la línea devuelve mi atención a la llamada. Le doy la espalda al marco.

—¿Caramelito?

—Fue él, Dylan —Mi voz sale atropellada—. Fue él quién le tendió la trampa a Asher con los trescientos mil dólares debajo del tablón y seguramente también sea él el culpable de todo. Tienes que ayudarlo, yo... No sé qué está pasando, pero…

No acabo la frase.

No puedo.

No puedo porque una mano grande me tapa la boca por detrás y todo se vuelve negro a mi alrededor.

28
DYLAN

—¿Caramelito? —Silencio. Me incorporo en la cama—. Brooklyn, ¿estás ahí, preciosa?

Nada.

La línea se ha cortado.

Una sensación aprensiva se instala en la boca de mi estómago. Algo va mal. Algo va jodidamente mal.

Enciendo la luz de la mesilla de noche.

Son las tres de la madrugada pasadas. Si ya me estaba costando conciliar el sueño —últimamente no puedo dormir más de una o dos horas seguidas—, ahora es imposible que lo consiga.

No después de escuchar la voz ahogada del caramelito del otro lado del móvil. Confirma mis sospechas de que su padre es un jodido psicópata y la línea se corta de golpe.

No puede ser una maldita casualidad.

Vuelvo a marcar su número mientras me levanto, alterado, y cojo la camiseta negra que tengo encima de una silla.

Contesta, caramelito. Contesta, por el amor de Dios.

Pero tras acabar más de tres veces en su buzón de voz, asumo que no va a contestarme.

Mierda.

Salgo disparado de la habitación y comienzo a encender todas las malditas luces. Pego un golpe en la puerta de Wolf para que se despierte y después continúo con la de África.

—¡Levantaros! ¡Tenemos una emergencia!

La agente Jack abre su puerta justo cuando levanto la mano para picar. Lleva puesta la misma ropa que llevaba ayer. Por lo abiertos que tiene los ojos, estoy seguro de que ella tampoco estaba durmiendo.

¿Cómo va a dormir cuando toda su vida se ha ido por el garrete en menos de veinticuatro horas?

—Es Brooklyn, ¿verdad? —Su tono suena igual o más alterado que el mío.

Bajo la mano que todavía tenía en el aire y asiento.

—Ese psicópata le ha hecho algo.

—¿Estás seguro?

—No he estado más seguro de algo en mi vida —Aprieto los dientes y comienzo a moverme en dirección a las escaleras, consciente de que me sigue. África y Wolf ya están despiertos, lo sé porque veo sus luces encendidas por debajo de las ranuras de la puerta—. ¡Moved el culo, joder!

La agente Jack corre detrás de mí intentando seguirme el ritmo mientras pregunta qué ha pasado, pero no tengo tiempo de responderle ahora.

Marco el número de Elliot.

Suspiro cuando lo coge al tercer tono.

—Son las tres de la madrugada, tío, más te vale que sea una emergencia.

—Necesito que vayas a la habitación de Brooklyn y compruebes que está bien.

—¿Cómo? —Oígo el murmullo de otra voz a su lado, pero no tengo tiempo para cuestionarme quién es—. ¿Qué dices? Brooklyn no está aquí. Está de fin de semana con Nil.

Me detengo al final de la escalera.

Toda la presión se me baja de golpe.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, se fueron esta tarde a una cabaña en el lago. Se ve que se iban hasta el domingo…

Una ola de rabia me invade al instante.

—¿Y se te ocurre contarme esta mierda ahora? —Aprieto el móvil contra mi oreja. Jack está quieta a mi lado, a una distancia prudente para no comerse mi hostilidad hacia Elliot, pero sin dejar de prestar atención a la conversación.

—Perdona, como Brooklyn y tú os habíais distanciado no creí que importara mucho dónde iba o dejaba de ir…

Ignoro la punzada que siento en el pecho.

—Te recuerdo que Davis todavía está en el punto de mira. No puedes dejar que desaparezca sin más. ¿Dónde coño está esa casa?

—Lo sé, perdona. Davis no nos ha dicho nada, últimamente está muy paranoico con…

Le cuelgo.

Ya he escuchado suficiente.

—Joder —Me guardo el móvil en el bolsillo del chándal y me giro hacia Blue, que me mira expectante—. No están en casa. Están de fin de semana en algún maldito lago a saber dónde.

Blue arruga las cejas.

—¿En una cabaña?

—Sí, eso ha dicho Elliot. ¿Sabes dónde está?

—No —Niega y es como si me pegaran un puñetazo en el estómago—. Nil nunca me ha llevado, pero sé que es donde le gusta ir cuando necesita despejarse. Es su lugar secreto. Me sorprende que haya llevado ahí a Brooklyn.

El lugar perfecto si quisiera hacerle daño sin que nadie sepa dónde encontrarlos, pienso.

Joder.

Joder.

Joder.

En ese momento un Wolf adormilado y una África desconcertada aparecen por las escaleras. Fijo los ojos en esta última.

—Necesito que localices el móvil de Brooklyn.

—¿Qué?

—Llama a quien tengas que llamar, pero localiza su maldito móvil, ahora —ladro.

Soy consciente de que acabo de despertarla y ya le estoy dando órdenes que ni siquiera entiende, pero me la suda.

Necesito que tire de contactos en la policía de Alabama y dé con el paradero de los Davis ahora mismo.

Y que se dé prisa.

Si no la he echado de esta casa todavía después de lo que le hizo a Brooklyn, solo ha sido porque nos viene bien tener a una agente del FBI que no trabaje para Davis y que pueda proporcionarnos información extra, pero que no me provoque.

Pata mí ya no significa una mierda nuestra «amistad».

Me da igual si tengo que echarla a los leones para salvar a los míos.

África asiente y vuelve corriendo a su habitación para lamarle el culo a quién sea en su oficina y conseguirme esa ubicación.

Wolf acaba de bajar las escaleras justo cuando Blue dice:

—¿Vas a explicarnos ya qué ha pasado?

—Eso —La apoya él—. Estaba soñado que Katly Mass, la modelo, me pedía que puntuara sus bikinis de pasarela más sexis y después se enrollaba conmigo por tener tan buen gusto.

No me molesto ni en poner los ojos en blanco.

—Brooklyn me ha llamado. Parecía muy alterada. Me estaba diciendo algo de que fue él quién le tendió la trampa a Wolf con lo de los trescientos mil dólares debajo del tablón y que seguramente sea el culpable de todo.

Wolf para las orejas de inmediato al escuchar su nombre.

—¿«Él» quién? —pregunta Jack—. ¿Nil?

—Supongo. La llamada se ha cortado antes de que pudiera explicarse mejor.

La expresión de Wolf se oscurece.

De repente ya no parece tan risueño como antes.

—Ese cabronazo —masculla—. Sabía que me había tendido una trampa —Niega con la cabeza—. Tenemos que atraparlo. ¡Estoy a la espera de juicio por esta mierda!

Jack coloca una mano en su hombro para que deje de moverse.

—Cálmate. Todavía no sabemos qué ha pasado.

Clavo mi expresión vacía en Wolf un segundo.

Jack tiene razón, todavía no sabemos qué significa lo que ha dicho Brooklyn, pero hasta que lo averigue, no pienso perder de vista también a este imbécil.

No me fío.

Me da igual que Davis tenga todas las papeletas para ser el culpable. Nadie se libra hasta que sepa qué coño está pasando aquí.

—¿Has intentado volver a llamarla? —Los ojos negros de Jack brillan con preocupación.

Suspiro.

—Sí, pero me salta el buzón de voz.

—¿Qué pasa si simplemente se ha quedado sin señal?

Aprieto los labios.

No quiero matarle la esperanza, pero tampoco puedo ignorar el malestar que cree en mi estómago.

—No sé… Tengo un muy mal presentimiento.

Asiente, agachando la cabeza.

África vuelve a aparecer al principio de las escaleras, prácticamente hiperventilando. Alza su móvil en el aire.

—La tengo.

—Pues venga.

No pierdo un minuto más en esas escaleras y el resto tampoco. Todos me siguen hasta el coche sin necesidad de que tenga que decir nada.

En pijama.

Sin dormir.

Y a las tres de la madrugada.

Me da igual.

No voy a quedarme tranquilo hasta que no sepa que *ella* está bien.

Jack es la que se sienta en el lado del copiloto mientras que África y Wolf se ponen detrás.

El sitio está a unas cuatro horas de aquí.

Lo que significa que con suerte llegaremos pasadas las ocho de la mañana.

Demasiado tarde.

Por el camino le pido a Jack que siga intentando llamar a Brooklyn. Incluso le digo que llame a Davis si hace falta, pero ninguno contesta.

Mis nervios no hacen más que incrementar ante la posibilidad de que el caramelito esté herido o algo peor. Mi cerebro no para de crear escenarios horribles en los que el cabrón de Davis le ha hecho algo a su hija.

No puedo soportar la idea.

Me da igual que lo haya escogido por encima de mí.

Me da igual que hayamos discutido o que me odie. Ahora va a odiarme el doble, porque voy a matar a su padre.

Me importa una mierda.

La quiero y si para mantenerla a salvo tiene que odiarme, entonces que así sea.

—¿Alguna novedad? —Aparto un segundo la vista de la carretera para mirar a la agente Jack.

Por suerte, a esta hora casi no hay nadie y puedo pisarle un poco más al acelerador. Ha habido un punto en el que Wolf se ha quejado, pero, otra vez, me la suda.

—No —Bufa Jack volviendo a marcar el número de Brooklyn sin éxito.

—Prueba otra vez.

No se queja.

Como yo, está desesperada por escuchar la voz de Brooklyn. Por escuchar que está bien, que esta a salvo.

Estas últimas semanas que hemos estado trabajando juntos para hundir a Davis, en lo único que pensaba ella era en la seguridad de «su niña».

Seguridad económica.

Seguridad emocional.

En su seguridad en general.

El amor que siente por ella es tan real que hasta me da pena ver el estado de vegetación en el que se encuentra en este instante.

Estaba seguro de que Brooklyn también la quería a ella con la misma intensidad. Todavía lo estoy, en cierta forma, por eso me sorprendió que se presentara en mi puerta hace un par de días con los ojos llorosos y el corazón en un puño.

La cosa está muy mal.

Y la verdad es que no tengo idea de cómo va a acabar esto.

Cuando faltan menos de quince minutos para llegar, Blue por fin consigue que alguien le responda.

El coche se sume en un silencio infernal cuando ella dice:

—¿Nil?

—Pónlo en altavoz —La insto con el corazón latiéndome a mil por hora. Jack hace lo que le pido. Aprieto la mandíbula al escuchar

la respiración de la persona al otro lado—. ¿Dónde está, cabronazo?

—¿Blake? ¿Qué haces *tú* con Blue? ¿Qué hacéis vosotros dos juntos? ¿Qué…?

Su voz hace que me hierva la sangre.

Lo ignoro.

—Brooklyn, ¿dónde está?

—¿A ti qué te importa dónde está mi hija? Déjanos en paz de una vez. Aléjate de ella o te arrepentirás.

Aprieto las manos con fuerza alrededor del volante.

—Tú sí que te vas a arrepentir como le haya pasado algo.

—¿De qué hablas…?

—Nil —Jack se acerca el móvil a la boca para que Davis se centre en su voz. En este momento ella es la única que mantiene la calma—. Brooklyn nos ha llamado hace un par de horas… Parecía alterada. Créemos que ha podido pasarle algo.

—¿Qué? —Oímos el ruido de unos pasos apresurados. Segundos después, una puerta se abre—. Eso es imposible, está en su habitación durmien…

Se hace un silencio en la línea.

—¿Nil?

—No… no puede ser…. —Dejo de respirar—. No está…

—¡Y una mierda! ¿Qué le has hecho?

—Yo no…

Pego un volantazo y meto el coche en el camino de piedra que da acceso a la cabaña junto al lago. Me paro lo más cerca posible. No me molesto en apagar el motor. No hay tiempo para eso.

Salgo disparado del coche ignorando los gritos desesperados del resto.

Cuando abro la puerta principal de la cabaña de un empujo, lo primero que veo es a Davis bajando las escaleras de dos en dos. Tiene el rostro tan pálido que parece una aparición.

Ni siquiera lo pienso.

Me acerco a él y le giro la cara de un puñetazo.

29
DYLAN

—He encontrado su móvil —anuncia Elliot entrando de nuevo en el salón con el aparato en la mano—. Estaba tirado en un rincón de la cocina.

Se lo extiende a Tabatha para que ella se encargue de revisarlo antes de clasificarlo como prueba.

Ambos llegaron a la cabaña con el resto, una hora después que nosotros. África creyó que necesitaríamos refuerzos, así que les alertó de a dónde íbamos en cuanto tuvo la ubicación de Brooklyn.

Ninguno se ha parado ni por un momento a pensar en cómo les afectaría que Davis descubriera que han estado maquinando a sus espaldas todo este tiempo. Se han levantado, han cogido el coche y se han plantado aquí de inmediato.

Les ha dado igual poner en peligro su trabajo por Brooklyn.

Por mí.

Creo que, como yo, hasta sienten una pequeña pizca de alivio al poder escupirle por fin a su perfecto jefe a la cara mientras está esposado y atado a una silla del comedor, con la mejilla ensangrentada.

Davis todavía no puede creérselo.

—No sé ni por qué me sorprende —chista fulminándonos con la mirada a cada uno de nosotros. Todos mantenemos una expresión seria. Lewis es el único que agacha la cabeza, avergonzado—. Sabía que estaba rodeado de inútiles.

—Mejor deja de hacerte el digno —Estoy apoyado de brazos cruzados, en la espaldar del sofá, luchando contra mis demonios internos por no saltar de nuevo sobre él y acabar de deformarle la cara—. Dinos de una vez dónde está Brooklyn o te prometo que el puñetazo que te he dado antes va a parecerte una caricia en comparación con lo que voy a hacerte ahora.

Davis aprieta los dientes.

Las tornas han cambiado y por primera vez, ya no es él el que tiene el poder. Eso le irrita.

—Ya te he dicho que no lo sé.

—No me toques los cojones.

—Lo digo en serio, joder —Se le cristalizan los ojos. *Qué gran actor es*—. Anoche escuchamos un ruido en la planta baja y fuimos a comprobar qué podia ser. No encontramos nada raro, así que le dije que nos fueramos a dormir. Ella se quedó… se quedó un momento en la cocina para beber agua… Yo… nunca imaginé que…

—Sabe que fuiste tú el que me tendió la trampa de los trescientos mil dólares debajo de los tablones, cabronazo —Estiro el brazo delante de Wolf para impedir que se abalance contra Davis. Sus ojos azules están llenos de cólera y puedo entender por qué—. Seguro que por eso te has deshecho de ella. Para que no pueda testificar en tu contra.

Davis pierde aún más el color de la cara.

—¿Qué?

—¡Confiesa de una vez! —Le hago una señal a Tommy para que venga a sujetar al nuevo miembro de la liga de la justicia, antes de que nos la lie más.

Tommy lo mantiene en su sitio, sujetándolo por los hombros.

—No, no… —Davis niega con la vista perdida en el suelo, como si estuviera buscando en su mente el momento exacto en el que Brooklyn podría haberse enterado de eso—. Ella no puede saber nada. ¿Cómo? Yo…

—Pues lo sabe —Lo corta Elliot sin piedad—. Sabe que su padre está lleno de mierda, así que ya no hace falta que lo oculte.

—¿Por qué, Nil? —La agente Jack es la única que ha decidido mantenerse detrás del sofá, lo más alejada posible de Davis. Sus ojos están a una provocación de convertirse en un mar de lágrimas —. ¿Qué te ha llevado a hacer esto?

Él niega de nuevo con la cabeza.

Todavía un poco consternado por la información.

Me inclino hacia él congiéndole del cuello por detrás y obligándole a mirarme. Creo que nunca había visto tanto horror reflejado en sus ojos como ahora.

—¿Dónde está, Davis?

—No lo sé —Se le rompe la voz.

—Lo sabes. Crees que no, pero en el fondo lo sabes —No dice nada. Tan solo mira a través mí como si no me viera realmente. Hago un esfuerzo sobrehumano por mantener la calma. Necesito que me diga dónde está. Lo *necesito*—. Tú eres el único que sabe en qué mierda estás metido, el único que puede decirnos dónde está.

—Si no lo haces por nosotros, Nil, hazlo por tu hija—añade Jack, intentando apelar al lado comprensivo que solo ella conoce de Davis.

Este agacha la cabeza y niega varias veces. Por un segundo creo que no hemos avanzado nada, pero entonces vuelve a mirarme y lo veo.

Sabe dónde está, pero está asustado.

—No lo entiendéis —susurra casi sin voz—. Si la tiene él, entonces estamos perdidos. *Está* perdida.

—¿Quién? ¿Quién la tiene?

El desespero escala por mi cuerpo como un puto virus.

—El jefe de la banda.

La banda criminal emergente.

Giro la cabeza un segundo para mirar a mis compañeros. Estos me devolven la misma expresión alentadora que debo tener yo en este momento. Mateo es el único que sigue medio dormido en el sillón individual. Vuelvo a girar la cabeza hacia Davis. Me tiembla la mano de tanto apretarle el cuello.

—¿Cómo lo sabes?

Suelta una risa seca.

El miedo se ha esfumado de sus ojos en un segundo. Ahora él también me dedica una mirada fría y calculadora.

—Por favor, Blake, no soy imbécil. ¿Te crees que no sé que vais a utilizar todo lo que diga en mi contra? No, no. No voy a confesar nada que comprometa mi seguridad.

—Tu hija está en peligro.

—Y yo voy a ayudarla. No vosotros. Así que suéltame para que pueda ir a por ella.

—No pienso…

—¡Ya basta! —La voz de Jack se alza por encima de las nuestras, acallándonos. Suelto el cuello de Davis y me pongo recto cuando veo que se acerca a nosotros con una expresión mortifera—. Así no vamos a conseguir nada. Tenemos que trabajar juntos —Posa sus ojos negros en Davis, que todavía alza la cabeza orgulloso—. Nil, no confieses nada si no quieres, pero nos necesitas para salvarla y lo sabes. No tienes a nadie más, solo te quedamos nosotros.

Davis se queda un minuto en silencio, analizando sus opciones. A pesar de que ahora mismo nos observa como si prometiera aplastarnos a todos por esto, todavía veo el vacile en sus ojos color miel.

Me recuerdan tanto a los del caramelito que no sé si reprimir una arcada o echarme a llorar.

El aire del salón se vuelve sofocante.

—Supongamos que intenté tomarle el pelo a los suyos y quedarme con un dinero que no era del todo mío —dice al fin. Lo primero que se me viene a la cabeza es el dinero de la gala—. Me dieron la posibilidad de redimirme y proteger con ello a mi hija, pero no es tan fácil. Ya no. Según él se me ha acabado el tiempo. No le gusta que le tomen el pelo, así que ahora me hará pagar cada céntimo que le debo destruyendo lo que más quiero.

Aprieto la mandíbula.

Lo sabía.

Sabía que este desgraciado se traía algo entre manos con el bando equivocado, que estaba poniendo en peligro a Brooklyn y que nos estaba arruinando la vida a todos.

No lo ha confesado directamente, pero por mis cojones pienso usar esta información para hundirlo en la miseria.

No sé qué ha hecho.

Solo sé que quiero que se pudra.

Yo y la mitad de los que estamos aquí.

Wolf se ha calmado por fin y ya no hace falta que Tommy lo sujete, pero veo en sus ojos el mismo fuego que brilla en los míos. Quiere cargarse a Davis.

—Sé que tenéis ganas de aprovechar esto para hundirme, pero ahora mismo no os va a servir de nada —continúa con la vista

fija sobre mí. Creo que nunca había odiado tanto a una persona como lo odio a él—. Si de verdad queréis ayudar a mi hija, entonces soltadme y dejad que hable yo mismo con él. A Brooklyn puede irle de un par de minutos.

Nadie dice nada.

No somos imbéciles. Sabemos que Davis está jugando con nuestra preocupación para que pasemos por alto el hecho de que es un farsante, pero en el fondo tiene razón.

Brooklyn podría estar entre la vida y la muerte ahora mismo.

Y si le pasara algo solo porque no soporto al egocéntrico de su padre, jamás me lo perdonaría.

—Como hagas alguna tontería, Tommy te meterá un tiro y alegaremos que ha sido en defensa propia, ¿te queda claro?

Tommy coloca la mano sobre la pistola que guarda en la cinturilla del pantalón.

Davis pone los ojos en blanco.

—Clarísimo.

Me acerco a él todavía vacilante y le quito las esposas antes de desatarlo. Una vez suelto, se levanta de la silla moviendo las muñecas y las piernas para libertar la tensión acumulada.

—Mi móvil —dice, señalando el aparato que descansa en mi bolsillo trasero.

Se lo quite nada más pegarle el puñetazo.

No encontré nada raro, por supuesto.

Nil Davis no es un novato en esto.

Se lo paso a regañadientes y él comienza a marcar un número que desconozco. Lo pone en altavoz para todos podamos escuchar a la persona al otro lado.

Justo antes de que conteste, le hago un gesto a África —que está detrás de Davis, apoyada en la chimenea— para que grabe esto con disimulo, pero Davis la detiene.

—Ni lo intentes —Ni siquiera la mira cuando habla—. Solo lo vais a localizar si él quiere que lo localicéis. No hay más.

Arrugo las cejas.

—Lo conoces muy bien, ¿no?

—No me tires de la lengua, Blake.

La persona al otro lado cuelga sin siquiera coger la llamada. Segundos después, el móvil de Davis suena con un número oculto.

Todos guardamos silencio cuando contesta.

—¿Qué has hecho con mi hija, Walton?

—Hola a ti también, Davis —La voz masculina que inunda el salón, me pone los pelos de punta—. ¿Estás solo?

—Sí.

Se escucha una risa seca.

—Vaya, te doy la oportunidad de que no me mientas y aún así lo haces. Lo tuyo tiene que ser patológico.

Davis nos mira y traga saliva.

—¿Cómo sabes qué…?

—¿Todavía te crees que soy imbécil? —Su tono se endurece —. ¿Lo ves, Davis? Ese es nuestro problema. Te piensas que eres el más listo, así que ves imposible que alguien pueda ir un paso o varios por delante de ti. Deberías trabajar esa arrogancia. Va a acabar con todo lo que te importa.

Davis aprieta el móvil en su mano.

—¿Dónde está, Brooklyn? —repite, pronunciando bien cada palabra.

La persona al otro lado se queda en silencio.

Por un momento creo que va a colgarle y a dejarle con la palabra en la boca, pero vuelve a hablar haciendo temblar a cada maldita persona en el salón.

—¿Cómo estás, Blake?

Los chicos reprimen un jadeo colectivo.

Hasta yo aguanto la respiración al escuchar mi nombre.

¿Cómo…?

Mis ojos inquisitivos se van directos a Davis. Este no me devuelve la mirada.

—¿Quién eres? —Aunque mi voz suena firme, me tiembla la mano sobre la pistola que llevo escondida en el pantalón. No sé quién es este hombre de acento británico, pero que vacile a Davis no significa que quiera que haga lo mismo conmigo.

—No lo sabes, pero yo sí sé quién eres tú —A cada palabra que pronuncia se le marca más ese horrible acento que me da

nauseas—. Dylan Blake, el huerfanito criado por su abuela que quiso seguir los pasos de su difunto padre. Primero en todo desde que puede recordar: en clase, en los deportes, con las chicas, en la vida.. Un agente del FBI con mucho potencial para llegar a lo más alto y al que ahora han arrebatado todo de un plumazo.

—Muy bien, tienes internet, enhorabuena.

Se ríe.

Otra vez.

Aprieto los puños.

—No deberías ser tan insolente con la persona que tiene el poder de destruir a quien más quieres.

Esta vez David si fija sus ojos vacíos en mí. Lo ignoro.

—¿Qué has hecho con ella?

—Nada… *por ahora* —Mi pulso se descontrola—. La verdad es que es una chica adorable. Es una pena que tenga que pagar por los chanchullos de su padre.

—Walton, *por favor* —La voz de Davis suena ahogada.

—Como me encanta que supliques, Davis. Es casi tan satisfactorio como lo que planeo hacer con tu hija.

Me acerco al móvil con los ojos inyectados en cólera.

—Como le toques un solo pelo…

—Juguemos a algo —me interrumpe—. Esta noche organizo una elegante fiesta de máscaras en mi casa. Bueno, en realidad es más bien una pequeña reunión familiar, pero nos encantaría que asistiérais, de todas formas. Todos. Sin falta. No nos podéis hacer el feo —Escucho unos murmullos del otro lado de la línea y paro las orejas. Quizás si presto la suficiente atención, podría reconocer alguna voz o alguna cosa que me llevara a localizar a este hombre sin que lo supiera. Mi cerebro está en blanco—. Brooklyn también estará aquí. Con un precioso vestido y una máscara a juego con sus preciosos ojos color miel.

—¿Cuál es el truco? —pregunta Davis.

—¿Por qué tiene que haber truco?

—Walton…

—Bueno… —No soporto que todo le haga gracia—. Solo hay una cosa. Si no la encontráis antes de medianoche, mis hombres la

matarán. ¿Divertido, no?

El aire se escapa por las rendijas de la habitación.

De repente me estoy ahogando.

—Me encargaré de enviaros la dirección y la hora. Poneros guapos.

Cuelga.

No se molesta en escuchar nuestras quejas. Le dan absolutamente igual.

Todos nos quedamos quietos. Incapaces de mover un solo músculo por miedo a cortarnos con el ambiente dañino y afilado que ha creado un hombre al que ni siquiera le ponemos rostro.

Un hombre perfido que no tengo ganas de conocer.

—¿Cuál es el objetivo de todo esto? —Tommy es el primero que se atreve a hablar.

Davis niega con la cabeza.

Todavía con los ojos clavados en su móvil.

—Jugar con nosotros —responde—. Demostrarnos quién tiene realmente el poder. Walton se diverte contigo antes de aplastarte. Es su estilo.

—¿Y si no quiero jugar con él? —Le pregunto con el corazón en un puño.

Alza la mirada.

Hay una mezcla de determinación y miedo deformando su rostro.

—Creo que no lo entiendes, Blake. Tenemos que jugar. Eso o ya puedes despedirte de mi hija.

30
BROOKLYN

No sé dónde estoy.

El polvo que se cuela por los orificios de mi nariz, ya me ha hecho estornudar varias veces. Me duele la cabeza. Aunque creo que eso es culpa de la posición en la que me encuentro.

No veo ni escucho nada, pero sé que estoy atada de pies y manos a una silla incomodísima. No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada. Tengo el culo como una carpeta y la espalda me cruje cada vez que intento mover los hombros.

¿Qué ha pasado?

¿Por qué estoy aquí?

¿Dónde es *aquí*?

No recuerdo nada. Bueno, sí. Recuerdo estar en la cocina, hablando por el móvil con Dylan justo antes de que una mano enorme se posara con fuerza sobre mi boca y… Mi línea de pensamientos se detiene ahí. El resto es un horrible borrón negro.

Una sensación de pánico se instala en la boca de mi estómago.

Estaba en la cocina.

Justo después de descubrir que mi padre tiene algo que ver con el asunto de la gala.

Justo antes de que alguien me noqueara.

Ahora una tela con olor a viejo me impide visualizar dónde estoy exactamente. ¿Me han secuestrado? La idea me provoca ganas de vomitar.

Quiero gritar, pero no me sale. Me muevo frenética en la silla intentando dar con alguna forma de levantarme. Es imposible. Vuelvo a intentarlo de todas formas.

—Vas a hacerte daño en las muñecas como sigas así —Una voz masculina inunda mis oídos. Es la primera que escucho desde que estoy consciente, así que me detengo y paro las orejas.

—¿Quién hay ahí?

—Déjame echarte una mano —continúa con un marcado acento inglés que me resulta familiar.

Oígo sus pasos acercarse a mí por delante desde algún punto. Todas mis extremidades se tensan. Su olor a colonia de hombre lo invade todo. Arrugo la nariz como si esta reconociera el aroma y no le gustara nada.

Noto las manos del desconocido posarse en el nudo que sujeta la venda detrás de mi cabeza. Un segundo después, el trozo de tela cae sobre mis piernas dejándome ver el rostro de mi captor.

Se me escapa un jadeo.

Trato de tirar la silla hacia atrás para poner distancia entre este hombre y yo, pero lo único que consigo es desestabilizarme. Es una suerte que no vuelque.

—¡Tranquila, tranquila! No voy a hacerte daño —Lo miro horrizada. Frederick, el maldito inglés que conocí en el sótano de Makeila y el que observó entre risas cómo su amigo me pegaba una paliza poco después en el festival de verano de Beaufort, está ahora de pie frente a mí, con las manos metidas en los bolsillos de su carísimo pantalón de traje y una expresión inescrutable—. Yo no, al menos.

—¿Qué? —jadeo.

Frederick se da la vuelta y se acerca a una pequeña estantería de libros que hay junto a una puerta marrón. Por lo que mis ojos alcanzan a ver, estamos en un viejo despacho. O nuevo. Según como se mire.

Hay un montón de polvo en el aire, pero la mayoría de muebles están en cajas o envueltos en plástico como si fueran nuevos y todavía tuvieran que desempacarlos y colocarlos en su sitio.

Sé que en la habitación hay una ventana por la que se cuelan ligeros rayos de sol que me queman la nuca, pero no debe ser muy grande, porque apenas entra luz natural. Es gracias a la enorme lámpara que cuelga del techo que distingo con irregularidad las facciones marcadas del inglés.

Sus ojos negros me escudriñan desde la distancia. Trago saliva cuando extiende sus labios en una sonrisa lobuna.

—La verdad es que es una pena que seas hija de ese desgraciado… Mi familia te daría la bendición enseguida.

Arrugo las cejas.

—¿De qué coño hablas? ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí? Tú… —Se me corta la voz—. ¿Has vuelto para acabar lo que empezaste?

—¿Cómo?

—En el festival, tú…

Se le abren los ojos.

—Oh, no, no. Te pido inmensas disculpas por eso. Solo estaba cumpliendo órdenes, si hubiera sido por mí, jamás hubiera dejado que te tocaran un solo pelo. Por favor, si yo lo que quería era invitarte a cenar y cortejarte.

A mí me están vacilando.

—Eres un psicópata, ¿no? Me has secuestrado para cumplir tus fantasías de rarito. Es eso, ¿verdad?

Se ríe y tengo ganas de deformarle la mandíbula de un puñetazo. Empiezo a entender por qué Dylan no pudo resistirse a empujarlo contra la mesita de café del sótano de Makeila.

Es repelente como la mierda.

Y yo imbécil.

—Mi tío bajará enseguida a explicártelo todo. Mantén la calma.

—¿Tú tío? —Asiente apoyándose contra la pequeña estantería como si nada. Tengo los nervios a flor de piel—. Estás fatal… ¡Socorro! —Frederick se incorpora, alerta—. ¡Socorro! ¡Un psicópata me tiene aquí secuestrada! ¡Socorro!

No sé dónde estamos, pero quizás seguimos cerca de la casa del lago.

Quizás si grito, papá me escuche desde algún sitio.

Quizás haya alguien, *quién sea,* que me escuche.

Tengo que probar.

—¡Socorro!

Frederick hace el amago de acercarse a mí, cuando la puerta se abre de golpe mostrando tres figuras enormes a contraluz.

—Yo que tú no gastaría saliva, preciosa —Un escalofrío me recorre de los pies a la cabez en cuanto escucho esa voz—. Aquí nadie puede escucharte y aunque lo hicieran, no harían nada.

Se me seca la boca al reconocer al hombre que entra en la habitación acompañado de dos tipos con pintas de haberse escapado de una película de asesinos a sueldo. Su mirada oscura me atraviesa el pecho como un cuchillo afilado.

Contengo la respiración.

Es él.

Es el hombre con el que mi padre se reunió en aquel bar español cerca de la zona turística. El que llevaba escondida una Glock 43 como la que se entreve ahora en la pistolera que tiene debajo de la chaqueta de su traje negro.

Mierda.

—Me presentaría —Le hace un gesto a uno de sus matones para que le acerque una silla de las miles que debe de haber aquí. Frederick se aparta. El hombre coloca la silla al revés y se sienta delante de mí con las piernas abiertas y las manos sujetando el cabezal. Sonríe. La misma sonrisa perturbante que me dirigió en el bar. —, pero por la cara que pones, deduzco que me reconoces. ¿No es así?

Me tiemblan las piernas.

—Usted es…

—Elijah Walton, cabeza de la familia Walton, encantado…

—Brooklyn.

Amplía su sonrisa.

Y me quedo prendada.

Es un hombre muy guapo a pesar de que su presencia me pone los pelos de punta. Debe tener más de cuarenta, seguro, es imposible que alguien con esa mirada de poder tenga menos que eso, pero no lo parece.

Su piel blanca está tan límpia y tersa como la de un niño. No hay ni una sola cana en su mata de pelo negro. Su musculatura es amplia, se le marca a través del traje. Parece un chaval.

Un chaval capaz de hacer que tu corazón se paralice de miedo.

¿Quién es este hombre?

—Bonito nombre, para una bonita chica —Su acento inglés solo consigue que tenga más ganas de poner distancia entre nosotros—. Perdona por la tardanza, estaba resolviendo unos asuntos familiares importantes.

Le echo un vistazo rápido a sus matones, que se mantienen detrás de él con cara de pocos amigos. Vuelvo la vista a Elijah.

—¿Qué… qué hago aquí, señor Walton? ¿Quién es usted?

—Estás aquí como mi invitada de honor.

Me revuelvo en el sitio.

—¿Por eso me tiene atada?

—No te lo tomes a mal. Me hubiera encantado recibirte de otra forma, pero mi sobrino me ha dicho que eres una chica lista y no me gusta subestimar a las chicas listas.

—¿Su sobrino…?

Poso mis ojos sobre Frederick. Ha vuelto a colocarse junto a la estantería. Ya no me mira.

¿Este es el tío del que hablaba? ¿El que iba a explicármelo todo?

—No te preocupes —continúa Elijah—, no estarás mucho tiempo así, en nada bajarán las chicas del servicio a prepararte para el baile de esta noche.

—¿Baile?

—Esta noche organizo un baile de máscaras y tú serás mi invitada de honor.

El ruido de unos pasos apresurados hace que todos giremos la cabeza hacia la puerta. Creo escuchar a una mujer gritándole a alguien a lo lejos que vuelva aquí, pero no estoy muy segura. La tensión me tapona mis oídos.

Elijah gira el torso un momento en la silla y le hace un gesto a uno de sus grandullones para que vaya a ver qué está pasando.

Este sale sin rechistar y cierra la puerta tras él.

Ni siquiera me esfuerzo por ver que hay más allá.

No vale la pena.

La única persona que puede sacarme de aquí está sentada delante de mí, analizándome con esos ojos negros con los que sin

duda voy a tener pesadillas. Es irónico lo atrayentes que resultan.

Mi respiración es cada vez más irregular.

Las cuerdas alrededor de mis tobillos y mis muñecas empiezan a escocerme la piel. Me van a dejar marca.

—¿Por qué? —suelto en un golpe de voz.

¿Por qué me hace esto?

¿Por qué estoy aquí?

¿Por qué *yo*?

¿Por qué?

Estoy luchando por contener las lágrimas. Me da la sensación de que este hombre se alimenta de la gente débil. No quiero parecer débil ante él.

—No tengo nada en tu contra, Brooklyn, al contrario. Me caes bien… Tu padre, en cambio, es otra historia.

—¿Mi padre?

Asiente.

Y ni siquiera sé por qué me sorprende.

Claro que esto tiene algo que ver con mi padre. Siempre tiene algo que ver con él.

—Ha intentado tomarme el pelo y por desgracia, tú eres la única baza que puedo usar para recuperar el honor de mi familia y mi dinero.

—¿De qué está usted hablando?

Elijah se queda un segundo en silencio.

Se vuelve cada vez más complicado respirar aquí.

—Siento ser yo él que te diga esto… No me parece de buen gusto desmontarle la figura paterna a alguien que no tiene más familia, pero tu papi se alió con nosotros para dar el golpe en aquella gala benéfica que se organizó en Nueva York hace un par de meses. Fue él quién nos contrató.

Un peso enorme y repentino me aplasta los pulmones.

No puedo respirar.

Me ahogo.

Pero mi expresión se mantiene serena. Me late el corazón a mil por hora. Pero no me muevo. Ni un solo gesto.

Dylan tenía razón.

Blue tenía razón.

Todos tenían razón. Soy una idiota y mi padre un criminal. Mi padre, por el amor de Dios, no puedo.

Cuando levantó los tablones del suelo para esconder su dichosa pistola, ya se me vino el mundo encima, pero todavía tenía una pequeña esperanza. Muy pequeña.

Esa esperanza ha muerto.

Guau.

Que te lo digan directamente es incluso más chocante que darte cuenta tú misma.

—¿Vosotros… vosotros sois la banda criminal? —Me tiembla la voz.

—¿Así nos clasificáis? Vaya… —Elijah se abrocha un botón de la chaqueta—. Yo diría más bien que trabajamos para los verdaderos criminales. Les hacemos el trabajo sucio a cambio de una suculenta suma de dinero. Trabajamos con todos y con ninguno a la vez. Nos vendemos al mejor postor y nos aseguramos de cumplir con lo que prometemos. Siempre y caundo, claro está, que ellos cumplan con su parte también.

No digo nada.

No puedo.

Así que Elijah continúa.

—Conocí a tu padre en un casino en las vegas hace casi un año. Un tipo al que le encanta aparentar. No es la primera vez que me topo con uno así. Lo calé desde el primer momento —Suelta una risa seca—. Pero tengo que reconocer que me impresionó que supiera quién era yo. ¿Un agente del FBI con contactos para ponerme cara, *a mí*? Ja. Tenía que ser un corrupto. Y así era. Dijo que tenía un trabajo para mi familia, que ganaríamos el suficiente dinero y la suficiente visibilidad en este mundillo como para reflotar nuestra reputación, que no estaba pasando por una buena época y él lo sabía.

»»Sabía que aceptaría su mierda de propuesta porque no me quedaba otra, porque mi familia necesitaba ese golpe para no desaparecer. Dijo que él nos protegería, que se encargaría de que le asignaran el caso de la gala y así hacer desaparecer las pruebas más

importantes. Incluso nos señaló a un pringao al que podíamos inculpar en el proceso. Él se encargaría de encasquetarle el dinero para poder cerrar el caso. Un dinero que en principio tenía que tener uno de los míos, pero al que tu padre le hizo el lío para quedárselo, aprovechando que yo estaba fuera.

A Elijah le chirrían los dientes.

Está claro que pensar en mi padre le oscurece el alma.

Una alerta de peligroso brilla con luces neón en mi cabeza.

—Se supone que recuperaría el dinero con facilidad en cuanto encerraran al pringado ese de las empresas, pero las cosas se salieron de control. Alguien descubrió las grabaciones de la gala que ocultó, porque estaba claro que tu padre no puede ser el único competente ahí aunque él se piense que sí —Niega —. Ese maldito arrogante —masculla—. Ahora no puede recuperar el dinero porque la policía ya no se fía de nadie. Ha perdido nuestro dinero y aunque me prometa que va a recuperarlo, me está haciendo perder el tiempo desde hace semanas. No me gusta que me hagan perder el tiempo. Ni que me tomen el pelo. Y tu padre ha hecho ambas.

No sé por qué me está contando todo esto.

Está claro que le da igual que lo sepa.

Lo que solo puede significar que para él ya estoy muerta.

Es imposible que este hombre me deje salir con vida de aquí después de contarme —a medias— quién es.

El maldito cabeza de una banda criminal que trabaja en familia.

Una banda criminal con la que mi padre ha hecho un chanchullo que va a costarme la vida.

¿Por qué razón querría él robar el dinero de la gala?

¿Por qué matar a gente en el proceso?

Mi corazón se hunde en mi pecho con fuerza.

—Tu padre tenía razón —Elijah respira hondo antes de volver a dedicarme una sonrisa que me revuelve el estómago—. El golpe nos ha dado visibilidad. Y no puedo perderla solo porque se extienda el rumor de que el policía más corrupto del planeta nos ha timado. Lo entiendes, ¿verdad?

Aprieto con fuerza los costados metálicos de la silla.

Si desvío la vista de Elijah, veo la habitación dando vueltas a mi alrededor.

—Ya no se trata del dinero —dice—. Sí, somos una «banda criminal» pequeña y cada céntimo cuenta, pero lo que más cuenta en este mundo es conservar el orgullo y la reputación. Todos se creen que somos unos inútiles. La policía hasta tiene ya fichado a uno de los nuestros, Nelson Hall, no sé si te suena —Voy a vomitar. Elijah me mira de arriba abajo antes de volver la frialdad de sus ojos a los míos—. Necesito recuperar el honor de mi familia. Hundir a tu padre hará eso por mí.

Hundirlo a través de mí. Pienso.

No es una casualidad que yo esté aquí.

No es una casualidad que mi instinto de supervivencia me esté gritando que salga por patas de aquí.

Este hombre es peligroso.

Y va a hacerme pagar lo que mi padre le debe.

Solo que todavía no sé cómo.

—¿Cuál… cuál es… tu plan? —pregunto quedándome sin aliento.

—Esta noche asistirás a mi baile de máscaras. He invitado a tus amigos. Jugaremos a un juego —explica—. Si te encuentran antes de medianoche, te dejaré volver a casa con ellos.

Trago saliva.

—¿Y si no?

—Mis hombre te matarán y Davis recibirá el mensaje.

—¿Cuál es el truco?

—No hay truco. Al contrario que tu padre, yo sí soy un hombre justo y de palabra. La única condición es que no intentes jugármela. Si te acercas a ellos, les volaré la cabeza. Ellos te encuentran a ti, no al revés.

—¿Y si son ellos los que intentan jugártela?

Sonríe.

Una sonrisa sinestra que acaba de sacarme el aire.

—Subestimas lo mucho que les importas. Sobre todo a ese Blake. Os he estado observando… Reconozco esa mirada que usa

contigo. Va a seguir mis reglas, no puede permitirse que te pase nada.

Una línea de agua baja por mi frente y me empapa la comisura de los labios.

Estoy sudando a mares.

—¿Tú… me has estado observando?

Elijah no responde.

Se levanta de la silla como si nada y le hace un gesto al grandullón que queda y a su sobrino para que vayan saliendo de la habitación.

—No es personal, lo juro —Se ajusta la chaqueta—. Tan solo velo por el bienestar de mi familia.

Sale él también de la habitación dejando la puerta abierta de par en par.

Le da igual que vea el pasillo mugriento que hay detrás.

O que me quede sola para intentar escapar.

Sabe que no puedo.

Nunca podré.

Está mintiendo con eso de darme una oportunidad de volver a casa con mis amigos.

Eso no va a pasar y todos lo sabemos.

Elijah es el tipo de hombre que no pierde nunca.

Y que cuando lo hace, se vuelve loco.

Ya ha perdido una vez contra mi padre. No va a cometer el mismo error dos veces.

Para él este baile tan solo es un juego de falsas esperanzas antes de deshacerse de todos nosotros. Quiere que bailemos al son de su música para luego pararla justo antes de que termine.

En cuanto los chicos entren aquí, están muertos.

Igual que yo.

Dejo que las lágrimas corran libres por mis mejillas sin importarme que Elijah pueda volver y alimentarse de mi debilidad.

Estoy harta de luchar.

De luchar por mantener aflote un barco que se hundió incluso antes de que yo supiera que existía.

Mi padre está podrido hasta la médula.

Es un hecho que ya no puedo negar.

Sigo llorando hasta que me da la sensación de que alguien me mira. Alzo la mirada del suelo y casi me atraganto cuando veo al mismo niño al que le curé una herida en la fiesta que mi padre montó en casa.

Ander.

Solo lo veo un segundo. Un segundo en el que sus ojos negros tratan de traspasar mi alma. Luego desaparece corriendo por el pasillo.

No puede ser.

¿Qué hace él aquí?

31
DYLAN

—Estás muy guapo.

Aparto los ojos del retrovisor para mirar a África.

Está a mi lado, en el asiento del copiloto. La tenue luz del cubículo no consigue ocultar el brillo en sus ojos verdes. Me sonríe, pero yo soy incapaz de devolverle el gesto.

—Gracias —respondo seco.

Podría decirle que ella también está muy guapa con su largo vestido verde de noche, pero me da pereza.

Prefiero volver la vista al retrovisor central y seguir intentando ajustarme la maldita corbata.

Me he visto miles de tutoriales sobre cómo hacer el nudo bien. Es increíble que todavía no me salga. Está claro que en eso soy hijo de mi padre.

—Puedo ayudarte yo con el nudo, si quieres.

Dejo caer la corbata.

Ahora está casi tan arrugada como mi camisa.

—Estoy bien, no te preocupes —Ya ni siquiera me molesto en mirarla. No sé si es culpa de los nervios o de la americana que llevo puesta, pero tengo un calor horrible. El sudor me baja por el cuello en cascadas.

Echo un vistazo rápido por la ventana.

Estamos aparcados a un par de metros de la entrada de una mansión enorme en la que no para de entrar gente con trajes elegantes y vestidos de noche. Frente al portón hay por lo menos cinco guardias de seguridad y una mujer que reparte máscaras venecianas y antifaces a todos aquellos que lleguen sin una.

Agacho la cabeza hacia el antifaz que tengo sobre mi regazo. El fondo es una partitura musical opacada por detalles con relieve en negro y en rojo. Es ridículo.

Sigue llegando gente. Se suponía que era una pequeña reunión familiar. Me pregunto cuánta de esta gente es realmente

familia de ese hombre.

La mayoría parece más bien una trampa mortal para nosotros. Hombres a los que no les interceptan las armas que llevan escondidas a la vista y mujeres con la mirada más letal que he visto en mi vida.

Pase lo que pase esta noche, el tal Walton se ha asegurado de tener siempre las espaldas cubiertas.

Alzo el reloj que llevo en la muñeca. Ya son las ocho pasadas. Llevamos aquí parados por lo menos diez minutos, esperando que el coche de Davis aparezca con Jack y con él. Son los primeros que han salido y los últimos en llegar.

Tommy y el resto ya están aparcados al otro lado de la calle.

—¿Dónde mierda se han metido? —farfullo.

—Oye, Dylan —Giro la cabeza hacia África muy a mi pesar. ¿Qué quiere ahora? —. Sé que sigues enfadado conmigo por lo que pasó en el lago, pero…

Bufo.

—Ahora no, África, por favor.

Lo que me faltaba ya.

Me duele la maldita cabeza. Estoy sudando como un cerdo. Tengo cero ganas de aguantar a África. Me da igual lo que quiera decirme. Me da igual cómo se sienta. No quiero escucharlo. No ahora.

—Pero es que me arrepiento muchísimo. Tienes que saberlo, porque…

Llevo las manos al volante y aprieto con fuerza.

—¿De verdad crees que es un buen momento? Tienes que estar de coña —Suspira y se deja caer contra el asiento, apartando la mirada—. La única razón por la que estás aquí es porque necesito que guíes al departamento del FBI de Alabama hasta aquí. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—Bien. Encárgate de sacarnos ilesos de este embrollo y tal vez así compenses un poco lo que hiciste.

Mi móvil vibra en el bolsillo y lo saco.

Es un mensaje de Tommy diciéndome que Davis y Jack ya están aquí.

—Muy bien, comienza el espectáculo.

África asiente y se coloca la máscara a juego con su vestido, antes de salir del coche.

Yo me tomo un segundo para estabilizar el ritmo de mis pulsaciones.

Ni siquiera sé por qué cojones estoy tan nervioso. No es la primera vez que me encuentro en una situación similar a esta: un criminal con dotes de grandeza que se cree que es demasiado listo para la policía.

No obstante, sí es la primera vez que uno de ellos utiliza a alguien importante para mí para inclinar la balanza a su favor. Hacía mucho tiempo que no me permitía sentir nada demasiado profundo por nadie.

Precisamente por esto.

El amor es una vía de acceso a una debilidad incontrolable. Una debilidad que otros pueden usar en tu contra.

Si algo le pasara al caramelito, no sé cómo reaccionaría. La simple idea hace que se me hunda el corazón en el pecho y me falte el aire.

Todo esto es culpa mía.

Tal vez si no me hubiera dejado llevar por el orgullo, habría conseguido mantenerla a salvo a mi lado hasta que se diera cuenta de que su padre es un cabrón sin escrúpulos.

Tal vez si hubiera usado la lógica en lugar de los sentimientos, no estaríamos en esta situación ahora.

Joder.

Tengo que sacarla de ahí como sea.

Me coloco yo también el estúpido antifaz antes de salir del coche. Fuera me topo de lleno con Tommy, que tiene a Tabatha, más alta de lo normal gracias a sus tacones de aguja, colgada del brazo.

Detrás de ellos se acercan Elliot, Emma y Wolf, seguidos de Mateo y Lewis.

Soy muy consciente de que Davis está un par de metros más allá, junto a Jack, cerca del portón de entrada.

Todos me observan en silencio.

A la espera de que sea yo el que dé el primer paso. Giro un segundo la cabeza hacia África que se ha quedado quieta al lado de la puerta del copiloto y le hago un gesto para que se acerque.

Me están temblando las piernas, pero me mantengo firme en el sitio incluso cuando se cuelga de mi brazo a desgana.

Todo forma parte del plan.

Hay muchísima gente aquí que podría no ser lo que aparenta. Criminales ocultos bajo trajes hechos a medida, pendientes de diamantes y relojes que pesan un quilate.

No puedo arriesgarme a echarlo todo a perder.

Caminamos bajo la luz de las farolas de la calle hasta llegar al portón. Davis es el único que pasa sin echar un solo vistazo a su alrededor. Jack lo sigue, pero ella también es consciente de cómo caen las miradas de los guardias sobre nosotros.

Saben quiénes somos.

Estoy seguro.

—Bienvenidos —Una mujer con una bandeja llena de copas de champagne nos recibe a un lado de la puerta principal—. ¿Una copa para inaugurar la noche?

Tommy es el primero en agarrar una. Todos, menos Jack y Davis, lo imitan. África coge dos para nosotros.

Niego.

—No, gracias.

—Venga, estamos a punto de entrar en la boca del lobo. Creo que mereces un segundo de paz antes de que todo se vuelva un caos.

Me quedo mirando la copa un segundo.

Las burbujas flotan hacia arriba creando una espuma que me seca la boca, pero aún así, vuelvo a rechazar la copa.

África suspira y pone la mía en la bandeja.

Sin emitir una palabra más, entramos por fin en la mansión.

No me sorprende nada encontrarla a rebosar de gente. Dos plantas llenas de personas enmascaradas, camareros paseándose con bandejas de comida y alcohol, y bailarinas subidas a una barra enorme que ocupa todo el centro de la primera planta.

La iluminación de la sala me hace daño en los ojos.

Hay tanto ruido y movimiento que parece un circo.

Y nosotros somos sus payasos.

—Ahí está Walton —Davis me hace un gesto con la cabeza hacia la baranda de la segunda planta, desde la que un hombre nos observa con una sonrisa que me pone la carne de gallina.

Elijah Walton, un mafioso con demasiada ambición para su propio bien y mi nueva pesadilla.

Una hora después de que le colgará el maldito teléfono a Davis, me hice con la poca información conocida que hay de él: Propietario de una pequeña cadena familiar de joyerías —que seguramente use como tapadera para sus verdaderos negocios—, viudo y padre de un niño que debe rondar los diez años, y del que se ha asegurado que no haya ninguno registro en nuestras bases por ahora.

Nada de trapos sucios.

Es el único de los presentes que no lleva puesta la máscara.

Quizás porque su rostro ya es la viva imagen de la falsedad.

Aprovecha que una camarera pasa por su lado, para robarle una copa de champagne de la bandeja y brindar en silencio en nuestra dirección. Es un simple gesto que hace que tenga ganas de quemar esta maldita mansión.

Como si Davis pudiera escuchar mis pensamientos, dice:

—No dejes que juegue con tus emociones. Es lo que mejor se le da. Tú encárgate de encontrar a mi hija y yo me encargaré de él.

—¿Por qué tú te encargas de él?

—Tú mismo has dicho que lo conozco muy bien, ¿no?

Hace el amago de retirarse a saber dónde y lo cojo del brazo con fuerza.

—Recuerda que ya se te ha caído la careta, Davis. Si intentas jugárnosla, eres hombre muerto.

Y lo digo muy en serio.

He perdido mi trabajo y ahora también a Brooklyn.

Me la suda acabar de arruinarme la vida con un cadáver en mi historial.

Este se suelta de mi agarre con un movimiento brusco y se va. Le hago un gesto a Tommy para que lo siga. Wolf por desgracia también lo ve y se retira con ellos.

Pongo los ojos en blanco y miro mi reloj. Las ocho y cuarenta y cinco. Tres horas y quince minutos antes de que la promesa de Walton se haga realidad.

Escaneo la sala con ojos temblorosos.

Va a ser muy difícil dar con Brooklyn aquí. Lo sé. Y Walton también lo sabe. Hay cientos de rostros femeninos ocultos bajo máscaras de diferentes formas y tamaños. Todas podrían ser Brooklyn y ninguna a la vez.

Joder.

—Está bien —Tengo los nervios a flor de piel—. Distribuiros. Tenemos tres horas para dar con Brooklyn. No os dejéis liar.

Me aflojo todavía más el nudo de la corbata mientras veo a mis agentes y a África esparcirse por la sala hasta desaparecer de mi vista.

—Así nunca vas a dar con ella —Escucho una voz a mis espaldas y me sorprende a quien encuentro ahí.

32
DYLAN

—Tú… —La música de fondo sofoca el golpe de voz en mi garganta.

Mini satán me mira desde abajo con esos escalofríantes ojos negros que siguen poniéndome los pelos de punta.

¿De dónde…?

Me quedo paralizado en el sitio.

Su expresión impasible no pega nada con su rostro redondo y el rubor de sus mejillas. Lleva un traje y una corbata en versión miniatura, como el resto de hombres de la sala. La única diferencia es que él no esconde su rostro detrás de una máscara.

—No habrás bebido nada, ¿no? —Es lo primero que me suelta con ese tono vacío de emoción.

Arrugo las cejas.

—No… ¿Por qué…?

—Las copas de champagne, mi padre les ha hecho algo.

—¿Tu padre…? ¿De qué…?

Entrecierro los ojos en su dirección.

Su padre…

De repente el parecido resulta evidente. Mismos ojos oscuros, mismo pelo negro, misma expresión mortifera…

¿Su padre es…?

Pues claro, joder.

—Ven conmigo —Tira de mi mano con toda la fuerza de sus esqueléticos bracitos de niño.

Lo ayudo moviendo también mis piernas en la misma dirección que él, pero el corazón ha comenzado a latirme tan rápido que no siento mis extremidades.

—¿Dónde me llevas?

Mini satán echa un vistazo rápido detrás de mí, antes de pasar entre dos mujeres que charlan en mitad de la sala con copas de champagne en la mano.

—Calla y muévete deprisa antes de que alguien nos vea.

Qué mandón el niño.

¿Cómo se llamaba? ¿Andrew? ¿Asthon?

Hago un esfuerzo mental por recordarlo, pero no hay manera. Mi cerebro lo ha bautizado como mini satán y no puedo culparlo.

Este niño da miedo.

Nos mete por un pasillo desierto y oscuro. Por un segundo creo que es una trampa, que quizás su padre le ha pedido que me entretenga o que me encierre para que no pueda dar con Brooklyn a tiempo.

Paro los hombros.

Mini satán se detiene delante de una puerta abierta. Dejo que nos meta dentro y cierre a sus espaldas.

Es una habitación pequeña y vacía en la que lo único que hay es un enorme conducto de ventilación a la altura de mis rodillas. No hay ventanas, ni muebles, ni elementos decorativos.

Solo la puerta, el conducto y una lámpara que cuelga del techo y que apenas da luz.

El escenario del crimen ideal.

—¿Ahora es cuando tu padre me pega un tiro por detrás y te recompensa con un caramelo por haberme traído hasta aquí?

—*Shhh*.

Mini satán se agacha delante del conducto de ventilación y me hace un gesto para que lo imite. Yo no me muevo del sitio.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es este lugar?

—Ven aquí y luego me das las gracias.

No sé si me está tomando el pelo o qué, pero le hago caso. Ya estoy metido en la boca del lobo de todas formas, si al final resulta que esto es una broma o una trampa, mi situación no variará mucho.

Me agacho junto a él en el suelo.

—¿Y bien?

—Escucha y no hables. Podrían oírte.

Ni siquiera me molesto en preguntar *quiénes* podrían oírme. Hago lo mismo que él y acerco mi oreja al conducto de ventilación.

Al principio lo único que escucho es el flujo de aire. Un par de segundos después, una voz, que ya se ha quedado grabada en mi sistema, se cuela por las rejillas.

—¿Y bien, tienes mi dinero?

Walton.

Creo que jamás voy a olvidar el escalofrío que me recorrió la primera vez que escuche su voz.

—No exactamente, pero…

Davis.

—¿Me tomas el pelo?

¿Dónde están?

¿Por qué puedo escucharlos desde aquí?

Giro la cabeza hacia el mini satán que ya tiene sus ojos negros sobre mí. Era esto lo que quería que viera. Este conducto está conectado con el de otra habitación y puede escucharse todo lo que llegue de esta si se está muy en silencio y atento.

Y supongo que lo mismo al revés.

Increíble.

—No es tan fácil, Walton —La voz de Davis vuelve a inundar el conducto de ventilación—. El dinero está ahora en manos del director del FBI. No puedo entrar y cogerlo como si nada.

Richards… Claro.

Saco el móvil que llevo escondido en la chaqueta y activo la grabadora. Estoy seguro de que los guardias se han dado cuenta cuando hemos entrado de que llevamos móviles y armas, pero aun así, no nos han detenido ni registrado.

Otra razón más para creer que estamos en la boca del lobo.

Walton no considera una amenaza nuestras armas o a quién podamos contactar. Sabe o cree firmemente que no vamos a hacer ninguna tontería. O que por lo menos *él* no va a salir malparado en caso de que se nos ocurra.

Se ríe de nosotros en nuestras narices.

—Y una mierda —Walton no grita, pero su voz hace temblar las redinjas del conducto—. Yo no soy el imbécil de Talmen. Los dos sabemos que te ibas a quedar con ese dinero. Te inventaste la excusa de encasquetárselo al idiota ese de las empresa solo para

ganar tiempo, para que los míos no lo recuperaran… Pero intentas hacernos el lío desde el principio. Eres un maldito pretencioso de mierda. Te puede el dinero.

—Reconozco que tal vez creí que eras un pobre imbécil del que me podía aprovechar —Dejo de respirar cuando escucho el ruido de un arma cargándose. Davis no tendría que haber dicho eso—. ¡Pero me has sorprendido! —Su voz ahora suena desesperada por justificarse—. Te has ganado mis respetos. Te pagaré tu dinero, lo juro, aunque sea de mi propio bolsillo.

Niego.

Sabía que Davis estaba podrido, pero no me imaginaba hasta que punto.

Fue él. Hemos tenido al responsable de todo en nuestras narices durante meses. Fue él, joder. No sé si quiero llorar o reír.

Walton no dice nada, así que Davis vuelve a hablar.

—¿Te crees que no quiero sanjar este tema o qué? Llevo intentando devolverte tu maldito dinero desde que le pegásteis la paliza a mi hija en la feria.

—Te mereces la que te dimos a ti.

—Por favor, Walton —súplica. Me está temblando la puta ceja del estrés—. Ella es lo único que tengo.

—Créeme, a mí me sabe peor que a nadie. Tu preciosa hija no debería pagar por tener un padre inútil —En eso estoy de acuerdo con Walton—, pero los negocios son negocios, y yo debo velar por el interés de los míos. Quizás si te das prisa, todavía puedas despedirte de ella.

Poso mis ojos en el reloj que llevo en la muñeca.

Las diez menos cuarto.

Mierda.

¿Cuándo ha pasado tanto tiempo?

Fijo mi atención en el mini satán. Tengo la garganta en un nudo.

—Dime que sabes dónde puedo encontrarla.

El niño asiente de inmediato.

Dejo escapar el aire.

No abre la boca, tan solo se levanta y espera que lo siga, así que eso hago. Me conduce en silencio a través del tétrico pasillo. Cada vez nos sumergimos más en la oscuridad, hasta que llegamos a unas puertas dobles. Están cerradas, pero entre las rendijas sobresalen luces de colores.

—¿Es aquí?

Hago el amago de acercarme, pero mini satán niega con la cabeza y me señala una puerta más pequeña a la derecha. Nos metemos dentro, encontrándonos con un pasillo un poco más estrecho y corto. Al final de este, hay una cortina roja similar a la que tienen en los teatros.

Arrugo las cejas, pero no digo nada.

El niño abre un poco la cortina y me arrastra del brazo hacia el otro lado.

Mis ojos necesitan un segundo para adaptarse a las luces tenues y cambiantes de la sala. Al principio no entiendo bien dónde estamos. Hay una pequeña pista de baile en el centro que se extiende hasta chocar con un par de mesas y una larga barra de bar.

Estamos en un rincón oscuro y apartado de un salón de baile decorado al estilo victoriano.

Casi al otro lado veo las puertas dobles por las que el niño no ha querido que pasemos.

Ahora entiendo por qué.

Hay muy poca gente aquí. Diez personas como mucho. La mayoría hombres. Algunos bailan en el centro de la sala con mujeres muy elegantes y enmascaradas que van pasando de mano en mano. La música es suave y refinada. Nada que ver con el estruendo del salón principal.

Mini satán me pega un golpecito en el brazo para que siga la dirección de su mirada.

Dejo de respirar.

Es ella.

Apartada al otro lado del salón, a un paso atrás más de ocultarse en las mismas sombras que nosotros. Dios. Es ella. Mi corazón la reconocería incluso entre una multitud de copias.

Lleva una máscara veneciana negra con toques en dorado. Su vestido también es negro, pero de un negro transparente que se ajusta en las zonas correctas de su cuerpo.

Está preciosa.

Y sexy.

Joder.

Es espectacular.

No me puedo creer que sea ella. No puedo creer que la tenga delante de nuevo. Pensaba que no volvería a verla cuando salí disparado de su habitación aquella noche.

Mi corazón late a un ritmo desenfrenado.

No puede ser tan fácil.

—¿Por qué me ayudas? —pregunto sin apartar mis ojos del caramelito.

Es sospechoso que mini satán me ayude. A mí, que está claro que le caígo mal desde el día que me conoció. Encima, es hijo de Elijah Walton, el mismo hombre que se ha propuesto hundirnos en la miseria como parte de su venganza personal.

Es imposible que esto no tenga truco.

—No te ayudo a ti —dice—, la ayudo a ella. Ahora estamos en paz.

Desvío la vista hacia él un segundo. Su expresión firme es imposible de leer, así que no me queda otra que confiar en su palabra. Aunque sea la palabra de un Walton. Se me acaba el tiempo.

Hago el amago de caminar hacia Brooklyn, pero mini satán me coge otra vez del brazo. Esta vez para señalarme a dos personas en la barra. Me quedo paralizado.

Es el máldito inglés y Nelson Hall. Ambos sin máscaras, sentados en un taburete tomando una copa. Una oscuridad repentina escala por mis extremidades. Aprieto la mandíbula.

Estaba claro, joder.

Esos dos imbéciles trabajan para Walton.

De ahí la paliza que le pegaron a Brooklyn en la feria. De ahí que el maldito inglés estuviera en la fiesta de Davis.

Es todo por Walton.

Ellos son sus marionetas.

Ellos son la trampa.

Mierda.

—No te han visto llegar… —La voz del niño me devuelve a la realidad.

—¿Qué?

—Ellos. No saben que máscara llevas. No saben que *tú* eres *tú*. Para ellos eres un invitado más.

Enseguida lo entiendo.

No saben que estoy aquí.

No saben quién soy.

Esa será mi carta para arrebatarles a Brooklyn en sus narices.

Sonrío.

33
BROOKLYN

No para de mirarme.

Me provoca arcadas que se lama los labios cada vez que poso mis ojos sobre los suyos. Es asqueroso. No sé cómo pudo resultarme atractivo cuando chocamos en el sótano de Makeila.

Me encantaría arrancarle de cuajo sus perfectas facciones inglesas y dárselas a comer al idiota del Galimateo que lo acompaña en la barra. El problema es que si hago cualquier movimiento extraño, Frederick hará que me peguen un tiro sin dudarlo.

No me tengo más remedio que quedarme aquí quieta y parecer inalcanzable; como una princesa encerrada en una torre.

Órdenes de Elijah.

Maldito desquiciado.

Ha hecho que sus trabajadoras estuvieran horas vistiéndome, peinándome y resaltando mis atributos con maquillaje carísimo, para convertirme en un peón más de un plan retorcido que ni siquiera entiendo.

Ha montado dos bailes: uno de distracción y este, privado y al final de un pasillo oscuro por el que a ninguno de mis amigos se les ocurriría pasar. Sabe que necesitarían más de un par de horas para que se les ocurriera que puede haber un segundo baile aquí.

Un baile del que no puedo escapar.

No van a encontrarme nunca.

Dylan no va a encontrarme nunca.

Darán las doce y Elijah los matará a todos. Me matará a mí. Él ganará.

La idea me oprime el pecho.

¿Qué voy a hacer?

Tengo que hacer algo. Llevo aquí de pie casi dos horas, empapándome de un ambiente que me pone los pelos de punta mientras observo a un grupo selecto de desconocidos bailar y reírse. Me siento inútil.

Lo único productivo que puedo hacer es cortarle los ojos a Frederick cuando me sonríe desde la barra. Enseguida me arrepiento. Deja su vaso de whisky a un lado y se alza del taburete para venir hacia mí.

Camina con la seguridad de alguien que sabe que la sala es suya. Estoy en su tablón de juego, acorralada entre sus piezas más fuertes.

De hecho, él y su esbirro son los únicos que no llevan una máscara veneciana. No les hace falta ocultar su rostro. No quieren. Quieren que todos los extraños sepan que si alguno de ellos levanta la mano en su dirección, acabaran con un tiro de dudosa procedencia en el pecho.

A pesar de que nadie pensaría, al menos de Frederick, que es capaz de hacerle daño a una mosca con ese porte elegante que le dan su traje negro y esa aura tan atrayente para los demás.

Su tío lo ha entrenado bien.

Me coloco recta en cuanto me llega su putrefacto olor a colonia de marca.

—Baila conmigo —Estira su mano hacia mí con una expresión petulante. La miro y luego lo miro a él.

Estiro mis labios en una sonrisa de boca cerrada.

—No, gracias, estoy bien.

A Frederick le cambia la expresión al instante.

—No era una pregunta —chista—. Ven.

Tira de mi brazo con brusquedad. Las náuseas se intensifican en mi garganta, pero las aguanto.

Frederick me arrastra hasta el centro de la pista de baile. El resto de las parejas se apartan para darnos espacio. El maldito inglés infla el pecho y alza la cabeza como un pavo real cuando uno de los hombres le dedica una sonrisa de aprobación en cuanto pasamos por su lado.

Dios, dame paciencia.

Frederick me coge de la cintura con fuerza y me pega a su pecho. Trato de respirar hondo, pero su cercanía intoxica el aire. Lo odio.

Odio que su cuerpo se balance tan cerca del mío al ritmo de una música lenta y oportuna.

Odio que su mano toque la mía. Hace que me entren ganas de rompérsela.

Lo odio.

Pero mi insto de supervivencia me impide hacer nada. Dejo que nos meza de un lado a otro sin ninguna gracia. Mi cerebro se apaga. El tiempo se ralentiza.

Paso una eternidad bailando con él.

Escucho su risa engreída en la lejanía. Creo que también me habla, pero no distingo más que un sonido borroso. Su toque en mi cintura es lo único que hace que mi cuerpo se mantenga en alerta.

Es horrible.

Ojalá me dé un infarto y acabe todo esto ya.

Frederick se separa un poco de mí y me hace girar en el sitio. El movimiento me pilla tan desprevenida, que pierdo un poco el equilibrio y acabo chocando contra un pecho duro.

—Perdona, yo…

Alzo la cabeza.

Un invitado nuevo en el panoráma se situa delante de mí con una máscara negra y roja que no consigue ocultar el gris de sus ojos.

Me quedo sin aire.

No puede ser.

Es alto, de hombros anchos y con una músculatura que se le marca incluso a través del elegante traje negro que lleva puesto. Lo único imperfecto de su vestimenta es el nudo mal hecho de la corbata.

Una sensación de deja vú me recorre el cuerpo.

El desconocido me sonríe un segundo en el que creo reconocer el pequeño hoyuelo que se forma en su mejilla derecha.

Tengo que estar alucinando… pero no puede ser una casualidad.

Esa cicatriz en la ceja no puede ser una maldita casualidad.

Mi corazón se acelera.

Él desvía la mirada por detrás de mí. Yo no me muevo mientras le dice a Frederick, señalándome:

—¿Puedo? —Vuelve la vista a mí. Su sonrisa no decae—. Si a ti no te importa, claro.

Niego automáticamente.

No puedo dejar de mirarlo.

¿Será…?

Joder, la posibilidad de que sea me tiene al borde de los nervios.

—Claro —Escucho bufar a Frederick. Ni siquiera me giro para mirarlo de nuevo, pero estoy segura de que ahora mismo debe tener ganas de arrearle un puñetazo al hombre que tengo delante.

No puede.

No sin saber exactamente quién es.

Y con esa máscara es imposible que sepa quién es.

Podría ser alguien importante. Un invitado especial de su tío. El que este financiando esta fiesta.

No lo sabe, así que no va a arriesgarse a enfadarlo.

Por eso, vuelve a la barra sin rechistar y nos quedamos solos en la pista de baile.

El hombre estira la mano en mi dirección. En cuanto mis dedos rozan los suyos, una corriente de electricidad me recorre los músculos.

Con su otra mano me atrae por la cintura con suavidad hacia él. Su toque caliente traspasa la fina tela de mi vestido semitransparente. Por primera vez desde hace horas, me siento segura.

Trato de respirar con normalidad, pero el aire se queda atascado en mi garganta.

Con él bailar no resulta pesado.

Me mueve con ligereza por la pista, siempre pidiéndome permiso para dar un paso en una dirección o la otra. Su agarre es también delicado, como si mi cuerpo fuera una pieza valiosa que debe ser tratada con mucho cuidado.

La música inunda mis oídos y la siento por primera vez.

Es dulce e intima como nuestro baile. Y estoy segura de que no soy la única que lo piensa.

Noto la mirada de los invitados sobre nosotros. Ellos también palpan la tensión creciente en el ambiente. Es gasolina pura.

Hay algo en este hombre… Huele a limpio, huele como *él.*

Clavo mis ojos miel en los suyos.

No sé si es que su olor noquea mi lógica, pero necesito saberlo.

—Dime que eres tú, por favor —susurro con el pulso descontrolado. Cuando sonríe una sensación de alivio me inunda el pecho. No puede ser. Un mar de lágrimas se acumula en mi ojos—. ¿Cómo me has encontrado?

Dylan me acaricia un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Digamos que no le caigo tan mal al mini satán.

—¿Mini satán? —Enseguida se me ilumina la bombilla. Sonrío —. Ander…

—Con que ese era su nombre, eh. No me acordaba.

Dylan me hace girar en el sitio antes de volver a pegarme contra su pecho.

—Tenemos que ayudarlo, Dylan. Es un niño víctima de esta familia de locos.

—¿Estás segura de que la víctima no son ellos? Ese niño da miedo.

Pongo los ojos en blanco.

Tiene un poco de razón, pero no pienso admitirlo.

Ander sigue siendo un niño. Un niño que se ha encargado de que estas últimas horas no hayan sido un completo infierno para mí. Independientemente de lo mucho que me asuste la falta de vida en sus ojos negros.

—Dylan…

—Nos encargaremos de él luego, te lo prometo —Echa un vistazo rápido al salón de baile. La gente ha dejado poco a poco de observarnos como monos de feria. Ya no debe quedar mucho para que acabe la canción—. Ahora tengo que sacarte de aquí.

Mi cuerpo se tensa.

Trago saliva.

—No puedes.

—¿Qué?

—No puedes. Si doy un solo paso fuera de esta sala antes de las doce, sola o acompañada, me meterán un tiro —Le hago un gesto con la cabeza hacia la barra. Frederick y el otro tonto tienen sus violentas expresiones sobre nosotros—. Estoy atrapada.

Dylan asiente lentamente.

No dice nada durante un par de minutos en los que su cerebro parece estar maquinando nuestro siguiente paso. Se le ilumina la cara cuando centra sus ojos en un punto en la lejanía.

Sigo su mirada.

Al final de la sala, justo donde los focos no llegan, brillan unos ojos negros.

Ander.

Sonrío.

El niño parece captar enseguida que necesitamos su ayuda, porque sale de entre las sombras decidido y camina hacia su primo en la barra.

Toda la sala se abre paso ante él.

Casi como si el propio Elijah acabara de entrar.

Y es que la presencia de Ander equivale casi a lo mismo. Es la viva imagen de su padre. Es escalofríante pensar que lo han criado para convertirse en un monstruo.

Se acerca lo suficiente a la barra como para captar la atención de mis vigilantes.

El idiota del Galimateo es el primero en dirigirse a él con una sonrisa más falsa que un billete de tres. Su primo tarda un poco más en fijar sus ojos en él.

Por primera vez en horas, ninguno tiene sus ojos puestos sobre mí.

Dylan entrelaza sus dedos con los míos sin apartar su mirada de la barra.

No sé qué les está diciendo Ander, pero los tiene tan absortos en él como al resto de invitados que tratan de disimular sin éxito que no están atentos a la conversación.

—Ahora —susurra Dylan tirando de mí en la misma dirección por la que ha venido Ander.

El corazón me late tan deprisa que ya ni lo siento.

Mi instinto me grita que me quede quieta, que siga las indicaciones de Elijah… pero mis piernas quieren correr, correr junto a Dylan a donde sea que quiera llevarme.

Atravesamos unas cortillas y nos metemos por un pasillo estrecho que no había visto en mi vida. Veo a Dylan sacando su móvil de la americana para llamar a alguien, pero nadie contesta.

—Vamos —murmura volviendo a darle al mismo número—. Contestad, joder.

Al final del pasillo encontramos una puerta más pequeña que toca directamente con el portón por el que he accedido antes al salón.

Estoy a punto de gritar de la emoción, pero veo a Frederick apoyado justo ahí, esperándonos y el color abandona mi cara.

34
BROOKLYN

—¿Os creéis que me chupo el dedo?

No respiro y el tiempo se detiene.

Veo a Frederick echando humo por la boca con la cara rojísima, justo antes de que Dylan me cubra con su cuerpo.

—Mejor no hagas esto más difícil, Federico —El tono condescendiente de Dylan no ayuda nada.

Frederick jadea, incrédulo.

—¿Me estás vacilando, maldito capullo? Si es que… —Saca su pistola de la bandolera que lleva bajo la chaqueta y la apunta hacia nosotros con la rabia todavía ardiendo en sus mejillas.

Dylan y yo damos un paso atrás. Oculto mejor mi cuerpo tras su espalda y cierro los ojos con fuerza esperando el impacto.

Nada pasa.

Vuelvo a abrir los ojos.

Jadeo.

Frederick está inconsciente en el suelo. Ahora su sitio lo ocupa mi padre sujetándo un extintor con las manos.

Se queda un segundo observando el cuerpo inerte del inglés y después alza la cabeza hacia nosotros. Sus ojos se iluminan en cuanto me ve.

Mi corazón se salta un latido, pero aun así sonrío y salgo de detrás de Dylan para abalanzarme en brazos de mi padre sin pensar en nada más.

Sin pensar en lo que ha hecho.

En lo que he descubierto.

En lo mucho que va a tener que explicarme después.

En lo único que pienso cuando dejo que me levante del suelo es en que me alegro de que esté bien.

Tras estar más de un minuto abrazados, mi padre vuelve a dejarme en el suelo. Me acaricia la cara con dulzura y suelta, desesperado:

—Tenemos que darnos prisa. Walton no va a tardar en darse cuenta de esto.

Hace el amago de cogerme del brazo, pero Dylan da un paso adelante con el ceño fruncido.

—¿De dónde sales tú? ¿Dónde está el resto?

Mi padre lo mira todavía con una expresión alterada.

—No lo sé, estaba reunido con Walton. He perdido de vista a Wolf y a Tommy —Vuelve sus ojos a mí. Hoy el color miel de los suyos no se parece en nada a los míos—. Tenemos que irnos, en serio.

Mi padre me coge del brazo y comienza a caminar hacia la salida del pasillo. Dylan posa su mano en el agarre para detenernos.

—Tenemos que encontrar al resto primero.

Mi padre pone los ojos en blanco.

—Son agentes del FBI. Se las arreglarán para salir.

—Tenemos que esperarlos —Dylan recalca cada una de sus palabras como si fuera la única forma de que mi padre las comprendiera. Su expresión se ha oscurecido tanto que ya ni siquiera distingo el gris en sus ojos—. Además, Alabama está de camino.

Esta vez mi padre sí que me suelta para enfrentar a Dylan.

El pelo se le pega a la frente por el sudor, pero le da igual. Su expresión es de pura rabia.

—¿Has llamado a la policía? ¿Se te ha ido la olla o qué?

Dylan se cruza de brazos, impasible.

—¿Pensabas que ibas a irte de rositas?

Mi padre suelta una risa seca y se pasa las manos por la cara.

—Walton va a matarnos a todos.

—Walton ya es hombre muerto. Igual que tú.

Mi padre se queda quieto. Juro que por un segundo algo cambia en su expresión. La serenidad de su rostro mientras posa sus ojos en Dylan es escalofriante.

Ambos mantienen una batalla de miradas silenciosa que me pone los pelos de punta. Miel contra gris. Podría cortar la tensión con un cuchillo.

Doy un paso adelante no muy segura de si debería intervenir o no, pero el ruido de unas sirenas a lo lejos me despista. Tanto mi padre como Dylan, dejan de mirarse para captar de dónde proviene el sonido.

Sin duda viene de algún punto fuera de la mansión.

La policía…

Mi padre suelta una maldición por lo bajo y luego me mira. Sus ojos vibran.

—Brooklyn, por favor, tenemos que irnos.

Hace el amago de volver a cogerme por el brazo, pero esta vez soy yo la que se aparta.

No sé de dónde saco la fuerza.

Mi corazón late tan rápido que podría detenerse en cualquier momento.

Pero no vacilo cuando mi padre me mira confuso. Ya no.

—Tenemos que quedarnos, papá —Mi voz suena firme a pesar de que estoy a punto de desmayarme—. Tenemos que buscar a los chicos y asegurarnos de que la policía nos encuentre.

Mi padre da un paso atrás como si acabara de pegarle un golpe en el pecho.

Y en cierta forma lo he hecho.

Un golpe emocional que hace que se me forme un nudo en la garganta.

—¿Vas a hacerle caso a él antes que a tu padre?

Trago saliva.

No quiero hacerle esto.

De verdad que no.

Amo tanto a mi padre que en este momento es como si alguien hubiera cogido mi corazón y lo estuviera apretando con todas sus fuerzas.

Pero tengo que hacer lo correcto.

Por mis amigos.

Por Dylan.

Por mí.

Llevo mucho tiempo autoengañándome.

Si mi padre no quiere enfrentar la verdad y asumir sus errores, entonces pienso obligarlo.

Estoy harta de tantas mentiras.

Por eso, aun con lágrimas amenazando con abandonar mis ojos, suelto en un tono helado:

—Él no lleva casi un año ocultándome que es un ladrón y un asesino.

El color abandona la cara de mi padre.

—¿Qué?

—Lo sé todo, papá. Sé que fuiste tú el que enchirino a Asher, el que planeó el robo y el que participó en el asesinato de los miembros de ese gala.

Mi padre niega. Se detiene un segundo con el rostro pálido y vuelve a negar. Una y otra vez.

—No, cariño, eso no es así… yo…

—No ofendas más mi inteligencia, papá y dime por qué.

Sigue negando.

Desvía su mirada hacia Dylan, que se mantiene firme detrás de mí y luego vuelve sus ojos asustadizos a mí y sigue negando. No para de negar. Un dolor inmenso se instala en mi pecho.

—No fue así, no fue así… —dice más para sí mismo que para mí—. No pretendía que nadie muriera en el proceso. Solo quería el dinero. No teníamos suficiente, necesitaba más para ti, para nosotros.

Da un paso en mi dirección y yo me aparto, horrizada.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Quería más para ti, quería lo mejor.

—Ya tengo lo mejor, ya teníamos suficiente. Dios…

—No, no…

—¿Cuánto más querías, papá?

El ruido de unas voces se cuela por el pasillo. A lo lejos todos podemos escuchar con claridad las palabras «policía» y «todos al suelo».

Están aquí.

Ni siquiera me da tiempo a procesarlo, Dylan me coge de la cintura por detrás con un «vamos», antes de esquivar a mi padre y

comenzar a dirigirse a la salida.

Yo niego con la cabeza varias veces, pero Dylan no me presta atención.

Mis ojos se van a la figura de mi padre. Plantado en mitad del pasillo, mirando al suelo como un alma en pena.

No. No. No.

No he acabado.

Todavía no he acabado con él.

No.

El regusto a sal de mis lágrimas se cuela en mi boca sin avisar.

—Dylan, espera, no podemos…

—Tenemos que salir de aquí antes de que esto se convierta en un baño de sangre.

Sigue tirando de mí hasta que la imagen de mi padre se vuelve un borrón en la lejanía.

Me obligo a volver la vista al frente, las lágrimas empapándome la cara.

Cuando llegamos al salón principal, todo es un caos. La música se ha detenido, la mayoría de invitados están de rodillas en el suelo mientras un montón de agentes los apuntan con sus pistolas.

A lo lejos se escuchan disparos y gritos de gente que seguramente esté intentando escapar.

Ni siquiera me da tiempo a procesar la situación antes de que uno de los policías del salón se gire hacia nosotros y nos apunte con su arma.

Suelto un jadeo y alzo las manos instintivamente.

Por suerte, Dylan se quita la máscara y el agente parece reconocerlo, porque en cuanto sus ojos se posan en él, baja la pistola sin pensarlo.

—Agente Blake —Se acerca a nosotros. Es un hombre grande y robusto que me recuerda un poco a Tommy. Estira su mano hacia Dylan y este se la estrecha sin dudarlo.

—Agente Myers —Lo saluda él de vuelta. Echa un vistazo rápido a la sala y luego regresa sus ojos a su amigo—. ¿Sabe dónde

está la agente Montgomery y el resto de agentes que seguramente iban con ella?

—Sus amigos están bien —Una ola de alivio recorre mi cuerpo. La idea de que algo malo les pasara por estar aquí, me hubiera hecho sentir demasiado culpable—. Están todos fuera, resguardados cerca de una de nuestras furgonetas. Algunos de ellos han consumido contra su voluntad una sustancia tóxica que alguien puso en sus bebidas, pero ya están siendo tratados.

Dylan asiente todavía con el ceño fruncido.

—¿Que hay de Elijah Walton? ¿Han dado con él?

—Todavía no. Su despacho está vacío, lo que nos hace sospechar que tal vez supiera de antemano que veníamos.

—No es imbécil.

—De todas formas seguimos peinando la zona. Daremos con él.

—Tiene un hijo —Suelta Dylan de repente señalando el pasillo por el que hemos venido—. Está con el resto de invitados en un salón al final de este pasillo. Si dan con él, seguramente también den con su padre.

Abro los ojos de golpe.

—¡Dylan!

Sé que solo intenta ayudar a la policía a dar con Walton, pero no creo que meter a Ander en el ajo sea lo mejor para él.

¿Un niño inocente rodeado de agentes del FBI que exigen saber la ubicación de su padre y que para nada piensan en su bienestar físico o emocional?

Va a ser una catástrofe.

—Gracias, por la información, agente Blake.

Myers le hace un gesto a un par de sus agentes para que lo sigan por el pasillo. Dylan lo detiene antes de que acabe de irse.

—Myers —El hombre se gira de nuevo hacia nosotros—. Sea bueno con él. Solo es un niño, no tiene la culpa de que su padre sea un criminal.

Myers asiente como si comprendiera y después desaparece por el pasillo con tres o cuatro agentes más siguiéndolo de cerca.

Sé que en cuanto se introduzcan más en el pasillo, darán de lleno con mi padre y lo arrestarán.

No hay otro desenlace posible.

No obstante, una pequeña parte de mí desea que haya conseguido escapar a tiempo.

—Vamos —Escucho decir a Dylan mientras tira de mí fuera de la mansión, lejos del caos.

Estiro mis labios en una sonrisa al ver a Blue y al resto cerca de una furgoneta de la policía que hay aparcada en mitad del camino. Me saco la estúpida máscara veneciana y la dejo reposar en mi cabeza.

Los ojos de Blue se iluminan al reconocerme.

—¡Brooky!

Corre en mi dirección y yo hago lo mismo.

En cuanto sus brazos me rodeando por los hombros, me siento otra vez en casa.

—Lo siento tanto, Blue —sollozo contra su pecho. Huele a navidad y a tortitas caseras. Lo he echado tanto de menos.

Ella me acaricia el pelo con suavidad.

—No tienes que disculparte, cariño. Nada de esto es culpa tuya.

Alzo un poco la cabeza para mirar directamente esos ojos negros que ahora son la única familia que me queda. Vuelvo a sollozar.

—Pero yo… yo… dudé de ti.

Blue niega con una sonrisa maternal dibujada en el rostro.

—Es normal. Nunca esperaría que me escogieras por encima de tu padre.

—Eso se ha acabado.

Sorbo por la nariz y la abrazo durante por lo menos cinco minutos más.

Cuando nos separamos, los chicos ya están rodeándonos. Veo a Lewis, a Matteo, a Elliot, Tommy, Emma, Tabatha, Asher… Incluso a África, que me dedica una sonrisa de boca cerrada.

—¿Cómo estás, Davis?

—Bien —Sonrío yo también por cortesía—. Gracias por venir a por mí.

Ella le quita importancia con la mano y se aparta un poco para que el resto puedan abrazarme y abarrotarme a preguntas.

—Que sepas que mi plan era entrar y rescatarte al estilo Superman, pero creo que algo me ha sentado mal —Mateo se agarra el estómago como para demostrarme que no miente y yo niego.

Wolf pone una mano sobre mi cabeza y me desordenada el pelo.

—Después de esta experiencia traumática que has vivido, estoy seguro de que querrás relajarte en un restaurante caro conmigo y una copa de vino.

Sonrío.

Es increíble que vaya a decir esto, pero lo he echado un poco de menos.

Estoy a punto de responder, pero Dylan se me adelanta.

—Tú sí que vas a vivir una experiencia traumática muy pronto —le ladra.

Wolf finge estar horrorizado.

—¿Te vas a quedar en pelotas o algo?

Dylan hace el amago de acercarse a él, pero una voz que reconozco lo detiene.

—Estáis felices ahora, ¿no?

Todos nos giramos hacia la puerta de la mansión.

Mi padre está ahí, a solo un metro de nosotros, apuntándonos con su pistola G-19.

Se escucha un jadeo colectivo.

Todos nos quedamos helados.

—Felices de que las cosas os hayan salido exactamente como queríais —Dylan se mueve un poco delante de mí para cubrirme con su cuerpo. A mi padre no le pasa desapercibido el gesto—. ¿Por qué te pones delante de mi hija, Blake? Si hay alguien que merezca recibir un tiro en el pecho, eres tú.

—Tienes razón, si hay alguien que lo merezca soy yo.

—¡¿Te crees que soy imbécil?!

Algunos policias que están alrededor colocan sus manos sobre sus pistolas sin atreverse a sacarlas.

A mi padre le está temblando la mano con la que sujeta la suya. Se le marca tanto la vena del cuello que no sé cómo no le ha explotado todavía.

Tiene el pelo sudado, los ojos inyectados en sangre y el traje deshecho.

Está completamente fuera de sí, pero Wolf no parece advertir el peligro cuando se coloca a mi lado para mofarse de él.

—Hombre, teniendo en cuenta que has intentado encasquetarnos el marrón de la gala, creo que un poco imbécil si eres.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—Cierra la boca —le susurro. ¿Acaso se le ha ido la pinza? Wolf se encoge de hombros y yo vuelvo la vista a mi padre. Esta vez soy yo la que da un paso al frente a pesar de que Dylan hace lo posible por impedírmelo—. Papá, ¿qué haces?

Sus ojos temblorosos se posan sobre mí.

Es la primera vez que lo veo tan destrozado. Me entran ganas de llorar.

—Tienes que venir conmigo, Brooky.

—Papá, por favor, ya ha acabado todo. Tienes que dejarlo y entregarte, así será más fácil.

Él niega y me parte el alma.

—No, esto no acaba así. Ven conmigo, cariño. Podemos huir y empezar de cero tú y yo. Juntos. Como hemos estado toda la vida.

Aprieto los labios.

El esfuerzo que estoy haciendo por no llorar me pega directamente en la garganta.

Blue decide intervenir por mí.

—Nil, tienes que dejar esto. Brooklyn no se va a ir contigo a ninguna parte.

—¡Tú cállate, zorra traidora!

Tanto Blue como yo jadeamos, sorprendidas.

—Bueno ya está bien —Escucho que suelta uno de los policías que están más cerca de él antes de intentar acercarse.

Lo siguiente pasa muy rápido, pero mi cerebro lo procesa en cámara lenta.

Papá dispara el arma justo antes de que un montón de policías se abalancen sobre él.

Veo a Dylan apurarse por protegerme, pero no es mi cuerpo el que cae inerte en el suelo.

El rostro de Blue pierde todo el color antes de que se desplome en el suelo. La bala impacta directamente en su estómago.

Me agacho tan rápido hacia ella que me hago daño en las rodillas contra el cemento. Grito, sollozo, la zarandeo. Creo escuchar las voces del resto a mi alrededor, pero en lo único que puedo pensar es en que Blue ya no sonríe.

¿Qué ha pasado con su sonrisa?

Sé que debería asistirla, usar lo que sé para salvar a la única familia que me queda, pero estoy en shock. Por primera vez, no sé qué hacer. La policía me aparta para ayudarla, escucho el ruido de una ambulancia a lo lejos, pero todo es confuso a mi alrededor.

Blue.

Me llevo las manos a la boca.

Mi Blue.

Epílogo
BROOKLYN

Un mes y medio después

—Cojo las llaves y bajo, lo juro —Cuelgo antes de que pueda volver a darme la tabarra y me guardo el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Antes de coger las llaves del bol que hay en el tocador de la entrada, me echo un vistazo rápido en el espejo.

Mi padre tiene razón. Es increíble lo mucho que me ha crecido el pelo en un mes. Acaricio un mechón. Debería cortármelo. Al menos las puntas. Me hago una nota mental para hacer cita luego en la peluquería más cercana de la zona.

Todavía no he tenido tiempo de explorar mucho el barrio. Lo único que ubico es una hamburguesería a dos calles de aquí y un mini centro comercial a diez minutos en coche.

Sé que debería dedicar una tarde a situar los sitios que más puedo necesitar, como la farmacia o el supermercado más cercano, pero siempre que llego del trabajo, me digo que ya lo haré después.

Soy un desastre.

Salgo de mi mini apartamento. Ya en el rellano se siente la brisa del otoño. Me ajusto bien la chaquetilla y bajo los tres pisos hasta la entrada del edificio. En la calle el viento pega con más fuerza todavía.

Este año el otoño en Beaufort amenaza con convertirse en invierno.

Y eso que solo hace alrededor de un mes que empezó.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —Me acerco a Dylan, que está apoyado de brazos cruzados contra su coche, y le planto un beso rápido en los labios—. Perdona por la tardanza. Necesitaba darme una ducha antes de salir.

Dylan me escanea con la mirada sin disimulo.

Sus penetrantes ojos grises todavía hacen que me tiemblen las piernas a pesar de ya que llevemos tres semanas saliendo

oficialmente. No puedo evitar agachar la cabeza y sonrojarme como una colegiala.

Noto el tacto rugoso de los dedos de Dylan alzarme la cabeza por la barbilla.

Su sonrisa me provoca mariposas en el estómago.

—¿Seguro que te has duchado bien? —Hace una mueca falsa con la boca—. Huele a perro mojado.

—Qué te den —Le aparto la mano de mi cara y le doy la vuelta al coche para llegar al asiento del copiloto—. ¿Nos vamos? Tengo hambre.

Dylan hace un esfuerzo por ocultar su sonrisa burlona.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Noche de pizza? —me pregunta antes de abrir su puerta.

Asiento.

—Noche de pizza.

Entramos al coche a la vez. Me pongo el cinturón y Dylan arranca en dirección a nuestra pizzería de siempre desde hace casi un mes. Está un poco lejos de mi nuevo barrio, pero hacen unas pizzas estupendas y a muy buen precio. A Dylan no le importa conducir hasta allí con tal de comerse una familiar de pepperoni con extra de queso en el borde.

Su favorita por lo que parece.

—¿Qué tal la visita de hoy? —Me pregunta una vez que nos metemos en la autopista.

Siempre me pregunta a pesar de que sabe que mis respuestas siempre son las mismas: «Bien, hoy estaba de buen humor». Aunque nunca van bien y nunca está de buen humor.

Suspiro.

—Hoy no ha querido que lo vea. Un policía me ha dicho que pruebe el lunes.

Dylan asiente sin apartar sus ojos de la carretera.

—Bueno, ya sabes que no debe ser fácil para él que lo veas en esas condiciones.

—Ya…

Ninguno dice nada más sobre el tema.

En el fondo sé que a Dylan no le interesa en absoluto cómo le va o cómo se siente mi padre en la cárcel, pero es un detalle que me pregunte qué tal está cada vez que vuelvo de visitarlo y que no insista cuando no quiero hablar más del asunto.

Sabe que para mí todavía es un tema delicado.

Me duele ver a mi padre encerrado, a pesar de que se lo merece. Cada vez que entro en esa maldita cárcel tengo ganas de llorar. No me imagino cómo debe estarse sintiendo él.

Y más cuando es el único que está pagando por un crimen que organizó con más gente.

La policía nunca encontró a Walton y a los suyos. Por lo que se ve, esa noche eran más que conscientes de que el FBI estaba en camino y se aseguraron de desaparecer con cualquier prueba incriminatoria mucho antes de que ellos llegaran.

Tienen retratos del rostro de Walton. Saben que es tan culpable como mi padre de lo que pasó en la gala, y aunque lo tienen en busca y captura, son conscientes de que es poco probable que den con él.

Incluso si el desgraciado dejó a su hijo y a su nueva mujer atrás.

Ambos están bajo vigilancia. La policía los está utilizando para atraer a Walton.

Niego.

Son unos ingenuos si creen que un hombre capaz de abandonar a su hijo volverá a por él a riesgo de que lo arresten.

Dylan va reduciendo la velocidad a medida que incrementa el tráfico. Los viernes por la noche la autopista se vuelve un caos.

—¿Al final llamaste a tu casero para hablarle de sustituir la caldera? —El cambio de tema hace que relaje un poco los hombros —. No sobrevivirás el invierno con la que tienes.

—Lo llamé esta mañana. Está fuera de la ciudad y no podrá venir a mirarla hasta el lunes.

—Bueno ya sabes que sí quieres también puedo ayudarte a comprar una nueva —Le lanzo una mirada mortífera. Él aparta un segundo los ojos de la carretera—. ¿Qué? Es solo si de verdad lo necesitas. No quiero que te mueras de frío cuando llegue el invierno.

—Tranquilo, en mi contrato pone que es el casero el que debe encargarse de reparar o sustituir todos los electrodomésticos que se me estropeen por antiguedad.

—Claro, como cuando se te estropeó la lavadora una semana después de alquilar el piso y el imbécil de tu casero intentó que pareciera que la habías roto tú.

Dylan odia que le haya alquilado un apartamento al tío más rata de la parte mala de la ciudad.

Cree que no es necesario vivir en esas «condiciones nefastas» cuando podría irme a con él a su apartamento; mucho más lujoso y en el centro de Beaufort.

Me niego.

Cuando detuvieron a mi padre, tardaron menos de veinticuatro horas en embargarle todo lo que tenía. Se ve que todos o casi todos sus vienes los había obtenido de forma fraudulenta y que, por lo tanto, no era legal que yo los conservara como su única heredera.

Incluida nuestra preciosa casa.

Me la pela.

De todas formas, no podía seguir viviendo allí después de todo lo que había pasado.

Tanto la señora Brown como los chicos y Dylan me ofrecieron ayuda al instante, pero no quería ser una carga para ninguno de ellos.

Ya tengo suficiente con ser una carga para mí misma.

Me corresponde una especie de subsidio del estado por ser familiar afectado de un *criminal* —la palabra todavía me revuelve el estómago—. No es mucho, pero al menos me da para pagar el alquiler.

El resto de cosas las voy pagando con mi sueldo de becaria en el ayuntamiento y unos ahorros que tenía.

Vivo significativamente peor que antes, pero al menos ahora todo me lo pago yo de forma legal.

Algo es algo.

Si mi situación económica mejorara repentinamente, entonces el estado me quitaría el subsidio porque considerarían que

estoy en posición de mantenerme sola.

Quizás algún día.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el trabajo? —pregunto para aligerar el ambiente en el coche.

Dylan sonríe y yo no puedo evitar hacer lo mismo.

—Genial. Creo que por fin estoy haciendo migas con mis compañeros.

En cuanto salió la noticia de lo de mi padre, el director del FBI montó una rueda de prensa para pedir disculpas públicas a la ciudadanía y a Dylan. Admitió haber cometido un error terrible al darle a un criminal un puesto tan importante como el de jefe de departamento del FBI de Nueva York.

Así que para enmendar su error, le devolvió su placa a Dylan y le ofreció el mismo puesto que tenía antes mi padre.

Lo rechazó.

Todos nos quedamos en shock.

Creí que lo había hecho para no ofenderme a mí o algo por el estilo, pero yo ya le había asegurado que no me importaba y que se merecía ese puesto como el que más.

Dylan insistió en que no lo hacía por eso, sino porque ese puesto le removía demasiadas cosas. Igual que Nueva York. Por eso decidió rechazarlo y mudarse aquí, a Beaufort, la ciudad que lo acogió durante todo el verano y donde yo vivó.

Reconozco que me invadió una felicidad enorme cuando me dió la noticia.

Quiero que siga su sueño y que llegue a lo más alto, pero sería una hipócrita si no admitiera que me alegra mucho más que se haya quedado conmigo.

Ahora trabaja para el departamento del FBI de Carolina del Sur como un agente más.

No es un departamento destacado y en el puesto que tiene no le pagan ni la mitad de lo que le pagaban antes, pero a él le encanta. Dice que vive menos estresado que antes y no es como si necesitara el dinero, entre lo que le pagan y su herencia familiar, tiene de sobra para vivir muy bien.

Creo que el FBI también le está pagando por daños y prejuicios con respecto a la muerte de sus padres hace más de diez años, pero de eso no hemos hablado todavía.

Los chicos se pusieron un poco tristes de que no fuera a ser él su nuevo jefe, pero también se alegraron de que hubiese encontrado su lugar aquí.

Ahora no estoy muy segura de quién los dirige. Solo sé que Emma y Mateo nos llaman cada tres semanas para quejarse de las tonterías que les hace hacer. Palabras suyas.

Desde que regresaron a Nueva York, no hemos vuelto a ver a nadie. En la última llamada, Emma nos aseguró que vendrían todos dentro de un mes para pasar con nosotros un fin de semana que tuvieran libre. Dudo mucho que puedan *todos*, pero me alegraré de ver ni que sea a uno de ellos.

No sé casi nada de sus vidas y me encantaría saber cómo están.

Del único que sé hasta lo que come todos los días, es de Asher. El muy tonto me llama siempre para contarme su vida, solo porque sabe que a Dylan le molesta. Me hace gracia. Reconozco que al principio eran llamadas chorras, pero cada vez se han ido haciendo más largas y a lo tonto les he cogido el gusto.

Ahora Asher y yo somos buenos amigos.

Aunque Dylan se siga pensando que quiere metérmela doblada.

Seguímos hablando del trabajo hasta que llegamos a la pizzería. En un punto en el que Dylan se empieza a reír por una anécdota de hoy, no puedo evitar quedármelo mirando con una sonrisa embobada.

¿Quién me iba a decir a mí al principio del verano que acabaría enamorada del imbécil que me apuntó con una navaja en mi propia casa?

Es una locura.

Pero aquí estoy, perdidamente enamorada de ese imbécil.

Quizás nuestra situación no sea tan ideal como quisiera, pero es real. Me quiere y yo le quiero. Así de sencillo. De hecho, lo quiero tanto que a veces me da hasta miedo. Miedo de que vaya a partirme

el corazón como el resto de personas a las que he querido y todavía quiero.

Dylan es ahora mi familia.

Mi *única* familia.

Y yo soy la suya.

No tengo la menor idea de qué pasará con nosotros, pero no importa. Ahora lo escojo a él. Si algo he aprendido este último mes es que tengo esa capacidad. La capacidad de decidir quién quiero que forme parte de mi vida.

Y creo que he querido a Dylan en ella desde el primer día que lo vi, solo que me he dado cuenta demasiado tarde.

Quiero sus ojitos grises.

Sus gestos malhumorados.

Sus sonrisitas traviesas.

Lo quiero a él enterito.

Dylan es mi hogar. Vayamos donde vayamos. Sea donde sea que nos lleve ahora la vida. Dylan y yo estaremos siempre conectados. Siempre unidos por lo que una vez fue prohibido y ya no lo es.

FIN

AGRADECIMIENTOS

D**ylan y Brooklyn han estado con nosotras casi dos años**, y tengo que reconocer que, aunque estoy aliviada por poder ponerle fin a su historia, también **voy a echarlos mucho de menos.**

Quizás su historia no sea la mejor ni la más interesante, pero es suya, mía, vuestra. Creo que eso es más que suficiente para poder decir que hemos disfrutado de ella hasta el último segundo.

Os agradezco a todas y a todos los que me habéis acompañado en la escritura de esta novela durante meses. No sabéis lo feliz que me hace teneros. Sois la razón de que quiera seguir escribiendo. Me inspiráis cada día, así que gracias. Gracias por todos vuestros comentarios, me gustas y mensajes de apoyo... GRACIAS POR ABSOLUTAMENTE TODO.

Sé que muchas y muchos echaréis de menos estas novelas al estilo película, pero no os preocupéis, que no voy a dejar de hacerlas. Mi próxima aventura ya está disponible en Wattpad, es un libro completamente gratis para vosotras que encontráis en mi perfil (GabyEmeRier) bajo el nombre *JUGANDO A ESCONDIDAS* (al menos en el momento en el que estoy escribiendo esto, sí está disponible).

Gaby

ACERCA DE LA AUTORA

Gabriela Riera nació en República Dominicana y se mudó a España con su familia a los siete años. Para afrontar los duros cambios, se refugió desde pequeña en la lectura y en la escritura. Crear mundos nuevos era su forma de evadirse de la realidad. Cuando empezó la secundaria y descubrió la plataforma de lectura online, *Wattpad*, ya no hubo vuelta atrás.

Gabriela, bajo el pseudónimo de GabyEmeRier, lleva años en la plataforma, deleitando a miles de lectores alrededor del mundo con sus novelas de romance y misterio. *A un roce de lo prohibido*, su primera novela, ya supera las quinientas mil lecturas online y, su segunda parte, va por el mismo camino.